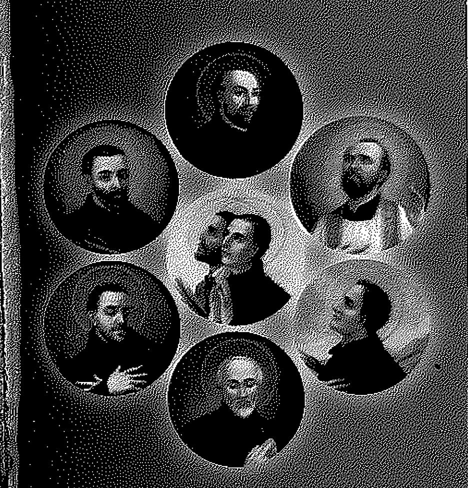
P. Adolfo Heinen, S.J.

Entre los PIELES ROJAS del CANADA

Historia de la Misión de los hurones y de sus misioneros, los ocho Santos Mártires canadienses de la Compañía de Jesús

Entre los PIELES ROJAS del CANADA



ENTRE LOS PIELES ROJAS DEL CANADÁ

HISTORIA DE LA MISIÓN DE LOS HURONES Y DE SUS MISIONEROS, LOS OCHO SANTOS MÁRTIRES CANADIENSES DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

POR EL

P. ADOLFO HEINEN, S. J.

VERSIÓN DEL ALEMÁN POR EL

P. DANIEL RUIZ, S. J.

heinen, Adolfo

Entre los pieles rojas del Canada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Río Reconquista, 2015.

264 p. ; 20x14 cm.

Traducido por: Daniel Ruiz

ISBN 978-987-25907-4-1

1. Historia de la Iglesia. I. Ruiz, Daniel, trad. II. Título

CDD 270.09

PRÓLOGO

En el año 1925 fueron elevados simultáneamente al honor de los altares ocho mártires, que en el siglo XVII introdujeron por vez primera el Cristianismo en las selvas vírgenes de la América del Norte. Integraban aquella pléyade gloriosa los llamados Mártires Canadienses de la Compañía de Jesús, que ofrendaron su vida y su sangre en aras de la conversión de los salvajes hurones.

A raíz de su beatificación comenzaron estos mártires desde el cielo a derramar sobre el país donde ejercieron sus actividades, una lluvia de flores y prodigios semejante a la lluvia de milagros y bendiciones con que en los últimos decenios Santa Teresa del Niño Jesús, haciendo gala de su poderosa intercesión, ha inundado el mundo. La prensa americana de todos los partidos y matices ha llenado con frecuencia sus columnas con extensas relaciones de milagros acaecidos en la actualidad, y con razón podemos calificar de verdadero milagro moral el que un pueblo hundido hasta los ojos en el materialismo haya acogido con tan sincero y respetuoso asombro estas noticias, percibiendo el lenguaje que los mártires hablaban por medio de los milagros. Un santo entusiasmo se apoderó de los católicos del Nuevo Mundo para honrar a porfía a sus primeros Beatos, y en todos brotó el anhelo de apresurar su canonización para venerarlos adornados ya con la aureola de los santos.

Así se explica que, transcurridos tan sólo cinco años después de la beatificación de los ocho Mártires Canadienses de la Compañía de Jesús, se disponga la Iglesia a poner sus nombres en el catálogo de los santos

canonizados. Para solemnizar este año jubilar, el Sumo Pontífice Pío XI, usando de su infalible prerrogativa, colocará el 29 de junio de este mismo año al lado de tantos héroes del reino de Dios a nuestros héroes, para que el mundo católico los contemple como celestiales protectores y como perfectos modelos de todas las virtudes.

En lengua alemana sólo poseíamos hasta el presente una extensa biografía del padre Yogues, uno de los ocho mártires canadienses; esta obra fue muy leída en su tiempo y alcanzó gran difusión. La obrita que hoy ofrecemos al público pretende dar a conocer por vez primera a los lectores alemanes la vida, algo más amplificada de los ocho mártires (ya que con motivo de la beatificación sólo se publicó un opúsculo titulado *Um blutige Palmen*). Nuestra narración se inspira principalmente en fuentes de primera mano, como son las relaciones anuales y cartas de los mismos misioneros. Esto comunica al conjunto el atractivo de la originalidad y permite poner de relieve ante los ojos del lector el asombroso heroísmo de estos campeones de la fe en el Nuevo Mundo, usando sus mismas palabras auténticas.

Ojalá despierte este libro en todo género de lectores, grandes y pequeños, un gran interés y entusiasmo por las misiones, aumentando en todos los corazones el amor a esa obra mundial de la gloria de Dios.

Bonn, 16 de marzo de 1930, fiesta de los Mártires Canadienses de la Compañía de Jesús.

CAPÍTULO I

LOS ORÍGENES DE LA HISTORIA DEL CANADÁ

Proyectos colonizadores de Francisco I y Enrique IV. – Acadia, como colonia francesa. –Champlain, el conquistador y fundador de Nueva Francia. –Principales fundaciones de sus sucesores. –Las compañías de comercio y su mala administración. –Cruzada en pro de la Religión. –Franciscanos y jesuitas. –Méritos de los misioneros respecto de la colonización. –Fervor religioso de los primeros colonos. –Relaciones y cartas de propaganda misional del P. Le June. –Algonquinos, hurones e iroqueses.

La historia de la Misión de los hurones se remonta a la época de la primera colonización del actual Canadá. Apenas los españoles y portugueses, como primeros y principales descubridores de nuevos continentes, despertaron la atención de Europa, en seguida otros pueblos, arrastrados por el anhelo de gloria y engrandecimiento político, se propusieron seguir los mismos derroteros. Las miradas de Francia se dirigieron, ante todo durante el reinado de Francisco I (1515-1547), el perpetuo rival de Carlos V, hacia el lejano Occidente. Francisco se esforzó por oponer al poderoso Imperio, cuyo gobierno había concentrado en sus manos el joven emperador alemán, otro pujante reino francés que asegurase la supremacía de Francia. Los extensos dominios ultramarinos de España, sujetos al cetro de Carlos V, constituían el fundamento principal de su prepotencia en

el mundo. ¿Por qué no habían de poder los navegantes franceses lanzarse a empresas semejantes y plantar la bandera de Francia en remotas playas, ensanchando así las fronteras de su reino? Ya que Francia en las dos guerras sostenidas contra Carlos V no había sido muy favorecida por la fortuna, pensó en compensarse sobradamente poniendo en obra sus amplios proyectos de expansión colonial que robusteciesen su poder. Ya en 1523 el florentino Juan de Verrazano había obtenido una patente y cuatro naves bien equipadas para sus viajes de exploración en busca de una ruta marina que pusiese en comunicación los dos océanos, Oriental y Occidental, del Nuevo Mundo. A raíz del *Tratado de Cambrai*, o *de las Damas* (1529), fue enviado el atrevido navegante Santiago Cartier de Saint Malo en viajes de exploración hacia el Norte de América. En sus tres viajes sucesivos (1534, 1535, 1541) recorrió Cartier, la bahía de San Lorenzo y el río del mismo nombre hasta la desembocadura del Ottawa, y tomó posesión en nombre de Francia de aquellas tierras recién descubiertas, plantando la cruz en varios puntos estratégicos.

Los sucesores de Francisco I, empeñados en interminables contiendas con España y Alemania, y en las guerras de Religión, que ensangrentaron su propio suelo, no pudieron proseguir sus conquistas en el Nuevo Mundo. Por vez primera, al afirmarse definitivamente en el trono Enrique IV, volvió a reinar la paz por lo que este soberano pudo fijar su pensamiento en la continuación de los vastos planes de conquista de aquellas regiones. Nuevamente los marinos franceses volvieron a enderezar su rumbo hacia aquella parte de la América septentrional, que un hermano de Verrazano había bautizado con el nombre de *Nueva Francia.*

Pedro de Guast, señor de Mont fue quien propiamente, en 1604, echó los cimientos de las primeras

colonias francesas de Acadia, que habían de ser objeto de continuas rivalidades entre Francia e Inglaterra. En la comitiva de Mont se encontraba Samuel Champlain, cuyo nombre va estrechamente unido a los comienzos de la historia del Canadá. Este famoso colonizador tomó parte el año 1603 en una expedición hacia el río San Lorenzo, y desde aquella fecha siempre acarició la esperanza de fundar definitivamente en aquellas latitudes una nueva Francia.

Afortunadamente, en 1608 pudo convertir sus planes en una consoladora realidad. Se dio a la vela con rumbo a la bahía de San Lorenzo, siguió agua arriba el curso de este río, y desembarcó en un paraje, donde una prominente lengua de tierra avanzando abrupta sobre el río, estrechaba su cauce. Los indios llamaban aquel pintoresco sitio *Quebec.* Aquí se determinó Champlain a sentar sus reales. Su intuición de colonizador pronto le persuadió que aquel punto reunía como ninguno los elementos para ser el centro de una nueva colonia. Merced a las ventajas estratégicas, podía cerrar las puertas a cualquier invasor que intentase penetrar tierra adentro. Los mercaderes franceses podían internarse con sus barcos hasta este puerto fluvial, hacer sus contrataciones y cargar sus flotas con los productos del país, que aportarían los indígenas por el río San Lorenzo y sus caudalosos afluentes.

Con la fundación de Quebec, donde Champlain labró una ciudadela, apellidada más tarde el *Gibraltar americano,* por guardar la llave de los grandes lagos, se echaron los cimientos de Nueva Francia. La construcción de los restantes edificios y desarrollo sucesivo de la colonia costarían después inmensas dificultades. Se necesitaban los arrestos, la férrea constancia e incansable espíritu de iniciativa de todo un Champlain, para dar cima a la empresa, a despecho de las contrariedades que en cada

momento amenazaban destruir de cuajo la obra emprendida. Desde Quebec se lanzó el intrépido conquistador a explorar en nuevas jornadas la tierra firme. El año 1609 prosiguió remontando el curso del San Lorenzo, y descubrió el lago de Champlain o del Sacramento. En 1613 se propuso explorar el Ottawa, avanzando por él hasta el lago de las Cerillas. Dos años más tarde atravesó la península que se extiende entre el lago Simcoe y la bahía de San Jorge, donde tenían su primitivo asiento los hurones, que después serían los constantes aliados de los franceses. Por tres veces en sus arriesgadas incursiones tuvo sangrientos encuentros con los iroqueses, encarnizados rivales de los hurones.

Durante el año 1629 pudo creerse que la naciente colonia se derrumbaba con desastroso fin. Fue el caso que los ingleses, que prestaron su poderoso apoyo a los hugonotes en sus luchas contra Richelieu, aparecieron en la bahía de San Lorenzo y se adueñaron de Quebec tras tenaz resistencia y prolongado asedio, en julio de 1629. Cuatro años más tarde, en virtud del *Tratado de San Germán*, recobró Francia su colonia, y en los años siguientes volvemos a encontrar a Champlain ocupado en llevar adelante sus planes. Por desgracia, no pudo continuar mucho tiempo rigiendo los destinos de Nueva Francia, ya que el año 1635 pasó a mejor vida. La colonia entera, que le veneraba como a su verdadero padre, le lloró profundamente y se vistió de luto. Las negociaciones llevadas a cabo para que Quebec volviera a manos de los franceses atrajeron en gran manera la atención de la metrópoli sobre Nueva Francia, y, debido a esta circunstancia, se inició, desde 1634, un poderoso movimiento de emigrantes, que emprendieron, todavía durante el gobierno de Champlain, la fundación de Beauport y de Trois Rivères.

Bajo el gobierno del inmediato sucesor, Montmagny, el desarrollo interno de la colonia tomó mayores vuelos. El antiguo embajador de María de Médicis en España e Italia, Brullart de Sillery, aprontó los subsidios necesarios para fundar una reducción de indios en las cercanías de Quebec, que en honor suyo se llamó San José de Sillery. El año 1640 se instituyó en Francia la Compañía de Nuestra Señora de Montreal, integrada por los más famosos miembros de la Cofradía del Santísimo Sacramento, que tenía por fin procurar una fundamental reforma de la vida religiosa, primero entre sus socios y después entre los círculos a que se extendiese su influencia, aspirando también a orientar la vida pública y aun la política según el espíritu cristiano. La reciente Compañía se procuró un domicilio en Nueva Francia, y fundó allí una «Ciudad de Dios», un centro de cultura católica, la moderna Montreal.

La principal dificultad que hubo que vencer en Nueva Francia durante el gobierno de Champlain y de sus inmediatos sucesores, fue la escasez de dinero y de medios de subsistencia. El Estado francés necesitaba hombres y subsidios para llevar adelante sus guerras en Europa, y solamente con largas intermitencias enviaba la Real Hacienda, contados recursos a la apartada colonia. Para solucionar la cuestión financiera se acudió a una estrategia que ya habían experimentado con éxito los holandeses. Formáronse, calcando el modelo de la *Compañía de las Indias orientales,* varias Compañías de comercio, en las que colocaron sus capitales los grandes mercaderes, para organizar expediciones mercantiles a Nueva Francia. Sus galeones zarpaban de la patria cargados de artículos industriales, que cambiaban por los preciosos productos de la colonia, riquísima en pieles finas y cueros. El Estado protegía las Compañías de comercio con patentes y privilegios, y las resguardaba contra toda competencia,

otorgándoles el monopolio de contratación en Nueva Francia. En cambio, les imponía la carga y obligación de transportar a la colonia nuevos emigrantes y dotarlos de tierras y bastimentos para la fundación de nuevas avanzadas. Pero precisamente aquí estaba el punto flaco del sistema. Las Compañías se preocupaban exclusivamente de sus intereses comerciales y ponían sus miras egoístas en explorar el país lo más posible y sacar de sus empresas las mayores utilidades. Sus compromisos y obligaciones quedaban como letra muerta relegados al olvido. En vano reclamó Champlain y puso el grito en el cielo contra tan funesta administración. Para mejorar la situación recurrió al expediente de ganarse para su partido en la Corte francesa a ilustres personajes que hiciesen de protectores, y tomando el título de virreyes mirasen como propios los intereses de la colonia. Pero este recurso no surtió el efecto apetecido, ya que el Real Erario, agotado por sus cuantiosos dispendios en las guerras sostenidas en Europa, no podía prestar ningún apoyo efectivo. Ni siquiera resolvió tan dificultoso problema la Compañía de los Cien Asociados (*Compagnie des Cent-Associés*), que Richelieu había organizado para sustituir las antiguas Compañías de comercio, y que se comprometía a trasladar anualmente al Canadá, en sus primeros quince años de existencia, de doscientos a trescientos colonos, y a responder de su manutención durante tres años; pues el ministro, abrumado por los múltiples negocios de su cargo, no pudo consagrarle la necesaria atención, y así quedaron sin cumplir las condiciones estipuladas.

Debido a estas azarosas circunstancias, quedó la obra de la colonización en Nueva Francia a merced de las iniciativas privadas de algunos particulares bien intencionados. La nación francesa experimentaba por aquel entonces, entre las convulsiones de las guerras de Religión, profundas

transformaciones religiosas. Por doquiera, y más aún entre las clases nobles e ilustradas, se encontraban almas generosas, cuyos corazones latían con ardor al impulso de nobles y levantados ideales. Muchos de éstos abrazaron con entusiasmo la idea de fundar en aquellas lejanas tierras, formando como una nueva Cruzada para la propagación de la fe y civilización cristiana, un nuevo emporio de cultura católica que irradiase su afluencia entre los mismos salvajes. A los misioneros sobre todo, se debió la gloria de haber despertado y propagado estos grandes ideales, dignos de las antiguas Cruzadas. Se puede afirmar con certidumbre que todo lo más grande y desinteresado, todo noble intento de cultura duradera, que por aquellos tiempos se llevó a cabo, no sólo en las posesiones españolas de la América del Sur, sino también en Nueva Francia, se debió casi exclusivamente a los esfuerzos y sudores de los misioneros. Sin su poderosa cooperación, todo el extenso movimiento de colonización de los siglos XVI y XVII, a pesar de la buena voluntad de los príncipes cristianos, hubiera quedado reducido a una empresa de mera expansión colonial y de vulgares intereses comerciales.

Los intrépidos navegantes, que se dieron a la vela para descubrir el Nuevo Mundo, iban siempre acompañados de sacerdotes y religiosos y llevaban de sus augustos soberanos la orden expresa de conquistar la tierras descubiertas para la Iglesia no menos que para la Corona, y de izar en aquellas regiones desconocidas la Cruz al lado del pendón real. Así, en la patente por la que Enrique IV nombraba, el año 1603, al señor de Mont como gobernador general de Nueva Francia, se leían estas cláusulas: «Movidos por un celo especialísimo y con preferencia a otras consideraciones, por una piadosa y resuelta determinación que Nos habemos tomado contando con el auxilio y asistencia del Todopoderoso, autor, protector y

soberano de todas las monarquías, a saber: que los pueblos que habitan las regiones recién descubiertas, y que todavía son salvajes, infieles y sin religión, sean instruidos y catequizados en las verdades de la fe, salgan de las tinieblas de la ignorancia e infidelidad en que los encontramos, y se conviertan a nuestra santa fe y religión: venimos en nombraros gobernador general...». Este monarca tenía bien conocidos y experimentados a los jesuitas como curas de almas de los emigrantes, y como misioneros de los indios en Acadia. Vencida la larga y obstinada resistencia de los mercaderes calvinistas de la Compañía de comercio, se logró por vez primera que fuesen enviados los primeros Padres de la Orden ignaciana, que dos años después, cuando el corsario inglés Urgall invadió las posesiones francesas, tuvieron que regresar a la patria.

En los albores de la conquista, el año 1615, llamó Champlain a su naciente colonia de San Lorenzo a los franciscanos recoletos, que abrieron en Quebec una escuela para niños indígenas, e inauguraron sus misiones entre los algonquinos, montañeses y hurones. Persuadidos muy pronto de que ellos solos no podían sobrellevar el peso de tanto trabajo, hicieron instancias, en 1625, para que vinieran los jesuitas en su ayuda. Hasta la conquista de Quebec por los ingleses, en 1629, trabajaron unidos los misioneros de ambas Órdenes entre indígenas y colonos. Después del *Tratado de San Germán*, por disposición de Richelieu, los jesuitas fueron los únicos que volvieron a Nueva Francia.

Una vez restituidos a la colonia, de nuevo se pusieron en Quebec al frente del Colegio de los Santos Ángeles, que antes habían fundado, y poco después (1635) abrieron, para educar a los hijos de los colonos, una escuela, que rápidamente se transformó en Instituto de estudios

superiores. Doquiera se organizaba un nuevo centro de colonos, allí aparecían en seguida los Padres para encargarse del cultivo espiritual de aquellos campesinos; así surgieron las residencias de Santa Ana, en el Cabo Bretón; de San Luis, en las riberas del San Lorenzo; de Trois Rivières y últimamente en Montreal. La vida religiosa de los primeros colonizadores se distinguió por su fervor, pues no en balde Champlain, el patriarca de la colonia, les precedía con su laudable ejemplo. Este piadoso veterano consagró al servicio de Dios su persona y su propio hogar, y durante la comida se hacía leer ordinariamente las vidas de los santos. Al declinar la tarde congregaba en torno suyo a toda su familia y servidumbre para rezar sus devociones y tres veces al día la campana de la fortaleza de Quebec esparcía por la campiña sus vibrantes notas invitando a repetir la salutación angélica.

Los padres de la Compañía, con su infatigable apostolado, cooperaron poderosamente a despertar y mantener siempre vivo este espíritu religioso desde los comienzos de Nueva Francia. Al frente de ellos estuvo largos años el P. Le Jeune, hombre dotado de maravilloso espíritu de organizador. Incansablemente desplegó todas sus energías en el continuo engrandecimiento y prosperidad de la colonia. Sus famosas «Relaciones» o epístolas anuales abarcaban, no sólo las noticias referentes a los trabajos apostólicos de los jesuitas por la salvación de las almas, sino se proponían, sobre todo, hacer propaganda y recaudar socorros en la metrópoli. Con ellas animaba a los labriegos a emigrar como colonos a Nueva Francia, y fueron innumerables las cartas que redactó con este fin. Más de una vez recurrió al mismo Richelieu, y expuso al omnipotente ministro que cedería en mayor interés de la nación el que los artesanos, en vez de emigrar a España, se establecieran en Nueva Francia. Le hizo repetidas

instancias para que fuesen enviados a reforzar la naciente colonia los pobres aldeanos que no hallaban en el suelo natal suficientes tierras de labor; la misión se obligaba a prestarles su apoyo y a vencer las dificultades que al principio pudieran ofrecérseles. Su plan era que en torno a tales establecimientos de colonos se agrupasen los indios, en la persuasión de que, una vez que éstos fijasen su domicilio, reportaría el comercio grandes utilidades; pues, atraídos a vida civilizada los mismos salvajes, fuera fácil organizar con ellos grandes batidas de caza para proveerse de pieles, adiestrándolos a cobrar solamente las piezas ya desarrolladas, con lo que la calidad del género mejoría notablemente.

También dirigió sus cartas el P. Le Jeune a muchas damas principales de la alta sociedad francesa, que, si bien, de una parte, querían pasar plaza de piadosas y sacar algún fruto espiritual para sus almas, no dejaban, por otra, de pagar su tributo a las modas y vanidades mundanas. Después de pintarles con vivos colores la angustiosa situación de los pobres indios, les traía a la memoria con estudiado contraste que muchas de ellas despilfarraban anualmente más de 10.000 francos solamente en superfluidades y lujosos adornos de sus personas. Por tanto, no sería gran sacrificio enviar siquiera alguna parte de ese capital, tan locamente derrochado, a Nueva Francia, para levantar escuelas y hospitales para los salvajes y acrecentar el reino de Dios. Esta correspondencia del P. Le Jeune no dejó de producir su efecto. La duquesa de Aiguillon, sobrina del cardenal Richelieu que dotó el hospital de las agustinas de Quebec, y madame de la Peltrie, que fundó el convento de las ursulinas de Nueva Francia, recibieron el primer impulso para tan nobles ideales con las cartas del padre Le Jeune. También los fundadores de Montreal y muchos otros bienhechores de la

incipiente colonia, cuyos nombres no ha conservado la Historia, dirigieron su atención a este nuevo campo de operaciones, merced a las cartas y relaciones de los jesuitas.

Las gestiones entabladas por Le Jeune y sus hermanos en religión para allegar subsidios hallaron eco, sobre todo en los conventos de religiosas de Francia. Entre todas descollaron las carmelitas, que estaban en continua comunicación epistolar con los misioneros, que deseaban asegurar el feliz éxito de sus empresas apostólicas con el auxilio espiritual de estas almas abnegadas. Otras comunidades de monjas se ofrecieron a ir a la misión para prestar sus servicios personales en la propagación de la fe y civilización cristiana. De las ursulinas, en particular, escribía el P. Le Jeune en 1637: «Me escriben con tanto fervor y entusiasmo, y se ofrecen en tal número y de tantas partes, que si hubiésemos de condescender a la medida de sus deseos, se podría poblar una ciudad entera de religiosas, y así tendríamos diez profesoras para cada discípula». Cuando María de la Encarnación, «la Teresa de la Nueva Francia» acudió al superior de la misión con el proyecto de fundar en Quebec un convento, le animó éste con una carta dictada por su ardiente amor de Dios y celo de la salvación de las almas, a exponer tan santos deseos a los superiores propios de la religiosa. También las agustinas de Dieppe, accediendo a las solicitudes del P. Le Jeune, se dirigieron al Canadá para servir a los enfermos, y el año 1639 se encargaron del primer hospital levantado en Quebec, mientras las ursulinas, por la misma fecha, inauguraban una escuela para educar a los hijos de los colonos y de los indios.

De tal modo y con tanto ahínco trabajaban los misioneros con sus ministerios apostólicos en el desarrollo interno de la colonia, que no descuidaban el principal motivo de su venida: la conversión de los infieles. Ante

todo, dedicaron sus afanes a dos razas de indios: los algonquinos, que poblaban las regiones comprendidas desde las orillas del San Lorenzo hasta el extremo norte de la bahía de Hudson; y los hurones, que habitaban en el reducido territorio situado entre la ensenada del lago Hurón y las riberas del lago Simcoe. Los primeros vivían como pueblos nómadas entregados a la caza, mientras los segundos residían en aldeas fijas y se mantenían de la agricultura y de la caza. Enemigos mortales de estos dos pueblos eran los iroqueses, que, agrupados en cinco tribus, ocupaban la región que se extiende entre el lago Ontario y los montes Alleghany. La misión de los algonquinos era en extremo difícil, por sus instintos y costumbres nómadas. Poquísimos misioneros tenían la resistencia y robustez necesarias para seguir a los indios en sus incesantes correrías, sobre todo en los helados meses de invierno. Se hubiera necesitado equipar todo un escuadrón ligero de misioneros para atender a cada uno de los reducidos grupos en que se dividían los indígenas para hacer sus continuas excursiones. Así, el trabajo de su conversión debía comenzar por persuadirles la conveniencia de que eligieran un domicilio estable, y por implantar poco a poco, y por vía de ensayo, este método eficaz. Obedeciendo a esta táctica, se fundó primero la reducción de San José de Sillery, y después la colonia de indios que estableció, en 1640, el P. Buteux en las cercanías de Trois Rivières. Como los algonquinos conservaban su primitiva fuerza de raza y su integridad de costumbres con más vigor y pureza que los hurones, agrupados en domicilios fijos, abrieron sus corazones con más facilidad y rapidez a la buena nueva del Evangelio.

También los hurones, sin abandonar la agricultura, se entregaban con ardor a la caza durante el invierno. Las apreciadas pieles de castor, rata almizclada, armiño, alce,

ciervo y demás especies capturadas en sus batidas, las transportaban en sus ligeras canoas de corteza de abedul por el Ottawa y el San Lorenzo hasta Quebec donde las cambiaban por puntas aceradas para sus flechas y venablos, por hachas, abalorios y otras baratijas. Generalmente hacían estas expediciones comerciales reunidos en flotillas de 10, de 100 y hasta de 200 y 300 embarcaciones para defenderse mutuamente en el caso, bastante frecuente, de que los iroqueses les armasen alguna emboscada. Los misioneros, aguardaban estas flotillas y se servían de ellas para ir al territorio ocupado por los hurones, para mantenerse en correspondencia epistolar con la colonia y para surtir a la misión del imprescindible refuerzo de bastimentos y herramientas. Los franciscanos recoletos fueron los primeros en implantar las misiones entre los hurones; siguieron sus huellas en 1626 los jesuitas, que al recobrar los franceses Quebec, quedaron como únicos propagadores de la fe entre aquellas tribus. Como los franceses, luego que pusieron su planta en Nueva Francia se aliaron con los hurones y algonquinos y establecieron con ellos tratados comerciales, por esto los iroqueses, irreconciliables enemigos de estos pueblos, mostraron siempre su hostilidad y rencor a los franceses, a quienes apellidaban los *rostro-pálidos.* Ya en los días de Champlain, como hemos visto, tuvieron con ellos las primeras escaramuzas, y en lo sucesivo, a cada paso oiremos hablar de los continuos asaltos de estos belicosos indios contra los poblados franceses. La campaña se hizo más terrible cuando los holandeses, celosos de las ventajas comerciales de los franceses, pusieron en manos de los iroqueses armas de fuego. Esta lucha contribuyó al exterminio de la raza hurona, y con ella se inauguró el doloroso camino de calvario que siguió siempre esta abnegada misión, y que nos debe ocupar en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II
UN CAMPEÓN DE LA FE

Vida del P. Brébeuf hasta su entrada en la misión de los hurones. –Primeras tentativas misionales entre los algonquinos. –Una choza india. –Métodos culinarios de los salvajes. –Padecimientos morales del misionero. –Viaje al territorio hurones. –En la canoa de los indios, a través de las cataratas. –Consejos a los que viajen con indios.

El 4 de abril del año 1623, en Ruan, subía por vez primera las gradas del altar para ofrecer el santo sacrificio un joven, vástago ilustre de la más antigua nobleza de Normandía. Era el padre jesuita Juan de Brébeuf, que acababa de recibir las órdenes sagradas. Tuvo su cuna en Condé-sur-Vire, no lejos de Lisieux, y abrió sus ojos a la luz de este mundo en un día de marzo del año 1593, fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora. Algunos antepasados de su noble linaje habían luchado con Guillermo el Conquistador en la batalla de Hastings y acompañado a San Luis en la jornada de Damieta. Era natural, por tanto, que Juan siguiese las huellas de sus intrépidos antecesores y emulase sus hazañas. Bajo las banderas esmaltadas de flores de lis, de Nuestra Señora del Canadá, debía combatir hasta la muerte aquel caballeresco campeón al estilo del gran Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, bajo cuyo estandarte se había alistado en Ruan en 1617.

Antes de ingresar en la Orden había hecho sus estudios de Humanidades y hasta aprobado dos cursos de

Filosofía y Teología moral. Con todo eso, llamó a las puertas del noviciado con el humilde propósito de servir a la causa de Jesucristo en el modesto grado de Hermano Coadjutor, como el último de sus miembros. Mas los superiores le destinaron al sacerdocio. Concluido su noviciado, la obediencia lo envió a enseñar en el colegio de Ruan. El novel profesor tomó la tarea del magisterio como un campo de apostolado donde ejercitar el ardoroso celo que de antiguo le devoraba. Se entregó al trabajo con tan febril actividad, que a los dos años se encontraba completamente agotado y fuera de combate, de suerte que, para reponer sus quebradas fuerzas, le ordenaron sus superiores descansar en absoluto reposo. En tal situación no podía Brébeuf ni soñar siquiera en continuar sus estudios teológicos, siguiendo los cursos reglamentarios en algún colegio de su Orden; y así tuvo que resignarse a preparar las asignaturas en privado, con tanto aprovechamiento, que, transcurridos otros dos años, estaba con la disposición requerida para recibir el sacerdocio. El único anhelo del nuevo sacerdote era dedicarse a la evangelización de los salvajes allá en las regiones septentrionales de Nueva Francia, de cuya misión tantas noticias le traían las relaciones escritas por sus hermanos en religión que ejercitaban en Acadia su apostólico celo.

No servía para la enseñanza, y mucho menos para obtener grandes triunfos en el campo de la ciencia, y Brébeuf era el primero en reconocerlo pues el cielo no le había dotado de excelso talento. En cambio, corría por sus venas la sangre de los conquistadores, que le impulsaba a emprender caballerescas empresas en servicio de su Rey divino. Desde los primeros días de su noviciado se había puesto de relieve su carácter bizarro en su ardoroso empeño por la santificación, en el desprecio de todas las dificultades y sufrimientos, y en su heroica entrega en pro

de los ideales altísimos de su vocación. Su generoso anhelo de sacrificarse por Cristo, luchando sin tregua ni descanso por la salvación de los infieles hasta morir en la demanda, le arrastraba con irresistible empuje hacia el campo de batalla de las misiones.

Pero ¿quién iba a enviar a un hombre tal, que había sucumbido tan pronto en la ordinaria palestra de un colegio, para que arrostrase las rudas fatigas del apostolado en las selvas vírgenes del Nuevo Mundo? Brébeuf debía resignarse mal de su grado a los sencillos cargos de subalterno o procurador de algún colegio, ya que para estos empleos se adaptaban mejor su debilitadas fuerzas. A pesar de estos augurios, como era de naturaleza fuerte y vigorosa -pues sus contemporáneos nos lo pintan de continente robusto y corpulenta talla, de tenaz resistencia y recia contextura-, pronto se repuso del agotamiento nervioso ocasionado por el exceso de trabajo en la enseñanza y en el estudio, y dos años después de su ordenación sacerdotal consiguió de los superiores que, accediendo a sus reiteradas instancias, lo enviasen a Nueva Francia. Así pudo formar parte de la primera expedición de misioneros jesuitas, que a petición de los franciscanos recoletos zarpó para la colonia fundada por Champlain a orillas del San Lorenzo.

Acompañado de otros cuatro hermanos suyos en religión, dos sacerdotes y dos hermanos coadjutores, el P. Brébeuf partió el 27 de abril de 1625 con rumbo a las regiones por tanto tiempo suspiradas. Un franciscano recoleto iba al frente de aquella reducida caravana de misioneros. Tras una travesía que duró siete semanas, desembarcaron felizmente en Quebec. Los jesuitas encontraron una acogida francamente hostil entre los directores calvinistas de la Compañía Comercial de Pieles, que funcionaba en el Canadá. De no haberles prestado los

recoletos, con amor verdaderamente fraternal, una parte de su convento para alojarse, es cosa segura que hubieran tenido que regresar a Francia en el mismo barco que los había traído. Precisaba, por tanto, abrirse paso paulatinamente entre los colonizadores y conquistarse un puesto en campo abierto.

El P. Brébeuf dirigió sus miradas hacia los salvajes hurones, de quienes tantas cosas le habían contado los recoletos, que años antes habían establecido entre ellos una misión. Al principio pareció la ocasión poco propicia para internarse en aquel territorio, por las malas disposiciones que a la sazón mostraban los indios. Sin embargo, el P. Brébeuf, con la anuencia de los superiores, se decidió a juntarse de compañero a un grupo de algonquinos, que hacían sus expediciones invernales, para poder así orientarse en las costumbres y lenguaje de los indios. Por desgracia nuestra, no poseemos ninguna narración que nos informe de las aventuras que debió correr en los largos meses de aquel invierno pasado entre las tiendas de campaña de los salvajes. Pero esta laguna la podemos llenar con los datos suministrados por el P. Le Jeune, superior más tarde de la misión, el cual acompañó largo tiempo a una tribu de indios en sus correrías nómadas, y nos hace una descripción vivísima de los sacrificios que suponía para los misioneros semejante convivencia con los indígenas.

En el capítulo XII de la relación correspondiente al año 1634 pone este significativo epígrafe[1]: «De los padecimientos que hay que soportar cuando se inverna con los salvajes».

> Comencemos -escribe- por la casa en que hay que morar cuando se acompaña a los indios. Para describir sus primores comenzaré por dibujar su arquitectura; y conste que hablo con perfecto conocimiento de causa, pues muchas veces he

contribuido con mi servicio personal a estas construcciones. Supongamos que hemos llegado al paraje elegido para asentar nuestros reales. Enjambres de mujeres armadas de hachas se desparraman en todas direcciones para cortar maderas en las selvas vecinas y allegar los troncos necesarios para la edificación que nos debe albergar. Entretanto, los varones señalan en torno los límites del campamento y cavan una fosa circular en la nieve con sus abarcas de patinar o con las palas que para este efecto traen consigo.

Así desplazan una gran oquedad redonda o cuadrada en la nieve, de dos o cuatro pies de profundidad, según la calidad del sitio y el tiempo calculado para detenerse en este albergue improvisado. Una muralla de nieve circunda por completo la guarida; solamente en el lugar por donde se lanza la nieve con las palas para formar la puerta o pasadizo hay una abertura en el muro. Acarreando el maderamen necesario, que, según la capacidad de la choza, asciende a 20 o 30 vigas, se clavan éstas, no a flor de tierra, sino arriba, sobre el muro de nieve. A continuación se extienden a modo de techado sobre estas vigas, entrecruzadas en la cima sin ensamblar completamente, dos o tres series de cueros de buey sobrepuestos y cosidos comenzando esta operación desde la parte inferior. Con esto se da por edificada la casa. El pavimento y las paredes de nieve que rodean el recinto se entapizan con ramos de pino, y como último complemento se suspende de dos vigas una mezquina piel para que sirva de puerta, cuyos dinteles los forma la misma nieve.

En esta choza no es posible mantenerse en pie, en parte porque es demasiado baja de techo, y en parte por la humareda, que no deja siquiera respirar; así que hay que estar tendido sobre el desnudo suelo o acurrucado en cuclillas. Esta es la postura habitual que prefieren los salvajes. Si se quiere salir a la intemperie, en seguida el frío glacial, la ventisca y el riesgo de extraviarse por aquellos espesos bosques nos obligan a volver a nuestro refugio, más veloces que el viento. No queda otro recurso que sepultarse en aquella voluntaria mazmorra que nos aprisiona sin llave ni cerrojo. Además de la incómoda postura que supone el tener por cama el duro suelo, son dignas de especial mención las molestias causadas por el frío, el calor, el humo y los perros.

Por lo que atañe al frío, téngase presente que hay que reclinar la cabeza directamente sobre la nieve o, a lo sumo, en caso de

mayor regalo, utilizar como mullida almohada alguna rama de pino o el propio gorro de dormir. El viento tiene libre entrada por mil resquicios. Si hubiera en el techo algún agujero que sirviera a la par de ventana y de chimenea, esto equivaldría a meter dentro de la choza el más crudo invierno de Francia, sin que ningún reparo dulcificase de día ni de noche sus rigores. Entonces, a través de la angosta abertura, podría durante mis largos insomnios contemplar a mi sabor la luna y las estrellas que se reflejarían lindamente en mi persona como si estuviera pernoctando en campo raso.

Pero el frío no me ha hecho sufrir tanto como el calor del fuego. El reducido espacio que ofrece la cabaña de los indios se calienta en seguida con la ardiente hoguera, de que no se puede prescindir. A veces me sentía literalmente tostar y achicharrar por los cuatro costados, pues el chamizo era tan estrecho que era imposible alejarse de las brasas. En vano forcejeaba por hacerme sitio a derecha o izquierda, pues topaba junto al indio enclavijado junto a mí; si me hacía atrás, chocaba al punto con el muro de nieve o con la pared de cueros de buey. No sabía qué postura tomar; si estiraba las piernas, venían a dar, por la estrechez del local, en medio del rescoldo. Hecho un ovillo y con las piernas encogidas, no podía resistir de aquel modo tanto tiempo como los indios. Mi ropa talar se iba poco a poco chamuscando hasta levantar llama. Me preguntarás, quizá, si la nieve adherida a las espaldas no se derretía con tal alta temperatura. Te respondo sin vacilar que no. Si el calor la fundía un poco, no tardaba en endurecerse con el frío, convirtiéndose en duros témpanos de hielo.

En resumidas cuentas, el frío y el calor no eran del todo insoportables; quedaba todavía otro enemigo más terrible. Puedo asegurarte que el humo constituye un verdadero martirio. Este me rendía, arrancándome continuas lágrimas, a pesar de no sentir en el corazón tristeza ni pesadumbre. Con frecuencia la humareda echaba por tierra a todos los moradores de la cabaña, así, sin metáfora, pues nos obligaba a pegar la boca contra el suelo para poder respirar y tomar resuello. Aunque los indios están curtidos y avezados a esta verdadera plaga, con todo, tomaba a veces tales proporciones, que se veían obligados, como yo, a tirarse de bruces contra el pavimento y a «comer la tierra», según su gráfica expresión, por no «beber el humo». Hubo ocasiones en que pasé horas enteras en esta forzada posición, aguantando un frío intensísimo y mientras descargaba una

tempestad de nieve; pues durante estos temporales nos apretaba más el humo y ponía a tormento la garganta, nariz y ojos. Verdaderamente que aquel «brebaje» sabía a rejalgar. ¡Qué olor más inmundo! ¡Cómo nos maltrataba aquella humareda la vista! ¡Cuántas veces pensé quedarme ciego para siempre! Los ojos me abrasaban como fuego y se me cuajaban de amargas lágrimas, destilando mis pupilas el llanto como un continuo alambique. Veía los objetos danzando agigantados ante mi vista, como el ciego del Evangelio, que exclamaba: «Veo los hombres como árboles que andan». Entretanto, recitaba los salmos de mi breviario lo mejor que podía; como casi me los sabía de memoria, aguardaba a que el dolor se calmase un tanto para rezar las lecciones; y al leerlas me parecía que los renglones centelleaban como si estuviesen impresos con escarlata o trazos de fuego. A veces me veía forzado a cerrar el libro porque en él no distinguía más que un confuso remolino que me hacía ver las estrellas.

Por lo que se refiere a los perros, que como al principio dije eran otra plaga de las covachas de los indios, yo no sé si quejarme de ellos, pues en distintas ocasiones me prestaron muy buenos servicios, aunque, a decir verdad, no eran menores los que de mí recibían, y así nos ayudábamos recíprocamente. A veces, los pobres animales, abandonados fuera, no podían soportar la inclemencia del temporal y se colaban dentro y venían a tenderse sobre mis hombros o a mis pies... Como eran tantos y tan corpulentos, me abrumaban en tal forma con su peso, que a trueque del poco calor que me ofrecían me robaban el sueño; por esto mi empeño era sacudírmelos de encima. Pero el hambre les impedía el reposo, pues se les daba tan escasa ración como a nosotros, y comenzaban a dar vertiginosas vueltas dentro y fuera de la choza. Como ordinariamente estábamos tendidos por el suelo, eran de ver sus saltos y danzas sobre nuestros cuerpos, y hasta sobre los rostros; y esto se repetía con tanta frecuencia y me molían, de suerte que, mareado por los aullidos y horrible batahola, acababa por liarme la cabeza y dejarlos que me zarandeasen a su placer. Si alguien les echaba algún hueso que roer armaban una batalla campal en torno a la codiciada presa a ver quién la atraparía primero; allí era el lanzarse como furias a hincar sus dientes todos a la par, a no ser que alguno más afortunado no se lo engullese al punto y lo pusiese a buen recaudo.

A cada paso volcaban mi pobre escudilla de piel de buey derramando su contenido sobre mi sotana. Y había que tomarlo a

broma si durante la comida estallaba entre ellos alguna camorra de mil demonios; pues en tal coyuntura, cada uno sujetaba su marmita con ambas manos contra la tierra, que servía a los hombres y animales de mesa, silla y cama a un mismo tiempo. En fin, la presencia de los perros era insoportable sobre todo cuando metían sus hocicos en la tartera y despabilaban las raciones antes de que nuestras manos pudieran impedirlo.

Estas pinceladas bastan y sobran para describir las incomodidades que había que aguantar en los albergues de los indios; pero completemos el cuadro añadiendo algo sobre su alimentación. Al principio de mi convivencia con ellos no podía probar bocado de sus repugnantes guisos y mezcolanzas, pues jamás condimentan con sal ni sus potajes ni sus asados, y la suciedad es el único aderezo de su cocina. Por esto me contentaba con algún mendruguillo de pan y algún pedazo de anguila ahumada, hasta que un día mi huésped me reprendió ásperamente porque comía tan poco. Así que andaba siempre hambriento, aun antes de que la necesidad y el hambre nos acosasen, mientras que, por su parte, los salvajes sacaban la tripa de mal año en sus frecuentes francachelas.

Como las nevadas no fueron tan abundantes como los años precedentes, no se internaron tanto los indios en sus partidas de caza, y solamente cobraron algunos castores y puerco espines; y aun esto en tan escasa cantidad, que apenas teníamos lo estrictamente necesario para no morirnos de hambre. Mi huésped me dijo en esta temporada en que nos apretó la necesidad: «Padrecito procura armarte de paciencia y soportar el hambre. Tendrás que quedarte a veces dos días y a veces tres, sin comer nada; pero no te amilanes por esto, ten buen ánimo. Cuando vengan las nevadas será la nuestra y comeremos en abundancia».

Generalmente hacíamos una comida cada dos días. De ordinario, por la mañana nos desayunábamos con carne de castor, y al día siguiente, al anochecer, cenábamos un puerco espín del tamaño de un lechoncillo. Esta ración, distribuida entre las 19 personas que formábamos aquel grupo, resultaba sumamente escasa; pero era lo preciso para ir tirando sin desfallecer. Si para los días en que no se repartía la consabida ración me proporcionaba alguna piel de anguila, podía tenerme por feliz y aderezarme un banquete regio que supliese el desayuno, comida y cena. Al principio aproveché una piel de

esta clase para remendar mi sotana, pues me olvidé de traer conmigo algunos retazos de tela para estos menesteres; mas cuando el hambre me hizo sentir sus rigores, descosí aquellas composturas y las devoré con tanto apetito, que si la sotana entera hubiera sido de la misma materia, os certifico que al regreso hubiera menguado mucho su largura. Con igual voracidad di cuenta de unos rancios cueros de alce, que todavía encontré en gran parte menos correosos que la piel de anguila. En tan aflictiva situación me iba a los bosques y roía y masticaba las cortezas más tiernas que encontraba.

A las incomodidades originadas por este modo de vida hay que añadir las aflicciones de espíritu que sufrían continuamente. La convivencia con los salvajes, corrompidos, supersticiosos, sepultados en las sombras del paganismo, con la consiguiente confusión de ideas religiosas y embrutecimiento moral, era un manantial perenne de sufrimientos. Si intentaba el misionero una y mil veces hablarles del verdadero Dios, le salía al paso la cortísima capacidad intelectual del indio, y a veces la mofa y el desprecio. Agravaba la situación el insidioso proceder de los curanderos, que achacaban al «sotana negra» cualquier desgracia o contratiempo que padecía la tribu, y con sobrada frecuencia maquinaban hasta su muerte. Si alguna enfermedad, inevitable con aquel género de vida e insalubre alimentación, asaltaba al misionero, de modo que a duras penas podía seguir a remolque a los indios, que para nada se preocupaban de él, en esas terribles circunstancias se necesitaba todo el heroico temple de un P. Brébeuf para no desanimarse.

Después de una permanencia de seis meses entre los algonquinos, volvió el P. Brébeuf el 26 de marzo a la ciudad de Quebec. Los enormes padecimientos y fatigas de tan penosa jornada no enfriaron un punto sus fervores; al contrario, le acuciaron el deseo de encaminarse sin perder tiempo a las comarcas de los hurones, y muy pronto pudo ponerlo por obra. Pocos meses después, la flotilla hurona,

venida para hacer su acostumbrado tráfico, debía emprender la vuelta a su tierra. El padre Brébeuf, acompañado de un padre recoleto y de otro jesuita, el P. Roué, se incorporó a la caravana india. El viaje resultó muy largo y lleno de peligrosas peripecias. Con intrépida resolución se embarcaron en una frágil canoa, sumamente estrecha de ocho a diez pies de longitud, fabricada de cortezas de abedul, pegadas entre sí con tal arte, que no dejaban penetrar ni una gota de agua por sus junturas. «Sobrecargada hasta los bordes -escribía en 1611 el misionero jesuita P. Biard- apenas tiene la canoa medio pie de calado; y vacía resulta tan manejable, que se puede transportar debajo del brazo y emprender la marcha a toda velocidad».

Con embarcaciones más grandes y pesadas no pudieran los hurones hacer el largo viaje fluvial hasta su territorio, que distaba 800 kilómetros, pues el cauce del río por donde debían navegar estaba erizado de escollos y gruesas rocas, que apenas dejaban entre sí un estrecho pasadizo. Además, tenían que escurrirse entre innumerables islas e islotes, donde frondosas plantas y renuevos entrelazaban sus raigones desde el fondo hasta la superficie del agua, y con su tupida maleza enredaban entre sus mallas la débil canoa, impidiendo su avance. Los mayores obstáculos que impedían el tráfico y las comunicaciones eran las numerosas cataratas y saltos de agua con sus rápidas vertientes. Dejemos la palabra al P. Brébeuf, que en carta a sus superiores se expresaba así[ii]:

> Vuestras Reverencias han contemplado los saltos de agua que hay en Quebec, y así pueden imaginarse el riesgo que constituyen para los navegantes. Todos los ríos de esta región ofrecen una larga serie de cascadas, y, muy especialmente, el San Lorenzo, desde que desemboca en él el río Prairie; pues siguiendo agua arriba desde esta confluencia, no cruza su cauce ninguna explanada, y así sus aguas resbalan por abruptos

declives, rugiendo espumosas como un despeñado torrente, y de trecho en trecho se precipitan por peligrosas cascadas de bastantes brazas de profundidad. Yo me acordaba con frecuencia de las cataratas del Nilo, tantas veces descritas por los viajeros. Cuando nos acercábamos a estos saltos de agua, no había otro recurso que saltar a tierra y transportar en hombros las mercancías y aun las mismas canoas, a través de intrincadas selvas, o escalando altos y enriscados peñones. Esta operación cuesta inmensas fatigas, pues algunos de estos transbordos suponen dos y tres horas de camino, y en muchos casos hay que abrirse previamente una senda por la espesura, aun cuando sólo se lleve reducido equipaje. En otras vertientes no menos inclinadas y rápidas que las mismas cascadas, aunque menos difíciles de navegar, los indios saltan al agua y empujan, sacando adelante la canoa a costa de mil fatigas y peligros. Pues hay oportunidades en que se hunden hasta el cuello en el agua, y se ven forzados para salvarse a dejar como pueden, según la inspiración del momento, la lancha al azar de la corriente, que la arrastra con ímpetu arrollador. Esto sucedió a uno de nuestros indígenas, que se quedó solo con la canoa, cuando los demás la abandonaron al llegar a una peligrosa vertiente; gracias a su destreza y robustez, pudo salvarse y sacar a flote la barca con todo su cargamento. Yo tuve la paciencia de ir contando el número de estos peligrosos parajes: 35 veces tuvimos que transportar en vilo las canoas, y otras 50 por lo menos nos aventuramos a dejarlas a merced de la corriente. En este trabajo quise ayudar de vez en cuando a los indios; pero el lecho del río estaba formado de tan punzantes rocas, que no pude caminar largo trecho con los pies desnudos por aquellas asperezas.

Otra dificultad provenía de la anormalidad de la alimentación. Con frecuencia teníamos que guardar riguroso ayuno, cuando no dábamos con los depósitos de provisiones, que en los transbordos por la selva se confundían entre el equipaje. Mientras se rebuscaban en el confuso montón, el hambre no daba treguas, hasta que, por fin se nos traía la necesaria ración. El alimento habitual consistía en un poco de maíz, triturado como mejor podíamos entre dos piedras, y amasado generalmente sin más condimento que el agua del río. Esto no era excesivamente sabroso. A veces nos tomábamos el lujo de añadir pescado, pero solamente cuando por casualidad atravesábamos un país donde nos lo vendían.

> Se añade a lo dicho que teníamos que dormir sobre el santo suelo o sobre una escarpada roca, cuando no teníamos la fortuna de encontrar algún espacio de diez a doce pies cuadrados donde armar nuestra tienda de campaña. Además, había que soportar el hedor continuo del sudor y vaho de los indios, las fatigas de las marchas a través de ciénagas y pantanos, las jornadas por bosques impenetrables, donde las picaduras de innumerables moscas y cínifes eran un tormento espantoso. No quiero ponderar el largo y penoso silencio a que nos vemos condenados, sobre todo los principiantes, que, a menudo, no tienen a su lado a nadie que comprenda su idioma, y ellos todavía no entienden el de los indios... Las duras experiencias de estos viajes nos aleccionaban sobre la necesidad de comenzar por abrazarnos con la cruz, que el mismo Señor ponía sobre nuestros hombros para su gloria y por la salvación eterna de los pobres indios. Confieso ingenuamente que en ocasiones me vi tan apretado de pusilanimidad y cobardía, que el cuerpo se negaba a seguir adelante. Pero cobraba aliento mi alma al considerar que todo se padecía por Dios; y nadie puede imaginarse estas avenidas de consuelo si no las experimenta en sí mismo.

El peligro de la navegación tomaba mayores proporciones con la superstición de los compañeros de viaje. Sobre este particular escribe así nuestro misionero[iii]: «A veces bastaba una palabra, un sueño, una imaginación cualquiera, o la menor incomodidad o resentimiento, para maltratar a un hombre, o para dejarlo abandonado en tierra o sencillamente para quitarle la vida. Así sucedió a un pobre algonquino, a quien, sin más, abandonaron sus propios sobrinos en un caso de éstos; y hace escasamente un mes que en las cercanías de nuestra aldea otro joven algonquino que tuvo la desgracia de caerse en el fuego, fue asesinado por los mismos de su tribu porque temían que en adelante sólo les serviría de estorbo en la canoa». Y, sobre todo esto, era preciso estar continuamente en guardia contra los iroqueses que acechaban a los hurones para caer a mansalva sobre ellos y robarles el cargamento.

Entre estos riesgos se hacía la travesía remontando el curso del San Lorenzo hasta el territorio donde hoy se

asienta la ciudad de Montreal; después se torcía por el río Prairie hasta desembocar en el Ottawa. También el cauce de este río era rocoso y abundante en grandes cascadas; al principio, al entrar en el lago Nipissing, el viaje era apacible; pero pronto cambiaba la decoración al llegar al río de los Franceses, que une con su fragoso trayecto el lago Nipissing con la parte del lago Hurón, que hoy se llama la bahía de Jorge. En sus riberas orientales y meridionales habitaban los hurones agrupados en unas veinticinco aldeas

El P. Brébeuf, como había hecho sus experiencias en el viaje con los indios, redactó sus impresiones, para provecho y edificación de sus hermanos en religión, en un escrito que tituló: «Instrucciones para los Padres de nuestra Compañía que sean enviados a misionar entre los hurones»[iv]. Como síntesis y fundamento de su programa, encabeza sus advertencias con este pensamiento digno de su grande alma de apóstol: «Debemos amar de corazón a los salvajes y mirarlos como hermanos nuestros, redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo, y decidirnos a pasar entre ellos el resto de nuestros días». A continuación inserta una larga serie de consejos para el viaje: «Se debe cuidar con diligencia al embarcar o desembarcar en la canoa de recoger el ruedo de la sotana para que no arrastre por el agua ni se meta ninguna inmundicia ni humedad en la embarcación. Conviene hacer la jornada descalzos de pie y pierna para estar siempre dispuestos a saltar al agua; si hay que rodear las cascadas, es preciso ponerse los zapatos, y si las distancias son considerables, también los calzones. Procúrese no molestar a nadie en la canoa con el sombrero. Es preferible encasquetarse resueltamente el gorro de dormir, sin avergonzarse de esto ante los indios... No se comience ninguna operación si no se siente con gusto para hacerla continuamente; por ejemplo, no toquen los remos

si no tienen fuerzas para remar desde el principio hasta el fin de la jornada. Escójase desde el primer momento su puesto fijo en la canoa, y no se cambie nunca de lugar. No se preste a los salvajes ninguna prenda de vestir, si no se les puede dejar para todo el viaje, etcétera, etc. ».

También el P. Brébeuf les da instrucciones prácticas para su manutención durante la jornada, descendiendo a tales menudencias, que sus hermanos pudiesen gustar anticipadamente la vida que les aguardaba. «Acostúmbrense a comer apenas raya la aurora, aun cuando lleven provisiones en la canoa para hacer su comida al mediodía, pues los salvajes, cuando viajan sólo toman alimento de madrugada cuando se levantan y a la noche cuando se acuestan... Conviene hacerse violencia para comer sus puches de maíz y demás mezcolanzas, si se las ofrecen, aun cuando tales potajes estén sucios, medio crudos e insípidos. Por lo que toca a las mil incomodidades que se ofrecen cuando se anda entre mucha gente, es preciso apechugar con ellas por amor de Dios, sin que una palabra de disgusto asome a los labios ni un gesto delate nuestra impaciencia. Bueno es al principio tomar cuanto ofrecen, aun cuando no se pueda comer todo; pues una vez que se acostumbra uno a sus manjares, nunca parece la ración demasiada».

A los que encontraba con mucha afición a saberlo todo, y deseando conocer hasta los últimos pormenores, les hacía esta juiciosa reflexión: «No conviene hacer demasiadas preguntas ni dejarse llevar del ansia inmoderada de adelantarse en el aprendizaje de la lengua o en los informes de los viajes, pues por este camino fácilmente se pasa la raya de lo justo. Así se molesta a los compañeros de viaje con continuas impertinencias, y en nada se alivian las fatigas con este método. El silencio es el

mejor preservativo y pertrecho para muchas cosas durante las largas horas de la jornada».

Palabras de sublime sabiduría misional y de apostólica prudencia son las que estampa el padre Brébeuf al final de sus instrucciones: «Convenceos de una vez que los salvajes conservarán indeleblemente grabada en el alma la impresión que les produzcáis durante el primer viaje; y el que al principio da la sensación de hombre antipático y difícil de contentar, ya le costará trabajo arrancarles después el mal efecto producido. Debéis tratar en el viaje, no sólo con los compañeros de embarcación, sino con todos los individuos de su tribu; hoy viajaréis al lado de éstos y mañana al lado de los otros de la misma familia, y no tardarán en publicar entre sus camaradas el concepto y estima que tenéis de su gente. Parece casi increíble cómo reparan en los más menudos defectos y guardan perdurable recuerdo. Si camináis en alguna ocasión con algún indio, mostradle, al menos, alegre rostro, ya que no podáis dirigirle todavía amables palabras, y así le demostraréis prácticamente que soportáis con gusto las fatigas del camino. De este modo se hacen llevaderas las contrariedades y se tiene mucho adelantado, pues os ganaréis la simpatía y el corazón de los indios».

---

[i] Thwaites, VII, 34 y sig.

[ii] Relation 1635. Thwaites, VIII, 74 y sig.

[iii] Rel. 1635; Thw., tomos citados.

[iv] Rel. 1637; Thw., XII, 116.

CAPÍTULO III
ENTRE LOS HURONES

Una aldea india. –El P. Brébeuf, solo entre los salvajes. –Aprendizaje del idioma indio. –El primer catecismo en la lengua hurona. –Costumbres salvajes de los hurones. – Su hospitalidad. –Vida sacrificada del misionero. –Supersticiones de los salvajes. –Los sueños. –Sus danzas curativas. –Los hechiceros. –Necesidad de médicos en la misión. –Creencias en los espíritus. –La santa Misa entre las tinieblas del paganismo. –Gracias extraordinarias de oración. –La caridad del misionero. –Repentino regreso a la capital de la colonia. –Los ingleses toman Quebec. –Los misioneros vuelven a su patria.

Casi treinta días duró el viaje en las canoas de los indios, y, por fin, pudo el P. Brébeuf alcanzar el objeto de sus anhelos. Entonces vio por vez primera desplegarse ante sus ojos el panorama de una aldea hurona, pertrechada a su manera con inexpugnables fortificaciones. Una zanja de varios pies de profundidad rodeaba todo el poblado; la tierra excavada la habían amontonado por la parte interior, formando un terraplén coronado por una trinchera, guarnecida de tres hileras de estacas entrecruzadas por arriba; gruesas corazas de cueros de buey revestían aquel parapeto hasta la altura de un hombre, y por la parte superior corría, a modo de almenas, un pasadizo para los guerreros, que desde tan elevada posición recibían a los asaltantes con una granizada de piedras; lanzaban torrentes de agua en las brechas incendiadas por el enemigo.

En torno de la aldea se extendían como recortados tapices los campos de cultivo, que sus moradores habían roturado con grandes esfuerzos en la selva virgen. Más tarde tuvo ocasión el P. Brébeuf de admirar las faenas de los hurones en tales desmontes. Comenzaban por podar los gigantescos árboles del bosque, apilando después las ramas y follaje alrededor del tronco, y por fin les prendían fuego. Concluida esta operación preliminar, echaban por tierra con sus hachas de pedernal los troncos carbonizados del contorno. A continuación, extirpadas de cuajo las últimas raíces, proseguían las labores, verdaderamente propias de esclavos, que se reservaban a las mujeres; con azadas de madera y de hueso removían el terreno, mezclándolo con los residuos de los árboles calcinados, lo dejaban descansar algún tiempo, y, por remate de todo, enterraban las semillas. Estas consistían en maíz, alubias, calabazas, tabaco, girasoles, de cuyas pepitas extraían el aceite necesario para ungir sus cabellos y dar brillo a todo su cuerpo, y cáñamo huronés, con cuyas fibras tejían sus mantas y prendas de vestir. No se preocupaban lo más mínimo de abonar el campo y mejorar sus condiciones. Cuando, al cabo de unos treinta años, el terreno se quedaba empobrecido y exhausto y los bosques del contorno no brindaban la leña necesaria para sus hogares, recogían sus enseres, y plantaban de nuevo sus viviendas en otro paraje.

La aldea donde fijó su residencia el P. Brébeuf se llamaba *Toansé,* y allí tuvo varios años su campo de apostolado y la palestra de sus esfuerzos y sudores. Su hermano en religión, el P. Roué, se quedó a su lado, mientras el recoleto P. De la Roche-Daillon se internó en otra avanzada más remota, perteneciente también a los hurones. Transcurrido algún tiempo, no muy largo, sus dos compañeros se despidieron del territorio huronés, el jesuita, porque no acababa de dominar la lengua de los

indios, y el recoleto, porque fue llamado por sus superiores. Solamente el P. Brébeuf se quedó como único europeo y evangelizador en aquellas salvajes soledades. ¿Qué empresas llevó a cabo estos años durante su permanencia entre los hurones? El silencio de las selvas vírgenes guardó para siempre la memoria de sus heroicas hazañas. Por su parte, el P. Brébeuf, el humilde apóstol de Jesucristo, a quien más tarde obligaron con repetidas instancias a escribir sus aventuras y campañas misionales, no era hombre que pusiese sus miras en legar a la posteridad la historia de sus empresas. Únicamente por algunas declaraciones posteriores, enteramente fortuitas, nos podemos informar de alguna que otra particularidad referente a los principios de sus misiones con las tribus huronas.

Suponemos que empezaría por aprender el idioma, que no era fácil empeño. Aún no se había redactado ninguna gramática de esta lengua y los salvajes no podían tener la menor idea de semejante posibilidad. El P. Brébeuf no tuvo ningún maestro que le facilitase los primeros rudimentos, aunque casi estamos tentados de afirmar que tuvo quizá demasiados. Oigamos los ensayos y tanteos que hizo en este respecto, y recojamos de su pluma las interesantes palabras que escribió a varios hermanos en religión, que se distinguían por su ciencia en Francia[v]: «Aunque vosotros hayáis sido en vuestra patria excelentes profesores y muy eruditos en las ciencias sagradas, tened en cuenta que aquí debéis comenzar por haceros humildes niños de escuela, y Dios sabe qué maestros os deparará la suerte. Las mujeres, los niños y, en general, todos los salvajes serán vuestros profesores, y tendréis que soportar sin la menor compasión sus burlas y chacotas. El idioma de los hurones será para vosotros la *Suma* de Santo Tomás, o la *Metafísica* de Aristóteles y, aunque hayáis pasado plaza

de grandes talentos y obtenido gran renombre entre los sabios y grandes personajes de nuestra nación, debéis resignaros a permanecer entre los indios largas temporadas completamente mudos. Y os podéis tener por dichosos si, después de mucho tiempo, podéis balbucear algunas cortas, frases».

Pero para el alma enteramente endiosada de un padre Brébeuf, estas dificultades eran dulces frutos arrancados del árbol de la Cruz. Así escribía a sus hermanos de la Compañía[vi]: « ¡Oh, qué alegría siente el corazón modelado según la voluntad de Jesucristo, al hacerse humilde discípulo de un salvaje o de un chiquillo para ganar a sus maestros para Dios y hacerlos discípulos del Crucificado! ¡Con qué facilidad y abundancia de consolación se comunica Dios con esas almas, que, por su amor, se someten a tan heroico ejercicio de humildad! Cuántos vocablos aprende, tantos méritos atesora y tantas presas arranca al enemigo de la naturaleza humana; así puede hacer suyas mil veces al día aquellas palabras del Salmista: "Me regocijaré en tus promesas como quien halla ricos despojos"».

Paso a paso fue dominando este denodado campeón de la fe, las dificultades del idioma, y logró tales adelantos en estos primeros años, que podía seguir sin ningún esfuerzo la conversación de los indios, aunque confesaba que debía continuar mucho más tiempo este aprendizaje hasta agotar la inmensa riqueza de modismos y palabras compuestas en que abundaba. Desde luego, aprovechó sus conocimientos para traducir a la lengua de los hurones el catecismo del P. Ledesma, y con esto realizó una obra de gigante, que aprovecharon como rica mina sus sucesores en el apostolado. La versión de este catecismo no fue tarea fácil, pues los hurones no poseían el vocablo propio para muchas ideas y misterios de nuestra sacrosanta religión, y

así se veía forzado de continuo a usar de múltiples circunloquios hasta ajustar el concepto al molde de la lengua. Que el traductor logró dar en el blanco después de infructuosas tentativas y variadas correcciones, nos lo hacen sospechar algunas advertencias que apunta el P. Brébeuf en la relación del año 1636. Allí escribe, por ejemplo: «... no quiero dejar de mencionar las dificultades insospechadas que supone enseñar el *Padrenuestro* a los indios cuyos padres hubieran ya fallecido, porque toman como atroz injuria el que se les miente a los muertos que han querido mucho (y ellos, basándose en el genio del idioma, refieren el *Padrenuestro* a su padre difunto). En una ocasión faltó poco para que una mujer, cuya madre acababa de morir, abandonase su propósito de bautizarse, porque en la catequesis, con la mayor inocencia del mundo, se le recordó "el cuarto mandamiento: Honrar padre y madre"».

En otra página nos refiere que, al usar una palabra que expresa un concepto relativo, siempre había de añadir el correspondiente pronombre posesivo, y así, no se podía pronunciar aislado el vocablo *padre,* sino completar la frase con alguno de los tres posesivos, y decir: «mi padre, tu padre o su padre». «En consecuencia, como para ellos no tenía sentido en su idioma la expresión "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", ¿no podíamos sustituirla por esta otra equivalente: "en el nombre de nuestro Padre y de su Hijo y del Espíritu Santo de ambos"? Yo creo que en esta fórmula están expresadas con toda propiedad y exactitud las tres Personas de la Santísima Trinidad, pues la tercera es, en realidad el Espíritu Santo, procedente de las dos anteriores; la segunda es el Hijo de la primera, y ésta, a su vez, en frase del Apóstol (Efe. 3), en nuestro Padre celestial. ¿Debemos aventurarnos a introducir estas variantes en fórmulas tan venerables, al

menos hasta que el lenguaje de los hurones adquiera mayor flexibilidad y abundancia de giros o el espíritu de esta raza se acomode a nuestro idioma? Desde luego –añade humildemente–, no tomaremos ninguna resolución sin antes oír vuestro parecer»[vii].

Duro el aprendizaje de la lengua; pero, a su vez, el amoldarse a los usos y costumbres de los indios mediante una lenta y progresiva compenetración, constituía una larga cadena de mortificaciones y sacrificios interiores para el apostólico corazón del misionero. Mas él sabía con bondadoso optimismo apreciar el lado bueno del carácter indio. Si ellas –pongamos por caso– no tenían la menor idea de la guarda de la virginidad antes del matrimonio ni de la fidelidad conyugal hasta que la joven esposa llegaba a ser madre, en cambio, podía el misionero valerse de la invencible repugnancia que sentían las indias a contraer segundas nupcias, para explicarles otros deberes que impone la moral cristiana en este punto[viii]. Era, ciertamente, un tormento insoportable para su alma pura y delicada el espectáculo de inmoralidad que continuamente contemplaban sus ojos. A sus hermanos en religión, que más tarde deseaban con ahínco ser destinados a las misiones entre indios, les ponía en guardia sobre los serios peligros de contagio que aquel corrompido ambiente amenazaba al hombre «que no tiene el corazón lleno de Dios para inmunizarse contra tan abominable ponzoña»[ix]. Por otra parte, encomiaba y ponía por las nubes el mutuo amor y armonía que reinaba entre los hurones, «y que ellos procuraban con todo empeño fomentar con sus invitaciones a los regocijos nupciales, con recíprocos regalos, con banquetes y frecuentes visitas. Cuando vuelven de sus pescas, de sus cacerías o de sus viajes comerciales, se hacen con toda liberalidad ricos presentes; si en sus batidas han capturado abundantes y

extraordinarias presas, más aún; si han hecho considerables compras o recibido grandes regalos, en tales ocasiones organizan un banquete para toda la aldea y ofrecen lo mejor que tienen; en una palabra, puedo asegurar que en ninguna parte se observa fenómeno semejante»[x]. Claro está que estas francachelas no eran precisamente un modelo de urbanidad y espejo de buenas costumbres: «Suelen durar casi siempre veinticuatro horas, por lo regular; se sirven de 30 a 40 platos y se consumen unos 30 ciervos». A cada comensal presenta el anfitrión su parte correspondiente; «y si alguno no puede devorar cuanto le ponen delante para aquel día, y no encuentra a nadie que le ayude a despachar su ración, se ve en un compromiso difícil de resolver; y así, tiene que quedarse en el mismo sitio veinticuatro horas seguidas, hasta que da cuenta de su ración»[xi]. También el P. Brébeuf hacía mucho aprecio de la hospitalidad de los salvajes: «Nunca cierran la puerta al forastero y, una vez acogido en el hogar, se le obsequia con lo mejor que hay en casa; nunca despiden con cajas destempladas, y cuando el viandante quiere continuar su marcha, con un sencillo "muchas gracias" salda todos los gastos del hospedaje. Esto me hace esperar que si Dios los ilumina con su gracia, sabrán corresponder generosamente al llamamiento divino y a las promesas de Jesucristo. Y, una vez que le reciban como huésped en sus hogares tengo la consoladora convicción de que tan buenos salvajes le abrirán de par en par las puertas de sus corazones, y no les sufrirá el alma que aguarde esperando en los umbrales, sino que se entregarán a tan dulce dueño sin regatearle su amor, sin hacerle nunca traición, sin arrojarle por el pecado mortal y sin buscar otro blanco en su servicio que su mayor honra y gloria; y esta lealtad a toda prueba es una garantía sólida de que se aprovecharán enteramente de las gracias y auxilios sobrenaturales»[xii]. Así buscaba y encontraba siempre el celoso misionero en el

carácter de los indios algún punto de conexión que facilitase la enseñanza del cristianismo. Por este método, si no lograba arrancarles de los ojos la venda de la infidelidad y caldearles el corazón para que recibiesen sus sublimes enseñanzas, al menos se conquistaba por adelantado su afecto y conseguía que le guardasen respetuosa consideración cuando indicaba llanamente que alguna cosa no era de su agrado.

Pero a renglón seguido declaraba con toda naturalidad: «Por lo demás, debo extremar las precauciones cuando me veo forzado a hablarles otro lenguaje más duro acerca de sus costumbres o les instruyo sobre la necesidad de crucificar la carne y de respetar la santidad del matrimonio; cuando amenazo a la infidelidad conyugal con los castigos eternos contra los libertinos; cuando llega el momento de fulminar aquella sentencia: "Los que hacen esto no pueden alcanzar el reino de los cielos", temo que se me subleven si les hablo abiertamente de la necesidad de vestirse de Cristo y de traer su librea, de la obligación que les corre como a cristianos de distinguirse por una virtud que ni siquiera de nombre conocen. Si se les intima el mandato del Apóstol: "Esta es la voluntad de Dios, a saber, vuestra santificación, que cada uno de vosotros sepa guardar su propio cuerpo santa y honestamente, sin mancharlo con pasiones torpes, como lo hacen los gentiles que no conocen a Dios", temo, con mucho fundamento, que se estremezcan de pavor ante las exigencias de la castidad y pureza, y se alejen espantados de las sublimes enseñanzas de Jesucristo, murmurando entre dientes las mismas expresiones que repetían los habitantes de Cafarnaúm: "Dura es esta doctrina, y ¿quién es el que puede escucharla?"»[xiii].

Entretanto, el único recurso que restaba al padre Brébeuf era la oración y el sacrificio para recabar de Dios la

gracia de la conversión de los hurones. Lo que él sufrió y ofreció al Señor durante tres años de incruento martirio, abandonado en aquellas inmensas soledades, sin consuelo humano, entre aquellos indios sepultados en la barbarie, e incapaces de remontarse a tan excelsas alturas, sólo Dios puede saberlo. Algún eco lejano del natural abatimiento que le producían estas contrariedades podemos percibir en las cartas que escribió a los jesuitas de Francia, que sentían grandes entusiasmos por las misiones: «Aquí tenéis una lección que fácilmente os aprenderéis de memoria, pero que con suma dificultad podréis traducir en obras. Vosotros vendréis de una nación civilizada y caeréis en las manos de estos salvajes, a quienes se les da un comino de toda vuestra filosofía y teología; todas las cualidades excepcionales que en Francia os granjearían un amor y estima universal, serán aquí perlas arrojadas a los puercos o, por lo menos, a las bestias y acémilas de carga, pues os despreciarán con toda su alma si echan de ver que sois menos forzudos y resistís sobre vuestros hombros menos peso que ellos; en cambio, si os presentáis como gigantes desnudos y os echáis de un golpe a la espalda la carga que ni un caballo percherón pudiese arrastrar, inmediatamente quedaréis graduador de maestros y doctores de sus ciencias y facultades y os tendrán por hombres superiores e ideales; por otro camino del de la fuerza bruta, nada conseguiréis. Verdaderamente que Jesucristo es nuestro único modelo ideal, y sólo debemos poner nuestros ojos en Él y en su Cruz, si queremos trabajar entre estos salvajes, pues si a otro fin enderezamos nuestros esfuerzos, sólo hallaremos fatigas de cuerpo y aflicciones de espíritu. Pero si encontráis a Jesucristo en la Cruz, entonces habréis hallado las rosas entre las espinas, la miel en la amargura, el todo en la misma nada»[xiv].

¡Cómo corría sangre del lacerado corazón del misionero cuando, tras incansables afanes, una y mil veces contemplaba a sus hurones enredados siempre en sus estúpidas supersticiones y vanas creencias sobre los espíritus! Los sueños, por ejemplo, desempeñaban un papel principalísimo en sus ideas religiosas y prácticas morales. «Tienen una fe ciega en los sueños, que deja muy atrás toda clase de fe, y si los cristianos atendiesen a los preceptos divinos con la misma solicitud con que nuestros salvajes atienden a los sueños y los toman como norma de conducta, pronto llegarían a una santidad muy encumbrada. En estos soñados delirios descubren órdenes y mandatos irresistibles, cuya ejecución no se puede descuidar sin exponerse a terribles castigos... Los sueños son para estas pobres gentes un oráculo que consultan y siguen ciegamente, un profeta que descorre ante ellos el velo del porvenir, una Casandra que les anuncia las catástrofes que se avecinan, una panacea universal que aplican a todas sus enfermedades; en una palabra, ellos son su monarca absoluto; si de un lado un cacique les intima una orden, y de otro un ensueño les persuade lo contrario, ya puede gritar el cacique hasta enronquecer; se obedecerá, ante todo y sobre todo, al ensueño. Este será el único guía en sus viajes y empresas, el exclusivo consejero de las familias, el que ocupe la presidencia en sus asambleas; sus jornadas comerciales, sus pescas y batidas de caza se emprenderán según sus indicaciones y casi en absoluto para complacer sus exigencias. De lo más precioso que poseen se despojan con mil amores con ocasión de un ensueño... Este puede arrebatarles las provisiones almacenadas para todo un año. Prescribe de antemano las comilonas de sus fiestas, los bailes, los cantos, los juegos; en una palabra, todo, pues es, en realidad, el dios supremo de los hurones»[xv].

A los sueños atribuían una influencia particular sobre las enfermedades. El enfermo debía dormir y soñar, y este medio era la mejor medicina contra su dolencia. Otro de los métodos curativos más en boga consistía en bailes y danzas. Con íntima repugnancia relata el P. Brébeuf estos extravagantes ardides y burlescas supercherías inventadas por el demonio y que le habían de costar a él y a sus hermanos grandes esfuerzos desarraigar. Una de las danzas más escandalosas era la llamada «cofradía de los locos», que ponían en juego cuando querían sanar a un demente. «Aquí me detendría a describir todos sus pormenores si no temiese alargarme demasiado. Baste con insinuar en general que las más desenfrenadas bacantes del paganismo en sus orgías no llevaban a tal extremo sus infames liviandades. A veces llegan también, según cuentan, hasta darse mutuamente la muerte valiéndose de brujerías y encantamientos con que procuran hechizarse; los talismanes mágicos consisten en pezuñas de oso, dientes de lobo, uñas de águila, nervios de perro y algunas piedras especiales. Si el encantador quiere despertar la sorpresa y admiración, debe arrojar abundante sangre por boca y narices o al menos aparentar que la arroja, valiéndose de unos polvos rojos que toma disimuladamente. Y a esto añaden otras soeces extravagancias, que será mejor pasar en silencio»[xvi].

Si no logran infundir al doliente los sueños que le devolverán la salud, el encantador le receta alguna medicina. Los hurones se servían de muchas clases de encantadores. «Hay entre estas tribus -escribe en la relación correspondiente al año 1636- algunos hechiceros, cuya virtud consiste en producir el viento y la lluvia; otros vaticinan lo futuro; otros indagan el paradero de los objetos extraviados; en fin, muchos son curanderos de oficio que aplican a los enfermos mil remedios que nada

tienen que ver con la enfermedad... A veces ordenan una fiesta con su banquete de asado de perro, otras organizan una especie de *criquet* u otra clase de juego, y después mandan al doliente que duerma envuelto en la piel de algún animal que le indican, etc.».

A propósito de las necesidades temporales de los indios y de la carencia absoluta de medios en que se encuentran en sus enfermedades, apunta el padre Brébeuf el siguiente pensamiento: «Si algún médico experimentado y virtuoso se decidiera a venir a estas regiones, salvaría seguramente muchas almas con sólo atender a su bienestar temporal, y puedo asegurarle que Dios le haría la misma promesa que a Abraham cuando le dijo: "Yo seré tu grande e insuperable recompensa"; los milagros de la Naturaleza preparan el camino para los milagros de la gracia, con tal que al Autor de todo le plazca servirse de ellos para sus fines»[xvii].

Los hurones se figuraban que el Universo entero estaba dotado de alma. Según sus creencias, un alma racional informaba cada cosa en particular, cada árbol, cada peñasco, cada animal, cada estrella; y así, vivían en una continua preocupación desviviéndose por aplacar y tener siempre propicio a este mundo inmenso de los espíritus. Cuanto más espléndida les parecía alguna cosa, cuanto más estupendo se presentaba a sus ojos cualquier espectáculo de la Naturaleza, se imaginaban que allí tenía su morada algún genio o demonio de mayor categoría. Para declararles que las cosas materiales no están animadas, sino que un espíritu único y omnipotente se esconde detrás de todas las manifestaciones de la Naturaleza, imprimiendo a todos los seres el sello de su poder, les preguntaba: « ¿Hay nada más admirable, que la hermosura de los cielos y del sol que nos alumbra? ¿Hay fenómeno más prodigioso que el ofrecido por los árboles,

que en invierno aparecen desnudos, deformes y casi muertos, y con el soplo de la primavera recobran la vida y se visten de un manto de alegría? ¿Quién hace que el trigo que sembráis se pudra en la tierra, y, gracias a esa corrupción, produzca sus esbeltos tallos y doradas espigas? Y con todo, vosotros rechazáis esta afirmación: el que produce tantas bellezas y cada año desarrolla ante nuestros ojos tantos prodigios, es un espíritu superior y una inteligencia suprema»[xviii].

La misma sublimidad y magnificencia de los cielos con sus asombrosas manifestaciones se la figuraban los indios como un poderoso genio, «como una potencia que preside y dirige los cambios de las estaciones, que empuña en sus manos las riendas de los huracanes y enfrena las ondas del mar, que prepara los prósperos viajes, y en todas las necesidades puede socorrerlos». De aquí deducía el misionero como consecuencia que sería fácil con el transcurso del tiempo, aplicando estas ideas a la divina Providencia, llevar estos pueblos al conocimiento de su Creador[xix]. Pero a estas predicaciones del P. Brébeuf prestaban los indios oídos sordos, y si alguna vez se esforzaba en interpretar estas absurdas extravagancias de modo que sirviesen de punto de partida que los condujese al conocimiento de Dios, le respondían con la mayor sangre fría: «Eso quizá sea bueno para vosotros, los *rostro-pálidos,* pero a nosotros nos basta con guardar fielmente las tradiciones de nuestros antepasados». Si les explicaba las recompensas y castigos de la otra vida y les animaba a recibir la fe para entrar en la posesión del cielo, le replicaban impasibles «que preferían irse a los infiernos con los suyos, antes que entrar en el paraíso con los blancos». Sus corazones seguían empedernidos y cerrados, y a los razonamientos del misionero daban siempre la misma imperturbable respuesta: «No te canses en vano; tus

costumbres no son las nuestras, y tu Dios no puede ser nuestro Dios».

Duro sobre todo encarecimiento debía ser para su corazón abrasado de ardiente caridad y celo, trabajar, rezar, sacrificarse meses y meses, años y más años, sin cosechar ningún fruto y sin lograr la conversión de un solo salvaje. Por lo menos le serviría de consuelo y lenitivo el poder franquear las puertas del cielo a algunos niños, a quienes en el último extremo administraba el santo Bautismo. Pero, sobre todo, le quedaba un manantial perenne de consolación: cada mañana descendía a su pobre choza el Redentor del mundo, al ofrecer sobre el altar el Santo Sacrificio. Mientras a su alrededor se espesaban las sombras de muerte y las tinieblas del paganismo recalcitrante, que se obstinaba en no reconocer a su verdadero Dios, y arrastraba las cadenas del demonio, el Hijo de Dios ofrecía a su Eterno Padre en el verdadero sacrificio de la nueva alianza la renovación incruenta de su inmolación en el Calvario. La sangre del Redentor clamaba cada aurora misericordia y perdón para las almas infieles, y el solitario sacerdote colocaba sus fervorosos anhelos y fervientes plegarias sobre el ara y en el cáliz del Santo Sacrificio. Ciertamente, le lastimaría el alma celebrar tan augustos misterios en un local tan poco digno. Algunas huellas de estas dolorosas experiencias personales estampó en las cartas que escribió más tarde a sus hermanos en Religión: «En Francia predicáis vosotros entre las magnificencias y esplendores del culto católico, y os inspira recogimiento y devoción la majestad de nuestras suntuosas catedrales... En cambio, en estas regiones tendréis que omitir muchas veces la santa Misa, y cuando se ofrezca ocasión de poderla celebrar, os servirá de capilla algún rincón de vuestra cabaña, y el humo, la nieve o la lluvia os impedirá que la adornéis, aun cuando tuviereis a

mano los adornos necesarios para ello»[xx]. Pero Dios no abandonaba a su fiel apóstol: «Aquí -prosigue- contemplamos únicamente lo más esencial de nuestra sacrosanta Religión, el Santísimo Sacramento del altar, y la fe nos abre los ojos para mirar sus prodigios sin que ningún símbolo de su majestad nos deslumbre y preste su concurso, al igual de los Magos que, venidos de Oriente, ofrecieron sus dones y prestaron vasallaje al divino Infante reclinado en las pajas del pesebre. Pero cualquiera diría que Dios se complace en suplir lo que nos falta y en colmarnos de bendiciones como recompensa de haber venido por su gracia a través de los mares a buscarle un pobre albergue en estas destartaladas chozas, entre los pueblos gentiles, y así nos regala con la misma predilección con que mira a tantos católicos que en tierras de herejes sufren las borrascas de las persecuciones. Estas pobres gentes apenas ven de vez en cuando una iglesia o un altar; pero esto poco que ven les causa doble efecto del que les produciría en tiempos de paz religiosa. ¡Qué consolación inunda el alma, creedme de verdad, cuando, en medio de esta gentilidad, podemos arrodillarnos ante una cruz! Los ojos se nos van a lo alto, y, al impulso de la fe más ardiente, entramos en la humilde covacha donde el mismo Hijo de Dios ha puesto su morada. ¿No ha de bastar para vivir día y noche en un verdadero paraíso el que el deseado de las gentes se albergue bajo nuestro mismo techo, y sólo una piel de buey o un ligero tabique de madera lo separe de nosotros?»[xxi].

En medio de aquellas soledades, el Señor consolaba a su apóstol, sobre todo en la oración, otorgándole los más súbitos grados de la contemplación mística. El P. Raguenau, que fue más tarde Superior de la misión hurona, nos da a conocer en la relación del año 1649 la vida de oración del P Brébeuf:

Tenía tan fácil entrada en el trato con Dios, que a veces bastaba una sencilla palabra para tenerle ocupado largas horas en oración embebiéndole, si no el espíritu, de cuya disipación e inercia se quejaba habitualmente, a lo menos el corazón, que saboreaba las verdades eternas de la fe y, henchido de santo alborozo y amor, encontraba en ellas su descanso... Como durante el día sus continuos afanes por la salvación de las almas no le dejaban espacio libre para entregarse al reposado y tranquilo trato con Dios, se levantaba, siguiendo los impulsos de su corazón, todas las mañanas varias horas antes de la hora acostumbrada. Por el mismo motivo prolongaba sus vigilias hasta las altas horas de la noche, y solamente cuando la Naturaleza exigía imperiosamente sus derechos y el sueño le forzaba a descansar, entonces se acostaba vestido sobre el desnudo suelo, reclinando su cabeza sobre un tronco que le servía de almohada, y concedía al cuerpo el reposo que no podía negarle en conciencia. Repetidas veces descubro en sus apuntes espirituales que a menudo el Señor suspendía el ejercicio de sus potencias, admitiéndole a la unión más íntima; en otras ocasiones quedaba arrobado y en éxtasis, sumido en la contemplación; y una vez confiesa que todo su espíritu se abismó en el seno de Dios, gustando los inefables transportes del amor divino. Sobre todo, llenaba su alma de suavísima ternura la sacratísima persona de Jesucristo, contemplado en los dolores de su pasión. A veces sentía este amor como un fuego que le abrasaba el pecho, y de día en día tomaba mayores vuelos, consumiendo las deficiencias y flaquezas de su naturaleza, y llenando la capacidad de su alma con los carismas sobrenaturales de la gracia y con el espíritu de su adorable Redentor.

Pero él no ponía su empeño en conseguir estas mercedes extraordinarias y ni siquiera las deseó nunca. Por esto mantuvo siempre tan ocultas estas gracias sobrenaturales -a excepción de aquellos casos en que no podía callarse en conciencia- que jamás se le oyó hablar de ellas ni hacer la menor insinuación. Y la consecuencia que sacaba siempre de todo esto era mayor humillación y mayor desprecio de sí mismo, que se manifestaba en tenerse por el último de todos y en andar siempre temeroso de que el demonio le armase alguna celada. En conclusión: no se gobernaba por estos favores extraordinarios, aun cuando el Señor le revelase muchas veces las cosas futuras..., sino que atendía siempre a los principios de la fe, las ordenaciones de la obediencia y las luces de la razón[xxii].

Con estas palabras indica el P. Raguenau la piedra de toque para discernir que las gracias sobrenaturales de oración concedidas al P. Brébeuf procedían del buen espíritu, y que en ellas no había que recelar la menor ilusión del enemigo.

Las llamas del amor iluminaron y esclarecieron con sus brillantes resplandores los sufrimientos y asperezas de la abnegada vida de este apóstol. Así pudo exclamar en un arranque de efusión: «Venid, venid aquí, no temáis las dificultades, pues no existen para quienes, como nosotros, ponen su mayor alivio y consuelo en estar crucificados con Cristo. El silencio os será dulce entretenimiento, pues habéis aprendido a conversar con Dios y a vivir en el cielo tratando con los ángeles y santos; los manjares os serán desabridos si no están condimentados con la hiel que dieron a beber a Jesucristo crucificado, y que os parecerá más sabrosa que los más regalados platos del mundo ¡Qué satisfacción y contentamiento se experimenta al lanzarse por las cascadas y vertientes y al trepar a gatas por los peñascos, si uno tiene presente ante los ojos la amorosa persona del Redentor que, agotado a fuerza de tormentos, con la Cruz sobre sus hombros, va subiendo la áspera cuesta del Calvario! Con gusto soportará las incomodidades y estrecheces de las canoas quien medita en Cristo crucificado. ¡Qué avenidas de consolación endulzan el alma cuando uno se ve abandonado de los salvajes, consumido por la calentura o a punto de morirse de hambre entre las selvas vírgenes, y allí puede exclamar: ¡"Dios mío, por puro amor tuyo, por cumplir tu santa voluntad, me veo en esta situación"! ¿Y quién dirá las dulzuras que paladea el alma al meditar aquellas palabras que brotan de los labios de Cristo moribundo: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"»[xxiii].

Solamente un alma caldeada en el amor divino podía escribir estas frases que surgen como llamaradas de un incendio de caridad. Llevado en alas de este amor, conquista el P. Brébeuf a los salvajes indios, y cuando más le hacían padecer, tanto más se le adentraban en el corazón y mayor era su empeño en hacerse semejante a ellos para ganar a todos para Dios. De este amor brotaba pujante el misterioso impulso y fuerza irresistible que le hizo el gran apóstol de los hurones. «Dominó con tanta perfección las inflexiones y acento del idioma indio –afirma el P. Raguenau–, que parecía haber nacido en esta misión. Su carácter y modo de pensar lo amoldó de tal suerte a la índole y temperamento indios, que se ganó sus corazones y era el ídolo de sus cariños, cuando se vio obligado, en el año 1629, a volver a Francia, porque los ingleses, que se habían adueñado de la colonia, no consintieron que allí quedase ningún predicador de la fe»[xxiv].

Sin duda que recibió el más tremendo golpe que le podían asestar cuando, en 1628, le llegó la inesperada orden de su Superior, el P. Lalemant, de volverse inmediatamente a Quebec. Debido a la pésima administración de la Compañía de Comercio, la colonia estaba a pique de perecer de miseria, y aun los misioneros se veían en el duro trance de no poder sostener la obra de las misiones. En tan apretadas circunstancias, el Superior quiso tentar el último esfuerzo y embarcarse él mismo para Francia, y allí informar a la corte y a sus ministros de la escasez de subsistencias y extrema necesidad de la colonia y de los misioneros. Pero antes de darse a la vela quiso convocar a los misioneros para consultar en común las órdenes necesarias que debían observarse en los casos que se presentasen durante su ausencia.

Después que el P. Brébeuf se despidió de los salvajes, que se quedaban sumidos en la aflicción, hizo su viaje en la

flotilla hurona que se dirigió a Quebec para hacer sus tráficos y granjerías. El 17 de julio de 1628 llegó a la capital de la colonia francesa, después de dos años de ausencia. Pero aquí le aguardaba otra desconsoladora noticia: Quebec estaba sitiada por los ingleses, dirigidos por un calvinista francés, traidor a su patria y todos preveían que la ciudad, tarde o temprano, acabaría por rendirse por falta de bastimentos, a no ser que alguna flota francesa se presentase de improviso y les hiciese levantar el cerco. En tan azaroso conflicto no podía el P. Brébeuf regresar con los hurones a sus tierras, pues ni sus hermanos en Religión, ni menos Champlain, se lo consentirían.

Inmensa tristeza invadió el corazón del apóstol. ¿Todos sus sacrificios, todas sus dolorosas experiencias resultarían al cabo totalmente infructuosas? ¿Llegaba la hora de despedirse definitivamente de la misión hurona, y de perder la esperanza de volver a un país tan ansiosamente suspirado? Al principio éstos eran sus presentimientos. Una flotilla francesa intentó romper el cerco, pero fracasó lastimosamente; la necesidad se hacía cada vez mayor en la ciudad sitiada; el P. Brébeuf participó de los rigores del período más difícil, y, por fin, después de un año de heroica resistencia, Champlain se vio forzado a rendirse. Con honrosa capitulación obligó al enemigo a dejar paso franco a los misioneros y colonos para que regresasen a Francia. Así, vemos al apóstol de los hurones arrancarse con íntimo dolor de aquella tierra donde esperaba exhalar su último suspiro y levantando su corazón al cielo, murmurar ardientes plegarias para que Dios se compadeciese de los desamparados salvajes y le permitiese un día volver al país de sus pobres hurones. El Señor escuchó benignamente tan fervientes ruegos.

---

[v] Rel. 1636; Thw., X, 90.

[vi] Bel. 1636; Thw., X, 104.

[vii] Rel. 1636; Thw., X, 118.

[viii] Más tarde tuvo que reconocer el P. Brébeuf que entre los hurones era un caso muy excepcional el que no contrajesen nuevas nupcias las indias.

[ix] Rel. 1636; Thw., X.

[x] Rel. 1635; Thw., VIII, 126.

[xi] Rel. 1636; Thw., X, 178.

[xii] Rel. 1635; Thw., 128.

[xiii] Rel. 1636; Thw., X. 314.

[xiv] Rel. 1637; Thw.. XII, 122.

[xv] Rel. 1636; Thw., X, 168.

[xvi] Rel. 1636; Thw., X, 206.

[xvii] Rel. 1636: Thw., X, 192.

[xviii] Rel. 1635; Thw., VII, 110.

[xix] Rel. 1636; Thw., X, 160.

[xx] Rel. 1636; Thw., X, 96.

[xxi] Rel. 1636; Thw., X, 106.

[xxii] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 172.

[xxiii] Rel. 1636; Thw., X, 98.

[xxiv] Rel. 1649; Thw., XXXIX, 158.

CAPÍTULO IV

SE ORGANIZA DE NUEVO LA MISIÓN DE LOS HURONES

Regreso del P. Brébeuf a Nueva Francia. –Asamblea de los hurones. –Dilación de la jornada al territorio hurones. –El P. Brébeuf, superior interino en Quebec. – La primera expedición de misioneros. –Dificultades del viaje. –Amistosa acogida entre los hurones. –Edificación de una cabaña para los misioneros. –«El cacique del día». –La primera instrucción catequística. –El secreto del éxito de los misioneros.

Por la paz ajustada de San Germán logró el poderoso Richelieu reconquistar definitivamente para Francia sus colonias ultramarinas de Norteamérica. De nuevo volvieron a encargarse los jesuitas de su misión en la ribera del San Lorenzo el año 1632; el P. Le Jeune, genio organizador de primer orden, se embarcó como Superior con algunos jesuitas con rumbo a Nueva Francia para levantar otra vez desde sus cimientos la destruida obra de las misiones. Al año siguiente regresaba también a la colonia Champlain, el insigne colonizador, con el cargo de gobernador general. Entre su comitiva se encontraba el P. Brébeuf, quien, en alas de su apostólico celo, se dirigía a su amada misión. En los años que había permanecido en su patria y desempeñado en los colegios de Ruan y Eu el cargo de procurador, se había unido con vínculos todavía más estrechos con Jesucristo, su Rey eterno. El 30 de enero

de 1630 pronunció sus últimos votos, y con esta ocasión se apoderó de su alma, como lo escribió en sus apuntes particulares, «un ardiente anhelo de padecer algo por Jesucristo... Yo me puse enteramente en sus manos, y le hice esta petición: "Haz, Señor, de mí un hombre según tu Corazón. Muéstrame lo que Tú esperas de mí. Nada bastará a separarme de tu amor: ni la desnudez ni la espada, ni la misma muerte"»[xxv].

¿Qué maravilla es que con esta disposición de ánimo no tuviese otro deseo más vehemente que poder volver lo antes posible al lado de sus hurones? Mientras entretenía su febril anhelo aguardando en Quebec el día de la partida, se le iban los ojos hacia ellos, pues ya había llegado el tiempo en que los indígenas solían bajar, bogando por el San Lorenzo, para hacer sus cambios y mercaderías. Pero este año se retrasaron más que de ordinario; los indios llamados de la *tribu menor,* por cuyo territorio debían pasar, se empeñaron en estorbarles la jornada. Fue el caso que uno de aquella raza, por asesinar a un francés, fue encarcelado por las autoridades de Quebec, y se temía de un momento a otro su ejecución. Según afirmaban los de la *tribu menor,* también habían de vengar los franceses el asesinato en los hurones si osaban dirigirse a Quebec. Estos convocaron consejo de guerra, y decidieron enviar por delante a algunos miembros de la tribu, especialmente aceptos a los franceses, para que se enteraran de la opinión reinante en la fortaleza de los *rostro-pálidos.*

¡Con qué emoción palpitaría el corazón del padre Brébeuf cuando divisó en lontananza la primera canoa de sus antiguos amigos, que se deslizaba por el San Lorenzo! Los temores de los indios se desvanecieron, y, por fin, se aventuraron a traer a Quebec la mayor parte de su flotilla, que se componía de más de 500 canoas. Sin perder tiempo armaron sus tiendas de campaña en las riberas del río, y

expusieron allí las pieles y cueros que habían transportado con el fin de hacer sus cambios y contrataciones. Al día siguiente se tuvo una solemne conferencia para cambiar impresiones con los indios. El P. Le Jeune nos dejó escrito el ceremonial y protocolo de esta conferencia y las materias allí ventiladas:

> He oído contar que en cierta ocasión el rey Luis IV tuvo un consejo de guerra en el mismo campo de batalla, y le sirvió de trono y regio estrado un tronco que casualmente estaba allí derribado. He aquí una imagen de lo que fue aquella asamblea de los hurones; la única diferencia consistió en que los asientos estaban más a flor de tierra, sencillamente sobre el desnudo suelo; y allí se apelotonaban todos, revueltos y confundidos en un bello desorden, con esta particularidad, que los miembros de una misma tribu y los concejales de la misma aldea formaban grupos más compactos; en el mismo espacio que entre nosotros surgen conflictos y disputas sobre precedencias al ocupar los asientos, y se gasta lastimosamente el tiempo ofreciendo a cada uno su puesto correspondiente, pues se tendría por una grosería imperdonable el que cada cual tomase el sitio más de su agrado, se podrían comenzar y concluir tres sesiones entre los indios, aunque no se puede afirmar de ellos que en sus arengas, a veces bastante prolijas, no discutan las cosas por lo serio. Tomaron parte en este consejo unos setenta hombres, sin contar los muchachos que aparecían aquí y allá entremezclados con la muchedumbre. Después que cada cual se acomodó en su puesto como mejor supo, tomó la palabra el cacique y comenzó su discurso, cuya proposición se redujo a explicarnos cómo los hurones, los indios cazadores de osos, etcétera, se habían congregado para deliberar con los franceses. Al concluir su perorata, los salvajes, en señal de aprobación, rompieron unánimes en un triple *¡Hurra!* arrancado de lo más hondo de sus gargantas. Con esto quedaba reconocida oficialmente la legalidad de aquella asamblea, y el cacique, en un nuevo discurso, prosiguió diciendo que ellos habían venido a visitar a los *rostro-pálidos,* a quienes tenían por amigos y hermanos, y a ofrendar en testimonio de esta amistad y cordial fraternidad sus presentes al cacique Champlain, y acto continuo pusieron delante tres fardos de pieles de castor. Los hurones mostraron su asentimiento a esta entrega con repetidos *¡Hurras!,* y los franceses admitieron cortésmente el regalo. A continuación, el cacique reanudó por

tercera vez su arenga para manifestar el regocijo que todos sentían por el regreso de Champlain, a cuyo hogar venían todos a calentarse; y como combustible del fuego de la amistad ofrecieron otros dos o tres fardos de pieles de castor.

Entonces le tocó su turno a Champlain para dirigirles la palabra. Comenzó testimoniando su amistad con los indios, y añadió que nuestros Padres irían al territorio de los hurones como prueba del amor y afición que profesaban a los indígenas; y para recomendarlos hizo de ellos los mayores encomios. Estos son nuestros Padres -les decía-, y los amamos más que a nuestros propios hijos, y aun mucho más que a nosotros mismos. En nuestra patria gozan de grande estima y reputación, y ni el hambre ni la pobreza los han traído a estas regiones. Vivirán entre vosotros sin mermar un punto vuestras haciendas ni entrometerse en vuestro comercio de pieles. Si de verdad nos queréis, como habéis asegurado hace poco, mostradlo poniendo vuestro cariño en estos Padres. Tenedlos en mucho aprecio y ellos os enseñarán el camino del cielo, pues precisamente con este intento han dejado su patria, sus amigos y todas las comodidades, para instruiros y enseñar, sobre todo a vuestros hijos, esta ciencia tan sublime como necesaria.

A continuación respondieron varios caciques, y al terminar la solemne conferencia se levantó el P. Brébeuf, y en la lengua de los hurones les anunció que los Padres querían embarcarse con ellos y pasar a sus tierras para vivir y morir entre los indios; que su único anhelo era que los tuviesen por hermanos y naturales de sus mismas tribus. Un entusiasta *¡Hurra!* de aprobación, salido del fondo de sus gargantas, mostró que los indios estaban en perfecto acuerdo con los planes del misionero. En este momento -prosigue el P. Le Jeune- rodearon al P. Brébeuf, entablándose una ardiente competencia a ver quién lograba llevarle en su canoa, disputándose todos a porfía esta honra; algunos se me acercaron, me estrecharon la mano y se decían unos a otros: «Mira cómo se parecen enteramente los Padres; de seguro que son hermanos carnales». Finalmente, los habitantes de la aldea en que antes fijó su residencia el padre Brébeuf se dirigieron a él y le instaban con amorosas súplicas: «Háblanos con entera franqueza y dinos con toda libertad: ¿Prefieres vivir en nuestra tierra? ¿Quieres compartir con nosotros nuestras chozas, o que te edifiquen una especial para ti solo...?» Se veía por estas sencillas expansiones cuán entrañablemente amaban estos salvajes a nuestro P. Brébeuf [xxvi].

Ciertamente, no habían olvidado a su querido «Echom», como llamaban al P. Brébeuf en su lengua, y les pareció un plazo interminable el que debía transcurrir antes de conducirle con sus compañeros los padres Davost y Daniel, y algunos criados, a sus abruptas montañas. Pero esta vez no logró el misionero ver cumplido su ardiente deseo de llegar a la tierra de los hurones. A última hora, cuando los indios habían ya concluido sus negocios y contrataciones, cuando Champlain les había dado un banquete de despedida, en que los franceses, a su vez, obsequiaron a los hurones con presentes; cuando los guerreros que llevarían en sus canoas a los Padres habían cobrado el importe del pasaje y se había fijado la partida para el amanecer del siguiente día, entonces el demonio vino a estorbar con sus enredos el que los Padres misioneros se embarcasen con los indios. La última noche, a eso de las diez o las once, se presentó un indio anunciando que los salvajes de la *tribu menor,* cuyo prisionero no querían dejar en libertad los franceses, no consentirían a los hurones pasar impunemente por su territorio si transportaban en sus canoas un solo *rostro-pálido.* De nada aprovecharon cuantas medidas se pusieron en juego para vencer esta dificultad; los hurones enviaron por delante, parte de su gente que navegó un día entero para solucionar el conflicto en el camino mediante un pacífico arreglo; Champlain intentó ganarse mediante promesas y amenazas al mensajero de la *tribu menor;* pero éstos se mantuvieron inflexibles a pesar de las amenazas de guerra. Entonces el P. Brébeuf, por evitar que se derramase la sangre de los indios, declaró que aquel año renunciaba a su proyectado viaje, aun cuando los hurones se comprometían a llevarle consigo, arrollando cuantos impedimentos pusiese la *tribu menor.*

Este contratiempo puso a prueba el alma del padre Brébeuf. Por un momento pudo abrumarle la fuerza de este fracaso, pero su férrea voluntad no se desalentó. Con redoblados fervores se dedicó en Quebec a repasar la lengua hurona, y aprovechó sus conocimientos para enseñar tan difícil idioma a sus hermanos en Religión que habían sido destinados a misionar en tierra hurona. Cuando el P. Le Jeune se decidió a seguir a los algonquinos en sus excursiones invernales en busca de caza, nombró al P. Brébeuf vicesuperior, para que lo reemplazara en su ausencia, y más tarde nos dio el siguiente testimonio en la relación de aquel año: «El padre Brébeuf es un hombre que el mismo Dios ha elegido para esta misión; durante los seis meses de invierno que yo permanecí entre los indios, se quedó como representante mío, y gracias a él todo siguió su tranquilo curso»[xxvii]. Con frecuencia venían a Quebec algunos algonquinos, a los cuales nuestro misionero, gran conocedor de la psicología india, acogía siempre con paternal benignidad.

Cuando se iba acercando la temporada en que los hurones debían volver para cambiar sus mercaderías, por junio de 1634, el P. Brébeuf abandonó Quebec y partió a Trois Rivières al encuentro de los indios, porque se esparció la noticia de que aquel año no llegarían hasta la capital de la colonia. Una acometida de los iroqueses en el otoño anterior había diezmado las filas de los hurones e impedido sus cacerías en tal grado, que solamente once canoas pudieron arribar a la colonia francesa. Con esto se hacía sumamente difícil a los misioneros y a sus auxiliares trasladarse con todo su bagaje en tan pocas canoas. Tuvieron que esgrimir todas las armas de la persuasión y colmar de regalos a los indios para que accedieran a regañadientes a llevar consigo a los Padres y a sus criados con el equipaje más indispensable. Vino a acrecentar las

dificultades una epidemia pertinaz que se desarrolló entre los indios, de suerte que sólo quedaron disponibles tres canoas. En una de ellas rompió la marcha por el San Lorenzo el padre Brébeuf con el P. Daniel y un sirviente; ocho días más tarde zarpaba el P. Davost, y una semana después el resto del personal de la misión emprendía su viaje al territorio de los hurones.

Esta vez, debido a la epidemia reinante y al consiguiente mal humor de los indios, no menos que a sus constantes temores de que los iroqueses les atacasen, la jornada fue mucho más trabajosa que la anterior, cuando el P. Brébeuf se dirigió por vez primera a la región hurona. Este Padre se encargó en esta ocasión de las más duras tareas, y procuró suavizar las fatigas del viaje a sus compañeros, que todavía no estaban avezados a las rudas fatigas que supone la navegación con los indios. «Él llevaba consigo el fardo más pesado del equipaje -escribe el P. Raguenau- y remaba desde la aurora hasta bien entrada la noche; él era el primero en saltar al agua en las rápidas vertientes y el último que volvía a sentarse en el bote, a pesar de los rigores de los fríos y hielos. Sus piernas estaban siempre amoratadas y todo su cuerpo entumecido. Él era por la madrugada el primero en dejar el descanso para encender el fuego y aderezar el desayuno, y por la noche el último que se retiraba a descansar. Y lo más admirable era la alegría y prontitud con que tomaba sobre sí tantas cargas, de modo que cualquiera pensaría que tales ejercicios los hacía por puro gusto e inclinación. "Yo soy un verdadero buey (decía jugando con su nombre, tan parecido a *boeuf*, que en francés significa *buey*), y sólo sirvo para mozo de cuerda"»[xxviii].

El P. Davost fue tratado cruelmente por los salvajes durante el trayecto; después de robarle gran parte de su equipaje, le forzaron a tirar lo restante por la borda. Se le

abandonó sin más ni más en una isla habitada por algonquinos, pero le recogió otra canoa de hurones que pasó después. «Cuando llegó a la tierra de los hurones, se encontraba tan agotado y deshecho, que pasó mucho tiempo hasta que logró reponerse un tanto», escribe el P. Brébeuf [xxix]. También P. Daniel tuvo que sufrir indecibles trabajos hasta que llegó con mucha lentitud al término del viaje.

Los hurones se portaron algo mejor con su venerado «Echom», y así fue el primer misionero que arribó a su región; pero no se libró de que al final de la jornada le jugasen una mala partida. Le acomodaron con su bagaje en Toanché, la aldea donde antes había ejercido su celo, y le dejaron enteramente solo en aquel paraje, sordos a las instancias del misionero, y ellos se fueron, a otro lugar distante siete leguas. Lo peor era que aquel pueblo de Toanché estaba enteramente desierto porque en las cercanías había sido asesinado un blanco y los habitantes de la aldea huyeron a otro lugar temiendo la venganza de los *rostro-pálidos*. El P. Brébeuf, sin perder tiempo, escondió su equipaje en un matorral y se dio a buscar la nueva aldea, hasta que la encontró a una legua de distancia.

Su llegada despertó gran conmoción entre los indios: «Apenas me reconocieron y comenzaron a gritar: "Ya está 'Echom' otra vez con nosotros", cuando me rodearon con tumultuosa alegría para saludarme y darme la bienvenida; todos me saludaban por mi nombre, y uno me decía: "¿Es posible, 'Echom', sobrino mío, hermano mío, primo mío, que otra vez estés entre nosotros?" Pero, despidiéndome de ellos, porque la noche se venía encima, busqué alojamiento, y después de tomar un frugal refrigerio me encaminé escoltado por una turba de alegres rapaces a recoger mi equipaje. Era ya la una de la madrugada cuando volvimos a la aldea. Me alojé provisionalmente en

una choza de un tal Auandoye, que era, por lo menos cuando yo estuve allí la vez primera, uno de los más ricos de los hurones»[xxx]. Durante seis semanas recibieron los misioneros franco hospedaje de este indio, pues la construcción de la choza a ellos destinada, y que los habitantes de esta aldea y de otra vecina se comprometieron a levantar, caminaba muy lentamente.

La vivienda que se les construyó era una verdadera cabaña de indios. «No se me ocurre describirla mejor –escribe el P. Brébeuf– que comparándola a un nido o a una enramada o cenador de un jardín; con la particularidad de que está cubierta a trechos no de ramas y follaje, sino de cortezas de cedro, fresno, abeto y encina... Se construyen cabañas y chamizos de distintas dimensiones; algunos son de dos codos de longitud, otros de diez y veinte, y algunos, finalmente, miden hasta cuarenta codos. La medida más normal se reduce a cuatro codos de largo y otros tantos de alto. No hay que pensar en diversos pisos, ni existe la menor diferencia entre bodega, dormitorio y despensa. No se divisa ventana alguna o chimenea fuera de algún angosto orificio en la techumbre, que da paso al humo. El interior de nuestra choza lo arreglamos por nuestra propia cuenta, y a pesar de que el menaje no tiene nada digno de verse, no acaban los salvajes de admirarse de tanta magnificencia. Dividimos el recinto en tres piezas: la primera, colocada en el vestíbulo, sirve de recibidor, de almacén, donde, a la usanza india, se conservan las provisiones de granos y de galería para tomar el fresco; la segunda se reserva para nuestras habitaciones particulares y en ella tenemos nuestra cocina, taller, molino, comedor y dormitorio. A los lados, junto a la pared, se levantan dos arquetas, como estilan los hurones, y dentro de ellas guardamos nuestras ropas y otros enseres y menudencias; en la parte inferior, donde los indios tienen la leña, hemos

arreglado una celda para dormir y para esconder nuestras cosas de las uñas del hurón, que todo lo garbea. Los indios acostumbran a dormir junto al fuego; hemos alfombrado con una estera el desnudo suelo, y un cuero de buey o un montón de hojarasca nos sirve de catre, mantas y colchón. La ropería se reduce a nuestras prendas de vestir y unas cuantas pieles. La tercera pieza de nuestra choza está separada de las demás por un tabique de madera, que la resguarda de todo daño, y por su novedad excita el asombro general. A un lado se encuentra nuestra capillita, donde celebramos la santa Misa y durante el día nos recogemos para hacer oración... Al otro lado guardamos los demás objetos de nuestro uso. La choza entera es de seis codos de larga y tres y medio de ancha. Aquí estamos instalados tan perfectamente, aunque no con tanta comodidad que no recibamos con sobrada abundancia las caricias de la lluvia, nieve y frío glacial»[xxxi].

El problema del alumbrado en tan angosto recinto era una constante dificultad para los misioneros, pues por el agujero del techo no entraba la claridad suficiente para poder leer. En verano, y cuando hacía buen tiempo, se arreglaban buenamente saliendo fuera; pero en los largos meses de invierno, con sus interminables noches, era la falta de luz una fuente de costosas incomodidades; como medio de alumbrarse se servían del resplandor del fuego que ardía en medio de la cabaña, pero la densa humareda llenaba el espacio, de suerte que los ojos se llenaban de lágrimas y atormentaban con continuos dolores. Por esto costaba enorme fatiga solamente acabar con el rezo obligatorio del breviario.

Casi nunca les dejaban en paz en su cabaña, pues ésta, como todas las de los indios, estaba siempre de par en par abierta a todos los visitantes. Y así penetraban los hijos de la selva para admirar a su sabor los extraños objetos que

usaban los *rostro-pálidos;* cada uno quería manejar y poner en movimiento, siquiera una vez, el molinillo con que los Padres trituraban el grano. «Pero lo que más excita su admiración es el reloj de campanilla que guardan los Padres en la choza. Los indios creen que es un ser vivo, pues no saben explicarse de otro modo cómo da por sí mismo las horas; y cuando se acerca el momento de sonar las campanas se cercioran con todo empeño de si todos nosotros estamos allí reunidos con ellos, pues recelan que alguno se queda escondido tras el reloj para hacerle resonar a su tiempo. Así que dan por descontado que tienen entendimiento, sobre todo desde que en cierta ocasión un criado nuestro, al sonar la última campanada, apostrofó por guasa al reloj, diciéndole: "Ahora, a callar, que ya repicaste bastante". Y al punto el artefacto guardó silencio. Le han puesto por nombre "El cacique del día". Cuando suena el reloj dicen que habla, y nos preguntan apenas vienen cuántas veces ha hablado hoy el cacique. También inquieren con toda formalidad qué alimento toma. Con frecuencia se quedan plantados ante él horas y más horas por tener el gusto de oírle hablar. Al principio nos demandaban muy serios qué había dicho, y les dimos dos respuestas que ellos conservaron muy bien en su magín: la primera, que en invierno, al dar las cuatro, quería decir: "Salid ya fuera para que se cierren las puertas", y llegado el momento, los salvajes se ponían en pie y se marchaban; la segunda, que al mediodía anunciaba el reloj: "Ea, ya está la olla preparada". Y por cierto que comprendieron este anuncio mejor que el primero, pues nunca faltan gorrones que acuden a esa hora a rondarnos la puerta para que les demos algún bocadillo»[xxxii].

La primera labor a que debían aplicar su actividad los compañeros de misión del P. Brébeuf era el estudio de la lengua hurona, pues aunque en Quebec habían aprendido

los primeros rudimentos de ella, con todo les faltaba mucho para poder entender a los indios y dirigirles la palabra. Aun el mismo P. Brébeuf, que estaba componiendo el diccionario y gramática de este idioma, confesaba que cada día descubría en él nuevas formas y combinaciones. Y así escribió en cierta ocasión a sus superiores: «No se pasa día sin descubrir nuevos misterios en esta ciencia; y por esta razón no ha llegado la hora de remitir nuestros manuscritos gramaticales para que se impriman. Gracias a Dios dominamos la lengua lo bastante para entender y ser entendidos, pero no lo suficiente para publicar algo que valga la pena. Ciertamente es una tarea en sumo grado dificultosa aprender a fondo, sin maestros ni medios auxiliares de ningún género, este extraño lenguaje, tan rico y variado en sí y tan distinto en todos sus pormenores de nuestros idiomas europeos»[xxxiii].

Pero el celo de las almas y su incansable constancia triunfó al fin de todas las dificultades, y en breve tiempo estaban ya en condiciones de enseñar a los niños lo más esencial del Catecismo. Comenzaron por reunirlos en su choza tan pronto como pudieron. Ante todo cantaban con todos los niños el *Padrenuestro,* que el P. Daniel, con mucho trabajo, logró traducir en verso a la lengua hurona. Después, el misionero enseñaba a esta sección de párvulos la señal de la cruz, el *Avemaría,* el *Credo;* les hacía preguntas sobre la explicación anterior, les señalaba otra nueva leccioncita; por fin, los despedía, no sin premiar antes con algún par de abalorios o con algunas pasas a los más avispados que mejor habían respondido. Con estas industrias se despertó una noble emulación entre la gente menuda, y los misioneros tuvieron pronto el consuelo de ver cómo los rapaces, distribuidos en grupos, repetían las oraciones.

Los pequeños atraían a sus padres para que se instruyesen en las verdades de la fe. En verano y otoño, cuando los hurones hacían sus excursiones para cazar, pescar, o hacer sus tráficos y permutas, no se podía pensar en una instrucción metódica y ordenada. Pero cuando al apuntar el invierno los salvajes volvían a sus ranchos y se celebraban los primeros banquetes para solemnizar sus fiestas y cacerías, los misioneros invitaban a los caciques a reunir el pueblo como en una asamblea general en la cabaña de la misión, donde les daban la instrucción necesaria. Y ¡cómo gozaban los padres cuando sus hijos acertaban con la respuesta y veían que el misionero los elogiaba y les hacía algún regalo en premio de su aplicación! Así, poco a poco, se iban conquistando aquellos varones apostólicos el ánimo de la gente mayor, que acudían con sumo interés y tomaban parte en la instrucción, haciendo sus comentarios, exteriorizando su admiración con aplausos y de otras maneras semejantes. Pero no era empresa fácil imprimir en sus corazones el convencimiento de las verdades del Cristianismo. «Están muy asidos a sus perversas costumbres y hábitos gentiles –testifica en su relación del año 1635–, en especial los salvajes más ancianos. En nuestra aldea tenemos dos o tres tipos de esta clase. Yo disputo con ellos frecuentemente y los persuado de sus errores, poniéndoles de manifiesto sus palmarias contradicciones, hasta obligarles a confesar su ignorancia, con no poco contentamiento de los presentes, que se divierten a su costa; pero ellos no dan su brazo a torcer y se mantienen en sus trece, encastillándose en aquella última razón, que su tierra no es como la nuestra, y que ellos tienen otro dios, otro paraíso, otros usos y costumbres»[xxxiv].

Pasado algún tiempo, vieron los misioneros que no era lo más práctico congregar diariamente a todo el pueblo en

su cabaña para darle una instrucción general. Las mujeres y los niños estorbaban el buen orden, y así, cambiaron el plan, yendo algunos Padres, que ya dominaban la lengua, día tras día y de choza en choza, catequizando cada familia en su propio hogar. Los domingos reunían dos veces a los varones en la cabaña de la misión, por la mañana, para que oyesen la santa Misa, a la que asistían los catecúmenos, según el uso antiguo de la Iglesia, solamente hasta el Ofertorio, y por la tarde, para darles una instrucción general, en la que repasaban prácticamente la materia explicada durante la semana. Con la mayor frecuencia posible, y en todas las épocas, juntaban a los hombres en la choza del misionero para explicarles los misterios de la fe. Mostraban los indios no vulgar talento para comprender la hermosura y conveniencia de la Religión cristiana; pero en los preceptos morales, aunque reconocían que estaban muy puestos en razón, encontraban serias dificultades, y no se resolvían a dejar sus inveteradas y corrompidas costumbres paganas. Los misioneros tuvieron que ofrecer muchas oraciones y sacrificios desde un principio para obtener la bendición del cielo, antes que el grano de mostaza de la doctrina cristiana arraigase en el suelo salvaje de la misión hurona y produjera hermosas flores y frutos. El celo apostólico y la heroica constancia de los misioneros labró de antemano el terreno y dispuso los corazones de los salvajes para que se abrieran a la fe. «Para convertir a los infieles -atestigua una carta de un misionero escrita en los comienzos de la misión hurona-, no tanto se necesita mucha ciencia como bondad y sólida virtud. Los cuatro elementos que deben formar al varón apostólico de Nueva Francia son amabilidad, humildad, paciencia y amor a toda prueba. El celo ardentísimo abrasa todo como una centella; pero pronto se disipa su fuego sin dejar profunda huella de su actividad; se requiere todavía en mayor grado magnanimidad y el espíritu de adaptación

para atraer a los salvajes. A duras penas se enteran de las enseñanzas abstractas de la Teología; pero desde el primer momento comprenden a maravilla nuestra humildad y dulzura de corazón, y se dejan ganar fácilmente por este medio»[xxxv]. Y otro misionero añade: «Yo creía que era necesario obrar milagros para convertir estos infieles; pero me engañé de medio a medio, pues los milagros que sirven en Nueva Francia son: hacerles siempre beneficios sobre beneficios, padecer incansablemente en su pro, encomendarles a Dios con fervientes oraciones, sentirse indigno de ellos y tenerse por hombre enteramente inútil y despreciable. El que posea estas virtudes hará los mayores milagros y llegará a la más encumbrada santidad. En efecto, cuesta mucho más trabajo humillarse profundamente ante Dios y los hombres y anonadar su propia personalidad, que resucitar un muerto, pues si se tiene el don de obrar milagros, cuesta esto último solamente una palabra; pero el humillarse cuesta la vida entera de un hombre»[xxxvi].

[xxv] Rouvier, 50.

[xxvi] Cf. Rel. 1636; Thw., V, 244; VI, 1.

[xxvii] Thw., VI, 36.

[xxviii] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 180.

[xxix] Rel. 1635; Thw., VIII, 80.

[xxx] Rel. 1635; Thw., VIII, 92.

[xxxi] Rel. 1635; Thw., VIII, 106.

[xxxii] Rel. 1635; Thw., VIII, 110.

[xxxiii] Rel. 1636; Thw., X, 54.

[xxxiv] Rel. 1635; Thw., VIII, 146.

[xxxv] Thw., VIII, 168.

[xxxvi] Thw., VIII, 184.

CAPÍTULO V
EN PLENA LUCHA CON LAS POTESTADES INFERNALES

Extensión de la actividad del misionero. –Primeras excursiones a la tribu de los neutrales. –Método de evangelizar implantado en la misión hurona. –Danzas supersticiosas de los hechiceros y curanderos. –Hostilidades de los mismos. –Suplicio de un cautivo iroqués. –Martirio incruento de los misioneros.

Tan pronto como los Padres dominaron las principales dificultades del idioma, no bastando a su ardiente celo el reducido campo de la aldea de Ihonatiria, se lanzaron a recorrer en todas direcciones el territorio habitado por los hurones, en busca de las almas. Estas excursiones apostólicas les acarreaban fatigas sin cuento, y acrisolaron con nuevos quilates la virtud de los misioneros. El padre Chaumonot nos refiere una apostólica empresa que acometió con el P. Brébeuf en las aldeas de los indios «Neutrales», que formaban una tribu limítrofe de los hurones: «Saliendo de nuestra residencia establecida en la misión hurona, hicimos una jornada de seis días a través de las selvas sin encontrar un miserable tugurio. No teníamos más remedio que llevar cargada a la espalda nuestra mochila de provisiones. Las veredas por estos bosques seculares son en extremo difíciles, pues están abiertas a través de la espesura erizada de matorrales y de tupida vegetación; con frecuencia nos cortaban el paso

ciénagas, torrentes y ríos, que no tenían más puente que los árboles arrancados por las tempestades. El invierno es la época más propicia para hacer estos viajes, porque la nieve allana los caminos. Pero es menester que esté endurecida por los hielos, como estaba en aquella sazón, exceptuando dos días de nuestro regreso, pues de otra suerte no se puede dar un paso sin hundirse. Otra ventaja de viajar en invierno fue que estando helados los ríos, pudimos llevar nuestro equipaje por lo menos 60 leguas en un trineo que arrastrábamos con facilidad. Contra las glaciales tormentas no se encuentra en ninguna parte el menor abrigo. Pero gracias a Aquel a quien obedecen la mar y los vientos, hicimos nuestra jornada con ánimo y alegría, a despecho del frío, del cansancio y de los frecuentes resbalones sobre el hielo, de que conserva mis rodillas indelebles recuerdos».

El acogimiento que hicieron a los dos misioneros las aldeas de los «Neutrales» fue muy poco halagüeño. «La gente mayor no quiso recibir la buena nueva del Evangelio, y nos impidió la entrada en los poblados, amenazándonos con matarnos, como lo hacen con sus más encarnizados enemigos. Las causas de esta aversión y aborrecimiento fueron las calumnias que algunos habitantes de las tierras de donde veníamos habían esparcido con malas intenciones. A consecuencia de estos rumores, se persuadieron que éramos unos hechiceros e impostores que habíamos venido para adueñarnos de su territorio después de matar a sus habitantes, valiéndonos de los hechizos que traíamos ocultos en nuestros libros y cuadernos. Por esto no osábamos abrir un libro o apuntar nada sin ocultarnos a sus miradas. No solamente nuestros libros y escritos eran sospechosos, sino hasta los más leves gestos y movimientos. Pero, a pesar del demonio y todos sus auxiliares, aprovechamos todo aquel invierno

recorriendo las aldeas de los indios, amenazándoles con el infierno si no se convertían, sin que nadie se atreviese a tocarnos el pelo de la ropa»[xxxvii].

En 18 poblados de los «Neutrales», durante el invierno de 1640-41, predicaron los dos misioneros el Evangelio a unas 3.000 almas. El único fruto palpable que cosecharon se redujo a los bautismos de algunos niños. «Los tiernos infantes que encontramos en peligro de muerte recogieron las primicias de nuestro apostolado. Bautizamos gran número de ellos sin que lo supiesen sus padres, pues se hubieran opuesto con todas sus fuerzas; muchos de estos niños ya están a estas horas en el cielo»[xxxviii]. Pero este fruto bastaba para compensar de todos sus esfuerzos y sacrificios a un padre Brébeuf y a sus compañeros, valerosos campeones de la fe, que habían dejado todo para consagrar su vida entera a la salvación de las almas en las selvas vírgenes de Norteamérica. Así se expresaba uno de ellos escribiendo a sus amigos de Francia: «La alegría que se experimenta después de bautizar a un salvaje, que muere apenas recibe el Sacramento y se va derecho al cielo para ser feliz eternamente, es tan grande, que no se puede ponderar; entonces se olvidan los trabajos de la navegación, las enfermedades y mareos del viaje y las horribles tempestades que se han sufrido; a millares de tormentas se expondría uno con gusto para salvar una de estas almas, a ejemplo de Jesucristo, que hubiera derramado toda su preciosa sangre por redimir una sola de ellas»[xxxix].

Cuanto más abundasen los misioneros en el conocimiento de la psicología india, y más experiencias recogiesen en esta materia, más completo sería con el tiempo el método que implantasen en el campo de sus misiones. Cuando el misionero llegaba a una aldea que nunca había visto a los predicadores de la fe, comenzaba

por invitar al pueblo, por medio del cacique, a una asamblea general. Después de cumplimentar a todos a la usanza india, les explicaba el objeto de su venida y se ofrecía para instruirlos en la fe. Generalmente, los salvajes recibían con benevolencia esta invitación. En seguida se inauguraban las explicaciones diarias para todo el vecindario; al principio acudían todos en tropel a este llamamiento. Pero pronto, satisfecha la natural curiosidad, poco a poco se dividían los ánimos. No tardaban en apuntar las primeras hostilidades: los hechiceros y ancianos procuraban apartar al pueblo del trato con el *rostro-pálido;* tras los primeros chispazos de rebeldía, intentaban intimidar al misionero, bombardeando su choza con una granizada de piedras, y muchas veces azuzando a los más canallas de la tribu para que cercasen su morada blandiendo sus mortales hachas de guerra. Los curanderos, arrastrados por la envidia, se encarnizaban contra el «mago blanco», empeñados en que mostrase sus encantamientos y virtud provocando lluvias, curando las enfermedades, haciendo profecías y demás sortilegios con que ellos mismos engañaban a las gentes de su tribu. Con esto se veía el misionero precisado a reprobar las danzas y demás costumbres paganas con que curaban a los enfermos. Así, la enemistad se fue exacerbando más y más, y los hechiceros les hicieron responsables de cuantas desgracias sobrevenían a la tribu. Tan pronto como arraigaron estas hostilidades, los predicadores del Evangelio cambiaron de táctica. En lo sucesivo convocaban muy pocas veces al pueblo para tener instrucciones generales, y se decidieron a ir de choza en choza, visitando con dulzura a los enfermos y haciendo todo el bien que podían, aprovechando las ocasiones para depositar la semilla de la verdad en los corazones bien dispuestos y para ir formando un pueblo de buenos sentimientos. Antes de preparar el terreno de suerte que se pudiese administrar el bautismo a un solo

salvaje, se pasaban muchos meses y a veces años enteros. El candidato debía dar inequívocas y evidentes señales de una sincera conversión y de un propósito inquebrantable, y ofrecer garantías de ser en adelante un verdadero cristiano firme en su fe. Una vez que el neófito consentía en bautizarse, empezaba para él una nueva etapa de luchas y dificultades. Constantemente le susurraban al oído sus parientes y conocidos, augurándole mil desgracias, que no debía tomar parte en las próximas cacerías y que arrastraría en sus desdichas a toda su parentela; que quedaba excluido desde ahora para siempre de las fiestas, de las danzas supersticiosas y de los consiguientes banquetes que formaban la única alegría de su vida. Si el recién bautizado era un cacique, no debía aguardar mucho tiempo para que no pudiese en lo sucesivo ejercer su oficio en el más importante de sus deberes, en la invitación a los bailes de los curanderos y a otras hechicerías semejantes, y, por consiguiente, quedaría despojado de su autoridad. Pero, sobre todo, si el nuevo cristiano caía enfermo, entonces se desencadenaban sobre él todas las furias del infierno. Todos se empeñaban en persuadirle que llamase al agorero, organizase danzas por su salud y usase los demás recursos inmorales y supersticiosos. Se necesitaba con frecuencia una voluntad heroica de mártir para que aquella tierna planta cristiana resistiese a tan vehementes tentaciones, si se tiene en cuenta que esa planta había crecido entre tales prácticas y preocupaciones paganas y en ellas había echado profundas raíces.

Dominar tan añejas costumbres de los indios costaba al misionero amargos desengaños con harta frecuencia, terribles persecuciones y prolongados combates con las potestades infernales. El mortal enemigo del género humano aprovechaba estas circunstancias para cegar los ojos del espíritu de los salvajes, de suerte que no

reconociesen la verdad de la religión cristiana, y para endurecer sus empedernidos corazones, de modo que se cerrasen a la verdad conocida. El primer invierno casi cada noche se despertaban los misioneros del sueño, sobresaltados por el estrépito de alguna fiesta supersticiosa. Un joven indio padecía accesos de locura u obsesión, y salía desnudo corriendo por la nieve en torno a la aldea y dando espantosos aullidos como un lobo. Para devolverle la salud organizaban los curanderos sus danzas mágicas. Declara el P. Brébeuf que, fuera de las mascaradas del Carnaval entre los cristianos, no había visto nunca cosa más alborotada. «Unos se habían disfrazado metiendo la cabeza en unos sacos con dos agujeros a la altura de los ojos; otros marchaban enteramente desnudos con la cabeza adornada con astas y plumas, simulando águilas, gallinas y fantasmas, embadurnado el cuerpo de blanco y con el rostro pintado de negro, que parecían unos demonios; algunos iban teñidos enteramente de rojo, de oscuro, de blanco y demás colores. Los adivinos tenían un muñeco metido en un zurrón de tabaco, y afirmaban que vivía y anunciaba la voluntad de los *okis* o espíritus; y el padre Brébeuf era de opinión que en estos juegos, descontando algunas falacias evidentes, entraban también influencias demoníacas»[xl].

El P. Pijart nos habla en la relación correspondiente al año 1637 de una danza medicinal organizada en Ossossane, la principal aldea de los hurones, para curar a un viejo hechicero y a una hermana suya que estaban enfermos: «Danzaron y aullaron como demonios gran parte de la noche; lo que más excitó nuestra atención fue lo siguiente: un tal Oskouta tomó con la boca un carbón hecho ascuas y lo llevó a los enfermos, que yacían bastante lejos de la hoguera; allí estuvo un largo espacio de tiempo haciendo visajes y gruñéndoles al oído como un oso. Pero

este medio curativo no surtió el deseado efecto. La culpa se achacó al carbón, que no era bastante grande y se le quebró en los hocicos, y con esto perdió toda su virtud. Por esto se llamó a un nuevo encantador para el día siguiente, que debía servirse, en vez de carbón, de un pedernal encendido al rojo. La próxima noche se dispuso todo lo necesario para una nueva danza medicinal; se trajo un gran montón de piedras para recalentarlas, y se encendió un fuego tal, que toda la choza parecía un horno. Yo me creía transportado a uno de esos aquelarres donde las brujas celebran la noche del sábado; con todo, saqué fuerzas de flaqueza, y me acerqué, resuelto a quedarme y ver por mí mismo si era verdad lo que me habían contado de estas escenas. Veinticuatro personas habían sido elegidas para cantar y dirigir las ceremonias. ¡Pero había que oír aquellos cánticos y gritos desaforados! Yo creo que si los demonios y condenados luchasen entre sí en el infierno, harían el mismo efecto; jamás había escuchado nada más trágico y espeluznante. Con entereza aguardé allí hasta ver qué harían con las piedras que con tanto empeño estaban calentando hasta ponerlas incandescentes. Podéis darme entera fe, pues lo contemplé todo con mis propios ojos: escarbaron las brasas de la hoguera, extrajeron del rescoldo las piedras y las asieron con los dientes, teniendo las manos cruzadas a la espalda; de este modo las llevaron a los enfermos sin dejarlas caer, y empezaron a gruñirles en las orejas. Todavía conservo una de las piedras para que la podáis ver; verdaderamente os asombraréis pensando cómo pudieron abrir tanto las quijadas, pues la piedra es tan grande como un huevo de ánade. Entretanto, presencié cómo un salvaje la tomaba con los dientes, de modo que la mayor parte de la piedra quedaba dentro de la boca, y la llevó así largo rato, y estaba tan candente, que, al dejarla caer al suelo, todavía despidió chispas en abundancia. Me olvidaba decir que, después de la primera danza, la

curiosidad llevó a uno de nuestros criados a cerciorarse de si, en efecto, ninguno se quemaba, como propalaban las habladurías; se dirigió con este intento al sobredicho Oskouka, que había llevado entre los dientes el carbón encendido, y le hizo abrir la boca, y, examinada, halló que no tenía el menor rastro de quemadura».

Cuanto más perseguían los misioneros estas prácticas supersticiosas y orgías de Satanás, y condenaban su falsedad, más aumentaba la envidia y rencor de los curanderos, que veían deshecho su prestigio y minada su existencia. Juraron vengarse de los «hechiceros blancos», y dondequiera que podían, azuzaban contra ellos a sus paisanos. Una pertinaz sequía y esterilidad del verano de 1636, que ponía ante los ojos de los hurones el espectro del hambre, les ofreció magnífica ocasión. Todos buscaron refugio en los curanderos, pero en vano procuraron éstos atraer la lluvia poniendo en juego sus bailes, ensueños y demás ceremonias supersticiosas. Como último recurso, apelaron mañosamente a dirigir el descontento del pueblo contra los *rostro-pálidos,* pues impedían la virtud de sus hechicerías con encantamientos contrarios. Ante todo, la cruz, arbolada sobre la cabaña, ahuyentaba de la aldea las águilas o «pájaros del trueno». Estas inculpaciones estaban bien tramadas, dado el carácter del pueblo, para que las creyesen los hurones. Pues ellos se imaginaban que los truenos eran los gruñidos de un pavo colosal que anida en el cielo cuando la atmósfera aparece diáfana; pero apenas las nubes encapotan el firmamento, se viene a la tierra. Cuando levanta y agita sus alas, surcan los relámpagos el espacio, y si la tempestad es más violenta de lo acostumbrado, se debe a que el ave lleva consigo sus polluelos y éstos le ayudan a graznar con todas sus fuerzas. El furor del pueblo contra los misioneros se agigantaba de día en día, y cada vez eran más claras las

amenazas que fulminaban contra ellos. En tan críticas circunstancias se resolvió un día el P. Brébeuf a convocar a toda la aldea en una asamblea general, y, después de explicar a sus habitantes que la lluvia y la bonanza provienen de Dios, y que los misioneros, lo mismo que sus hechiceros, eran incapaces de provocar la lluvia, les anunció que los Padres iban de allí en adelante a hacer todos los días una procesión de rogativas, según el uso cristiano. Al mismo tiempo, los misioneros, con la misma intención, empezaron una novena al Patriarca San José, a quien el padre Brébeuf había elegido como patrón y protector de aquella misión. El último día de la novena cayó una lluvia copiosa, que duró desde la mañana hasta la noche. Cuando en el mes de julio volvió a sentirse otra nueva sequía, hicieron otra novena a San Ignacio, con igual resultado; los hurones recogieron en ese año una cosecha como no la habían tenido hacía mucho tiempo. Esto levantó por una temporada la reputación de los *ropa-negras,* y los corazones de los salvajes se hicieron más accesibles a las exhortaciones de sus maestros.

Pero estos éxitos momentáneos no lisonjearon al padre Brébeuf ni a sus compañeros, haciéndoles concebir la infundada esperanza de que ya habían sentado el pie con toda seguridad entre las irracionales tribus de los hurones. Continuamente surgían nuevas dificultades, y debieron pasar muchos años antes de que los misioneros gozaran de relativa seguridad respecto del perverso influjo de los agoreros. En la relación del año 1637, nos cuenta el P. Le Mercier, como testigo ocular, una horrorosa escena que puso con evidencia ante los ojos de los misioneros la suerte probable que les aguardaba el día que los curanderos lograsen soliviantar la opinión general del pueblo contra ellos. Un prisionero iroqués fue conducido a Ihonatiria, y, como miembro de una tribu enemiga, debía ser

atormentado hasta que muriese, y después descuartizado. En vano procuraron los Padres salvarle la vida; todos sus esfuerzos se estrellaron inútilmente contra una ley observada con todo rigor entre aquellos indios. Al menos, tuvieron el consuelo de administrar el bautismo al infeliz cautivo y de derramar algunas semillas de verdad, según la ocasión se ofrecía, en los corazones de los verdugos.

El desgraciado iroqués entró en la aldea en un estado lastimoso; un hurón le había cortado de un hachazo los dedos pulgar e índice de una mano; la otra mano la traía machacada con una piedra y con un dedo violentamente arrancado. Un par de hojas, arrolladas en las heridas, le servían de venda; esto no había impedido que manasen pus y aun que criasen gusanos, que atormentaban horriblemente al desventurado. Precisamente lo que más choca al que no está habituado a las costumbres salvajes, es el espectáculo de la satánica ironía con que tratan al prisionero atormentándole con muestras aparentes del mayor cariño. En todas las aldeas por donde fue llevado el iroqués, le preparaban un solemne recibimiento, al que acudía presuroso todo el vecindario; se organizaba un banquete y le hacían constantemente instancias para que cantase, y cuanto con voz más alta y robusta mostraba en estos cánticos su valor y prontitud para marchar a la muerte cantando, más ruidosos eran los aplausos. Todos se afanaban por dirigirle una frase de amistad. «Sobrino mío -le decía, por ejemplo, un cacique-, tienes perfecto derecho y haces muy bien en cantar tan alegremente, pues nadie te causará el menor daño, ya que estás entre parientes y amigos». Un deudo de un hurón muerto en la guerra, a quien entregaron en compensación el cautivo, recibió aquella oferta con muestras de la más refinada amabilidad, y le aseguró que lo llevaba muy adentro en el corazón, como si fuese su propio hijo. La hermana del difunto le

trajo algunos manjares, le limpió el sudor de la frente, y para refrescarle le daba aire con su abanico. Por último, le declararon tranquilamente que, como venía en aquella forma tan digna de compasión, no lo retendrían en su casa, sino que preferían entregarle a la cruelísima muerte en la hoguera. Después que el iroqués dio su banquete de despedida, en el que danzó, cantó y animó a todos a que le atormentasen a su capricho, pues no temía el fuego ni la muerte, se le condujo a la choza del Consejo, donde se representaría el último acto de aquella bárbara tragedia. En el corredor central, a lo largo de la cabaña, se habían encendido once grandes hogueras. A derecha e izquierda, sobre unos tabladillos arrimados a las paredes, ocuparon su puesto los espectadores y verdugos; cada cual estaba armado con algún instrumento de martirio: uno, con un pedernal incandescente; otro, con un machete encendido al rojo, y el de más allá, con un cuero de buey o con un palo aguzado hecho ascuas. Y la pobre víctima era arrastrada de un extremo a otro de la choza, recibiendo al paso el cauterio abrasador de estos suplicios. Entretanto, procuraban esforzar el ánimo del desgraciado con amorosas caricias y lisonjeros arrumacos; muchos le preguntaban cariñosamente en qué parte del cuerpo le podían atormentar y abrasar, y si rugía de dolor, continuaban el martirio, prodigándole mil frases dulzonas para procurarle algún piadoso alivio. Esta horrorosa escena duró toda la noche, con algunas intermitencias, pues cuando el cautivo caía desmayado, le rociaban con agua fresca para que volviese en sí, y proseguían después la tortura. Al rayar el alba, echaron el resto, colocando al infeliz sobre una tarima, donde agotaron con mayor inhumanidad todavía los mayores suplicios, hasta que por fin un hachazo separó la cabeza del tronco y puso fin a sus dolores [xli].

Horrorizados y llenos de espanto asistieron los misioneros a este infernal espectáculo, procurando traer a la memoria de la víctima las verdades de la fe y consolando con la firme esperanza del cielo, que le abría sus puertas para recibirle Y no perdieron de vista un momento que también ellos podían con el tiempo padecer un infortunio semejante, y según todas las probabilidades lo padecerían en efecto, y rogaron con toda su alma a su Señor y Rey Eterno que, en el caso de tener que librar tan terrible batalla con las potestades del Averno, les concediese la misma fortaleza para sufrir la muerte por la fe que había mostrado aquel iroqués para morir como valiente guerrero. Después se volvieron con redoblado fervor y sobrenaturales arrestos a sus tareas cotidianas e incansables trabajos por la salvación de las almas de los salvajes gentiles. Esta ocupación era un verdadero martirio, incruento, sí, pero por sus constantes privaciones, fatigas y desengaños, más recio y doloroso para la sensible naturaleza. Oigamos las consideraciones que en la relación del año 1639 expone el P. Lalemant, sucesor del P. Brébeuf en la dirección de la misión hurona, sobre este martirio incruento de los misioneros:

> Muchas veces hemos dudado –son sus palabras textuales– si se podía esperar la conversión de esta tierra sin que antes la regásemos con nuestra sangre. Ya que es un proverbio generalmente aceptado por la Iglesia que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos, me persuadí de que sin el riego de nuestra sangre no se podía esperar semejante conversión, ni aun era posible siquiera; pues si se medita cuánta gloria se tributa al Señor con la heroica confesión de los mártires, con cuya sangre se han empapado todas las otras partes del mundo, se saca por consecuencia que sería una fatalidad tremenda el que a esta parte del orbe no le cupiese la dicha de contribuir a su vez a esa glorificación del Señor.
>
> Pero confieso que desde que yo estoy aquí y contemplo lo que pasa ante mis ojos, a saber: la lucha y constante batallar, las contrariedades y deshechas borrascas de todo género que aquí

soportan diariamente los obreros evangélicos, y considero por otro lado su paciencia, su fortaleza y constantes esfuerzos para llevar adelante su cometido; cuando me asalta la duda de si aquí será necesaria otra clase de martirio para lograr nuestro intento, entonces veo con toda claridad que todos preferirían que les aplastasen de una vez el cráneo al golpe del hacha india antes que arrastrar año tras año la trabajosa vicia que aquí hay que llevar diariamente para convertir a los salvajes. Si vamos a sus chozas -y hay que ir varias veces al día si uno quiere cumplir bien con su oficio- nos encontramos allí con una imagen y representación del infierno; allí no distinguen de ordinario los ojos sino fuego y humo y miembros desnudos enteramente ennegrecidos y medio chamuscados. En aquella montonera se destacan los perros que son tratados como los niños de la casa, y comparten con sus amos la cama, la mesa y el alimento. Todo está invadido por la suciedad, y si avanzamos hasta el interior, nos llenamos de hollín, de polvo e inmundicias antes de llegar al otro extremo de la cabaña.

Las conversaciones de los salvajes se reducen casi siempre a blasfemar contra Dios y contra los misterios de nuestra fe, y a maldiciones contra nosotros, unido todo a una increíble ingratitud; nos echan en cara que nuestras visitas y medicamentos los enferman y matan, y que nuestra permanencia allí es la única causa de sus dolores y miserias. Si se les quiere predicar e instruir, hay que aguardar con frecuencia largas horas hasta que se ofrece la ocasión propicia de dirigirles alguna buena palabra; y tras tantas fatigas y visitas, más logra destruir en un momento un ensueño, que es el único dios de esta gente, que nosotros edificar en un mes; y a mayor abundamiento, la única recompensa que se puede esperar de esta gente es un golpe con su hacha de combate o algún flechazo que nos disparen. Si se entran de rondón en nuestra propia cabaña, no se crea que se les puede echar fácilmente o que se portarán allí dentro según nuestras indicaciones. Toman asiento donde se les antoja, y no se marchan aunque se les mande. En especial, les gusta husmear todos los rincones y curiosearlo todo, y si se les quiere impedir, hay que aguantar un chubasco de quejas, improperios y ultrajes. Tenemos que tratarlos con tiento, pues en un momento de enfado pueden descargar sobre nosotros sus hachas o prender fuego a la choza... Así, hay que estar siempre alerta y armarse de paciencia, y consolarnos con que aquí la vida es más insegura que en ninguna parte del globo.

> Paso por alto las incomodidades del clima, las duras jornadas que hay que hacer a pie o cabalgando a la espalda de algún indio, los continuos riesgos que nos amenazan de parte de las tribus hostiles, que siempre están en acecho y en el momento más impensado nos sorprenden con un nuevo ataque, sobre todo si en otras ocasiones lograron causar gran mortandad o apresaron muchos cautivos. Prefiero, como indiqué, dejar en silencio éstas y otras mil incomodidades que se deducen de lo dicho. Y para terminar esta materia, tengo para mí que un solo año de abnegado y paciente trabajo en estas continuas campañas y contrariedades equivale a un callado martirio y que, por tanto, no debemos desconfiar de la conversión de estos pueblos, aunque hasta la hora presente no hayamos derramado nuestra sangre[xlii].

Aun cuando hasta entonces no habían sufrido el martirio cruento, con todo, más de una vez lo habían previsto. En especial, en el año 1636-37, tan abundante en desgracias, continuamente se vieron expuestos a una muerte violenta.

[xxxvii] Thw., XVIII, 36.

[xxxviii] Thw., XVIII, 36.

[xxxix] Thw., VIII, 168.

[xl] K. M., 1882, 97.

[xli] Cf. Rel. 1637, cap. II; Thw., XIII, 36.- K. M., 1882, 99.

[xlii] Rel. Lalemant, 1639; Thw., XVII, 12.

CAPÍTULO VI
NUEVOS PELIGROS Y TEMPESTADES [xliii]

Arribo de nuevos misioneros. –Estrago de la peste entre los indios. –Solicitud de los misioneros por los apestados. –Remedios curativos de los hechiceros. –El bautismo, causa de la peste. –Apertura de la residencia de Ossossane. –Bautismo del primer adulto. –Franca hostilidad contra los misioneros. –Comparece el P. Brébeuf ante un consejo de guerra. –La tormenta arrecia. –Nuevos ataques. –Los misioneros redactan su testamento. – Solución inesperada.

En el otoño de 1636 arribaron a la misión hurona tres nuevos misioneros: los padres Yogues, Chastelain y Garnier, que fueron recibidos con sumo regocijo por sus hermanos en religión de Ihonatiria o San José. «Yo les improvisé, de nuestras provisiones, un banquete de bienvenida –escribe el P. Le Mercier–. Pero ¡qué banquete más original! Solamente tenía en la despensa unos trocitos de pescado seco y un puñado de harina. Enseguida mandé a buscar un par de mazorcas de maíz, que asamos en el rescoldo según la usanza de los indios. A pesar de todo, los nuevos huéspedes afirmaban con entusiasmo que jamás habían tenido una comida más sabrosa y más al gusto de su corazón. La alegría que se experimenta en tales encuentros me parece una imagen del gozo que inunda las almas de los bienaventurados cuando llegan a los umbrales del cielo; ¡tantas mieles y dulzuras encierra!»[xliv].

Gracias a este refuerzo se podía por fin fundar en Ossossane, principal aldea de los hurones, la residencia tantos años antes proyectada. Pero una impensada desgracia vino a desbaratar estos planes. El P. Yogues, uno de los recién venidos, y que en el camino se había encargado de un muchacho enfermo, y lo había traído sobre sus hombros, curándole con todo esmero, cayó enfermo. Se apoderó de él una fiebre muy alta, y su dolencia contagió a los otros Padres, de suerte que todos, unos en pos de otros, cayeron postrados, a excepción del P. Brébeuf, que se consagró a cuidarlos como el más cariñoso y abnegado enfermero. El ángel de la muerte pasó sin detenerse por la choza de los misioneros, pero para volver enseguida sobre las chozas de los hurones, donde hizo enormes estragos. En noviembre ya habían recobrado los dolientes la salud, y estaban dispuestos a comenzar con todo empuje sus apostólicos ministerios; pero precisamente en esta sazón se cebó en los indios una terrible epidemia, que en un abrir y cerrar de ojos se propagó de cabaña en cabaña y de aldea en aldea; poco después, cientos de ellos yacían víctimas del contagio, y la muerte segaba a millares sus vidas. Un terror y pánico indescriptibles se apoderaron del ánimo supersticioso de los indios. Con la entrada del invierno aumentó la horrible peste, en vez de calmarse como habían esperado los misioneros, y la época de bullicio y comilonas se convirtió en tiempo de angustia, luto y desolación.

El temor de sucumbir sin gloria a la fuerza del contagio hizo que muchos guerreros prefiriesen el suicidio.

El P. Brébeuf se consagró desde el primer momento, lo mismo que sus abnegados compañeros, a cuidar de los enfermos, sin economizar ningún sacrificio. Se dieron a recorrer, a despecho del frío y la ventisca, cada una de las aldeas, prodigando por doquier el bálsamo del consuelo y

cuantos remedios caseros estaban a su alcance; así ofrecían a los apestados al menos una cucharada de agua con azúcar o algunas pasas, y levantaban los ánimos apesadumbrados. Algo más podían hacer por la salud espiritual de las almas. Al principio se les consentía sin dificultad acercarse a los niños moribundos, y libremente les administraban el santo Bautismo y los disponían en el artículo de la muerte para la eterna bienaventuranza. Por el contrario, la conversión de los adultos que luchaban con las agonías de la muerte les pareció casi imposible. Con mucha pena nos cuenta el P. Le Mercier lo que hacían y las respuestas que a veces les daban. Si el misionero, aterido por el frío glacial o empapado hasta los huesos por la lluvia que caía a torrentes, entraba en una choza, se encontraba a los salvajes todavía sanos sentados en torno al fuego, cabizbajos y taciturnos. Nadie contestaba a su saludo cariñoso. En los bancos, arrimados a lo largo de las paredes, resonaban los gemidos de los niños enfermos, las quejas y suspiros de los hombres y mujeres que, envueltos en sucios harapos y en el delirio de la fiebre, se agitaban de un lado a otro en sus míseras yacijas. El Padre se acercaba a ellos, los consolaba, les ofrecía alguna medicina inocua; si llevaba consigo algún trozo de exquisita carne, de alguna pieza cobrada en la caza, lo echaba en la olla y les hacía un caldo substancioso. Después les hablaba, chapurreando la lengua india, de la indiferencia que debemos mostrar respecto de la vida corta o larga y de los tormentos o dichas que nos aguardan más allá de la muerte. Los enfermos le escuchaban sin el menor interés. La idea de que únicamente existía un solo Dios no cabía en aquellas cabezas. «Si nosotros tuviéramos –decían– el mismo Padre común que los *rostro-pálidos,* sabríamos fabricar lo mismo que vosotros escopetas y machetes». Del cielo descrito por los misioneros no querían oír ni palabra. «Yo no quiero ir a vuestro paraíso si allí no hay excursiones de caza ni danzas

y banquetes como los nuestros», le replicó uno. Con tales prejuicios y manera de pensar, naturalmente eran muy contados entre los adultos los que podían prepararse para el bautismo. Y, sin embargo, los abnegados desvelos de los predicadores evangélicos produjeron no efímeros frutos. La mayor parte de los indios admiraba su valor a toda prueba y su amable bondad, y aprendió a estimarlos. Por esto creía el P. Brébeuf en aquellos calamitosos días de la epidemia que la hora de la gracia para la conversión de los hurones se acercaba. Los Padres practicaron todas las obras de misericordia en los poblados de Ihonatiria, Ossossane y Oenrio, y estas tres aldeas ofrecían fundadas esperanzas de convertirse a Jesucristo. En vano habían invocado los salvajes el auxilio de sus adivinos y curanderos, y desengañados se inclinaban a buscar su salvación en el Dios de aquellos hombres cuya bondad y cariño admiraban. El cacique de Oenrio preguntaba al P. Brébeuf: « ¿Qué debemos hacer para que vuestro Dios se compadezca de nosotros?» La respuesta del misionero no podía ser más explícita: «1°, no debéis creer más en ensueños supersticiosos; 2°, sólo podéis contraer matrimonio con una esposa, a quien, guardaréis fidelidad conyugal; 3°, desterrad de vuestros banquetes las borracheras y desenfrenos; 4°, suprimid las comilonas nocturnas en que toman parte indistintamente personas de uno y otro sexos; 5°, está prohibido comer carne humana; 6°, no acudáis a las fiestas en honor de vuestros antepasados y de los malos espíritus que organizan los hechiceros».

Estas condiciones eran para ellos insoportables. Los salvajes no se imaginaban que había que tomar las cosas tan por lo serio, y la contestación que dieron al P. Brébeuf fue claro indicio que estas exigencias ponían su buena voluntad a una ruda prueba. El segundo cacique de la

aldea, llamado Aenon, decía al P. Brébeuf: «*Echom*, voy a hablarte con toda sinceridad. El año pasado los vecinos de Ihonatiria publicaban que creían en Dios para que los surtieseis de tabaco. A mí no me gusta semejante proceder; yo te descubriré con toda franqueza y sinceridad lo que tengo en el corazón. Las condiciones que nos habéis impuesto van a ser con toda seguridad una piedra de escándalo en nuestro camino, y yo de antemano las rechazo como imposibles. Nosotros tenemos nuestras costumbres y vosotros las vuestras, y cada pueblo debe conservar las suyas. Si os obstináis en que nosotros reconozcamos y prestemos vasallaje a Aquel de quien nos contáis que ha creado los cielos y la tierra, os empeñáis en trastornarnos de arriba abajo toda nuestra manera de ser. Seguramente vuestros antepasados tendrían en la más remota antigüedad alguna asamblea general del pueblo en que acordaron reconocer por Dios al que vosotros adoráis, y votaron como ley la observancia de los mandamientos que nos queréis imponer. En cambio, nuestros ascendientes no tomaron semejante resolución»[xlv].

El P. Brébeuf no se descorazonó ante estas terminantes declaraciones. En un prolijo discurso que tuvo al estilo indio, en lengua hurona, volvió a inculcarles que la aceptación de la fe era el único camino de salvación para ellos. Al día siguiente, el mismo cacique tomó de nuevo la palabra en una asamblea y declaró que los argumentos del Padre no le habían dejado dormir en toda la noche, y que, por tanto, estaba decidido a someterse a las inflexibles condiciones del misionero. El pueblo acabó por abrazar el mismo partido. Las dos aldeas de Ihonatiria y Ossossane aceptaron iguales compromisos, y el día 12 de diciembre de 1636 hicieron solemne juramento de instruirse en la fe cristiana y recibir amistosamente a los misioneros. Los Padres, que conocían a fondo la voluble condición de los

indios, no se hicieron ilusiones sobre esta sumisión, que al día siguiente les suministraría un manifiesto desengaño. En efecto, el P. Le Mercier pudo contemplar cómo los hurones, enmascarados de diablos, recorrían las calles con sus danzas *curativas* para expulsar la epidemia. Precisamente el mismo día 12 de diciembre había llegado a la aldea de Ossossane un famoso hechicero, un enano jorobado con aspecto de verdadero demonio, cuya enorme deformidad producía una siniestra impresión. El hombrecillo sostenía muy serio que era un *oki* o espíritu encarnado, y que poseía virtud omnipotente contra las epidemias, y pronto se conquistó muchos hurones que se pusieron de su parte. Otro curandero casi ciego ayunó durante siete días, y al octavo salió diciendo que se le habían aparecido los espíritus revelándole que el contagio sería ahuyentado con monigotes rellenos de paja, semejantes a los espantapájaros que colocaban sobre los tejados. En el instante aparecieron las cabañas tremolando semejantes fantoches. Su osadía llegó hasta exigir a los misioneros que colocasen también iguales espantajos sobre su choza. Pero éstos respondieron que la cruz enarbolada delante de su puerta era el mejor preservativo contra la malicia del demonio, y volvieron a plantar sobre la techumbre de su vivienda otra cruz de mayores dimensiones, mientras los hurones ofrecían trabajo a tan ridículos muñecos, endilgándoles largas peroratas.

Parecía que todo el infierno andaba suelto en aquella sazón. Las más absurdas e inmorales danzas se pusieron en juego para conciliarse y expulsar los malos espíritus. «Id y lanzaos contra nuestros enemigos los iroqueses si queréis hartaros de carne», les gritaban a voz en cuello. Entonces volvieron a organizar sus horribles festines, ocuparon las mesas provistas de viandas, bailaron con teas encendidas en las bocas, rociaron sus cuerpos y cabañas con

aspersiones supersticiosas y al mismo tiempo vociferaban y, vendados los ojos, se apaleaban, esgrimiendo sus bastones a diestra y siniestra, y gesticulando como verdaderos endemoniados.

Los misioneros padecieron lo indecible en estos largos meses en que reinó la epidemia. El rumor, que al principio se fue difundiendo ocultamente, y que achacaba a los Padres la responsabilidad de esta desgracia, se extendió cada vez con más fuerza, merced a las intrigas de los agoreros, a cuyas calumnias se habían podido imponer un corto tiempo con su sacrificada caridad. Ante todo, divulgaban aquellos secuaces de Satanás que el bautismo era el sortilegio maligno de que se valían los *ropa-negras* para destruir el pueblo. La experiencia parecía confirmar aquellas patrañas, toda vez que los misioneros bautizaban precisamente a los que estaban ya desahuciados. El resultado fue que en adelante encontraron las mayores dificultades para bautizar a los niños moribundos, y tuvieron que valerse de astutos ardides para franquear las puertas del cielo a las inocentes criaturas reducidas al último extremo. A los adultos no se les pudo hablar en una larga temporada ni de Dios ni de la otra vida. Los Padres recurrieron a la oración y al ejercicio de ásperas penitencias para quebrantar el poder del demonio; entonces recabaron del cielo, a fuerza de súplicas, verdaderos milagros de la gracia para aquellos empedernidos corazones de los salvajes, tanto, que muchas veces un repentino cambio de ideas en el moribundo hacía posible la administración del bautismo. El total de niños y adultos bautizados en este trágico invierno rebasó la cifra de 250, según la relación del mismo año.

La primavera de 1637 proporcionó a los misioneros una consolación excepcional con la apertura de la nueva casa de Ossossane, consagrada a la Inmaculada

Concepción, que los hurones habían edificado en vez de la primitiva y miserable cabaña. El 21 de mayo tomaron posesión de ella los padres Brébeuf, Pijart, Garnier y Le Mercier, y después de haber dado la última mano a la edificación y al embellecimiento de la capilla, trabajando ellos y sus criados, celebraron, el 5 de junio, la primera Misa. A los salvajes encantaron, sobre todo, las láminas de catecismo, que los Padres habían traído de Francia. Entre éstas sobresalía una representación del juicio universal, ejecutada con colores muy chillones, en la que dragones y serpientes desgarraban las entrañas de los réprobos, y los demonios arrastraban a las llamas infernales a los impenitentes, mientras, formando rudo contraste, los bienaventurados subían a la gloria en brazos de los ángeles. Este grabado despertó la atención de los indios, que no se cansaban de contemplarlo, y dio ocasión a los Padres para declararles algunas verdades principales del cristianismo.

El domingo de la Santísima Trinidad de este mismo año experimentaron de nuevo una grande alegría al celebrarse el bautismo del primer adulto, administrado en circunstancias normales y no en peligro de muerte. El neófito era un hombre ya maduro, que frisaba en los cincuenta años, y se contaba entre los personajes más principales del pueblo. Durante tres años había tomado parte, siempre con creciente interés, en la catequesis, y, por fin, su espíritu se rindió a la verdad, y pidió ser bautizado. Al acercarse el día del bautismo convidó a todos sus paisanos a un gran banquete, y allí comunicó a la sorprendida concurrencia su determinación de hacerse cristiano. Y no desperdició la ocasión de dirigirles fuertes razones con las que les persuadió la necesidad de convertirse. Al día siguiente tuvo lugar la administración del Sacramento con todas las solemnes ceremonias que

acostumbra la Iglesia. De todos los contornos acudieron con presteza los hurones, y la capilla, adornada como nunca, no podía contener en su estrecho recinto tanta muchedumbre. Muchos de los salvajes en esta ocasión abrieron los ojos para ver y entender la hermosura de una doctrina que sabía dar expresión sensible a su fe en tan hermosa fiesta. Llenos sus corazones de júbilo y agradecimiento, alababan los misioneros el poder del Salvador, que parecía alegrar aquella tierra aterida por el soplo de la muerte con la alborada de una primavera espiritual. Tenían sobrado motivo para alborozarse: se había inaugurado la era de las conversiones, y el triunfo de la gracia parecía ostentar sus primeros trofeos; pero el tiempo de las tormentas y persecuciones no había pasado, y estos mismos éxitos despertarían una encarnizada oposición del infierno[xlvi].

La nueva residencia de la Inmaculada Concepción, con su preciosa capillita, atrajo a muchos indios de las aldeas circunvecinas. Los hijos de la selva vinieron y contemplaron con ojos estupefactos las estatuas del Redentor y su Santísima Madre, que habían sido colocadas allí sobre el altar; y el Dios eucarístico, que tenía su trono en el silencioso tabernáculo, atraía con el imán de su gracia aquellas almas. Pero todavía el fantasma aterrador de la peste seguía rondando y diezmando las filas de los indios, y cuando éstos volvían del recinto sagrado a sus cabañas ahumadas, semilleros de enfermedades, no faltaba algún hechicero que les murmurase al oído: «Esas imágenes de los *ropa-negras* que acabáis de ver allí, son los amuletos que han traído a nuestra tierra la epidemia y la muerte. Además, en el tabernáculo, que se levanta en medio del altar, guardan un cadáver que han transportado desde su país, y es el origen de la peste. ¿Y sabéis vosotros por qué mueren tantos niños vuestros? Esto proviene de que los

misioneros han arrastrado a un niño indio hasta la selva, y allí lo han descuartizado. Reparad bien en toda su conducta, y os persuadiréis que han tejido en torno a vuestras cabañas una invisible red de hechicerías, cuyas mallas van estrechando cada vez más. De madrugada se encierran en su choza, se disfrazan de un modo extraño, hacen sus ceremonias en el altar y no cesan de murmurar constantemente conjuros e invocaciones que leen en un enorme libro. ¿No los habéis visto de dos en dos o de tres en tres dar vueltas por la selva sin rumbo fijo? (Aludían a los paseos de los misioneros, que para los indios eran una cosa inexplicable). Pues en esas ocasiones se encuentran con los malos espíritus y los azuzan de nuevo contra vosotros. Ahora acaban de ensayar un nuevo encantamiento más peligroso que los anteriores. En la cúspide de un abeto situado junto a su choza han colocado un hierro movible (se referían a la veleta). Según la dirección que le hace tomar el viento, esparce el contagio por ese lado; y como el viento sopla en todas direcciones, no hay en nuestra tierra el menor rincón que esté seguro de la peste»[xlvii].

Esta vez los curanderos, con sus infernales calumnias, hallaron eco en los ánimos supersticiosos de los salvajes. De día en día eran más numerosos los enemigos de los misioneros, y, en cambio, menguaban sus amigos y perdían ánimo, y así muchos de los recién convertidos comenzaron a vacilar en la fe. Hasta entonces un misterioso temor contenía a los indios dentro de los justos límites respecto de aquellos hombres extraños que, en medio de los peligros, conservaban su inalterable bondad, y, siempre amables y dispuestos a remediar miserias y prodigar consuelos, pasaban como una benéfica aparición delante de sus cabañas. Pero bastante declaraban lo inseguro de su situación los repetidos y alarmantes avisos

que algunos buenos amigos transmitían en secreto a los Padres, anunciándoles que algunos guerreros tenían sus juntas para tratar de la vida o muerte de los *ropa-negras*, y que pronto se celebraría una asamblea general del pueblo que decidiría definitivamente su futura suerte. Desde luego, podían conjeturar que la medida más suave que tomasen sería expulsarlos violentamente.

El 4 de agosto tuvo lugar un consejo general de guerra, al que asistieron todos los hurones. Se trató, en primer término, de la táctica que seguirían en la próxima campaña contra los iroqueses. Al día siguiente se reunieron tres tribus para deliberar sobre la suerte de los misioneros. Una era la populosa tribu de los indios llamados «Osos», que formaba ella sola catorce aldeas; en cambio, las dos restantes sólo ocupaban cuatro aldeas cada una. Los Padres fueron invitados a esta asamblea, y eligieron como orador que los representase al padre Brébeuf. Ocupó la presidencia un anciano de Ihonatiria, muy decrépito y ya ciego. A un lado de la choza se sentaron los delegados de los «Osos», ceñudos y silenciosos, y cerca de ellos tomó asiento el P. Brébeuf; en el lado opuesto se colocaron los representantes de las otras tribus. «Yo no recuerdo haber presenciado nada más trágico y fúnebre que aquella asamblea -escribe el P. Le Mercier-. Al principio se miraron mutuamente, como aterrados, o como hombres que sienten aproximarse los horrores de la muerte. Sus palabras salían entrecortadas por profundos sollozos, y cada uno contaba con voz angustiosa, que parecía salir del fondo de una sepultura, los difuntos y enfermos de su familia; esto era un recurso artificioso para exaltarse mutuamente y lanzarnos al rostro con más feroz amargura el veneno que ocultaban en su interior. Nadie salió abiertamente en nuestra defensa, y algunos, pocos, creyeron que nos hacían harto favor con callarse. Cuantos

tomaron la palabra hicieron el papel de acusadores, y pedían encarnizadamente nuestra condenación»[xlviii]. Después de que el cacique ciego declaró abierta la sesión, comenzaron los diversos oradores sus relaciones y querellas. El P. Brébeuf debía dar satisfacción y cumplida respuesta a cada uno. Por esto procuraron turbarle con réplicas hechas sin orden ni concierto, para cogerle en contradicción. Entre todos se llevaron la palma dos oradores de los más ancianos, por su encarnizamiento, siempre creciente, contra los misioneros. El P. Le Mercier nos ha transmitido el tono de uno de estos ancianos, en cuanto lo recordaba inmediatamente después de la asamblea. «Hermanos -decía el viejo guerrero-, bien sabéis que, ordinariamente yo no tomo la palabra sino en los consejos de guerra; mi preocupación constante es la lucha contra nuestros enemigos. Pero hoy debo hablar, pues la muerte ha arrebatado a los principales guerreros de mi tribu: Antes de bajar al sepulcro, tengo que cumplir con este deber sagrado para bien de mi patria, que se despeña en su ruina. Cada día vamos de abismo en abismo. Esta terrible epidemia se ha ensañado tan espantosamente en todas las chozas de nuestra aldea, y particularmente en mi propia familia, que apenas dos personas han quedado con vida, y no sé todavía si podremos escapar a la crueldad de este implacable demonio. Nunca jamás fueron tan enormes los destrozos, aunque reinase entre nosotros cualquier peste. Siempre desaparecía después de dos o tres meses, y a los pocos años nuestras familias lograban reponerse, de modo que nadie se acordaba de semejante calamidad. Pero la plaga actual lleva ya más de doce meses, y todavía no da señales de que se acerque su fin. La principal causa de nuestra consternación ha sido la ignorancia completa de su origen. Y a este propósito, quiero exponeros lo que hace algunos días pude comprobar por mí mismo. Pero antes advierto a todos que os hablo sin pasión y con suma

imparcialidad, guiado únicamente por el amor a la verdad. Yo, por mi parte, ni odio a los franceses ni tampoco los amo, pues nunca los he tratado, y hoy es la primera vez que me rozo con ellos en una cuestión personal. Me guardaré muy bien de hacerles en ningún caso la menor injusticia; solamente me limitaré a repetir con toda fidelidad las palabras de un individuo de nuestra tribu que regresó no ha mucho tiempo de una expedición a Quebec»[xlix].

Y aquí el orador arremetió con todas sus fuerzas explanando la colección de fábulas (sobre los modos de hechizar de los misioneros) que corrían de boca en boca por todo el país; y supo revestir todo el conjunto con frases tan convincentes y adueñarse de tal suerte de las voluntades de sus paisanos con la máscara de calculada imparcialidad, que, al acabar la arenga, tenía a todos de su parte. Además se valió en el curso de la discusión, del astuto medio de no dejar prevalecer las opiniones de aquellos que eran conocidos como calumniadores y enemigos malintencionados de los misioneros; pero, a la vez que refutaba alguna de estas calumnias, añadía de su cosecha otra larga serie de imputaciones no menos mentirosas. El P. Brébeuf no se desconcertó un punto con el éxito del orador; le dejó primero vomitar toda la ponzoña que contra los misioneros almacenaba en su corazón. Después pidió licencia para responderle, y a las pocas palabras dejó fuera de combate al enemigo, de modo que no pudo replicar palabra. Los argumentos que esgrimió el P. Brébeuf en su refutación causaron profunda impresión en el auditorio; pero los curanderos tenían tan minado el terreno de mucho tiempo atrás, que no era tan fácil retraer a los indios de su primitivo proyecto de deshacerse de los misioneros. Por fin, se aferraron a una última acusación: que los *ropa-negras* tenían entre las cosas

de su pertenencia algunos trapos embrujados, que eran la causa de la calamidad presente. En vano se esforzó el Padre en sacarles de este despropósito; como último recurso, los invitó a rebuscar todos los trapos y piezas de tela que hubiese en la choza de la misión para que sepultasen en el lago cuanto sospechoso topasen. Pero no dieron su brazo a torcer: creyeron que se trataba de una escapatoria semejante a la que habían experimentado con otros malvados hechiceros. «Entonces, ¿qué debo deciros para, de una vez, contentaros?», preguntó el Padre, harto ya de tanta discusión. «Dinos cuál ha sido la causa de la mortandad en masa que hemos padecido», fue la respuesta.

Entonces creyó el P. Brébeuf llegado el momento de explicarles con toda claridad lo que la fe enseña sobre las tribulaciones y calamidades que sobre ellos habían descargado. Les habló de la grandeza y omnipotencia de Dios, que tiene en su mano las riendas del gobierno del mundo, y que infaliblemente obra con toda equidad al consentir que los pecados y maldades de las criaturas introduzcan el desorden en el mundo, para premiar a los buenos y castigar a los malos. La epidemia había sido una consecuencia de la ira de Dios, ofendido por sus supersticiones, y que no dejaba impunes a los malvados curanderos que, con sus infernales arterías y mentirosos hechizos, tenían la culpa de todo. Un grupo de salvajes se salió de la choza del consejo mientras el P. Brébeuf hablaba, porque sus valientes palabras repercutían como un trueno en sus oídos y no querían escucharlas. Únicamente unos pocos interrumpieron varias veces al misionero, exigiéndole con insistencia la ejecución de lo prometido respecto de las ropas embrujadas. Un viejo guerrero gritó, al abandonar la asamblea, como saludo de despedida al P. Brébeuf: «Cuando te rompamos el cerebro

tendremos en cuenta todas tus explicaciones». La noche siguiente decidieron los congregados en el consejo diferir para más tarde la resolución final, hasta que los guerreros que habían ido a Quebec para hacer sus contrataciones estuviesen de vuelta. De las impresiones que éstos trajesen sobre la situación del gobernador francés y de los *ropa-negras* allí residentes, dependería la suerte definitiva de los misioneros. «Con esto se clausuró este sombrío consejo -escribe el padre Le Mercier-, y si no trajo por consecuencia el proyectado exterminio, se debió, después de Dios, a la Santísima Virgen, a quien dedicamos una novena en honor de su Inmaculada Concepción».

Súbitamente se dominó el incendio voraz; pero quedaban los hechiceros y enemigos del Evangelio para remover el rescoldo y avivar más tarde la llama del aborrecimiento. El 3 de octubre volvió a desencadenarse nueva tormenta en torno a la choza de los misioneros, y en circunstancias que dejaban adivinar claramente que los indios pretendían quemarlos a todos juntos. Con esta intentona coincidió el regreso de los guerreros que fueron a Quebec con sus mercaderías. Venían con inmejorables impresiones y ponderando entusiasmados el magnífico recibimiento que les habían dispensado en la capital de la colonia, y declararon abiertamente su convencimiento de que los misioneros no eran hechiceros malintencionados, sino amigos leales que favorecían cuanto pudiesen a los indios. Únicamente los curanderos fruncieron más aún su entrecejo. ¿Era posible que, sin más ni más, fracasase su plan de exterminar a los misioneros? Esto no lo consentirían de ningún modo. Aun cuando hubiese algunas aldeas que pensasen benévolamente de los misioneros, quedaban, en cambio, otras muchas que, hasta el presente, no se preocupaban lo más mínimo de la suerte que éstos pudiesen correr. Los hechiceros soliviantaron los

ánimos de estas aldeas, y consiguieron el efecto deseado con su incesante trabajo de zapa. A fin del mes se presentó un día un amigo de los Padres, que, a todo correr, llegó jadeante de Ossossane, y les transmitió este mensaje: «Sobrinos míos, la muerte se cierne sobre vuestras cabezas. Los indios de Attigwenongnahak vendrán a asesinaros con sus hachas de combate apenas los hurones de esta aldea salgan de excursión para pescar. Todo esto lo he sabido yo mismo de labios de un cacique»[1].

Sin pérdida de tiempo procuró el P. Le Mercier transmitir tan funesta noticia a su superior, el padre Brébeuf, que se hallaba en Ihonatiria. Apenas salió de casa con este intento, llegó al domicilio de los Padres un enviado de los hurones invitándoles a un consejo de ancianos. Allí les notificaron los excitados hurones que, por fin, lamentaban los enredos de los hechiceros blancos, y, en particular, de «Echom», su superior, y por esta causa iban a convocar una asamblea general de guerra que los juzgase definitivamente. Los misioneros no se preocuparon de justificarse, sino que expusieron valientemente que estaban dispuestos a comparecer ante tal asamblea; ¡si en tan crítico momento hubieran mostrado debilidad y perdido la presencia de ánimo, recurriendo a humildes súplicas, estaban indefectiblemente perdidos, porque los guerreros las hubiesen interpretado como muestras palpables de su culpabilidad!

Apenas llegó a oídos del P. Brébéuf la noticia del reciente cambio de los hurones, se apresuró a venir a Ossossane para presentarse personalmente en el consejo de guerra. Llegado a la aldea se fue derecho a las chozas de los más principales para saludarlos; pero a sus cariñosas expresiones respondieron con una sombría inclinación de cabeza, con que le dieron a entender que su suerte estaba decidida. Para colmo de desdichas, el caudillo mejor

dispuesto en favor de los Padres estaba, por casualidad, ausente. El P. Brébeuf abarcó de una mirada lo crítico de la situación, y redactó un conmovedor testamento en forma de carta de despedida para sus superiores de Quebec, que firmaron también los otros misioneros.

En esta misiva decía, entre otras cosas:

> Nos hallamos, quizá, a punto de derramar nuestra sangre y de ofrendar nuestras vidas por la causa de nuestro Señor y Maestro Jesucristo. Todas las apariencias nos confirman que su divina bondad acepta este sacrificio en satisfacción de mis graves e innumerables pecados, y que de este modo quiere recompensar los méritos y ardientes anhelos de todos los Padres aquí reunidos. Todos nosotros aguardamos la solución de este conflicto con gran serenidad y paz de espíritu. Por lo que atañe a mi persona, puedo certificar a Vuestra Reverencia que jamás, y menos en la hora presente, he temido lo más mínimo la muerte por tan sublime motivo. Lo único que me apena es el pensamiento de que estos salvajes, dignos de compasión, cierran por su propia maldad las puertas al Evangelio y a la misericordia divina. Sea cual fuere la decisión que adopten y la suerte que nos espera, nos esforzaremos, confiados en el auxilio del Señor, en sufrirlo con paciencia. Ciertamente que es una prueba de su especial predilección el que nos permita padecer algo por su amor. Ahora es cuando estimamos de veras la dicha de pertenecer a la Compañía. Sea Él bendito para siempre por habernos elegido, entre otros muchos más dignos que nosotros, para venir a este país y ayudarle a llevar su Cruz. Si quiere que muramos ahora, tanto mejor para nosotros. Si prefiere conservarnos para que suframos otros trabajos, sea en todo glorificado. Si oís que Dios ha coronado nuestros insignificantes esfuerzos, o mejor, nuestros mayores anhelos, bendecidle de corazón, pues únicamente para Él ansiamos vivir y morir, y Él nos dará su gracia para todo. Por lo demás, en previsión de que uno u otro quede con vida, tengo dadas las órdenes necesarias para todo evento. Hemos dispuesto que en este caso nuestros Padres y servidores se acojan a la protección de aquellos que se muestran nuestros mejores amigos. He mandado que todos los ornamentos de la sacristía se entreguen en depósito a Pedro, el cristiano más antiguo, para que los conserve, y, sobre todo, para que ponga a buen recaudo el diccionario y demás estudios de la

lengua indígena. Por lo que a mí toca, le doy palabra, si Dios me concede la gracia de llevarme al cielo, de rogar por nuestros pobres hurones, sin olvidarme por eso de Vuestras Reverencias. Para terminar, pedimos a ustedes y a todos nuestros Padres que nos tengan muy presentes en sus oraciones y santos sacrificios, para que Dios tenga piedad de nosotros en esta vida y después de nuestra muerte.

Todos nosotros quedamos en el tiempo y en la eternidad ínfimos siervos de Vuestra Reverencia en el Señor. *-Juan de Brébeuf. -Francisco José Le Mercier. -Pedro Chastelain. -Carlos Garnier. -Pablo Raguenau.*

En nuestra residencia de la Inmaculada Concepción de Ossossane, 28 de octubre (1637)

P. D.-He dejado en la residencia de San José a los padres Pedro Pijart e Isaac Yogues animados de los mismos sentimientos[li].

[...]

Tales eran las disposiciones que el Señor nos infundió en tal coyuntura -prosigue el P. Le Mercier en su narración anual, después de haber copiado el texto original de la carta precedente-. Estando todos al borde de la ruina, nos acogimos como último recurso al gran Patriarca San José, y le hicimos voto de celebrar nueve días consecutivos la misa en su honor, comenzando a practicar este obsequio en la fiesta de los Santos Simón y Judas (28 de octubre). Por otra parte, como importaba dar al pueblo alguna señal del inquebrantable amor que siempre les habíamos profesado, y demostrarles cuán poco aprecio hacíamos de esta miserable vida, se le ocurrió al P. Brébeuf que sería lo más adecuado a este fin invitarlos a un banquete de despedida, como se estila entre ellos cuando alguno se ve cercano, a la muerte. Nuestra choza fue insuficiente para contener la muchedumbre que se agolpó en esta ocasión, y aprovechando aquella inmejorable oportunidad, les pudimos hablar a nuestro sabor de la vida futura. El sombrío silencio de aquellas pobres gentes nos impresionó más que el peligro que corrían nuestras propias vidas.

Entretanto, trascurren uno, dos, tres días y con general asombro cunde la noticia de que los caciques en sus asambleas ya no trataban de nuestra muerte. Yo no sé si efectivamente fue el demonio quien azuzaba a los salvajes contra nosotros; lo que sí

> puedo asegurar es que antes de terminar la novena se apaciguó la tormenta en tal forma, que los mismos indios se admiraban de ello.
>
> ¿Y no podemos con fundamento esperar que el día menos pensado, el gran Patrón de nuestros salvajes (el glorioso San José) nos haga ver todavía mayores prodigios en el cambio y transformación de sus corazones? Desde luego, apenas terminamos el 6 de noviembre la serie de misas ofrecidas en su honor, gozamos de una paz completamente inesperada. Nuestra admiración subía de punto de día en día, sobre todo al comparar nuestra actual situación con la que teníamos una semana antes[lii].

Así fue amainando la tormenta que el infierno había desencadenado contra los misioneros hasta serenarse enteramente el horizonte gracias a la Divina Providencia. Ésta había ofrecido una excelente ocasión a los abnegados mensajeros del Evangelio para recabar del cielo con sus heroicos sacrificios y fervorosas oraciones nuevas gracias eficaces que convirtiesen a sus indios. Con esto se abrió para la misión una nueva era más apacible, en la cual la semilla de la divina palabra, derramada entre tantas fatigas y riesgos, podría germinar y echar profundas raíces.

[xliii] Cf. Rel. 1637, 1638; Thw., XI, XIII, XIX, XV.– K. M., 1888, 144, 233.

[xliv] Rel. 1637; Thw., XIII, 20.

[xlv] Rel. 1637; Thw., XIII, 168.

[xlvi] Cf. Rel. 1637, cap. VII; Thw., XIV, 76.

[xlvii] Cf. Bressani, *Relation abregée,* 161. – Rel. 1638, capítulo I; Thw., XV. 30.

[xlviii] Rel. 1633; Thw., XV, 40.

[xlix] Rel. 1638; Thw., XV, 42.

[l] Rel. 1638; Thw., XV, 58.

[li] Rel. 1638; Thw., XV, 60.

[lii] Rel. 1638; Thw., XV, 66.

CAPÍTULO VII
FLORES Y FRUTOS

Fervor de los primeros cristianos de Ossossane. –El padre Lalemant es nombrado superior de la misión. –Recuerdo y estadística de los habitantes del territorio. –Nueva organización de la misión. –Establecimiento central de Santa María. –Misiones entre los indios tabaqueros y algonquinos. –Rápidos progresos en la conversión de los infieles. –Edificantes ejemplos de los nuevos cristianos. –El cacique guerrero Ahatsistcari. –Honroso testimonio en favor de la misión.

Fueron en extremo difíciles los principios de la misión fundada por el P. Brébeuf el año 1636 en Ossossane con el título de la Inmaculada Concepción, y a la cual pertenecía un grupo de aldeas limítrofes. Los empedernidos curanderos y algunos ancianos se propusieron impedir a todo trance el bien, que se iba abriendo camino, y se figuraron al principio que saldrían fácilmente con esta empresa. Las familias que primero abrieron sus corazones a la verdad de la fe habían sido terriblemente tentadas con ocasión de las pertinaces epidemias. ¿No les había demostrado la experiencia, una y mil veces, que los *ropa-negras* se servían del bautismo como de un maleficio para destruir a los hurones? Tan adelante pasaron en esta persuasión, que una vez estando el P. Raguenau administrando el bautismo a un salvaje le arrebataron el crucifijo, mientras un furioso guerrero esgrimía sobre la cabeza del misionero su tremenda hacha de combate. Solamente su imperturbable serenidad y sangre fría le libró

en esta ocasión de que el salvaje no descargara el golpe mortal. Otra vez se aprestaba el mismo Padre a bautizar a una moribunda, cuando el marido, montando en cólera, agarró una estaca y le descargó tan fieros golpes sobre la cabeza y espalda que la estaca se hizo añicos, mientras la sangre brotaba a torrentes de las heridas.

Sin embargo, cuando mayor era la oposición del infierno, tanto más se ponía de manifiesto la eficacia omnipotente de la gracia divina. Ossossane llegó a ser una de las más florecientes misiones, y durante largos años constituyó la más pura alegría y dulce consuelo de los misioneros. Ante todo, llenó su corazón de regocijo el fervor de un nuevo cristiano, que recibió en el bautismo el nombre de José, y resultó un intrépido apóstol y colaborador, que trabajó denodadamente no sólo en su parroquia, sino también en otras familias de la misma tribu a donde era enviado, logrando penetrar en muchas chozas cerradas a cal y canto para los *rostro-pálidos*. El año 1639 pudo el P. Lalemant escribir acerca del fervor de la feligresía de Ossossane, émula de los primeros cristianos: «¿Cómo impedir que las lágrimas se agolpen a nuestros ojos cuando vemos cada domingo cómo esta pobre gente viene de madrugada a comulgar, teniendo que abandonar sus chozas a tan tempranas horas? A pesar de la inclemencia del tiempo no dejan de acudir desde sus aldeas, que a veces distan muchas leguas. Su único vestido consiste en una piel de animales, y solamente en invierno calzan sus pies con unas abarcas. Forman un espectáculo verdaderamente tierno y consolador cuando al llegar se postran de hinojos, y mientras les espiamos desde algún puesto que ellos menos se figuran, les oímos orar en alta voz, dirigiendo sus preces al Santísimo Sacramento; pero sobre todo cuando se acercan con los *rostro-pálidos* a recibir el Pan de los ángeles, ¡oh!, entonces nos sentimos mil veces

recompensados por todos nuestros trabajos y fatigas». Numéricamente no fue grande el resultado al principio; con todo, se esforzaban los Padres en que los salvajes antes de su bautismo recibieran una sólida instrucción y dieran garantías de perseverancia en la virtud y fidelidad a la fe recibida. Así, una narración del año 1641 hace subir por vez primera el número de los bautizados en todo el territorio huronés a sesenta. Siete años más tarde, el año 1648, podía ya comunicar el redactor de las noticias que para aquella fecha no quedaba ni un gentil en toda la populosa misión de la Inmaculada Concepción, y que la idolatría no osaba aparecer en público porque todos los caciques eran cristianos. Estos indios de Ossossane fueron también los que ya en el año 1638 concedieron al P. Brébeuf, su amado «Echom», la dignidad y honores de cacique.

Desde el principio dirigió el P. Brébeuf, como superior, toda la misión establecida entre los hurones. Aunque parecía nacido como ninguno para misionero de los hurones y sus subordinados le amaban como a un padre y tenían depositada en él su entera confianza, hizo repetidas instancias para que le descargasen de este oficio, y así poder, como simple misionero, recorrer todo el territorio y predicar el Evangelio por todas las regiones a donde fuera enviado. En agosto de 1638 llegó el P. Lalemant para sustituir al fundador de la misión hurona en la dirección de la misma. Con sumo gusto y casi con aires de triunfo puso los futuros destinos de la misión en manos de su sucesor. Como una carga insoportable le había abrumado el oficio de superior, pues se reputaba en su humildad solamente apto para obedecer; pues, como él repetía de corazón, «carecía enteramente de espíritu y de prudencia», y así añadía a continuación: «Como soy incapaz de gobernarme a mí mismo, siento al obedecer una alegría semejante a la

del niño que, no pudiendo andar por su pie, se regocija al ser llevado en los brazos de su madre».

El nuevo superior de la misión era un organizador de primer orden. Una de las primeras empresas que tomó a su cargo fue hacer una exploración general en todo el territorio de los hurones y un recuento y empadronamiento de todos sus habitantes. En cumplimiento de este proyecto, salieron los nueve misioneros en todas direcciones para predicar el Evangelio, escudriñaron hasta el último lugar y la más insignificante cabaña, pusieron a cada poblado el nombre de un santo con el fin de levantar más tarde en su honor una capilla en cada puesto. Cuando en la primavera de 1639 volvieron a su residencia general de la Inmaculada Concepción en Ossossane, y a la de San José, que había sido trasladada desde Ihonatiria, al abandonar esta aldea, a Teananstayae, pudieron comprobar como resultado de sus investigaciones, que la población de los hurones ascendía a doce mil almas, diseminadas en treinta y dos aldeas. Tres años antes había contado el P. Brébeuf sólo en veinte poblados unos treinta mil indios; tan rápido descenso de población se debía principalmente a las terribles epidemias que habían sacrificado miles y miles de los pobres salvajes. Según las indicaciones y notas tomadas por los misioneros, se dibujó un mapa del territorio huronés, que por desgracia no ha llegado hasta nosotros.

En seguida el P. Lalemant puso mano en un segundo proyecto. Si seguían estableciéndose las misiones como hasta entonces, en residencias fijas y aisladas, se corría el peligro de que absorbidos por el trabajo de estas residencias, descuidasen la evangelización de otras comarcas de la nación hurona. Además, con este método se dificultaba la centralización, que unifica los esfuerzos; los misioneros de estos puestos aislados no podían fácilmente cambiar la táctica a que estaban habituados y amoldarse a

otras orientaciones más fructuosas en la manera de trabajar. Otro inconveniente de esta distribución de los Padres por las aldeas huronas provenía de la costumbre de los indios de abandonar sus poblados después de algunos años, cuando los campos y los bosques del contorno quedaban esquilmados; así se veían los Padres obligados de tiempo en tiempo a deshacer sus chozas y dirigirse trabajosamente al nuevo sitio elegido para levantarlas de nuevo. Todas estas dificultades quiso obviar el P. Lalemant con la fundación de un centro general que unificase las actividades. De él debían salir todos los misioneros, y a él volverían siempre para cambiar impresiones, aquilatar sus experiencias y robustecerse espiritual y corporalmente para emprender con nuevos bríos sus empresas.

Se escogió para este cuartel general un paraje situado en las riberas del Wie, no lejos del sitio donde este río desemboca en el estuario de Glócester, uno de los muchos repliegues que tiene la bahía de Jorge en el lago Hurón. Para defenderse de los ataques de los iroqueses, mortales enemigos de los hurones, se construyó una pequeña ciudadela fortificada. Sus empalizadas se levantaban junto a la salida del Wie de un pequeño lago. El conjunto formaba un cuadrilátero, cuyos lados más largos pedían unos cincuenta metros y los más cortos unos treinta. La parte frontera al río y al lago estaba guarnecida de fosos y trincheras, mientras los otros dos costados se hallaban fortificados con muros. En los ángulos se labraron altos fortines, desde cuyas troneras se podía recibir al invasor con flechas y balas. Estas torres servían también como depósito de víveres. Dentro del recinto fortificado se levantó una iglesia y un departamento para los soldados y la servidumbre[liii]; también se labraron dos casas para acoger a los indios, una destinada a la instrucción de los catecúmenos y otra para los gentiles. Estos dos edificios

estaban construidos de tosca mampostería, sin cristales en las ventanas, y sus pesadas chimeneas estaban hechas con trozos de roca sin desbastar. Solamente la iglesia, donde los Padres habían reunido todas sus insignificantes riquezas para honra y gloria de Aquel que había puesto entre ellos su morada, presentaba mejor aspecto. Con todo, para los indios constituía una de las mayores maravillas del mundo, aunque en Europa, según indica el P. Lalemant, apenas llegaría al rango de una miserable ermita. Adosados al muro de la pequeña fortaleza, pero todavía dentro de la empalizada exterior, formada de gruesos troncos en torno al edificio, se edificaron en el transcurso de los años un hospital y una hospedería para los indios que por allí pasaban y se detenían algunos días en Santa María, como se puso por nombre a este cuartel general de los misioneros.

Los criados de la misión, que llevaban el nombre de *donados*[liv], trabajaban los campos que se extendían en los contornos de la fortaleza, donde recolectaban, sobre todo, el maíz. Con el prudente cultivo del suelo recogían los misioneros tan abundantes cosechas, que pudieron en la carestía del año 1647 mantener a tres mil indios, cifra que al año siguiente ascendió hasta seis mil. En torno a la nueva residencia se fueron estableciendo poco a poco, pero cada vez en mayor número, muchas familias de indios cristianos.

Constantemente iban y venían los indios a Santa María, donde habitaban siempre dos Padres. Cada dos semanas por lo menos acudían a la iglesia en masa los habitantes de las aldeas circunvecinas. Todo el domingo se empleaba en solemnes cultos y en la instrucción conveniente. Los sábados por la tarde y los domingos y lunes muy de mañana atendían los misioneros a los huéspedes. También en otros tiempos ejercitaban los *ropa-*

negras la virtud de la hospitalidad. Cada indio que llamase a las puertas de Santa María recibía tres raciones para alimentarse. Aun a los paganos se les daba la comida, pero no podían pernoctar dentro de la fortaleza.

Todo el territorio de la misión lo distribuyó el P. Lalemant en distritos, que de tiempo en tiempo eran misionados por dos Padres durante los meses de invierno. De esta suerte, el año 1639 se anunció la palabra divina a más de diez mil indios. El mismo año emprendieron los padres Yogues y Carlos Garnier una misión en la tribu de los indios tabaqueros, vecina a los hurones, donde cosecharon abundantes frutos. Poco después se dirigieron dos Padres a catequizar una rama de la familia de los algonquinos, apellidada de los nipisinios, que invernaban en las cercanías de Santa María. Debido a que los algonquinos no ocupaban territorio fijo, como los hurones, exigió su evangelización especiales sacrificios a los misioneros, que tuvieron que acompañar a los indios en sus correrías nómadas y compartir con ellos sus privaciones y molestias. En compensación, tuvieron el consuelo de que estas tribus nómadas abrazasen el Evangelio con más decisión que los corrompidos hurones. El año 1641, al celebrar la conmemoración de los difuntos entre los nipisinios, pudieron los Padres conocer otra ramificación de la tribu de los algonquinos que habitaba los confines de las grandes cataratas que unen el lago Hurón con el lago Superior. Los franceses pusieron a estos indios el nombre de *saltadores,* aludiendo a los saltos de agua allí existentes. Esta nueva gente pidió con grandes instancias que los *ropa-negras* fuesen a vivir con ellos; pero la escasez de operarios evangélicos impidió que se abriese allí una nueva misión en toda regla. Más aún, el año 1641 se vieron los Padres obligados a suspender por un tiempo su actividad con los indios tabaqueros y neutrales, que el P.

Brébeuf había visitado el año anterior, para consagrarse exclusivamente a la conversión completa de los hurones. El número de cristianos se acrecentó en tal forma en algunas aldeas huronas, que ya no bastaba la misión movible de Santa María para atender a las conversiones siempre crecientes. Se vieron obligados los Padres a fundar pequeñas comunidades y a surtirlas de operarios estables. El P. Lalemant se expresaba así en la relación correspondiente al año 1644: «Algunas de nuestras misiones se han transformado en residencias fijas; en todas partes se han agrandado las capillas; a falta de campanas, echamos mano de las calderas de la cocina para llamar al pueblo; se han bendecido algunos cementerios y hemos celebrado en varias aldeas nuestras procesiones y funerales con todas las ceremonias que usa la Iglesia». En la misión más antigua del territorio hurones, en San José, se quedó como operario el padre Daniel, mientras los padres Brébeuf y Lalemant se encargaron de la comunidad de San Ignacio. También las residencias de la Inmaculada Concepción, en Ossossane, y San Miguel lograron cada una tener misionero estable.

La relación del año 1642 habla con extraordinaria complacencia del incremento que había cobrado la obra de las conversiones, a pesar de los azares de la guerra que aquel año habían sostenido los hurones. Las incursiones de los iroqueses iban siendo cada vez más audaces. «Aun las mujeres y sus niños no tenían segura la vida ni en los contornos de las aldeas mejor fortificadas»[lv]. Algunos guerreros, iroqueses desperdigados y solos penetraban de noche en las cabañas, y, a favor de las tinieblas, asesinaban a mansalva, y desaparecían sin levantar la menor alarma. «Por lo que toca al estado de la cristiandad en estas regiones –escribe el P. Lalemant en la citada relación–, puedo asegurar con toda verdad que la Iglesia va creciendo en número y más aún en santidad; que el

Espíritu Santo obra aquí mayores maravillas que quizá en ninguna otra nación del Nuevo Mundo; que aun los hombres que desde su infancia han vivido rodeados de ejemplos de virtud y piedad, tendrían aquí que admirar la fe, el temor de Dios y la fortaleza en confesar su religión, que cada día experimentamos en algunos de nuestros indios, cuyo más ardiente deseo es la conquista del cielo, una vez que Dios ha tomado posesión de sus almas. Hasta el presente, no habíamos visto con tanta claridad el método más adecuado para su instrucción, y nunca se había extendido la predicación de la buena nueva con más paz que en los últimos ocho meses»[lvi].

En el capítulo V de esta relación el autor va entretejiendo una serie de hermosos ejemplos, que ponen de relieve el fervor de los recién convertidos. «Un hurón, llevado del amor que sentía en su corazón a Jesucristo, hizo propósito de ayunar y abstenerse de carnes durante un mes entero. Apenas había comenzado a cumplirlo, cuando los cazadores volvieron de las selvas a sus hogares cargados de carne de oso y de reno. Naturalmente, en todas las cabañas comenzaron a celebrarse grandes banquetes, que para el pobre hombre constituían tanto mayor tentación cuanto debía, como los demás, pasar el resto del año con un mantenimiento tan mezquino como el nuestro en tiempo de Cuaresma. Se le convidaba tres y cuatro veces al día a sentarse a la mesa; pero por temor de quebrantar su propósito, rehuyó todas las invitaciones, aun cuando se le brindase en alguna ocasión con algún plato de pescado. Se le rogó que no fuese tan severo consigo mismo, y los Padres le declararon que bien podía con toda tranquilidad de conciencia diferir el cumplimiento de su promesa para otro tiempo más oportuno. "Confieso -añadió- que ahora comería carne con sumo gusto; pero así como hoy siento una gran satisfacción de haberme ayer

vencido, de igual manera, transcurrido todo el mes, se acrecentará mi gozo al ver que obré según el testimonio de mi conciencia. Cada vez que me acuerdo que en el cielo será recompensado mi ayuno, no siento en nada sus molestias". "Yo no sé lo que me sucede en el alma –declaraba el mismo indio en otra ocasión–; pero puedo asegurar que no siento jamás tanta alegría como cuando hago oración al Señor. Espero el tiempo de la oración como un famélico rabioso mira delante de sus ojos los manjares que le han preparado. Cuando me convidan para un festín que coincide con la hora de oración, rechazo siempre semejantes invitaciones"»[lvii].

Un pobre hombre, que era el único cristiano de toda su parentela, se veía continuamente maltratado por sus deudos, empeñados en hacerle renegar de la fe. Lo expulsaron de sus cabañas, le negaron el sustento y le achacaban la muerte de una sobrina que, a instigación suya, se había dejado bautizar. Llegó a encontrarse en el mayor desamparo, viéndose constreñido a ejercer por sí mismo las ocupaciones y menesteres reservados a las mujeres, la mayor humillación que podía padecer un indio. Se le escarnecía, se le excluía del trato social, se le atacaba con las más descaradas injurias; si alguna vez, por excepción, se le convidaba a comer, siempre había entre los invitados algunos que protestaban a gritos de que se le hubiera convidado, porque la presencia de un cristiano atraía las desgracias, y le amenazaban con que moriría mucho antes de lo que se figuraba, asegurándole que el día menos pensado le asesinarían como a un malvado hechicero. Y tan excelente cristiano respondió más de una vez a estas amenazas: «Pues, a pesar de todo, perseveraré constante hasta el fin en mi fe, que nadie me podrá arrancar; cuanto más pobre sea, menos tendré que dejar en la hora de la muerte; y entonces verán los que ahora se mofan de mí, que después de esta vida seré más rico que todos ellos. Vuestro corazón está lleno de deseos de este mundo; pero mi único anhelo está puesto en la gloria, desde el día que recibí las aguas bautismales».

Este honrado varón ejercitó en el último invierno un acto de caridad que casi pudo costarle la vida, pero que abrió las puertas del cielo a un alma que, de otra suerte, quizá, se hubiera perdido.

Sucedió el caso en una jornada que hacían a través de la nieve; ya llevaban cinco o seis horas de camino, cuando una de sus sobrinas, aterida de frío, no pudo continuar la marcha. A la caída de la tarde, al elegir el terreno para armar su tienda de campaña donde pernoctar, echaron de ver que faltaba la muchacha, y al instante supusieron lo que le había acaecido. Sin perder un momento, nuestro buen cristiano abandona aquel sitio y se apresura a socorrer a su sobrina. Tras largas pesquisas y rodeos encontró, por fin, a la pobre niña, que yacía casi yerta sobre la nieve. La tomó sobre sus hombros; el amor le daba alas para correr; pero, al cabo, le faltaron las fuerzas y cayó rendido con su carga, quedando exánime en medio del camino. Cuando uno de nuestros criados que acompañaba la expedición vio que la noche iba cerrando, se angustió al pensar que el buen cristiano podía haberse extraviado; se fue en su busca, siguiendo sus huellas en la oscuridad de la noche. Finalmente, lo encontró ocupado en prepararse para la muerte con la oración, pues se habían agotado sus fuerzas. La muchacha estaba enteramente rígida y sin conocimiento. El joven francés prestó parte de sus vestidos al pobre hurón y cargó con la moribunda sobre sus robustos hombros. Ambos oraron al Señor fervorosamente implorando su asistencia, le ofrecieron sus propias vidas, y, al fin, lograron, tras rudos afanes y fatigas, ganar el campamento. Colocaron junto al fuego a la niña, ya medio muerta, sin pulso ni señal alguna de vida; le echaron en la boca nieve derretida y lograron que volviese en sí, aunque, por desgracia para los pocos momentos que la restaban de vida. Al menos hubo tiempo para instruirla y que recibiese el bautismo. Y si ahora está en el cielo, agradecerá tanta dicha al fervoroso cristiano, cuyas palabras le produjeron profunda impresión, pues no se cansaba de consolarla con la esperanza del paraíso[lviii].

El gozo más cumplido de los misioneros era ver que los guerreros jóvenes de los hurones, la flor y nata de aquel pueblo, se acercaban al cristianismo y pedían ser bautizados. La relación del año 1642 nos refiere que muchos guerreros hurones, de los más principales y valientes, entre ellos su cacique Ahatsistcari, habían recibido el santo Bautismo. El P. Lalemant nos cuenta entusiasmado algunas hazañas de este caudillo neófito:

El verano último, cuando atravesaba con los suyos un gran lago, que divide a los hurones de sus enemigos, advirtieron de repente cómo una flotilla de iroqueses se disponía para lanzarse sobre ellos. Sus compañeros sólo pensaron en la fuga; pero Ahatsistcari se opuso, gritándoles: « ¡Alto no hay que huir en ningún caso, sino arremeter primero contra el enemigo!» Cuando los contrarios se acercaron, arrojó de sí su manta de piel y saltó al abordaje a una enorme piragua enemiga; al primero que topó le machacó el cráneo, precipitó al agua a otros dos, y se lanzó en seguida a las ondas, volcando al mismo tiempo la canoa con cuantos en ella había.

Con una mano se sostenía nadando y con la otra mataba a cuantos se ponían a su alcance. Esta inesperada sorpresa llenó de pánico al resto de los enemigos; y cuando los confiados en su victoria se vieron derrotados casi antes de entrar en combate, se dieron a la fuga, sobrecogidos ante tan temerario valor. Ahatsistcari volvió a subir a su canoa y persiguió a los enemigos, que andaban todavía nadando, para llevárselos a su tierra como trofeos de la victoria... En una palabra –concluye el misionero la narración de las hazañas de este valeroso caudillo–; la vida de este hombre se reduce a una serie continua de luchas; desde su juventud sólo alimentó pensamientos de guerra, y precisamente de esta circunstancia se valió el Señor para hacerlo cristiano.

Jamás mostró antipatía a nuestra fe, y ya hace tres años que pidió ser bautizado; pero como no se decidía a romper completamente con algunas costumbres depravadas del gentilismo, no accedimos a su demanda. Pero últimamente, los Padres de la residencia de San José le admitieron el pasado invierno a la instrucción para el bautismo, y, después de haberse portado satisfactoriamente en aquella prueba, se presentó por la Pascua para hacer sus ofrecimientos y defender su causa ante los Padres. «Yo traigo muy dentro del corazón la fe –les dijo–, como lo atestigua mi conducta en el pasado invierno; dentro de dos días partiré para la guerra; si sucumbo en la refriega, decidme: ¿a dónde irá mi alma, si me negáis ahora el bautismo? Si pudieseis sondear los últimos repliegues de mi corazón con la diafanidad con que lo hace el Gran Espíritu, ya haría mucho tiempo que me contaríais en el número de los cristianos, y ahora no me perseguiría el temor de las llamas del infierno, cuando tengo que enfrentarme con la muerte. No puedo administrarme yo mismo el bautismo, y tan sólo me resta exponeros sinceramente mi ardiente anhelo de recibir las aguas regeneradoras. Si, a pesar de

todo, mi alma llega a ir al fuego eterno, os hago responsables de mi condenación por haberos negado a cumplir mis deseos. Vosotros podéis hacer lo que juzguéis conveniente; por lo que a mí toca, seguiré encomendándome al Señor, a quien ya conozco; yo espero que Él se compadecerá de mí, pues, como habéis repetido muchas veces, Él es mucho más bondadoso que vosotros». «Pero ¿cuándo te vinieron los primeros pensamientos de hacerte cristiano?», le interrumpió el Padre. «Mucho antes de que vosotros vinierais a nuestra tierra», fue su respuesta. «Yo me veía salir ileso de mil peligros, mientras mis compañeros quedaban tendidos en el campo de batalla. Pronto reflexioné que no era yo quien me sacaba incólume de tales peligros, y me vino al pensamiento que algún poderoso espíritu, que yo no conocía, me escudaba con su especial protección. Los hurones atribuyen a los sueños el origen de su buena suerte, pero yo abrigaba la íntima persuasión de que semejante creencia era un supersticioso absurdo; yo no sabía explicarme más. Cuando después os oí hablar en vuestras predicaciones de la omnipotencia de Dios y de lo que Jesucristo hizo en la tierra, al punto reconocí en Él al que me había siempre protegido, y me resolví a consagrarle mi existencia entera. Cuando salía a campaña, me encomendaba a Él por la noche y por la mañana; Él me concedió todas las victorias; en Él creo, y por eso os pido el bautismo para que se compadezca de mí después de mi muerte».

Los misioneros no pudieron rechazar por más tiempo las instancias de Ahatsistcari, después que expresó aquel día tan nobles y elevados pensamientos. El Sábado Santo se le administró solemnemente con algunos otros el santo Bautismo y se le impuso el nombre de Eustaquio. Apenas el neófito el día de Pascua recibió la Sagrada Eucaristía y satisfizo su devoción, tuvo que irse precipitadamente a la guerra con otros cristianos que allí se habían quedado precisamente para hacer de padrinos en la solemnidad del bautismo de su cacique. El grueso del ejército había adelantado algunos días el viaje. Pero antes de despedirse celebraron en presencia de los más ancianos de diversas familias un consejo de guerra, donde tomaron las siguientes resoluciones: «En lo sucesivo seremos un solo corazón y una sola alma, pues servimos todos al mismo Señor. Si alguno de nosotros llega a una aldea donde haya siquiera un solo cristiano, no busquemos hospedaje en otra choza sino en la suya. Si alguno está triste, debe encontrar siempre consuelo en nosotros. Nunca debemos sacar a plaza en presencia de los paganos los defectos de

cualquiera de nosotros; esto jamás debe hacerse, para que se reconozca en la amistad que nos une que el nombre de cristiano es un vínculo más fuerte que todos los vínculos de la Naturaleza. Debemos declarar a nuestros parientes que no tienen nuestra misma fe, aun cuando sean nuestros padres o nuestros hijos, que es nuestra determinación que nuestros huesos, después de la muerte no se sepulten al lado de los suyos, puesto que nuestras almas en la eternidad han de estar separadas de las suyas y nuestra amistad con ellos no ha de prolongarse después de esta vida [lix]. Jamás debemos avergonzarnos de los misterios de la fe que nos han enseñado, sino anunciar siempre y en todas partes la bendita Religión que profesamos; pero, ante todo, prediquemos con la vida y con el ejemplo, para que se entienda que la fe la llevamos más arraigada en el corazón que en los labios[lx].

Ni hay por qué admirarse si una santa alegría hacía palpitar los corazones de los predicadores evangélicos, al ver cómo la semilla de la divina palabra, que ellos habían derramado entre fatigas sin cuento en aquella tierra salvaje, crecía tan prósperamente y producía en tan corto tiempo flores y frutos. El ejemplo del caudillo Ahatsistcari no dejó de impresionar vivamente a los individuos de su tribu. Ya el año 1643 pudieron los misioneros hablar en su correspondencia de numerosas conversiones entre los guerreros hurones. Hasta entonces apenas se contaban entre ellos dos o tres cristianos, mas ahora peleaban en las filas de un solo grupo veintidós guerreros cristianos. Pero lo más admirable en la rápida propagación del cristianismo era que en aquel reciente plantel no había un tallo que no estuviese bien arraigado y que no pudiese resistir las primeras granizadas de la persecución. Una profunda transformación en sentido cristiano de sus corazones caracterizaba a los recién convertidos. El P. Raguenau se expresa en estos términos: «Por lo que atañe a mi opinión particular, declaro que jamás hubiera creído encontrar, ni siquiera después de cincuenta años, la décima parte de la piedad, virtud y santidad de que he sido yo mismo testigo ocular al visitar las cristiandades, que han brotado en

medio del paganismo. Era para mí una alegría inmensa contemplar el fervor de aquellos cristianos que, al romper el alba, venían a la iglesia para hacer sus plegarias en común, y a la caída de la tarde, después de haber trabajado en faenas abrumadoras, volvían de nuevo en nutridos grupos a la función de la noche. ¡Cómo los mismos niños rivalizaban entre sí por emular la piedad de sus padres avezándose desde tan temprana e inocente edad a ofrecer a Dios sus fatigas, sus dolores y menudos trabajos! Frecuentemente vi cómo las jovencitas que iban al bosque a recoger leña no tenían otro entretenimiento más de su gusto que rezar el Rosario, ni otra alegría mayor que procurar con santa emulación aventajar a sus compañeras en este devoto ejercicio. Pero lo que más me consolaba era la firmeza con que la fe había penetrado en los corazones, poco antes gentiles, de los hurones, y, a este respecto, puedo afirmar que en muchos de ellos la gracia había vencido las resistencias, vanidades, alegrías y sentimientos de la Naturaleza»[lxi].

Dios tenía reservados especiales planes al pueblo huronés, y algunos varones, iluminados sobrenaturalmente, como el P. Brébeuf, supieron leer en esos planes trazados por la Providencia. Las acometidas de los iroqueses, más tremendas de año en año, y la serie no interrumpida de desgracias que experimentaron los hurones en sus luchas con sus mortales enemigos, muestran claramente que el pueblo huronés fue víctima de una prematura decadencia. Gloria y timbre inmortal de los misioneros fue haber logrado que este pueblo, que se perdió para el mundo, se ganase para el reino de Dios, a costa de sus sudores y aun de sus propias vidas.

[liii] Richelieu había prometido subsidios pecuniarios para levantar una fortaleza y mantener allí una reducida guarnición, con la esperanza de fundar así una avanzada en Nueva Francia, que asegurase el predominio de su país. (Véase Rochemonteix, tomo I, *pièces justificatives,* n. IV).

[liv] Estos *donados* eran piadosos seglares que se obligaban voluntariamente a servir a los Padres en las ocupaciones domésticas durante toda la vida; en justa compensación, la Compañía tomaba sobre sí la obligación de alimentarlos y vestirlos, y en caso de quedar inútiles en la vejez, de cuidar de ellos hasta la muerte. Los *donados* podían hacer sus votos de devoción.

[lv] Thw., XXII, 804.

[lvi] Rel. 1642; Thw., XXII, 806.

[lvii] Rel. 1643; Thw.. XXIII, 62.

[lviii] Rel. 1642; Thw., XXIII, 66.

[lix] Como los hurones mostraban el mayor interés en que los restos mortales de toda la familia reposasen siempre en el mismo sitio, la resolución tomada por aquellos generosos cristianos significaba un acto heroico de fidelidad a la fe.

[lx] Rel. 1642; Thw., XXIII, 24.

[lxi] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 110.

CAPÍTULO VIII
LAS PRIMICIAS DE LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES

Los iroqueses. –Crueldades ejecutadas en sus guerras. –Viaje del P. Yogues a Trois Rivières. –Asalto de los iroqueses. –Calvario de los prisioneros. –Las carreras de baquetas. –Le cercenan un dedo al P. Yogues. –Un beneficio bien recompensado. –Cautiverio del P. Yogues y de Renato Goupil. –Martirio de Goupil. –Esfuerzos del padre Yogues por salvar los restos mortales del mártir.

Renato Coupil [lxii]

Cuando el P. Brébeuf, en el invierno de 1640, recorría predicando el territorio de los neutrales, un día, mientras oraba, le mostró el Señor una visión. En ella vio cómo una cruz de enormes dimensiones se iba elevando desde la tierra de los iroqueses y se acercaba con majestuosa lentitud al territorio hurónés hasta cubrirlo con su sombra. Preguntado por sus compañeros sobre lo que esta aparición significaba, dio por única respuesta que la cruz era tan grande, que en ella se pedía clavar, no solamente un misionero, sino cuantos evangelizaban la tierra de los hurones. Ciertamente, allá arriba, en el país de los iroqueses, se fraguaban tremendas tribulaciones contra la misión hurona, y varias cruces ensangrentadas proyectaban en el horizonte su terrible silueta, llamando a los misioneros.

Los iroqueses fueron los primeros indios con que tropezaron los franceses al emprender la conquista del Canadá, y, a pesar de su escaso número -pues en el año 1640 apenas llegaban a 25.000, de los que solamente 2.500 podían tomar las armas-, constituían la tribu más poderosa y más inteligente de todas. Descendían de una casta emparentada con los hurones; pero ya de muy antiguo existía una terrible enemistad entre ambos pueblos hermanos, cuyas fuerzas casi se equilibraban. Siempre mantenían constantes contiendas y hostilidades entre sí. Los iroqueses ocupaban la posición más favorable y estratégica de todo el territorio. Al sur del lago Ontario, en el distrito de la actual Nueva York, teniendo a la espalda los bosques de las montañas Alleghany, se levantaban fortificadas por fuertes trincheras las aldeas de las cinco tribus iroquesas. La comarca intermedia estaba ocupada por la importante raza de los onondagas; poblaban la región del Este los oneidas y el terrible pueblo de los mohawis, el más fuerte adversario de los hurones. Al oeste de los onondagas se extendían los cayugas y senecas. Los muchos lagos y cataratas que dividían su región, en la que conocían palmo a palmo cada matorral, cada islote, cada escondite, les permitían a cada paso hacerse invisibles cuando algún enemigo poderoso invadía su tierra, para después caer sobre él por la espalda, sorprendiéndole cuando menos lo esperaba. Por otra parte, les era empresa fácil dejarse arrastrar río abajo por las vertientes, ya al Noroeste, hacia el territorio huronés; ya al Noreste, siguiendo el curso del San Lorenzo, hacia los establecimientos franceses, y asaltar y robar las flotillas huronas que se dirigían a Trois Rivières o a Quebec para el tráfico y comercio de pieles.

La colonia holandesa llamada de Nueva Holanda, con su capital y puerto principal de Nueva Ámsterdam (hoy

Nueva York), colindaba, al Sudeste, con el territorio iroqués. Esta circunstancia atrajo a los iroqueses la alianza de Holanda, que les suministraron las armas de fuego; y desde esta fecha combatieron encarnizadamente con los hurones, favorecidos por los franceses, convirtiéndose la lucha entre los dos pueblos hermanos en una guerra de exterminio.

Los gobernadores franceses no pudieron oponer a las hordas iroquesas una fuerza armada de igual empuje; ya Champlain había recurrido al poderoso Richelieu pidiéndoles soldados y dinero para la defensa de la colonia; pero el ministro necesitaba hombres y armas para las guerras que sostenía en la metrópoli, y así, quedó Nueva Francia indefensa contra los ataques de sus enemigos.

Especialmente, a partir del año 1640, según parece, los iroqueses juraron a los hurones, algonquinos y franceses la muerte y destrucción a sangre y fuego. Hasta entonces, solamente en los meses de estío, luego que se derretía la gruesa capa de hielo que cubría los lagos y ríos, se lanzaban con sus rápidas canoas desde las ensenadas del Ontario y se dirigían hacia el Este y Oeste para robar y matar cuanto encontraban al paso; pero ahora cambiaron de táctica, según nos cuenta la relación de 1643. «Están apostados en pequeños grupos de 20, 30, 50 o lo más 100 hombres, a todo lo largo del curso del río, y si una patrulla desaparece, pronto acude otra. Continuamente salen del territorio iroqués guerrillas de indios para dominar la cuenca del río[lxiii]. Según su antigua costumbre, nunca presentan batalla campal en sitio descubierto. Se deslizaban astutamente como fieras que acechan su presa, salían de repente de su emboscada entre salvajes alaridos, y enseguida, cargando con los cráneos de los alevosamente asesinados y con el tropel de los pobres cautivos,

emprendían una rápida fuga; a esto se reducían las heroicas campañas de los indios. Después tenían lugar las fiestas por sus victorias, y en ellas los guerreros, pintarrajeados horriblemente, celebraban en pomposo lenguaje sus hazañas, mientras los prisioneros eran atormentados hasta morir con horrendos e infernales suplicios.

La narración correspondiente al año 1642 nos permite echar una ojeada a las atrocidades ejecutadas por los iroqueses en la guerra.

> A fines del otoño de 1641 invadieron los iroqueses en un asalto nocturno una aldea algonquina, y, tras breve resistencia, quedaron dueños del campo. En un abrir y cerrar de ojos ataron a los hombres mujeres y niños; enseguida, los vencedores suspendieron una cadena sobre la hoguera, descuartizaron los cadáveres de los acuchillados y se los comieron ante los ojos de sus parientes con bestial regocijo. Entretanto, se mofaban de los cautivos con sangrientos escarnios: «Tío –gritaban al más anciano algonquino–; tío, la muerte se cierne ya sobre tu cabeza, y pronto emprenderás tu viaje a la morada de las almas; cuando llegues, les anuncia que estén de buen ánimo, pues en seguida recibirán numerosa compañía, ya que estamos resueltos a remitirles hasta el último hombre de tu pueblo, colmándoles así de inmenso alborozo». «Los holandeses, con quienes tratamos nuestro comercio, nos han prometido apoyo contra los franceses. Pronto la emprenderemos contra éstos cuando recibamos armas», añadieron.
>
> El anciano halló modo de escaparse, y llevó a los franceses la noticia del desastre; también dos muchachas algonquinas lograron evadirse más tarde, y contaron a un misionero la suerte que corrieron después los prisioneros: a marchas forzadas fueron conducidos a las aldeas de los iroqueses; durante la jornada arrancaron aquellos bandidos a las madres jóvenes sus niños de pecho, los ataron a unos asadores y los tostaron a la lumbre vivos. «Las pobres criaturas no sabían aún lo que era el fuego –contaba una de las madres–, y apenas sintieron el calor de la llama, nos dirigieron sus miradas y rompieron en gritos de dolor hasta que murieron. Nuestro corazón sangraba al contemplarlos así desnudos y asados a fuego manso. Nosotras queríamos

arrancarlos de tan horrible suplicio, pero nuestras ataduras y nuestros verdugos nos lo impedían. "Al menos, matadles de una vez, tiranos sin corazón", les gritábamos. Pero ellos ni nos daban oídos ni se compadecían, sino se reían de nuestras lágrimas y se burlaban de nuestro tormento. Aquellos asesinos no eran hombres, sino lobos carniceros».

Y así prosiguió la desdichada mujer en sus descripciones, contando cómo los iroqueses devoraron a los niños; cómo una madre, ciega por el dolor, se quitó a sí misma la vida; cómo los cautivos, semejantes a un rebaño que marcha al matadero, avanzaron hasta la primera aldea de los iroqueses; cómo allí todos los martirizaron con furia infernal con bastones, azotes y tizones encendidos; cómo hasta los niños iroqueses desfogaban contra ellos su rabia con cuchillos, leznas y teas. Uno de los guerreros algonquinos mostró, en medio de tan espantosos tormentos, la estoica indiferencia tan propia de los indios. Las torturas no lograron que contrajese siquiera las pestañas. «Quéjate y vocea -le gritaban, aullando, sus verdugos-. ¿Por qué no te quejas?», y le aplicaban al cuerpo teas encendidas. «Miradme bien-respondió el indio-, y convenceos que no me sacaréis tales lamentos. El fuego y el hierro con que me atormentáis el cuerpo, seguramente os arrancaría a vosotros lágrimas y gemidos como a niños de pecho». Entonces se arrojaron los iroqueses bramando y echando espumarajos de rabia contra el guerrero, lo despedazaron e hicieron trizas, le arrancaron el corazón y los hígados, los asaron y se los comieron, poniendo así el colmo a su inhumana ferocidad. Con razón las narraciones de los misioneros apellidan a los iroqueses de verdaderos demonios[lxiv].

Estos terribles enemigos lograron completamente llevar a cabo su obra destructora. El año 1644 escribía el superior de la misión algonquina: «Donde hace ocho años se veían 80 y aun 100 cabañas, apenas hay ahora cinco o seis; y si un cacique tenía antes a su mandar 800 guerreros, ahora a duras penas tiene de 30 a 40; y en lugar de las flotillas de 300 y 400 piraguas, ahora sólo pueden contarse 20 o 30». ¡Tan terriblemente se encarnizaron los iroqueses contra los algonquinos! Para los hurones, se señala el año 1642 como el principio de su decadencia y ruina. En la

primavera de ese año invadieron los enemigos una de las aldeas fortificadas de la frontera, que siempre se había resistido a la predicación de los misioneros, y la arrasaron hasta no dejar rastro de ella. Y desde esta fecha, durante todo el verano, las incursiones de los iroqueses se sucedían en interminable serie y cada vez con más pujanza. Si los guerreros salían de campaña para trabar combate con el enemigo, entonces en el momento más inesperado asaltaban las indefensas aldeas, asesinando mujeres y niños. Si el aguerrido ejército volvía a toda prisa al enterarse del desastre para rechazar nueva agresión, muchas veces caía en alguna emboscada que los iroqueses les habían armado en el camino, y muchos valientes guerreros derramaron en ese año su sangre bajo las hachas de los enemigos o en las terribles hogueras.

Los iroqueses pusieron sus ojos en los *ropa-negras,* y tomaron todos los medios para que alguno de ellos cayese en su poder. Pronto lograron alcanzar este triunfo.

Cada año se dirigía uno de los misioneros en alguna flotilla hurona a Quebec para informar sobre el estado de la misión, exponer sus necesidades y proveerse de las vituallas y provisiones que necesitaban los operarios evangélicos. Siempre habían sido estas jornadas peligrosas por las constantes acometidas de los iroqueses; pero en este desgraciado año de 1642 suponía el viaje hasta Quebec una aventura en extremo peligrosa, y solamente una necesidad extraordinaria obligó al P. Lalemant, superior de la misión, a enviar también entonces un Padre con los hurones a la capital de colonia francesa. Su elección recayó en uno de los Padres más expertos, el P. Isaac Yogues[lxv], que había emprendido como campeón de la fe dos expediciones a las tribus recientemente descubiertas -en 1639 a los indios *tabaqueros,* y en 1641 a los *saltadores*-, en las que había mostrado su valor a toda prueba y su gran capacidad en el

trato con los indios. El elegido no dudó un momento en poner por obra animosamente el mandato de su superior. «Yo me ofrecí -escribe él mismo- cuando fue necesaria la jornada, y con tanto mayor gusto, cuanto preví que si yo no iba, entonces iría otro Padre, mejor misionero que yo, a meterse en los peligros, que todos preveíamos». Pero con plena conciencia de los riesgos del viaje, se preparó el P. Yogues, haciendo ocho días de *Ejercicios* antes de emprender la marcha. No sabía lo que era miedo, sino más bien andaba siempre hambreando más y más trabajos y sacrificios apostólicos. No mucho después, se hallaba un día en Santa María postrado de hinojos ante el Sagrario en presencia de su Señor y Salvador, cuando renovó con especial fervor su acostumbrada súplica: «Señor, dame a beber abundantemente del cáliz de tu Pasión». Entonces oyó en el interior de su alma de manera indubitable una voz que le dijo: «Tu súplica ha sido escuchada..., y tendrá su cumplimiento...; ten valor y robustece tu corazón»[lxvi]. Emprendió, pues, su jornada el misionero acompañado de unos veinte hurones; felizmente pudieron escapar a la vigilancia de los espías enemigos, y, tras un viaje de treinta y cinco días, en el mes de julio llegaron sanos y salvos a Trois Rivières. Con toda rapidez cumplió aquí el P. Yogues todos sus encargos, y el 1 de agosto lo vemos zarpar de nuevo del fortificado puerto de Trois Rivières con una pequeña flotilla que dirigía el denodado cacique Ahatsistcari. En su compañía se encontraban dos nuevos auxiliares de la misión, los donados Renato Goupil y Guillermo Couture, y unos treinta y cinco hurones, la mayor parte de los cuales eran cristianos o, al menos, catecúmenos.

Veloces como flechas se deslizaban por la superficie del río las ligeras canoas de los hurones. El P. Yogues iba en uno de los primeros botes. Cuando al segundo día

navegaban a lo largo de la orilla septentrional del lago de San Pedro, descubrió la vanguardia en la arena recientes huellas de pisadas; algunos indios saltaron a tierra para reconocerlas, pero no pudieron averiguar con certeza si procedían de los algonquinos, sus aliados, o de los iroqueses. Una parte de la tripulación, sobrecogida de espanto ante la perspectiva de un ataque, quería volverse sin dilación. Ahatsistcari se decidió a continuar el viaje; aun cuando las huellas proviniesen de los enemigos, era manifiesto que la superioridad numérica estaba de parte de los expedicionarios, que podrían rechazar con éxito cualquier agresión. Siguieron animosos adelante; pero media hora después, cuando llegaron a la desembocadura occidental del lago, donde éste se divide en un laberinto de canales que serpentean entre infinitos islotes, salió de la espesura el salvaje aullido de guerra lanzado por las hordas iroquesas, y una granizada de balas de arcabuz descargó sobre la flotilla hurona. Al estampido de las armas de fuego se apoderó tal pánico de los hurones que todos huyeron atropelladamente a la desbandada por la selva, y con ellos escapó también Couture, que iba en la retaguardia. Únicamente un grupo de indios cristianos, fieles a su juramento de no abandonar en ningún caso al *ropa-negra,* se arremolinó en torno al P. Yogues y de Renato Goupil, y se aprestó valientemente a la defensa. El misionero abarcó de una mirada lo peligroso de la situación, pero no perdió un momento la presencia de ánimo, y tranquilamente, bajo el fuego del enemigo, tomó agua del río para administrar el bautismo al patrón de su canoa, un valiente catecúmeno, y asegurar así su suerte eterna en caso de muerte. El combate fue muy corto, pues los iroqueses recibieron un nuevo refuerzo al presentarse en la orilla opuesta otra banda de guerreros suyos y así toda resistencia resultaba inútil. Las canoas con sus tripulantes, excepto los fugitivos o muertos, y con todas las

mercancías vinieron a manos de los enemigos como botín de guerra.

El P. Yogues, que había saltado a un espeso matorral, hubiera podido evadirse dándose a la fuga. Pero al contemplar el grupo de cristianos y catecúmenos cautivos, entre los que se encontraba Renato Goupil, salió de su escondite y se entregó voluntariamente al enemigo. « ¿Cómo podía yo abandonarlos -escribió después de su puño y letra- si muchos de ellos no habían recibido todavía el santo Bautismo?». La heroica caridad del buen pastor, que así se ofreció para salvar sus ovejas, se vio inmediatamente recompensada de consoladora manera. Mientras los iroqueses recorrían la espesura en todas direcciones buscando los fugitivos, pudo a su salvo administrar el sacramento de la regeneración a los prisioneros que aún no estaban bautizados. Uno de ellos, anciano de ochenta años, pocos momentos después caía muerto al golpe del hacha en el sitio mismo donde el agua del bautismo había regado su cabeza. Entre los fugitivos capturados se contaba Couture, y como al luchar contra los enemigos había matado con su arcabuz a un iroqués, tuvo que expiar en seguida esta muerte con crueles suplicios. Cuando el P. Yogues le saludó amistosamente y le exhortó a que tuviera buen ánimo, se revolvió el furor de los enemigos contra él. «Con desenfrenada rabia se enojaron contra mí -escribe el mismo Padre-, descargando sobre mi cuerpo una granizada de golpes con sus lanzas, estacas y culatas de arcabuz, hasta que me derribaron al suelo medio muerto. Cuando, poco a poco, fui recobrando el sentido, se me acercaron otra vez y me arrancaron las uñas de varios dedos con sus agudos dientes, y después a bocados me destrozaron los dedos; las falanges de los dos dedos índices, de donde me sacaron las uñas me produjeron agudísimos dolores, y encima volvieron a la carga,

magullándolas y triturándolas entre sus dientes hasta deshacer el último huesecillo».

Pero esto no era sino el principio del martirio; después que los iroqueses grabaron en el tronco de un árbol, por medio de imágenes, sus hazañas para memoria de la posteridad, y clavaron en picas a lo largo de la ribera las cabezas de los muertos, condujeron a su propio territorio los veintidós prisioneros tras una jornada de trece días. Si el viaje se hacía navegando, los míseros yacían atados sobre el fondo de la canoa, y sus guardas entretenían sus ocios divirtiéndose en reflotarles las heridas con punzones y abrojos. En las marchas por tierra servían de bestias de carga; durante la noche les hacían tenderse boca arriba, les ataban los brazos extendidos a sendas estacas, y se les dejaba sin defensa expuestos a los enjambres de mosquitos que acudían al olor de las heridas.

> Entonces padecí dolores casi insoportables en el cuerpo -cuenta el mismo P. Yogues-, y al mismo tiempo mortales angustias en el alma. El hambre, el calor ardiente, las amenazas y odio de nuestros verdugos carniceros, el dolor de las heridas, que, por no haber sido curadas, comenzaban a corromperse y a criar gusanos, todo esto me producía, en verdad, gran tormento. Pero ello me parecía pequeño en comparación de la interna desolación que se apoderó de mi espíritu al ver en aquel trance a nuestros primeros y fervorosos hurones. Yo abrigaba la convicción de que serían las principales columnas de aquella nueva Iglesia, y ahora los miraba ante mis ojos como víctimas dispuestas para el sacrificio. Es duro y cruel ver el triunfo del infierno sobre toda una raza, que ha sido comprada con tanta caridad, y redimida al precio de sangre tan adorable.
>
> Ocho días después de nuestra partida de las riberas del San Lorenzo -prosigue el misionero en su narración- tropezamos con 200 iroqueses que volvían de sus correrías contra los franceses y sus aliados. Apenas nos divisaron dieron gracias al sol por la victoria y por el rico botín alcanzado por las gentes de su tribu, y enseguida dispararon una salva de arcabuces en señal de enhorabuena. Sobre una colina levantaron al punto una

plataforma y se internaron después en la selva en busca de varas y ramas espinosas, que encontraron sin dificultad; pertrechados de este modo, formaron una calle, en la que se colocaron cien a un lado y otros cien al otro. Por esta calle del dolor y de la amargura debíamos avanzar enteramente desnudos, mientras a porfía apostaban entre sí a quién descargaría sobre nosotros más y mayores golpes. Yo tuve que desfilar el último para que desfogasen contra mí más a su placer sus furores. No había atravesado la mitad siquiera de esta calle, cuando sucumbí a la violencia de aquella granizada y caí al suelo. No me esforcé en levantarme, parte por la debilidad extrema, parte porque consideré aquel sitio como mi propia sepultura. Sólo Dios sabe cuánto tiempo y en qué número descargaron sobre mi cuerpo tremendos golpes. Pero los sufrimientos que se toman por amor al Salvador y a gloria suya, están henchidos de alegría y honor. Cuando los salvajes echaron de ver que mi caída no había sido casual, y que no me levantaba porque estaba casi agonizando, se apoderó de ellos una cruel compasión, pues aún no habían satisfecho su furibunda saña y tenían empeño en llevarme vivo hasta su tierra. Entonces me recogieron en sus brazos y me llevaron al tablado, mientras me desangraba a chorros. Cuando recobré de nuevo el conocimiento, me obligaron a descender, colmándome de maldiciones y haciéndome blanco de sus befas y denuestos, y reanudaron su tormento, volviendo a descargar sobre mi cabeza, sobre mis espaldas y sobre todo mi cuerpo otra tempestad de golpes. Mi descripción sería demasiado prolija si quisiera referir menudamente toda la extensión de mis padecimientos; me quemaron un dedo, otro lo trituraron entre sus dientes, y cuando estaban así desgarrados, los descoyuntaban y desencajaban con feroz regocijo. Arañaron con sus largas uñas mis heridas, y cuando, agotadas las fuerzas, desfallecía, me abrasaban los brazos y muslos para reanimarme.

Cuando los guerreros saciaron su crueldad, prosiguió su marcha la fúnebre comitiva de los cautivos; en distintas ocasiones se le ofreció al P. Yogues ocasión para escaparse; pero él prefirió mantenerse fiel al lado de su deshecho rebaño. Tampoco Renato Goupil se decidió a abandonar al misionero y buscar su salvación en la fuga. Al llegar a la primera aldea de los iroqueses llamada Ossonenón (hoy Auriesville, a 45 kilómetros de Albany), se renovaron las

torturas. De nuevo debieron sufrir carreras de baquetas, de nuevo volvieron a ensañarse los salvajes en los *rostro-pálidos*. «Entonces pude repetir con mi Señor y Maestro: *Supra dorsum meum fabricaverunt peccatores;* los pecadores han completado su obra y han dejado grabadas sobre mis espaldas las huellas y señales de sus furores», escribe el P. Yogues, al recordar estos nuevos tormentos. Y prosigue de este modo: «Para cuando llegamos al tablado que habían levantado en medio de la aldea, ya estábamos medio descuartizados; todo nuestro cuerpo era una llaga y nuestros rostros estaban bañados de sangre. Sobre todo, Renato Goupil se hallaba tan desfigurado, que, fuera de los ojos, no había en él parte sana. Yo lo encontré tanto más hermoseado cuanto mayor semejanza guardaba con Aquel cuyo rostro era la alegría y espejo en que se miraban los ángeles maravillados, y con todo, apareció como un leproso en medio de sus oprobios. Apenas subimos al tablado, me alegré en mi corazón, diciendo: "Hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres por amor de Jesucristo". Las dos únicas uñas que le quedaban al P. Yogues en sus dedos, se las arrancaron aquí violentamente. Los iroqueses obligaron a una mujer algonquina cautiva a que cortase al misionero el dedo pulgar izquierdo con un cuchillo embotado; varias veces intentó la pobre mujer ponerlo por obra; pero, espantada por la repugnancia, retrocedía siempre apenas comenzaba tan bárbara operación, hasta que, por fin, logró acertar un tajo definitivo. "Cuando la infeliz arrojó mi pulgar sobre el tablado -escribe conmovido el mártir de Cristo- lo levanté del suelo y te lo ofrecí en sacrificio a Ti, Dios mío, y pensé entonces en el Santo Sacrificio que durante siete años he venido ofreciendo sobre el ara santa; y tomé esta tortura como un castigo amorosísimo por las faltas de caridad y reverencia cometidas al tratar tu Sagrado Cuerpo en la Eucaristía. Y Tú escuchaste los clamores de mi alma"».

Cuando uno de los prisioneros le hizo caer en la cuenta que los iroqueses, si vieran en sus manos el miembro amputado, le obligarían a comérselo, lo arrojó lejos de sí.

Tres días con sus noches duraron los suplicios en la primera aldea iroquesa. Durante el día se les atormentaba sobre el tablado, y por las noches se les entregaba a los niños para que ejercitasen en las indefensas víctimas sus feroces instintos. Los niños iroqueses ataban a los cautivos en el suelo en forma de una cruz de San Andrés, fijando a cuatro estacas sus manos y pies extendidos. En seguida arrojaban sobre los desnudos cuerpos, surcados de heridas, carbones encendidos y ardiente rescoldo, y ponían todo su gozo en ver cómo las carnes vivas se asaban y achicharraban. Al hartarse de esta tortura, inventaban otra nueva, hasta que, por fin, a altas horas de la noche dejaban en paz a sus víctimas.

En la segunda aldea, apellidada Andagorón, que deseaba también desahogar su crueldad contra los cautivos, volvieron a repetirse más o menos las mismas torturas. El P. Yogues recuerda en sus apuntes la particularidad de que aquí los salvajes, al aplicarles las carreras de baquetas, procuraban con todo empeño atinar en las partes más sensibles del cuerpo, y, en especial, herirles una y mil veces en la espinilla, donde es tan agudo el dolor. En la tercera aldea, Teonontoguen, encontró la gente menuda un nuevo género de tormento con espinas y varas puntiagudas escarbaban en las heridas alrededor, y con sus uñas descortezaban las cicatrices, ahondando hasta los huesos. Al P. Yogues lo ataron a una cruz, de suerte que sus pies no se afirmasen en el suelo. Cuando sintió que en esta postura acabarían por ahogarle, les suplicó que le soltasen. Pero cuanto más les suplicaba, con mayor fuerza le apretaban las ligaduras, hasta metérselas muy dentro de sus carnes. Por fin se compadeció de él un guerrero

enemigo y rompió las ataduras sin decirle una palabra. Un año más tarde debía el misionero encontrar de nuevo a este indio en otra aldea distante 300 kilómetros de Teonontoguen. Cuando entró en una cabaña de aquella aldea se encontró de manos a boca con un moribundo. « ¿Me reconoces todavía, Ondesonk?» (Este era el nombre del P. Yogues en lengua hurona), le preguntó el enfermo con débil voz, y antes que su visitante le pudiera responder, prosiguió: «¿No recuerdas al que el año pasado te cortó las ataduras? Pues aquél soy yo». Con profunda emoción se arrodilló el Padre ante el camastro de su antiguo bienhechor. Y entonces pudo pagarle con regia magnificencia aquel acto de caridad. No necesitó de largos razonamientos. La muerte había impreso ya claramente su huella sobre la frente del enfermo. Después de una corta instrucción, las aguas regeneradoras del santo Bautismo caían sobre su cabeza. Pocos minutos después dejaba el alma aquel cuerpo para recibir del Redentor en el cielo el galardón eterno por el favor prestado a su apóstol.

En Teonontoguen reservaba el divino Maestro a su fiel discípulo y predicador de la fe, en recompensa de lo mucho que por Él padecía, un regalo que llenó de dulzura su apostólico corazón. Entre los capturados había un par de hurones que eran aún gentiles; ambos sufrieron los tormentos sobre el mismo tablado juntamente con el P. Yogues, y en seguida debían ser quemados. Arrastrándose fatigosamente, logró el Padre acercarse hasta ellos, moverles el corazón y, por fin bautizarlos. Una avenida de consuelo inundó el corazón del misionero en medio de sus tormentos corporales. Pero los iroqueses le declararon que, en castigo de esto, debía morir con los sentenciados. Sin embargo, poco después el consejo de los ancianos revocó esta sentencia, y determinó conservar a los *rostro-pálidos* en el cautiverio; en consecuencia, el P. Yogues y Renato

Goupil, según la costumbre de los indios, serían entregados a sendas familias de Andagorón que en la última expedición habían perdido un pariente. «Ahora comenzamos a sentir con mayor fuerza las heridas que se nos habían recrudecido -escribe el P. Yogues-. Nuestro lecho se reducía a cortezas de árboles desparramadas en el suelo; por todo alimento se nos daba algún puñado de maíz, y a veces por todo regalo algún trozo de calabaza mal cocida. Como nuestras manos y dedos estaban mutilados, andábamos fajados como unos niños, nuestra única medicina era la paciencia». Desfallecidos, cubiertos de heridas, que pronto se enconaron porque no se cuidaban suficientemente, se arrastraban los dos esclavos, más semejantes a cadáveres medio corrompidos que a hombres vivientes. Por un momento pensaron sus amos en ofrecerlos a los holandeses a costa de un buen rescate; pero, al esparcirse por su territorio la noticia de un desastre sufrido por los iroqueses en las orillas del San Lorenzo, se abandonó este proyecto. Lejos de conquistar su libertad los cautivos, fueron quitados a sus primitivos poseedores y declarados esclavos de la tribu; si hasta entonces pertenecía a los miembros de aquella familia la facultad de disponer de su vida y de su suerte, desde ahora volvía a recaer este derecho en la tribu entera. Cualquier iroqués particular podía maltratarlos y aun quitarles la vida sin temor a ser castigado, como si se tratara de las aves del bosque.

Muy pronto la suerte del fiel Renato Goupil comprobaría lo que significaba este cambio de dueño. Un día salió con el P. Yogues por las afueras de la aldea haciendo oración mientras paseaban. Entonces se les acercaron dos indios; uno de ellos era sobrino del anciano iroqués en cuya choza vivía Goupil. Aparentemente, sin miras sospechosas, andaban los dos salvajes detrás de los cautivos. Pero de repente cayó silbando un hacha de

combate sobre la cabeza de Goupil que recibió un golpe mortal. Sin exhalar un quejido vino a tierra el joven *donado,* murmurando entre sus labios el nombre de Jesús. Al punto se arrodilló el P. Yogues, ofreciendo también su cabeza al asesino, creyendo que había llegado su última hora. Pero el indio le significó que podía levantarse, que nada malo le sucedería, pues no tenía orden de matarle. Entonces el misionero dio al moribundo por última vez la absolución y su bendición sacerdotal, y el alma del primer mártir de la misión hurona entró triunfante en las mansiones celestiales, para ser recibida con victorioso júbilo por el coro de aquellos bienaventurados que, con palmas en las manos, siguen al Cordero a dondequiera que va.

¿Cuál fue la causa del martirio de Goupil? Su dueño, un viejo y empedernido pagano, le había acechado de tiempo atrás con hostiles miradas, y descubierto cómo el odiado *rostro-pálido* no se recataba de rezar en público sus oraciones y cómo se acercaba a los niños para enseñarles orar. Un día fue testigo de cómo el piadoso *donado* hacía la señal de la cruz sobre la frente de uno de sus nietos, y entonces, poseído de loco furor, mandó a su sobrino que asesinase al *rostro-pálido.* «Yo le doy el título de mártir de Jesucristo -escribe el P. Yogues-, no solamente porque fue asesinado por los enemigos de Dios y de la Iglesia, sino, sobre todo, porque le dieron la muerte en odio de la oración y de la señal de la santa Cruz». La Iglesia ha confirmado este juicio, y así, es el humilde *donado* Renato Goupil el primero de la gloriosa pléyade de los mártires canadienses que regaron con su sangre la semilla del Evangelio en Norteamérica para que produjese el ciento por uno en frutos de bendición.

Poco antes del cautiverio, Goupil -que en sus primeros años había ingresado en el Noviciado de la Compañía de Jesús y por su débil salud, tuvo que dejar su vocación, y

más tarde fue agregado al servicio de la misión canadiense en calidad de *donado*– había pedido al P. Yogues le permitiese unirse a la Compañía en presencia de Dios y del misionero, haciendo los votos privados de religioso. Con gusto accedió el P. Yogues a tan piadosa demanda, y dio en su favor honroso testimonio al declarar que muchas veces le traía confundido la heroica caridad con el prójimo, la obediencia y humildad de aquel sencillo varón. La misión perdió en Renato Goupil un excelente cirujano y enfermero, que muchas veces con su amabilidad se había conquistado los corazones de los salvajes y los había preparado para que recibieran la semilla de la palabra divina.

Al día siguiente del asesinato de su compañero de cautiverio procuró el P. Yogues[lxvii], a pesar de las advertencias y disuasiones de sus buenos amigos, dar a los restos del mártir cristiana sepultura. Un antiguo prisionero de guerra, perteneciente a la tribu de los algonquinos, le indicó el sitio en que los salvajes habían arrojado el cadáver. «Los muchachos le habían despojado de sus vestidos después del asesinato –así escribe el mismo misionero–; luego le ataron un lazo al cuello y le arrastraron hasta el arroyo que pasa junto a la aldea. Los perros habían ya devorado el cadáver. En presencia de tan triste espectáculo, no pude contener las lágrimas; con ayuda del algonquino levanté el cuerpo y lo coloqué en medio del arroyo, cubriéndolo con enormes piedras para ocultarlo a las miradas de los indios; pensé en volver al día siguiente con una azada, y si no había ninguna persona en aquel paraje, cavar una sepultura donde depositar el cadáver».

Dos días más tarde logró el Padre salir ocultamente de la aldea para ofrecer las últimas muestras de cariño a los restos mortales de su hermano en Religión. Cuando llegó a

la corriente, halló que el nivel de las aguas estaba muy alto por las lluvias torrenciales, y el cadáver había desaparecido del sitio en que el Padre lo sumergió. «Me metí en el agua, fría como el hielo, y lo rebusqué por todo aquel paraje, tentando con mis pies el lecho del río por si la corriente lo había arrastrado más abajo. Pero no encontré nada. ¡Cuántas lágrimas brotaron de mis ojos y se deslizaron hasta caer en el arroyo! Como mejor pude, recé los salmos que la Iglesia acostumbra a rezar en las exequias ante los cadáveres». Así nos lo refiere, conmovido, el pobre cautivo, a quien se negó el consuelo de encomendar a la tierra las reliquias del mártir.

Las pesquisas realizadas las semanas y meses siguientes para encontrar los despojos mortales de Goupil no dieron ningún resultado; pero en la próxima primavera se pudo dar con la verdadera pista. Los muchachos indios habían observado cómo el Padre daba al cadáver una sepultura provisional en el húmedo cauce del arroyo. En seguida se acercaron y extrajeron del agua el cuerpo muerto y lo escondieron en un cercano matorral, donde los perros y aves de rapiña lo devoraron, excepto el cráneo y algún resto de huesos mondados, que el Padre logró, por fin, encontrar después de largas indagaciones, y recogió con grande reverencia. «Les di sepultura –testifica el Padre– con el fin de llevármelos más tarde a Trois Rivières, a donde se nos quería trasladar; pero antes los besé lleno de devoción como reliquias de un mártir de Jesucristo». Lástima fue que, después de librarse del cautiverio de los iroqueses, le fue imposible poner a salvo las reliquias de Goupil, y así, aguardan en ignorada sepultura el día glorioso de la resurrección.

[lxii] Cf. K. M., 1884, 93...–Rel. 1642-3. Thw., XXIV, 298. *Notice sur*

René Goupil (donnée), por le P. ISAAC YOGUIS, Thw., XXVIII, 116. Rel. 1647, cap. IV; XXXI, 16.

[lxiii] Rel. 1643; Thw., XXIV, 270.

[lxiv] Cf. K. M., 1884, 93.–Rel. 1643; Thw., XXII, 248.

[lxv] El P. Yogues había nacido en Orleáns: a los diecisiete años entró en el Noviciado de la Compañía, en Rouen. Al principio deseó ser enviado como misionero a la difícil misión de Etiopía. Más tarde, en el curso de sus estudios, habiendo oído hablar a los misioneros vueltos de Nueva Francia de la misión allí establecida entre los indios, pidió a los superiores ser enviado al Canadá. Escuchada su demanda, llegó a la misión hurona en 1636. Los historiadores nos lo describen como hombre de débil complexión, pero de alma apostólica abrasada del celo de las almas.

[lxvi] Cf. Rouvier, 154.

[lxvii] Cf. *Notice sur René Goupil,* arriba mencionada.

CAPÍTULO IX

EL ESCLAVO DE LOS IROQUESES[lxviii]

Queda solo el P. Yogues entre indios enemigos. –Sus oficios de esclavo. –Sus tribulaciones de espíritu. –Alegrías de su apostólico corazón. –Tentativas de rescate. –Su vida, en peligro. –Aprovecha las ofertas de los holandeses para conseguir su libertad. –Logra escapar de los iroqueses. –En el barco holandés. –Amenazas de los iroqueses. –Se retrasa su fuga. –En la cabaña de un tendero. – Completamente a salvo. –Cómo lo reciben en Francia. – Regreso al Canadá.

Después del martirio de Goupil quedó el P. Yogues enteramente solo entre los enemigos, sin tener una persona que se compadeciese de sus trabajos y le ayudase a llevar su cruz. Conocía demasiado bien el carácter voluble de los indios, para poderse prometer con seguridad un día o una hora siquiera. Cada vez que volvía un guerrero herido por los franceses o por los hurones se cernía sobre su cabeza el negro destino que le amagaba con la espantosa muerte en la hoguera. Si Dios no le hubiera demostrado su paternal providencia y henchido su corazón de consuelo en la oración, hubieran sido sus desolaciones de espíritu absolutamente insoportables. En el invierno tenía que acompañar a los salvajes, en calidad de esclavo, en sus expediciones de caza. Durante todo el día caminaba por entre nevadas selvas y helados pantanos. Insuficientemente vestido con una mezquina camisa sobre

el cuerpo, con un par de albarcas de cuero en los pies y unas raídas y miserables polainas en las piernas, se arrastraba el prisionero, abrumado por la pesada carga que le imponían. Los agudos juncos de los pantanos y marismas y los arbustos espinosos le desgarraban las piernas. La aspereza del suelo formado de erizadas rocas, le hería los pies. ¡Cuántas veces cayó desfallecido bajo el peso de la carga! Sus heridas, mal curadas y apenas cicatrizadas volvían a abrirse con el frío glacial y comenzaban a doler y a supurar, sin que hallase a mano ningún remedio ni medicina con qué curarse.

Si los salvajes habían tenido próspera suerte en la caza, entonces su regocijo no reconocía límites, y daban también a su esclavo gruesos tasajos de carne para que se alimentase; al principio el padre Yogues comía de esta ración, pero cuando echó de ver que los indios sacrificaban primero la carne al espíritu y genio de la caza, no volvió a tocarla, y se alimentaba miserablemente con las mezquinas sopas que acostumbraban los indígenas. Buscar la caza por sus propios medios le era imposible, pues sus heridas y manos mutiladas se lo estorbaban; así, tenía que ejecutar tan sólo las degradantes ocupaciones reservadas a las mujeres. Cada mañana recorría el bosque y acarreaba la leña necesaria a los salvajes. Cuando concluía esta tarea, podía, por lo general, descansar las horas restantes, y así acostumbraba retirarse a un lugar solitario del bosque para entregarse a la oración. Allí trazó una cruz en el tronco de un árbol, rasguñando la corteza con sus estropeadas manos, y con un par de ramas le aderezó un doselito para protegerla de la nieve y de las lluvias. Aquello era su capilla y allí se pasaba orando largas horas. Naturalmente, los niños indios no tardaron en descubrir aquel sencillo oratorio, y desde entonces no se veía libre de sus baldones e impertinencias. Pronto circuló el rumor de que se retiraba

a este lugar para dedicarse en secreto a su hechicerías, y lo hubiera pasado muy mal si algunos amigos, que se había ganado poco a poco a costa de cariñosos servicios, no hubieran apartado siempre de su persona cualquier vejación que le costase la vida.

A los trabajos corporales del P. Yogues se sumaron durante el invierno las tribulaciones de espíritu que Dios le enviaba. Él mismo se explica así sobre este punto: «Cuando la nieve cubrió el suelo a bastante altura, pensé perecer de hambre, frío y desnudez; me veía hecho la execración de aquellos salvajes, el vilipendio y juguete de los hombres. Sufría terribles angustias en mi alma al recordar las negligencias y pecados de mi vida pasada; los tormentos de la muerte que en breve debía sufrir de los salvajes, según me lo anunciaban ellos mismos, y los peligros de caer en el infierno, me rodeaban por todas partes. En tal aprieto, mis fuerzas desfallecían y se aniquilaban; pero con toda claridad percibía en mi interior una voz que condenaba mi falta de fe y me avisaba que dirigiese mis pensamientos a la bondad inefable de Dios y me arrojase amorosamente en su regazo. Me parecía escuchar aquellas palabras que, a lo que creo, se leen en San Bernardo: "Sirve a Dios con aquel amor que destierra todo temor y no pone sus ojos en los propios merecimientos". Estas internas amonestaciones me hicieron caer en la cuenta, y lo comprendí con toda evidencia, que no dominaba en mí un amoroso y filial temor de Dios, sino un abatimiento servil y desalentador. No tenía suficiente esperanza, y en vez de llorar los pecados que contra Dios había cometido, me preocupaba más el pensamiento de perder bruscamente la vida y de presentarme delante del tribunal divino desprovisto por completo de aquellas obras buenas que debiera haber hecho. Pero las sugestiones de la gracia cambiaban en un instante mi afligido corazón, desterraban

todo desconsuelo y prendían en mí tales llamaradas de caridad, que prorrumpía en mis transportes de fervor en aquellas expresiones de San Bernardo: "No nos pide sin motivo el sacrificio de nuestra vida el que primero inmoló la suya por nosotros"».

Al volver a la aldea, después de la excursión invernal invertida en la caza, tuvo el P. Yogues que transportar sobre sus hombros la pesada carga de las piezas cobradas por los salvajes que le abrumaba y encorvaba hasta el suelo. Delante de él caminaba una india iroquesa con su fardo a cuestas y un niño pequeño en el brazo. Al pasar por un puente tendido sobre un caudaloso torrente, perdió la mujer el equilibrio y cayó al agua desde el tronco que unía ambas orillas. Al momento el padre Yogues arrojó su carga y se lanzó al agua helada. Tras penosos esfuerzos, logró, nadando, extraer a la madre y al niño y ponerlos a salvo Apenas tuvo el tiempo preciso para administrar al niño el santo Bautismo, cuando la pobre criatura se quedó muerta; pero él se alegró más de haber salvado aquella alma para el cielo que a la madre para la vida temporal. Por lo común, según adelantaba el tiempo de su cautiverio se le ofrecían más numerosas ocasiones de ejercitar su potestad sacerdotal. Poco a poco le fueron permitiendo sus dueños más libertad de movimientos, y así podía ir por la aldea de choza en choza visitando y consolando los enfermos, infundiendo alientos a los hurones cristianos y a veces oyendo sus confesiones y administrando el santo Bautismo a los niños moribundos.

Hasta entre los ancianos fue ganando paso a paso algún influjo; su inagotable paciencia y su amabilidad siempre ecuánime le conquistaron este ascendiente sobre los demás. Por esto frecuentemente le rodeaban por las noches sentados en torno a la lumbre, y le abrumaban de preguntas sobre el cielo, el sol, el movimiento de los astros

y mil cosas más. Y si él entremezclaba las verdades de la fe con sus explicaciones sobre los fenómenos de la Naturaleza, no por eso le interrumpían, sino le escuchaban con sumo interés. Tampoco tenía reparo de cuando en cuando en dirigirles alguna palabra con qué condenar su inmoralidad y paganas costumbres. Los guerreros admiraban su apostólica libertad. «Ondesonk -le decían-, tú eres dócil como un niño cuando te mandamos algo; pero cuando se te mete una idea en la cabeza, das quince y raya al amo más terco. Nos vas a dar ocasión para que te matemos, pues hablas con demasiada temeridad. Tú estás como cautivo en nuestra tierra, y te las mantienes tieso tú solo contra todos, y hasta te atreves a desafiarnos». Pero el P. Yogues había consagrado su vida de apóstol a Jesucristo y sentía en su alma el acicate del celo como San Pablo: *Vae mihi si non evangelizavero!:* « ¡Ay de mí si no predico el Evangelio!».

Su más dulce consuelo fue siempre si había prisioneros de guerra condenados al terrible suplicio del fuego, poderles hablar del cielo antes de su ejecución y disponerlos para recibir el santo Bautismo, asegurándoles la vida eterna. Casi siempre conseguía conmover sus corazones y hacerlos capaces de abrazar la palabra divina. El año de su cautiverio llegó a bautizar el P. Yogues unos setenta indios, procedentes de cinco tribus diversas, echando así los cimientos para la futura misión entre los iroqueses.

A menudo se le ofreció al prisionero coyuntura para fugarse; los colonos holandeses y las tribus indias de los contornos le ofrecieron muchas veces ayudarle en esta empresa; el gobernador francés de Quebec entró en negociaciones para rescatarle. Todos estos ofrecimientos era especialmente tentadores cuando el ánimo furioso de los indios se exacerbaba por cualquier motivo contra el

ropa-negra. Pero jamás se le ocurrió al P. Yogues aprovecharse de la ocasión para huir. En una carta, remitida desde la factoría holandesa de Rensselaerswijck a sus superiores, se expresaba así el misionero:

> Aunque con toda probabilidad hubiera podido emprender la fuga si hubiera querido, ya encaminándome a las colonias europeas, ya buscando apoyo en los indios vecinos, con todo me resolví a vivir y a morir en la cruz donde el Señor me había clavado tan estrechamente. Si me daba a la fuga, ¿quién consolaría a los soldados franceses que están en cautiverio? ¿Quién recordaría a los recién convertidos hurones sus deberes de cristianos? ¿Quién quedaría para catequizar a los nuevos cautivos que vinieran, y quién animaría a los sentenciados en sus torturas y les administraría el Bautismo? ¿Quién cuidaría de la salvación eterna de los niños moribundos y de la conversión de los gentiles? De ningún modo; es indudable que ha sido una disposición admirable de la misericordia divina que yo haya caído en manos de estos salvajes cuando su saña contra la Religión y su guerra de exterminio contra los otros indios y los franceses cerraba la puerta a la predicación del Evangelio en estas regiones. Por esto cada día doblo mis rodillas en el acatamiento del Señor, y del Padre de mi Señor, para que, si así lo exige su glorificación, haga fracasar los planes que elijan los europeos y los indios para libertarme de este cautiverio y volverme de nuevo al seno de mis hermanos. Muchas personas se han interesado, en efecto, por mi libertad, y los holandeses, por cuyo conducto remito esta carta, han hecho generosos ofrecimientos, y siguen haciéndolos todavía, para lograr mi rescate y el de mis compañeros en la desgracia. Dos veces los he visitado y siempre me han acogido con benevolencia. No economizan ningún medio para alcanzar nuestra libertad, y colman de regalos a los indios entre quienes vivo para que me traten con humanidad.
>
> Suplico instantemente a Vuestras Reverencias para que siempre me consideren como hijo suyo, por muy indigno que sea yo de esto. Aunque parezco por mi vestimenta y mi marera de vivir un salvaje, que a causa de las continuas incertidumbres de espíritu está, por decirlo así, alejado de Dios, protesto, a pesar de todo, que quiero morir como he vivido, como fiel hijo de la Santa Iglesia Romana y como miembro de la Compañía de Jesús. Rueguen por mí a Dios en sus santos sacrificios para que, aunque

> he desperdiciado muchas de sus gracias que me podían haber elevado a una eminente santidad, me aproveche al menos de la última ocasión que se me ofrece para mi perfección. No dejarán ustedes, dada su bondad, de cumplir con esta súplica de este su siervo[lxix].

Cuando el P. Yogues firmaba esta carta, estaba el día de su libertad más cerca de lo que se había figurado. A principios de agosto de 1643 se encontraba con los iroqueses en una excursión de pesca por las riberas del río Hudson. Al recibir la noticia de que había llegado a Andagorón una remesa de cautivos de guerra que allí debía morir en la hoguera, no pudo resistir más el abnegado misionero al lado de sus amos; les rogó que le permitiesen hacer el viaje en una canoa que entonces precisamente emprendía su viaje a la misma aldea, para poder auxiliar en el último trance a las pobres víctimas de la crueldad iroquesa y regenerarlos con las aguas del Bautismo para la vida eterna. Cuando los viajeros pasaron junto al fuerte de Rensselaerswijck [lxx] saltaron a tierra para despachar algunos negocios referentes a sus mercaderías. Allí recibió el P. Yogues nuevas poco halagüeñas: una nueva tormenta de odio y encono se había desencadenado contra su persona en la aldea iroquesa, con más furia que todas las precedentes; las probabilidades de salvar esta vez su vida, si caía en poder del populacho amotinado, eran más difíciles que nunca. La causa de esta nueva irritación era una reciente derrota que habían sufrido los iroqueses en la guerra contra los franceses y hurones. Todos atribulan esta desgracia a una carta del P. Yogues, que uno de ellos había transmitido a los franceses poco antes. La manera aparentemente hostil con que éstos habían respondido apenas recibieron la misiva, les confirmaba en su sospecha, pues cuando el portador de la carta esperaba delante del fuerte artillado de Richelieu la respuesta, de repente arriaron los franceses la bandera blanca y

dispararon un cañonazo para indicar que tenían dispuesta la contestación y que el mensajero podía acercarse para recibirla; pero los iroqueses se imaginaron que los franceses los querían sorprender a balazos y se dieron arrebatadamente a la fuga. Con esta interpretación conocieron claramente que el *ropa-negra*, en su carta, había sugerido a sus paisanos los medios de acabar con sus enemigos, y por eso querían vengarse de él sangrientamente.

El comandante holandés de aquella fortaleza comunicó personalmente estas noticias al P. Yogues, y le animó a que no desaprovechara esta vez la favorable ocasión que se le ofrecía de fugarse. Allá fuera, delante del fuerte, estaba un barco dispuesto a levar anclas y partirse al día siguiente; en él podía esconderse y huir. Al principio rechazó tenazmente esta oferta; pero cuando el holandés insistió y se mostró resentido de que no agradeciese sus honrosos esfuerzos por salvarle, pidió el P. Yogues que se le concediese plazo para reflexionar hasta la mañana siguiente. La noche entera la pasó el misionero en oración con Dios, pesando las razones en pro y en contra de su fuga. Su preocupación por atender a los cristianos cautivos -franceses, hurones y algonquinos- le inclinaba a volver a su cautividad. Pero, por otra parte, los poderosos motivos que había para evadirse le tenían perplejo. Uno de sus compañeros franceses, Renato Goupil, había muerto; el otro, Couture, vivía en una aldea muy distante, donde no le podía visitar el P. Yogues, y le había significado muchas veces que podía escaparse fácilmente, y que sólo aguardaba a ver en seguridad al misionero. Entre los hurones y algonquinos cristianos nada podía hacer mientras durasen aquellas circunstancias; pues si trataban con él corrían el riesgo de atraer contra si las iras que contra el P. Yogues alimentaban los enemigos. Otra razón todavía en favor de la huida era que él dominaba ya

bastante bien la lengua de los hurones y, por tanto, podía trabajar como primer misionero entre ellos; pero si se exponía al peligro de ser asesinado por los enemigos, todos sus conocimientos para predicar el reino de Cristo se perdían infructuosamente. Después de fervorosa oración, se decidió el P. Yogues por la fuga. Participó esta resolución al comandante holandés, y ambos decidieron que la próxima noche encontraría en cierto sitio del río un bote con el que podría acercarse al barco. Una vez a bordo, el capitán del buque le tomaría bajo su protección y le ayudaría a proseguir su viaje.

Dejemos la palabra al misionero para que nos cuente él mismo cómo realizó esta evasión: «Después de agradecer cordialmente a los holandeses su interés por mi persona, me aparté de ellos para no excitar ninguna sospecha. Al anochecer me dirigí con diez o doce iroqueses a un almacén de granos para pernoctar bajo techado. Antes de echarme a dormir volví a salir otra vez para cerciorarme por qué punto me podría deslizar más fácilmente. Entonces se arrojaron sobre mí los perros de los holandeses, que rondaban fuera libremente, y uno de ellos, enorme y robusto ejemplar, me clavó sus colmillos en la desnuda pierna y me hizo una herida de consideración; a todo correr me volví al almacén, cuya puerta fue atrancada fuertemente por los iroqueses. Para mejor se acostó a mi lado el salvaje a cuya custodia estaba yo confiado. Al verme cercado por los enemigos, con las puertas bien atrancadas y rodeado de terribles perros, que me descubrirían con sus aullidos si intentaba fugarme, casi desesperé de poner en obra mi proyecto, y me quejé por lo bajo al Señor, exponiéndole mi aflicción de que habiéndome inspirado el pensamiento de huir me cerrase ahora todos los caminos y sendas. Esta noche la pasé sin poder cerrar los ojos. Poco después de haber anunciado el

canto del gallo la venida del alba, entró por una puerta trasera un criado de los holandeses, el mismo que nos había hospedado en el albergue. Valiéndome de señas, le signifiqué que convendría impidiese que los perros ladrasen. Él me comprendió y se salió fuera, y a los pocos momentos le seguía yo, después de haber juntado en un hatillo todo mi ajuar, que se reducía a un librito de las Horas de la Santísima Virgen, una *Imitación de Cristo* y una cruz de madera que yo mismo había labrado para que me recordase siempre de la Pasión de nuestro Salvador, salí del albergue sin que el menor ruido despertase a mis guardas. Salté por la tapia que rodeaba el patio y vine a parar precisamente al sitio donde estaba amarrado el bote; de estar más alejado, no me hubiera permitido llegar la pierna herida, pues distaba el embarcadero un cuarto de hora largo de camino. Allí encontré la lancha, según lo convenido; pero las aguas habían descendido con la marea, dejándola en seco. La empujé con todas mis fuerzas para botarla al agua, pero como era tan pesada no conseguía moverla; entonces grité al barco enviasen otro bote para recogerme, pero mis voces se perdieron en el vacío. Yo no sé si me oyeron, pero el caso fue que nadie vino a buscarme. Entretanto, rayaba ya la aurora y con su luz descubriría a los iroqueses mi ausencia, pues con razón temía yo que me sorprendiesen en aquel intento de fuga. Cansado de gritar, me volví al bote, rogué a Dios aumentase mis fuerzas y logré inclinarlo y hacerlo rodar, tan hábilmente, que lo eché al agua. Después de ponerlo a flote salté dentro y remé hasta abordar al barco, sin que ningún iroqués me descubriese. En seguida me alojaron en la parte inferior y me acurruqué en la bodega del barco para ocultarme tapando mi escondite con una gran cesta. Dos días y dos noches pasé en la bodega, con un ambiente tan incómodo, que pensé asfixiarme y morir con aquella

fetidez tan pestilencial. En aquellas apreturas me acordé del pobre Jonás, alojado en el vientre de la ballena»[lxxi].

A la segunda noche de su alojamiento en el barco apareció el predicador calvinista de la colonia y le anunció que los iroqueses se habían irritado atrozmente al enterarse de su huida y amenazaban a los holandeses con prender fuego a sus cabañas y degollarles los ganados si no les entregaban de nuevo al *ropa-negra*. Entonces el P. Yogues, desoyendo las protestas de toda la tripulación, abandonó su escondrijo y huyó secretamente a casa del gobernador holandés. A éste le pareció lo más acertado mantenerlo oculto hasta que se apaciguase la excitación de los indios y después enviarlo con el barco siguiente a Nueva Ámsterdam. Entretanto, lo puso provisionalmente bajo la custodia de un cantinero de la colonia, el cual lo alojó en un cuarto dividido por un mísero tabique de la tienda, a donde entraban y salían los indios a cada paso. Solamente por un milagro pudo allí permanecer oculto sin que le sorprendiesen los indios. Después de tres semanas, en las que el P. Yogues sufrió lo indecible -pues el avaro tendero holandés le interceptaba los víveres que diariamente remitía el gobernador para su manutención y le dejaba morir de hambre, dándole solamente pan seco y agua corrompida-, se logró, a fuerza de regalos, quebrantar la mala voluntad de los salvajes y persuadirles la retirada. Hacia mediados de octubre abandonó el P. Yogues la factoría holandesa, y se embarcó el 5 de noviembre de 1643 en Nueva Ámsterdam en un pequeño barco de comercio, que arribó tras una tempestuosa travesía a Inglaterra. De allí se dirigió en un barco francés de cabotaje con rumbo a Francia, donde saltó a tierra, por Navidad del mismo año, en Saint Paul de Léon en la costa de la Bretaña inferior.

Unos días más tarde, la víspera de la fiesta de los Santos Reyes, un peregrino llamaba a la puerta del colegio de los

jesuitas de Rennes, pidiendo hablar con el Padre Rector para comunicarle noticias del Canadá. El Hermano portero pensó al principio que aquel hombre, enflaquecido y mutilado, con las ropas raídas, que algunas buenas gentes con seguridad le habían dado de limosna, era un pordiosero; pero cuando el mendigo insistió en su demanda de ver al Padre Superior accedió por fin a sus deseos. El Padre Rector se hallaba en la sacristía, ya revestido para salir a decir la santa Misa. Pero cuando el portero le anunció que un pobre hombre, llegado del Canadá, le aguardaba en el recibidor, se quitó el Padre los ornamentos y se dirigió apresuradamente a la Portería. Sin abrir el sobre que alargó el desconocido –era una carta de recomendación del gobernador holandés del Canadá–, le colmó de preguntas sobre el estado de la misión canadiense. Por fin, le dirigió la pregunta: « ¿Conocéis, por ventura, al P. Yogues?». «Sí, muy bien lo conozco». «Nos han escrito que ha sido capturado por los iroqueses; ¿está todavía preso, o le han martirizado los salvajes?». «No; está en libertad –y prosiguió después–: Yo mismo que ahora os hablo soy el padre Yogues». Y al pronunciar estas palabras, se arrodilló el misionero con humilde acatamiento a los pies del Superior, pidiéndole la bendición. Grande fue el júbilo de sus hermanos en Religión por la vuelta y salvación del que creían perdido. Con gran reverencia contemplaban las cicatrices y huellas de las heridas que el atleta de Cristo había recibido; todos se apiñaban a su alrededor y cada cual quería besarle sus mutiladas manos. Vestido todavía con sus miserables ropas, le condujeron a la capilla, donde se entonó un *Te Deum* en acción de gracias al Señor.

La noticia del regreso del P. Yogues corrió como un reguero de pólvora por la ciudad de Rennes y de allí se propagó a otras partes. Desde muy lejos concurrían las gentes para ver al humilde confesor de la fe. La Reina madre, Ana de Austria, le llamó a París para honrar

personalmente sus heridas. Tuvo que referirle todas sus desventuras, y al concluir exclamó la augusta soberana: «Diariamente se publican novelas, que se reducen a vanas mentiras; aquí tenemos una que de verdad ha sucedido, en la que lo maravilloso se hermana con el más estupendo heroísmo». A causa de la mutilación de sus manos, tuvieron que recurrir a Roma pidiendo dispensa para que el P. Yogues pudiese celebrar en adelante el Santo Sacrificio. El Papa Urbano VIII accedió benignamente y pronunció en esta ocasión aquellas hermosas palabras: «Sería indecoroso que un mártir de Cristo no pudiese beber la sangre de Cristo». ¡Cómo se agolpaba el pueblo en torno al altar cuando el esclavo libertado de los iroqueses celebraba los divinos misterios!

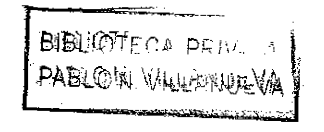
Pero esta veneración universal no fue buscada por el humilde misionero; al contrario, padecía al ver las manifestaciones de aprecio que se le tributaban. En cuanto estuvo de su parte, se sustrajo siempre a la admiración de las gentes y de sus propios hermanos en Religión. Solamente un expreso mandato de sus superiores pudo moverle a redactar por escrito, a grandes rasgos, la historia de sus martirios. Sus pensamientos, sus anhelos, estaban todavía allá lejos, en el Canadá, entre las almas de los pobres indios que aún yacían sepultados en las tinieblas y sombras de muerte del paganismo. Allá lejos quería contemplar el sacrificio de su vida, si tal era la voluntad de Dios, y derramar la última gota de sus venas por la salvación de las almas. Sus superiores no podían oponerse a tan ardientes anhelos y así lo vemos, después de tres meses de permanencia en su patria, dirigir de nuevo su rumbo a Norteamérica, adonde arribó a fines de junio de 1644. Verdaderamente un hombre de este temple y de esta grandeza de alma estaba llamado para exhalar su último aliento por la conversión de un pueblo al verdadero Dios.

[lxviii] Cf. Rel. 1647, caps. V-VII; Thw., XXXI, 52.– Carta del P. Yogues desde Renselaerswijok, 30 de agosto de 1643; Thw., XXV, 54.

[lxix] Rouvier, 179.

[lxx] Renselaerwijck era una factoría comercial muy avanzada que los holandeses tenían en la ribera del río Hudson, hacia el sitio en que hoy está emplazada la ciudad de Albany. Constaba por aquel entonces de unas 18 a 20 barracas de madera y una media docena de almacenes. El pomposo nombre de fortaleza le venía de una miserable ciudadela de madera, donde se alojaba el gobernador. Los iroqueses venían a sus tiempos a esta factoría para hacer sus contrataciones, recibiendo, a cambio de pieles, arcabuces y pólvora.

[lxxi] Renselaerwijck, 30 de agosto 1643, Thw., XXV. 64.



CAPÍTULO X
LAS ARRAS DEL SANGRIENTO DESPOSORIO

Continúa la guerra de los iroqueses. –Negociaciones de paz en Trois Rivières. –Se firma solemnemente la paz. –El padre Yogues, embajador de la paz. –Un sacrificio costoso. –La embajada al país de los iroqueses. –Regreso a Quebec. –El P. Yogues, con el donado Lalande, se dirige como misionero a los iroqueses. –Violación de los tratados. –El P. Yogues y Lalande son asesinados por los iroqueses. – Astucias iroquesas.

Martirio del P. Yogues y de su compañero Juan de Lalande

Mientras el P. Yogues vivió como cautivo entre los iroqueses, seguían esgrimiendo éstos, cada vez con mayor furia, sus hachas de combate contra los algonquinos y hurones, en una guerra de muerte y exterminio. La misión hurona quedó temporalmente incomunicada por completo con la colonia francesa. La relación del año 1643, remitida a Quebec con una flotilla que se dirigía a esta ciudad para hacer sus contrataciones, cayó en manos de los iroqueses. En 1644 fue enviado el padre Bressani con bastimentos a la misión, que desde hacía tres años no había recibido ningún refuerzo de los objetos más indispensables. También este misionero fue sorprendido y capturado por los enemigos; y

sólo después de cuatro meses de prolongado martirio quedó en libertad a costa de un fuerte rescate. En el anuario de 1645 escribe el superior de la misión que el año anterior habían intentado tres flotillas huronas el viaje hasta Quebec, pero todas fueron presa de los iroqueses; por fin, una cuarta expedición logró romper la barrera de los enemigos y llevarse consigo otra vez a su primitivo campo de acción al P. Brébeuf, que durante tres años había estado lejos de la misión hurona. La población de la tribu iba desapareciendo cada día con mayor rapidez por las continuas guerras.

Pero también los iroqueses, a pesar de sus victorias, fueron perdiendo paulatinamente de un modo palpable muchos de sus más esforzados guerreros. Por esto, el año 1645 mostraron ya cansancio y hastío de tan prolongadas luchas. El gobernador francés, Montmagny, que, por escasez de soldados y subsidios pecuniarios, no podía salir a campaña contra el enemigo, supo aprovecharse prudentemente de esta tregua. Cuando los algonquinos apresaron a unos iroqueses y los condenaron a morir en la hoguera, según la usanza corriente entre los indios, acudió Montmagny y los salvó de tan cruel suplicio. Y no paró aquí su intervención, sino que les envió a su tierra con el encargo de llevar a sus paisanos un mensaje de paz en nombre de los franceses y algonquinos. También logró, después de largas negociaciones, que los hurones, por su parte, pusiesen en libertad a varios prisioneros de guerra y declarasen al mismo tiempo su deseo de hacer las paces. Esta política produjo su impresión en el enemigo. Los mohawis, que fueron los primeros en romper las hostilidades con los franceses y hurones, respondieron al pacífico ofrecimiento, y enviaron sus representantes para negociar la paz, y en su comitiva vino el donado Couture, a quien concedieron la libertad gratuitamente.

Esta embajada de paz, remitida por los iroqueses, llegó a Quebec el 5 de julio de 1645, y su arribo constituyó todo un acontecimiento para la colonia francesa. Fueron recibidos con salvas de artillería, y toda la población se agolpó en los muelles del San Lorenzo para dar la bienvenida a los indios, y más aún a Couture, libertado de tan largo cautiverio. El 12 del mismo mes se celebró una asamblea general, que se reunió en el patio de la ciudadela de Trois Rivières. Ocupó la presidencia el gobernador francés, rodeado de sus oficiales y algunos misioneros. Delante de su estrado se asentaron sobre pieles de buey los emisarios iroqueses, enfrente se colocaron los algonquinos y montañeses, mientras a derecha e izquierda ocupaban su puesto los franceses y hurones. En un ángulo del patio ataron los iroqueses entre dos columnas una cuerda para exponer allí, colgadas, unas alhajas de porcelana que habían traído sus representantes como presente de paz. Cada una de aquellas piezas tenía su significación simbólica, y se hizo su entrega acompañándolas con sendos discursos. El superior de la misión jesuítica nos ha pintado en la relación de 1645 todo el curso de esta conferencia hasta en sus mínimos pormenores. El argumento principal de aquellas largas y numerosas peroratas era siempre el mismo, a saber: que los mohawis estaban dispuestos a enterrar sus hachas de combate y a vivir en paz y concordia con los franceses y sus aliados. Dos días después se tuvo la segunda sesión; ahora tocaba a los franceses, hurones y algonquinos declarar sus disposiciones favorables a la paz. Montmagny entregó para este fin a los emisarios iroqueses catorce simbólicos presentes. Con esto se había dado el primer paso y más principal en favor de la paz. Para firmar definitivamente las paces debían volver a sus territorios respectivos, tanto los representantes de los iroqueses como los hurones y algonquinos, para que las juntas de los caciques delegasen

los plenos poderes que se requerían. Entretanto, cesaría todo género de hostilidades.

Antes de emprender su regreso los legados iroqueses fueron invitados por el superior de la misión a pasar a la residencia, donde obsequió a cada uno con una hermosa pipa y un saquito de tabaco. Naturalmente, no podía faltar en este acto el consabido discurso del presidente de la embajada. La relación del año 1645 nos ha conservado fielmente este modelo de oratoria india. El orador se expresó en estos términos: «Cuando abandoné mi tierra, hice renuncia de mi vida y me expuse a una muerte segura; si todavía vivo, lo debo a vosotros. Yo os agradezco el poder ver todavía la luz del sol; os agradezco vuestro generoso hospedaje; os agradezco lo bien que nos habéis tratado; os agradezco las buenas resoluciones que habéis tomado. Todas vuestras palabras son para mí de grande estima. Muchas gracias por vuestros regalos. Vosotros nos habéis vestido de pies a cabeza; solamente nos quedaba libre la boca, y nos la habéis tapado con esta hermosa pipa; nos alegramos de la exquisita calidad de vuestro tabaco, que nos sabe a gloria. Me despido de vosotros; pero no para mucho tiempo, pues pronto oiréis hablar de nosotros. Aun cuando padezcamos naufragio en la navegación y nos vayamos al fondo, nuestros mismos huesos darán testimonio a nuestros paisanos de los beneficios con que nos habéis colmado. Y estoy seguro que algún buen espíritu nos ha tomado ya la delantera, y para estas horas nuestros parientes y amigos están saboreando por anticipado el gusto de las buenas noticias que les llevamos»[lxxii]. Después de tomar parte los iroqueses en un espléndido banquete de despedida, se volvieron a su tierra.

En septiembre de 1645 volvemos a encontrarlos en Trois Rivières reunidos con los franceses, hurones y algonquinos, para concluir el definitivo tratado de paz. Allí

se celebró asamblea tras asamblea en interminable serie, pues los discursos de los indios parecían no tener fin. Innumerables collares de porcelana fueron dados y tomados como presente de paz; collares de porcelana para borrar el recuerdo de los asesinatos que habían cometido; collares para que el cielo se serenase, los espíritus se tranquilizasen, las aguas de los ríos apareciesen diáfanas y tersas; collares para que las hachas de combate se les cayesen a los iroqueses de las manos; collares en señal de que arrojaban de sí las armaduras y colgaban los escudos; collares para lavar de todos los rostros los tintes y pinturas con que se embadurnaban en la guerra; collares de porcelana, en fin, para romper las calderas en que habían cocido la carne de los prisioneros. Y cuando se cumplieron todas estas mil minucias, que eran de rigor en el protocolo ceremonioso de los indios, quedó ajustada la paz. Entonces se acabaron los banquetes, cesaron las danzas y los indios regresaron cada cual a su tierra para anunciar tan alegres nuevas y celebrarlas otra vez con nuevos festejos[lxxiii].

Pero ¿se podía confiar en semejantes paces, dada la proverbial volubilidad de los indios y el astuto artificio en que los iroqueses se llevaban la palma entre todos? Ni los misioneros ni los hurones se llamaron a engaño. Estaban plenamente convencidos de que el día menos pensado volvería a repercutir por los bosques el aullido feroz de guerra, lanzado por los enemigos, y comenzaría de nuevo el derramamiento de sangre. Bastante daba que sospechar el que de las cinco tribus iroquesas, sólo los mohawis hubiesen enviado sus emisarios; ciertamente se habían comprometido a imponer la paz a las otras familias de su tribu; pero cuán poco hicieron en este sentido, lo mostraron bien las repentinas incursiones de hordas guerreras de esta raza que por aquellas mismas fechas asolaron el territorio de los hurones y algonquinos. Para afianzar las

disposiciones de los iroqueses en pro de la paz, se resolvió el gobernador francés a enviarles una embajada por la primavera de 1646. Para la ejecución de este proyecto nadie le pareció más indicado que el antiguo prisionero de los iroqueses, es decir, el P. Yogues. Este Padre, después de su vuelta al Canadá, había sido enviado como misionero a Villa María (hoy Montreal), fundada dos años antes; y como a este nuevo establecimiento concurrían muchos indios de distintas tribus para hacer sus contrataciones, podía muy bien desplegar su actividad entre ellos un hombre de tan amplios conocimientos lingüísticos como el P. Yogues. A principios de mayo de 1646 le llegó una carta de su superior que le comunicaba que había sido elegido para ir como legado al territorio iroqués, y que los Padres de la misión, tras maduro examen, habían consentido en esta elección.

El P. Yogues sintió por el primer momento dentro de sí que la flaca naturaleza intentaba rebelarse contra los designios de la obediencia acordándose de los antiguos sufrimientos y torturas. En la respuesta escrita el 2 de mayo de 1646 nos pinta por sí mismo la batalla que se empeñó dentro de su alma:

> Vuestra carta -son sus palabras- me sorprendió en mis ejercicios de año. Me podéis creer que, al abrir el pliego, mi corazón, por de pronto, se sobrecogió de espanto, presintiendo que se venía encima lo que yo más anhelo y mi espíritu debe en extremo apreciar. Pero la débil naturaleza, que recordaba lo pasado, se echó a temblar; mas nuestro Señor, por su bondad, le infundió la calma, y seguirá tranquilizándola cada vez más. Sí, Reverendo Padre, yo quiero únicamente lo que nuestro Señor quiere, aun a riesgo de mil vidas. ¡Oh, cómo me arrepentiría toda la vida si desaprovechase tan buena ocasión! ¿Podría yo sufrir el pensamiento que ha cruzado por mí, de que algunas almas se dejasen de salvar por mi culpa?
>
> Yo espero que su bondad, que nunca me abandonó en otras ocasiones, me asistirá también en la presente. Unido a Él, estoy

> dispuesto para arrostrar cuantas dificultades me salgan al paso. Ciertamente, supone costosos sacrificios vivir en medio de una nación corrompida, y vivir solo, sin misa, sin altar, sin confesión, sin sacramentos; pero su santa voluntad y su dulce disposición bien valen todo esto. El Señor, que nos conservó benignamente sin recursos humanos durante dieciocho o veinte meses, nos dispensará ahora su favor cuando no nos introducimos por propia voluntad en esta jornada, sino que nos embarcamos en ella únicamente por agradarle y contra todas las inclinaciones de la Naturaleza [lxxiv].

El celo ardoroso de un P. Yogues se sobrepuso a todas las resistencias de la carne, y la esperanza de abrir la puerta al Evangelio en aquellas regiones septentrionales de los iroqueses le hizo aceptar gustoso aquel cargo para el que le habían elegido. El 16 de mayo emprendió tan arriesgado viaje, en compañía del ingeniero M. Bourdon, experto conocedor del país y agregado a esta legación por Montmagny, y de los algonquinos y algunos mohawis. Iban sumamente cargados con todo el equipaje de presentes que, acomodándose a la costumbre india, llevaban para regalar a los iroqueses. Era la época más calurosa del año, y el sol abrasador caía a plomo sobre los expedicionarios, causándoles tales molestias, que los dos algonquinos se desanimaron en medio de la jornada y huyeron, escondiendo antes en lugar seguro la mejor parte de los presentes enviados por sus paisanos a los iroqueses para llevarlos después a su destino. Al pasar por Renselaert, aprovechó el padre Yogues la ocasión para agradecer a los holandeses los beneficios que antes le habían dispensado. Con toda felicidad se iba logrando el objeto de su viaje; por todos los sitios del tránsito se agolpaban las muchedumbres ansiosas de ver a los legados, y, sobre todo, a su antiguo esclavo; entre la turba se hallaban muchos que habían atormentado al P. Yogues, y ahora se portaban con tanta frescura como si nada supiesen de tales excesos. Otros habían sido amigos leales

y se alegraban de verle como representante del pueblo francés en tan notable embajada. El 10 de junio se congregaron los caciques en asamblea general. En ella compareció el *ropa-negra* con los presentes, y supo hacer la solemne entrega con tan elocuentes y apropiadas palabras, a la usanza india, que se desbordó el júbilo y entusiasmo de todos y firmaron eternas paces. El P. Yogues aprovechó la ocasión para visitar a un cautivo cristiano de los iroqueses, a quien confesó y consoló sobremanera. También tuvo la suerte de bautizar algunos niños moribundos. Cumplida su misión, la embajada se volvió a Quebec, después de que los indios certificaron al Padre que siempre encontraría entre ellos una choza donde morar y un lecho donde dormir. El misionero dejó allí una valija con algunos objetos de su uso personal, en la persuasión de que muy en breve volvería a buscarla y emprendería sus ministerios apostólicos entre aquellas gentes.

«Misión de los mártires» llama el P. Lalemant a la misión iroquesa. Y bien merecido tenía este nombre, pues para estas fechas ya había derramado la sangre el joven Goupil, y en breve plazo obtendría con mayor motivo este título de honor.

El 3 de julio de 1646 regresó el P. Yogues á Quebec. Ahora, al establecerse la paz con los iroqueses, se les planteó a los superiores el urgente problema de si convenía aprovechar tan buena coyuntura y establecer una avanzada apostólica entre tan belicosas tribus. Al principio anduvieron indecisos y destinaron al P. Yogues por segunda vez a Villa María, su antiguo de campo de acción; pero pronto recibió allí la orden de disponerse para pasar el invierno con los iroqueses. Poco tiempo antes se había expresado así en una carta confidencial dirigida a otro jesuita de Francia: «Se ha tomado la resolución de enviar un Padre con los iroqueses para procurar la observancia de

los tratados y fomentar los deseos de la paz y para entablar poco a poco los medios conducentes para su evangelización completa. Tengo motivos fundados para creer que seré elegido para esta empresa pues entiendo regularmente la lengua del país. Por tanto, ya ve usted cuánto necesito del poderoso auxilio de sus oraciones, si debo vivir entre estos salvajes. Allí no hay más remedio que arrostrarlo todo animosamente, pues ni siquiera le queda a uno libertad para orar, y se verá privado de la misa y de todos los sacramentos. El que vaya tendrá que salir responsable de cuantos roces y contiendas surjan entre iroqueses y franceses, algonquinos y hurones... El corazón me dice que si tengo la dicha de ser destinado a esta misión, *ibo et non redibo:* iré, pero no volveré. Pero me tendría por feliz si el Señor quisiese completar mi sacrificio en el mismo sitio en que lo comenzó, y si aceptase la parte de la sangre que allí derramé, como prenda y garantía de que ahora debo ofrendarle allí hasta la última gota de mis venas. Este pueblo es mi esposo de sangre, ya que con él celebré mi desposorio sellándolo cruentamente. Quiera el divino Maestro que nos rescató a costa de su preciosa sangre, abrir esta nueva puerta al Evangelio, si tal es su voluntad. Adiós, mi estimado Padre, y no se canse de pedir al Señor que me una con Él inseparablemente».

Estos presentimientos del intrépido misionero se iban a cumplir exactamente en breve plazo. El 27 de septiembre de 1646 partió de Quebec para invernar al lado de los mohawis. Como compañero y ayudante le señalaron los superiores al donado Juan de Lalande. Algunos hurones le prestaron su canoa y le ayudaron a embarcar su equipaje. En el camino toparon con una horda iroquesa que no les produjo buena impresión. La favorable disposición que el *ropa-negra* había dejado al abandonar aquel país tres meses antes se había entibiado sensiblemente, y, en parte,

cambiado en franca hostilidad. Una enfermedad contagiosa se había extendido entre los mohawis, amargando sus ánimos. Se agravó la situación con la mala cosecha, pues una plaga de sabandijas destruyó los sembrados. Naturalmente, la causa de estas calamidades debía recaer en algún infame maleficio, y ¿quién podía haberlo encaminado sino el hechicero blanco, el *rostro-pálido,* que, con el pretexto de negociaciones de paz, había traído la desgracia al país? El partido guerrero de la tribu, que no se encontraba bien avenido con la paz, esparció enseguida el rumor de que en la caja que el *ropa-negra* había dejado en el país se ocultaba el mal espíritu, principal causante de aquellos infortunios. Ya se dejaba suponer que, en primera instancia, sin perder un instante cargaron con la inofensiva arqueta, cuyo contenido había mostrado antes el P. Yogues a los salvajes, y la sepultaron en el río. Cuando algunos hurones cautivos de guerra declararon que los *ropa-negras* habían introducido muchas veces desgracias semejantes en su tierra, y que con sus hechicerías esparcían la peste, el hambre y la muerte por toda la comarca, rebosó la indignación hasta pedir de nuevo que se rompiesen las paces. Quedaba todavía un partido que se inclinaba a conservar la paz ajustada; pero fueron desoídas sus protestas, y se decidieron a desenterrar de nuevo el hacha de combate y a declarar la guerra a los franceses y a sus aliados.

Al punto se lanzaron a la campaña dos hordas de guerra: la una se dirigió contra Montreal, donde sorprendió desprevenidos a varios colonos y los asesinó alevosamente. La otra encaminó sus pasos en dirección al fuerte de Richelieu; con esta banda tropezaron el P. Yogues y sus acompañantes en las cercanías del lago Jorge. Con salvajes aullidos de guerra se arrojaron los mohawis sobre él, le arrancaron los vestidos del cuerpo y le molieron a

garrotazos. ¡Buena ocasión para traerles a cuento sus convenios de paz y recordarles sus promesas! La única respuesta que le dieron fue: «Mañana moriréis; pero no tengáis pena, pues no os quemaremos en la hoguera. Vuestras cabezas caerán al golpe de nuestros machetes y en seguida las expondremos sobre las empalizadas de nuestra aldea para enseñárselas después a cuantos de vuestro partido caigan más tarde presos en nuestras manos». En seguida se organizó triunfalmente el regreso a la aldea de Andagorón, donde el misionero había languidecido en penoso cautiverio durante trece meses. El sonido de las trompetas fabricadas con caracoles marinos anunció a los habitantes que la comitiva de cautivos se acercaba. Entonces los indios se colocaron en filas a la entrada del pueblo y se volvieron a repetir las torturas que había sufrido el P. Yogues tantas veces al hacer su entrada en las aldeas iroquesas. Un salvaje le cortó un trozo de carne de los brazos y hombros y lo devoró ante sus ojos, mientras le decía: «Ahora vamos a ver prácticamente si tu blanca carne es la carne de un *manitú* o genio superior». «No hay nada de eso–repuso tranquilamente el confesor de Cristo–; yo soy un puro hombre como los demás; pero no temo a la muerte ni vuestros suplicios. ¿Por qué me matáis con tanta inhumanidad? Yo he venido a confirmar las paces ajustadas y a enseñaros el camino del Cielo; pero vosotros me tratáis como a una fiera salvaje ¡Temed el castigo que os enviará el Gran Espíritu!»[lxxv].

Pero en aquel trance, una vez que los salvajes habían visto sangrar las heridas, no estaban para muchas reflexiones, y solamente la pasión y sed de sangre los dominaba. Siempre había contado el padre Yogues con un buen grupo de amigos entre ellos. Las familias apodadas del *lobo* y del *lagarto* salieron en su auxilio y no escatimaron medio de salvarle. Por el contrario, la parentela de los *osos*

estaba empeñada en darle muerte. Después de largas discusiones, se convino en decidir la suerte de los dos *rostro-pálidos* en una asamblea de los caciques y de los más ancianos, que había sido convocada en Teonontoguen. Allí triunfó el bando adicto a la paz y se resolvió poner en libertad al P. Yogues y al donado Lalande.

Los representantes del partido pacifista regresaron satisfechos a Andagorón para llevar a los cautivos la alegre nueva de su libertad. Pero al acercarse a la aldea vieron desde lejos que la cabeza de un ajusticiado estaba enhiesta sobre una pica en la empalizada. Una repentina sospecha cruzó rápida por su mente; apresuraron el paso, y pocos momentos después se convencieron de que llegaban demasiado tarde. Los *osos* no habían querido aguardar la decisión del consejo general. El *ropa-negra* debía morir, y cuanto antes, mejor. Con astucia y disimulada intención, el 18 de octubre convidaron al misionero a un banquete. El padre Yogues se hallaba en su choza procurando vendar y refrescar las heridas que le abrasaban, cuando en este preciso momento entraron los enviados de los *osos* con la invitación. No podía rechazar su ofrecimiento sin exponerse a enojar terriblemente a los salvajes. Sacó fuerzas de flaqueza, y se arrastró, a pesar de sus dolores, a la cabaña del cacique de los *osos,* donde tendría lugar el festín. En el umbral lo recibieron los indios con fingidas muestras de amistad. Agachó la cabeza para pasar al interior por la mísera portezuela, cuando en este instante, detrás del umbral descargaron sobre su cabeza el aguzado tajo de un hacha guerrera, que lo derribó sin tiempo para decir una palabra. Los salvajes aullidos de triunfo anunciaron a toda la aldea que había acabado de una vez el odiado *ropa-negra,* y a los pocos minutos su ensangrentada cabeza se alzaba en alto sobre una lanza en la empalizada de Andagorón.

El sacrificio del P. Yogues estaba consumado, y toda su sangre, hasta la última gota, derramada en pro de aquel pueblo, por quien tanto había sufrido. Más pronto de lo que él presentía fue escuchada su oración; por toda la eternidad quedaba ya inseparablemente unido con su divino Señor y Maestro. Los místicos desposorios del alma con su sangriento Esposo se habían realizado, y en aquel mismo momento ella, ceñida la corona del martirio, inauguraba al pie del trono de Dios su poderosa intercesión para que conociese también su Esposo la verdadera felicidad y se uniese por siempre con el alma, gozando de la gloria en las mansiones de la celestial Jerusalén.

Al día siguiente, 19 de octubre de 1646, le siguió en la muerte su fiel compañero Lalande. También éste fue asesinado al golpe del hacha de combate y se expuso su cabeza sobre la empalizada, mientras los cuerpos de ambos mártires eran arrojados al río. Así, este humilde donado, de cuya vida apenas sabemos más sino que nació en Dieppe y que poco antes se había puesto al servicio de la misión, pudo contribuir con su sangre a que la semilla del Evangelio fructificase en el territorio iroqués. Con suma alegría emprendió la jornada con el P. Yogues, aunque sabía muy bien los riesgos que le aguardaban. Antes de su partida había declarado públicamente que sólo el amor de Dios le llevaba a un país donde tendría que afrontar la muerte. Perseveró fiel al lado del misionero cuando los iroqueses le anunciaron las hostiles disposiciones de aquel pueblo, y cuando, a consecuencia de estas declaraciones, los hurones que les acompañaban no se atrevieron, por cobardía, a pasar adelante. Sin duda, que el divino Maestro, por quien había vivido y muerto, agradecería en el cielo a Lalande su fidelidad, aplicándole las palabras que la *Sabiduría* dice de los justos: «Consumado en breve, llenó

muchos tiempos; porque su alma era agradable a Dios, por eso se apresuró a sacarle de en medio de las maldades»[lxxvi].

Hasta la fecha no había conseguido ningún jesuita fundar una misión en toda regla entre los belicosos iroqueses; pero ahora aquel suelo había sido regado con la sangre de tres mártires. ¿No podía interpretarse este hecho como un venturoso presagio de que en lo futuro florecería el cristianismo en este pueblo? ¿No debía patentizarse también en este caso la antigua máxima, corroborada por la experiencia de los siglos, que la sangre de los mártires es semilla de cristianos? Sí; precisamente la tribu de los mohawis había llevado hasta el último extremo su resistencia a recibir el cristianismo; pero veinte años después del martirio del P. Yogues y de su compañero humilló sus soberbias cervices al yugo del Evangelio. El iroqués que asesinó al P. Yogues cayó mucho después en manos de los algonquinos, que le quitaron la vida; pero antes de morir se convirtió y murió resignado como cristiano. En el acatamiento del Señor se juntaría su alma con la de aquel a quien mató en odio de la fe, y que le había alcanzado con su poderoso valimiento la gracia de la conversión. *Sanguis martyrum, semen christianorum*[lxxvii].

[lxxii] Rel. 1645; Thw., XXVII, 268.

[lxxiii] Cf. Rouvier, 199.

[lxxiv] Rel. 1047.

[lxxv] Manuscrito del P. de Quen, citado en Martín. pág. 375,

[lxxvi] Sab., 4, 13-14.

[lxxvii] «La sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos» (Tertuliano).

CAPÍTULO XI

«EL BUEN PASTOR DA SU VIDA POR SUS OVEJAS»[lxxviii]

Se enciende de nuevo la guerra. –Intrepidez de los misioneros. –Florecientes cristiandades. –Asalto de los enemigos a la misión de San José. –El P. Antonio Daniel. –Durante la misa les acometen los enemigos. –Reñido combate en las empalizadas. –El P. Daniel en medio de la refriega. –Hace frente él solo a una multitud de enemigos. –Herido de muerte. –Las llamas de la capilla consumen el holocausto. –Apariciones milagrosas. –Fervor de los cristianos en lo más recio de las persecuciones.

(Martirio del P. Antonio Daniel)

A principios de junio de 1647 se enteraron los misioneros de Quebec, por una carta del gobernador holandés, del martirio del P. Yogues. Para entonces ya habían llegado a sus oídos confusos rumores sobre esta desgracia, rumores que vino a confirmar la actitud hostil y amenazadora que comenzaron a observar los iroqueses. Con el asesinato del misionero rompieron estos indios las paces ajustadas y se aprestaron a emprender una campaña decisiva contra los franceses y sus aliados. Con mejor táctica que nunca dirigieron sus huestes contra las fortalezas levantadas por los *rostro-pálidos* en las riberas del San Lorenzo. Mientras los colonos de Trois Rivières oían la santa Misa asaltaron sus casas y las saquearon todas. Poco después siguieron la pista a los algonquinos, que en dos cuadrillas habían salido a sus expediciones de caza.

Cayeron sobre sus aldeas los mohawis, sedientos de sangre y exterminio; asesinaron a los ancianos que habían quedado en los pueblos, y a los niños, y se llevaron cautiva, como botín de guerra, una parte de la juventud, para atormentarla de la manera más horrible. Muchos de los prisioneros eran cristianos o catecúmenos, y sufrieron con heroico valor todos los suplicios, animándose mutuamente con la esperanza del galardón eterno, que ya tocaban con las manos. Ninguno de ellos fue traidor a la fe recibida.

Los misioneros perdieron en todos estos infortunios cuanto pertenecía a sus personas y a su grey, pero no perdieron su valor y confianza. «No creáis –así se expresa el P. Lalemant en su relación del año 1647, escrita desde Quebec– que la ferocidad de los iroqueses y la pérdida de tantos cristianos y catecúmenos tiene poder suficiente para hacernos desestimar el misterio de la Cruz de Cristo o para aniquilar la eficacia de su preciosa sangre. Nosotros podremos morir, podremos caer en cautiverio y ser quemados y hechos trizas; esto no nos desalienta ni descorazona. La muerte por enfermedad en la propia cama no es el género de muerte más hermoso. Yo no veo aquí a nadie que haya perdido sus ánimos y su temple; al contrario, llueven las peticiones para ser enviados al país de los hurones, y muchos aseguran que precisamente las hogueras iroquesas, que les aguardan, son el mayor motivo para solicitar tan peligrosas jornadas»[lxxix]. Con estos anhelos del martirio partieron el año 1648 cinco Padres y un Hermano coadjutor para la misión hurona. No iban a conquistar coronas ni reinos, sino que marchaban para ser desconsolados testigos de la agonía de un pueblo moribundo[lxxx].

Según la información correspondiente a 1645-46, aquel año de paz y tregua con los iroqueses fue un tiempo de

tranquilo desenvolvimiento para la misión hurona, y aquel pueblo tan quebrantado pudo reponerse de los horrores y desastres de la guerra. Pero ya al año siguiente los enemigos hicieron tan inseguras con sus incursiones las comarcas colindantes con el San Lorenzo, que ninguna flotilla hurona se aventuraba a llegar hasta Quebec, y más de una vez los misioneros no pudieren enviar su relación anual a los superiores que residían allí. Respecto a los años 1647 a 1649, escribe el Superior de la Misión, P. Raguenau: «Puedo certificar que este país jamás sufrió tan tremendos infortunios como ahora nos acosan, pero tampoco hizo nunca la fe tan rápidos progresos. Los iroqueses continúan sus sangrientas guerras contra los hurones, y ya han despoblado las aldeas fronterizas, y amenazan con igual calamidad a las restantes. Pero Dios, en compensación, aumenta estas desvalidas tribus con generosos cristianos, y se complace en extender su santo nombre en medio de tantas calamidades. Según las últimas estadísticas, hemos bautizado casi mil trescientas personas, y lo que más nos consuela es el fervor de estos nuevos cristianos y el espíritu de fe arraigado en sus almas, de suerte que ni rastro les queda de su primitiva ferocidad»[lxxxi].

Durante la primera mitad del año 1648 hizo el P. Raguenau un viaje de inspección por toda la misión, y recorrió todos los puertos de la comarca; dieciocho Padres trabajaban en la conversión de los indios: tres, en la residencia central de Santa María; otros tres en las tribus limítrofes de los algonquinos; cuatro, con los indios *tabaqueros*, y, finalmente, ocho en diversos establecimientos de la región hurona. Las más florecientes cristiandades eran las de la Inmaculada Concepción y San José, donde desplegaba su actividad el padre Daniel; y las de San Ignacio y San Luis, confiadas al celo de los padres Brébeuf y Lalemant. En San Juan, perteneciente a los indios

tabaqueros, fundó el P. Garnier, ayudado por el P. Chabanel, una próspera misión, cuyos cristianos se distinguieron pronto por su gran fervor y por su edificante y piadosa conducta. También el vecino poblado de San Matías, aunque poco numeroso, contaba con otra ferviente cristiandad.

En julio de 1648 otra nueva fatalidad sobrevino a los hurones. Un grupo de 250 hombres, formado por sus más valientes guerreros, de los cuales 120 eran cristianos, había navegado hasta Trois Rivières, y allí logró derrotar completamente a una guerrilla de iroqueses que pretendía asaltar la ciudadela francesa. Pero al mismo tiempo otras bandas más numerosas de iroqueses, que ascendían a unos mil hombres, invadieron el territorio huronés. La primera aldea con que tropezaron fue San José, situada en la frontera occidental del país, y guarnecida con trincheras a la usanza india. Contaba unas cuatrocientas familias, y sus habitantes se habían distinguido primero por su implacable ferocidad contra sus enemigos y por su tenaz resistencia a recibir el Evangelio. Pero una vez convertidos fueron motivo de alegría y consolación para los misioneros por su animoso fervor. Durante cuatro años tuvo a su servicio la misión de San José, en la persona del P. Antonio Daniel, uno de los más excelentes operarios evangélicos que colaboraron entre los hurones. «Había venido a la misión en compañía del P. Brébeuf y trabajado -como atestiguaba su superior en el anuario de 1649- durante catorce años en la misión hurona con incansable actividad y magnánimo entusiasmo, con invencible paciencia e inalterable mansedumbre, y con aquella caridad que sabe disimular todas las faltas, sobrellevar lo más arduo y salir adelante por encima de las dificultades. Su humildad era ingenua, su obediencia perfecta, y siempre dispuesto a obrar y sufrir cuanto se ofrecía»[lxxxii]. Se había entendido

siempre admirablemente, sobre todo con los niños de los indios, gracias a su amabilidad y a su pericia en enseñarles alegres canciones, que sabía unir con la predicación del Evangelio[lxxxiii]. Por esta causa fue enviado el año 1636 a Quebec para dirigir allí el Seminario hurонés, donde se debían educar a los catequistas indígenas de la misión. Pero como los muchachos salvajes no se avenían a la pacífica y regulada distribución de un Seminario, y se huían o enfermaban de nostalgia, añorando la libertad de su tierra, se hubo de abandonar este ensayo, y el P. Daniel regresó en 1638 a su antiguo campo de operaciones. Aquí le pusieron al frente de las peligrosas misiones de la frontera occidental, que siempre habían sufrido primeras los asaltos de los iroqueses. No conocía el miedo y muchas veces demostró su intrépido arrojo en presencia de los salvajes indios; así, por ejemplo en el verano de 1641 un enfurecido hurón derribó al suelo de una pedrada a su compañero, el P. Chaumont, y cuando el salvaje tiró de su maza guerrera para hendir el cráneo del misionero, el P. Daniel desarmó con tanta fuerza como habilidad al terrible bravucón, y le infundió tal miedo, que al punto, despavorido, huyó. En la invasión iroquesa de 1648 debía el denodado operario ser víctima de su vocación y ofrendar su vida como mártir por su amada misión.

A fines de junio de este año había ido a la residencia central de Santa María y hecho allí sus ejercicios de año. Durante ocho días se dio al trato con su Dios y Señor, entregado en su retiro a la oración y meditación; al concluir sus ejercicios espirituales hizo también su confesión general del año anterior. Aquélla debía ser la última absolución que recibiría en su vida. Lleno de nuevo fervor y caridad, al terminar los ejercicios se volvió a su puesto de San José, a donde llegó el 3 de julio. La mañana siguiente, muy temprano, el esquilón de la capillita invitaba, como de

costumbre, a los indios convertidos a la oración matinal y a la santa Misa. En seguida, de todas partes y con toda presteza, salían de sus chozas los indios, mezclados en confuso tropel niños y viejos, hasta desembocar en la iglesia para asistir al ejercicio de la mañana. Entre la turba se divisaban muy pocos guerreros, pues la mayor parte habían salido de campaña o a sus cacerías. Alegres por tener de nuevo consigo a su *ropa-negra*, oraban los piadosos hurones con especial fervor y seguían con atención las ceremonias del santo sacrificio. Terminada la misa, cuando el pueblo aún no había abandonado la capilla, resonó de pronto en el interior el grito lanzado fuera de: «¡A las armas!»; y en un abrir y cerrar de ojos estalló la salvaje algazara de guerra.

Los iroqueses, al amparo de las tinieblas de la noche, se habían acercado a la aldea, y a los primeros vislumbres de la aurora salieron del próximo bosque y asaltaron como un torrente las trincheras desprovistas de centinelas. A toda prisa acudieron los valientes, habitantes de la aldea a la parte más peligrosa de la empalizada para contener el ímpetu arrollador del enemigo. Casi todas las mujeres y los niños se dieron a la fuga atropelladamente. El P. Daniel se apresuró a quitarse los ornamentos, y apareció al punto en medio de la refriega. Tan pronto se acercaba a un grupo, tan pronto al otro, pero siempre donde más se encarnizaba el enemigo, y con valientes voces infundía aliento a los defensores. Un santo entusiasmo le avasallaba, y el fuego del amor de Dios inflamaba sus pupilas. De sus labios salían a borbotones ya palabras de cristiano desprecio de la vida, ya frases de sublime inspiración; y enajenado en extáticos transportes les hablaba a voces de los goces celestiales, produciendo la impresión de que gozaba ya de la eterna bienaventuranza. Todo esto llenaba de santa valentía a los cristianos y despertaba hasta en los gentiles

sentimientos y anhelos de otra vida mejor. Tan grande era el número de los que demandaban el bautismo, que el misionero no podía administrar el sacramento a cada uno en particular; y entonces, asiendo de un paño, lo remojó en el agua y bautizó por aspersión y en grupos a los todavía paganos. Muchos de éstos, pocos momentos después, caían mortalmente heridos por las balas enemigas.

Grande fue la mortandad entre los hurones, pues los contrarios les superaban en número y podían defenderse ventajosamente con las armas de fuego. Pronto las llamas aquí y allá comenzaron a lamer con sus lenguas de fuego las empalizadas de madera; en tanto, los iroqueses habían logrado abrir brecha en la trinchera de defensa, y por ella penetraban los guerreros enemigos cada vez en mayor número. A los pocos momentos se convencieron todos de que era inútil prolongar la resistencia. Sólo restaba cubrir la retirada de las mujeres y niños fugitivos hasta donde llegasen sus fuerzas. Al P. Daniel animaron muchos a que también se escapase. Pero ¿era decente que abandonase como un cobarde mercenario a su despedazado rebaño en el último trance? Eso, nunca jamás. Entonces se acordó de los enfermos que yacían desesperadamente en sus cabañas, y fue de choza en choza, sin cuidarse del incendio que los iroqueses habían prendido en cada albergue. Por dondequiera iba derramando el bálsamo del consuelo y abundantes gracias y bendiciones celestiales. A cada instante crecía el número de enemigos que entraban dentro de la aldea, y en seguida comenzó el salvaje degüello de las indefensas mujeres y niños; como fieras sedientas de sangre se arrojaban los bárbaros sobre las pobres víctimas, que, sobrecogidas de indecible pánico, ni huían ya ni presentaban la menor resistencia.

Cuanto mayor era el torrente de sangre, más aumentaba el ansia voraz de los verdugos.

El P. Daniel se hallaba todavía ileso. En aquel instante corrió a refugiarse en la iglesia, pues quería morir ante el altar, en presencia de su Rey divino. Encontró la iglesia abarrotada de cristianos y catecúmenos, que a gritos imploraban la divina clemencia. Apenas le divisó la muchedumbre le pidieron unos el bautismo, otros la absolución sacramental. Las fuerzas del sacerdote parecían agotadas. A todos satisfizo, y con su potente voz inflamó sus corazones en el fuego del amor divino. Jamás se había hecho en aquella capillita tan tumultuosa oración; jamás se habían visto tales explosiones y muestras de verdadera fe y legítima contrición. Pero entre tanto descubrió el enemigo que en la iglesia podía saciar plenamente sus furores. Allí se apiñaba en torno al altar la muchedumbre de ancianos indefensos y débiles mujeres; allí se apelotonaba el escuadrón de niños tiritando y sollozando angustiosamente.

Los primeros guerreros iroqueses desembocaron como una tromba en el recinto sagrado. El P. Daniel vio aquellas salvajes apariencias, embadurnadas para el combate con chillones colores, que esgrimiendo sus mazas de batalla se arrojaban sobre la presa. Su infernal y ensordecedora gritería desconcertó a la muchedumbre. Pero la potente voz del misionero se sobrepuso al tumulto. Abarcando de una mirada el campo de la lucha, descubrió la única posibilidad de huir por una salida de la aldea que todavía no habían tomado los enemigos. «Corred y huid por allí –repetía a voces a los cristianos que le rodeaban– y escondeos en los bosques».

Los fugitivos, empujándose en confuso y despavorido tropel, tomaron la dirección indicada. Pero ya las hachas de los primeros guerreros comenzaban a ensañarse en las pobres víctimas. Una nueva horda de salvajes penetró en la capilla. El padre Daniel hizo un esfuerzo supremo. Para cubrir la retirada de los suyos y ganar tiempo, salió al

encuentro de los impetuosos invasores. ¡Un solo hombre, el *ropa-negra,* presentar cara a toda una horda arrolladora de indios sedientos de sangre! Echando fuego por los ojos, con la cruz enarbolada en la mano, se plantó en el pórtico de la iglesia. Los salvajes se detuvieron automáticamente, y, como hechizados o heridos por un rayo, cejaron en su embestida. Más aún, retrocedieron, cual si el rostro del intrépido misionero infundiese el terror de todo un ejército. Pero pronto volvieron en sí. Se apoderó de ellos la vergüenza y el resentimiento al ver que se habían atemorizado cobardemente. Y con redoblado furor le acometieron por todas partes, pero al principio manteniéndose a respetable distancia, pues un supersticioso terror les contenía en presencia del hechicero blanco. Una nube de flechas descargó sobre el P. Daniel y le produjo innumerables heridas; los dardos, silbando con terrible zumbido, se clavaban en su carne viva, pero todavía se mantuvo a pie firme. Por fin, un indio le disparó un arcabuzazo, con tan certero tino, que el misionero, mortalmente herido, cayó como buen pastor al lado de su rebaño, pronunciando el nombre de Jesús con sus labios moribundos.

Entonces los intimidados asesinos cobraron ánimo y se lanzaron sobre el *ropa-negra* como los vampiros se arrojan sobre el rey de las selvas ya agonizante. Le despojaron de los vestidos y cometieron mil excesos y tropelías con su cadáver, y cada cual se disputaba la gloria de abrir alguna herida más sangrienta todavía en el cuerpo difunto. Entretanto, un salvaje prendió fuego a la capilla, y las llamas, en inflamadas espirales, se elevaban hasta las nubes. Los salvajes arrojaron el cadáver del *ropa-negra* en esta inmensa hoguera, y aquel mar de fuego lo calcinó por completo, sin dejar la menor reliquia a la piadosa veneración de la posteridad. Así fue consumado como

perfecto holocausto en la pira de su abrasada iglesia, donde una hora antes había celebrado el sacrificio incruento de la Nueva Alianza.

«Maduro ya para el cielo, fue el primer operario evangélico que perdimos sobre el campo mismo de la misión hurona», escribe el P. Raguenau en su gloriosa relación sobre el martirio del P. Daniel.

Y a renglón seguido añade: «Era con toda verdad un varón excelente y un digno hijo de la Compañía de Jesús. A nosotros, compañeros suyos en el apostolado, nos dejó un brillante modelo de todas las virtudes; en los indios cristianos produjo una profunda impresión su fe y piedad, y aun los gentiles mostraron vivo sentimiento por su muerte; en el cielo será, así lo esperamos, un poderoso intercesor en favor de estos pueblos»[lxxxiv]. La misma carta nos refiere también dos apariciones del padre Daniel: en la primera se dejó ver en una junta de sus hermanos en Religión, donde trataban sobre los medios y recursos que convenía poner en práctica para que la fe se propagase y arraigase entre los hurones. El efecto de su presencia fue infundir a todos fortaleza y luces sobrenaturales. La segunda vez se mostró al P. Chaumont, «hombre de eminente santidad y probada virtud...». Al verlo este Padre, aparentaba el mártir tener unos treinta años, a juzgar por su semblante, y un resplandor sobrenatural iluminaba su venerable figura, envolviendo en una atmósfera celestial toda su persona. El Padre le preguntó por qué la divina bondad había permitido que el cuerpo de su siervo, acribillado de heridas, fuese tan afrentosamente tratado después del martirio, lamentando, sobre todo que el fuego lo consumiese por entero, sin dejar la menor reliquia para consuelo de todos. Entonces recibió por respuesta estas palabras: «Grande es el Señor y digno de adoración eterna. Él puso sus ojos en la deshonra de su

siervo, y para compensarla con su divina generosidad me hizo donación de muchas almas que todavía purificaban sus culpas en el purgatorio para que me sirvieran de gloriosa escolta y comitiva en mi entrada triunfal en los cielos». «Sea lo que fuere de esto -prosigue el P. Raguenau-, nos ha dejado el P. Daniel después de su muerte, a sus hermanos, el ejemplo de todas sus virtudes, y aun a los salvajes, sin descontar los mismos infieles, una afección tan tierna por su memoria, que bien puedo decir con toda verdad que se conquistó el corazón de cuantos tuvieron la dicha de conocerle alguna vez». Por todo cuanto nos refieren del padre Daniel, vemos con toda evidencia que era un hombre de miras enteramente sobrenaturales, que se dispuso a la gracia del martirio mediante la vida de un verdadero apóstol. Dios le otorgó la palma de la victoria, y la Iglesia lo encumbró al honor de los altares.

Gracias al heroico sacrificio de su vida logró el P. Daniel que su disperso rebaño tuviera tiempo para emprender la fuga. Muchos lograron refugiarse en la espesura de la próxima selva; pero aun allí los buscaron los feroces iroqueses; no pocos fueron víctimas de su encarnizamiento, en especial las pobres madres, que sucumbieron bajo el peso de dos o tres hijos, o cuyo escondite entre la maleza fue traicionado por los inocentes gemidos de alguna criatura de pecho. Algunos centenares de indios lograron salvarse y encontraron hospitalaria acogida para todos en la residencia central de Santa María, donde se establecieron a la sombra de su protección. Los misioneros procuraron socorrer a los fugitivos del mejor modo posible, llorando con los que lloraban y consolándose con el pensamiento de que la gloria de Dios saca a veces ventajas de las mismas tribulaciones. «Con tal de aumentar el número de los escogidos, nos son

agradables los mayores sacrificios -así termina el P. Raguenau su relación- pues trabajamos para el cielo y no para la tierra»[lxxxv].

Los iroqueses hicieron en San José cerca de setecientos prisioneros, en su mayor parte niños y mujeres. Jamás habían experimentado los hurones en sus campañas con los iroqueses una catástrofe semejante. Entretanto, satisfecho el enemigo con su victoria, se mantuvo en relativa tranquilidad durante el próximo invierno fuera de algunas repentinas sorpresas dirigidas contra los cazadores desperdigados. Pero los hurones vivían en continuo sobresalto, temiendo nuevos ataques, y los habitantes de las aldeas fronterizas fueron internándose cada vez más en el corazón de las selvas. La gracia divina hacía sentir su influjo bienhechor precisamente con ocasión de estas desgracias. La sangre de los mártires había regado el suelo de la misión, y bien percibían sus efectos bienhechores los hermanos en Religión del padre Daniel en cuantos trabajos y empresas acometían, por mínimas que fueran. El número de los bautizados ascendió los años 1648-49 a la elevada cifra de 1.800, y no entraban en cuenta los bautizados por el P. Daniel en San José. La comunidad de la Inmaculada Concepción proporcionó a los misioneros especiales motivos de consuelo.

> Esta misión, que es la más antigua de todas -se dice en la relación de 1649-, no sólo ha producido los más sazonados frutos para el cielo, sino también se ha empapado de tal manera en el espíritu del cristianismo, que sus tribus pueden servir a todos de modelo; ellos muestran en sus costumbres lo que puede hacer la fe en un pueblo salvaje, una vez que se ha convertido al Evangelio. Los varones, mujeres y niños han dado tan público testimonio de la fe, a la que han jurado permanecer fieles, que los clanes vecinos suelen llamarla comúnmente "la tribu de la fe".
>
> Al principio del invierno convocaron estos cristianos una asamblea general del pueblo para tratar de los medios que debían poner en práctica para robustecer y arraigar más la fe

> entre su tribu. Allí determinaron por unanimidad rogar al Padre encargado de la misión que les prohibiese aquellas costumbres que no estuviesen en armonía con sus creencias y que mejorasen aquellas otras que, a pesar de estar permitidas, podían dar pie a posibles relajaciones. También decidieron obedecerle hasta en las cosas más pequeñas, considerarle como el lugarteniente de Dios e intérprete de su voluntad y elevarle al rango de primer cacique. Y lo más admirable del caso es que cumplieron su palabra al pie de la letra, y que al asaltarles la más pequeña duda, los mismos caciques recurrían al misionero acatando sus resoluciones y velando por su observancia[lxxxvi].

En la misma aldea sucedió que un cacique gentil se imaginó que en sueños había recibido la orden de destruir la puerta de la iglesia y de cortar el árbol en que estaba suspendida la campana. Según la antigua costumbre gentil, nadie hubiera osado oponerse a este supuesto precepto de los espíritus; pero cuando el caudillo, contando en voz alta su ensueño y esgrimiendo el hacha de combate, se acercó a la iglesia, se le atravesó en el camino valientemente un viejo cristiano de casi ochenta años, diciéndole: «Descarga sobre mi cuello el golpe de tu hacha antes que sobre la casa consagrada a Dios; no temas, que nadie vengará mi muerte, pues no puedo ver con mis ojos que se deshonre la casa donde adoramos a Dios, o que enmudezca la lengua que nos llama a la oración». Esta resuelta actitud le dio la victoria al anciano, y el gentil no se atrevió a ejecutar la orden recibida en sueños[lxxxvii].

Ejemplos semejantes de fidelidad y fortaleza en confesar su fe nos refieren también los misioneros de las restantes comunidades cristianas. Los hurones estaban en camino de ocupar el primer puesto entre las razas indias que abrazaron la fe en la América del Norte. Pero los juicios de Dios son inescrutables. La luz de la gracia tan sólo pudo iluminar el atardecer y la agonía del pueblo huronés. Con toda verdad podían repetir los misioneros: «Trabajamos para el cielo y no para la tierra». El hombre

mundano y de rastreras miras se detendrá descorazonado y moviendo incrédulo su cabeza ante el sepulcro de este pueblo prematuramente destruido. Pero el cristiano iluminado por la fe, y que puede levantar su pensamiento a los eternos juicios de Dios, sabe muy bien que la tierra no es el centro de las almas, y que el Señor concede lo mismo a los individuos que a los pueblos, un galardón eterno. Para la tierra se perdió muy pronto la raza hurona, pero se ganó para el cielo y para la eternidad.

[lxxviii] Jn. 10, 11.

[lxxix] Rel. 1647; Thw., XXX, 250.

[lxxx] Cf. Rochem, II, 63.

[lxxxi] Rel. 1648; Thw., XXXIII, 68.

[lxxxii] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 92.

[lxxxiii] Nacido en Dieppe el año 1601, entró en la Compañía el P. Daniel el 1 de octubre de 1621, en Rouen, después de haber estudiado dos cursos de Filosofía y uno de Derecho. Ordenado de sacerdote (1630), fue enviado al Colegio de Eu con el cargo de profesor y procurador, y, por fin, en 1632, vio satisfechos los deseos de su corazón de poderse consagrar a las misiones de los hurones. Se embarcó en una nave que mandaba como capitán un hermano suyo, ilustre marino que se había conquistado gran fama al asaltar una fortaleza inglesa; después de detenerse en Tadoussac un año, llegó a Quebec. En 1840 hizo sus últimos votos solemnes en la misión hurona.

[lxxxiv] Thw., XXXIII, 264.

[lxxxv] Cf. K. M., 1884, 139.

[lxxxvi] Rel. 1648; Thw., XXXIV, 106.

[lxxxvii] Cf. Rel. 1649; Thw., XXXIV. 108.– K. M., 1884, 139.

CAPÍTULO XII
DOS SANGRIENTOS MARTIRIOS

El patriarca de la misión hurona. –Un voto heroico. –Favores sellados con la Cruz. –Como misionero en San Ignacio y en San Luis. –Asalto de los iroqueses a San Ignacio. –También es atacado San Luis. –Los misioneros en el campo de batalla. –Como prisioneros de guerra, en poder de los iroqueses. –Atroces torturas. –Resumen de la vida del P. Lalemant. –Celo apostólico.

(Los padres Juan de Brébeuf y Gabriel Lalemant)

El P. Juan de Brébeuf, fundador y patriarca de la misión de los hurones, tuvo que abandonar por algún tiempo su misión predilecta al hacer su apostólica jornada a los neutrales durante el invierno de 1640-41. Al atravesar una laguna helada se resbaló y se rompió la clavícula izquierda. Como no le pudieron arreglar esta fractura en la residencia central de Santa María, lo enviaron a Quebec[lxxxviii] para que se repusiese al mismo tiempo de las fatigas de todo aquel año. Allí, además de los ministerios espirituales con los indios en los contornos de San José de Sillery, se le dio el cargo de procurador de la misión hurona. Como tal, podría ser más útil a los hurones cuidando de enviar los necesarios refuerzos de personal y bastimentos a la misión. Dos de las flotillas indias que él equipó con los socorros destinados a los misioneros del territorio huronés, la una dirigida por el P. Yogues y la otra por el P. Bressani, cayeron en manos de los iroqueses.

Entonces se resolvió el P. Brébeuf, con la anuencia de sus superiores, a conducir personalmente, en otoño de 1644, una expedición con que auxiliar la misión a él encomendada. Dos nuevos misioneros, los padres Chabanel y Garreau, le acompañaron en tan peligrosa empresa, y el gobernador puso a su disposición una escolta de 20 soldados. El viaje se realizó con toda felicidad. Por desgracia, aquélla era la última jornada que el P. Brébeuf hacía a la misión hurona. Este apóstol, que tanto había trabajado y padecido por sus indios, que tantas lágrimas había enjugado durante la persecución, que había doblegado tantas soberbias cervices de salvajes bajo el suave yugo de la Cruz de Cristo, que siempre había elegido para sí los más peligrosos puestos, debía coronar su heroica vida de misionero con un glorioso martirio.

Un insaciable amor al sufrimiento y a la Cruz, un constante anhelo de seguir siempre las huellas de su Salvador y Rey eterno en el camino del Calvario, llenó siempre el corazón de este misionero, favorecido por Dios con los dones de una altísima oración. Ya el año 1639 se había obligado por voto a no desfallecer ante ningún trabajo ni fatiga que exigiese la mayor gloria de Dios: «Jesús mío, mi Dios y Salvador, ¿qué os podré dar yo en retorno por todos los bienes que de Vos he recibido? Tomaré de vuestras manos el cáliz de vuestros sufrimientos e invocaré vuestro nombre. Yo hago voto en presencia de vuestro Eterno Padre y del Espíritu Santo, en presencia de vuestra Madre bendita y de su castísimo esposo San José; en presencia de los ángeles, apóstoles y mártires, y de mis bienaventurados padres San Ignacio y San Francisco Javier; sí, amado Jesús y Salvador mío, yo hago voto de no faltar jamás de mi parte a la gracia del martirio si por vuestra infinita misericordia me la otorgáis algún día, indigno servidor vuestro. Me obligo en tales

términos, que en el resto de mis días no me sea lícito, ni quede en mi libertad, huir las ocasiones que se ofrezcan de morir y derramar mi sangre por Vos. (A no ser en el caso en que juzgue que conviene más a los intereses de vuestra gloria portarme de otra suerte.) Y cuando llegue el momento de recibir el golpe mortal, me obligo a aceptarlo como venido de vuestra mano, con todo el contentamiento y regocijo de mi corazón. Por consiguiente, amable Jesús mío, yo os ofrezco desde esta hora, con todos los sentimientos de alegría que ahora me embargan, mi sangre, mi cuerpo y mi vida entera. Yo no deseo sino morir por Vos, pues Vos habéis querido antes morir por mí. Haced que yo viva de modo que merezca me otorguéis este favor de morir tan venturosamente. Así, Dios mío y Salvador mío, tomaré de vuestras manos el cáliz de vuestros dolores e invocaré vuestro nombre, Jesús, Jesús, Jesús»[lxxxix].

Su divino Rey aceptó este sacrificio, y llevó muy adelante con su gracia al P. Brébeuf por el camino de la Cruz, tan generosamente elegido. Un día se le apareció cubierto de sangre y con la corona de espinas; en otra ocasión colocó la Cruz, con que venía cargado, sobre las espaldas de su fiel servidor, y, por último, una tercera vez se le representó «cubierto de oprobios y sin rastro de su hermosura», tal como se vería más tarde el misionero, cuando fuese víctima de la crueldad iroquesa. Por momentos se agigantaba en su pecho este anhelo de padecer por Cristo; los afanes y sacrificios de su labor cotidiana por extender el reino de Dios, no bastaban a satisfacer sus ansias; cada día iba añadiendo extraordinarias y dolorosas penitencias, sangrientas disciplinas, rigurosos ayunos y vigilias, y todavía lloraba amargas lágrimas porque trataba su cuerpo con demasiada blandura. En cada página de sus apuntes palpita cada vez

más ardoroso su anhelo por entrar por la vía del martirio: «Me siento poderosamente empujado a morir por Cristo».

Muy cerca estaba ya el cumplimiento de sus generosos deseos. Después de haber compartido con sus amados hurones sus penas y alegrías durante quince años de apostólicos afanes, debía quedar indisolublemente unido con ellos y envuelto en su ruina, debía capitanear como guía y glorioso mártir, la muchedumbre de aquellos a quienes él había ganado para Cristo, y acompañarlos en su gloriosa entrada en los cielos.

El superior le puso al frente de la misión de San Ignacio, a la cual pertenecía el poblado del mismo nombre, y, además, la aldea de San Luis, más importante todavía, y otros anexos habitados por indios. Estaban situados estos lugares al sudeste del territorio huronés, y en un principio estuvieron resguardados contra las invasiones de los iroqueses, gracias a la fortaleza de San José, levantada en la frontera. Pero después que ésta fue destruida, con las aldeas limítrofes, en el año 1648, pudo el enemigo sin el menor obstáculo adentrarse en la misión de San Ignacio. Durante el invierno de 1648-49 pudieron los hurones, como ya lo indicamos arriba, reposar con relativa tranquilidad; con esto comenzaron a descuidarse y creyeron, según todas las apariencias, que la paz volvía a reinar en su tierra. Desde luego, nadie podía sospechar que en marzo de 1649 se avecinaba una nueva catástrofe, pues en aquella época del año había varios pies de nieve en las selvas, y una gruesa capa de hielo cubría los lagos y ríos. En esto, la mañana del 16 de marzo notaron los misioneros de Santa María que al Sudeste se elevaban densas columnas de humo sobre los helados bosques. «Los iroqueses han incendiado la misión de San Ignacio»; esta terrible sospecha corrió pronto de boca en boca, y, sin perder tiempo, mandó el superior, P. Raguenau, un explorador

para que investigase lo que había sucedido. Pero apenas se puso éste en camino, se encontró con cuatro fugitivos hurones, que venían heridos, y confirmaron enteramente aquellos tristes augurios.

Unos 1.200 guerreros iroqueses de la tribu de los mohawis y senecas habían logrado, a despecho del frío invernal, internarse sin ser sentidos hasta el corazón del territorio huronés. Al rayar el día cayeron sobre el poblado de San Ignacio. Aquella aldea estaba edificada en un sitio estratégico; por tres lados la rodeaban profundos precipicios cortados a pico y guarnecidos en la cima por empalizadas de madera de cinco metros de altura; por el cuarto lado estaba fortificada solamente por trincheras, suficientes, empero, para mantener el ímpetu de poderosos enemigos, si sus moradores hubieran sido más vigilantes. Pero muchos guerreros estaban ausentes, ocupados en sus cacerías o en escaramuzas de poca importancia; los restantes dormían tranquilos en sus cabañas, cuando, de repente, estalló delante de la empalizada el aullido feroz de los iroqueses. Por más que se apresuraron los sorprendidos moradores, llegaron tarde al combate, y ni huir pudieron, pues la única salida de la aldea estaba tomada por el enemigo. Sin perder apenas una docena de los suyos, lograron los invasores apoderarse de aquella plaza fuerte; y entonces comenzó el sangriento degüello, en el que la mayor parte de los 400 vecinos fueron pasados a cuchillo; el resto fue maniatado, reservándolo para las atroces torturas. Solamente tres individuos lograron escaparse sanos y salvos, y llevaron la noticia del desastre a la próxima aldea de San Luis.

Este último poblado no tenía tan inexpugnable situación como el de San Ignacio; con todo, estaba fortificado con excelentes empalizadas, y el número de sus vecinos oscilaba entre 600 y 700. El P. Brébeuf se

encontraba precisamente en aquel punto cuando recibió la noticia del asalto de la aldea principal, que distaba próximamente una legua. Su compañero era el P. Lalemant, que seis meses antes había emprendido por primera vez su apostolado con los hurones, y trabajaba al lado del antiguo y experimentado misionero para aprender la lengua del país e iniciarse en los ministerios de la evangelización. Inmediatamente organizaron los dos misioneros la defensa de la aldea. Cerca de 500 mujeres y niños fueron enviados a toda prisa a Santa María para salvarlos de la furia de los enemigos. Unos 80 guerreros, con algunos enfermos y débiles que no podían abandonar sus chozas, se quedaron con los padres Brébeuf y Lalemant, pues ninguno de los dos misioneros quiso salvarse apelando a la fuga. Su celo apostólico no les permitió este recurso, pues ni una sola de las almas encomendadas a su custodia debía partirse de este mundo en el combate que se avecinaba, sin disponerse antes con el bautismo o la absolución sacramental. Además, ¿no había prometido el P. Brébeuf a su Redentor ofrecerle hasta la última gota de su sangre luchando en el palenque? ¿Y podía rechazar la palma del martirio que veía cernerse ya sobre su cabeza?

Iban los Padres apresuradamente de choza en choza, consolando a los enfermos y administrándoles los Sacramentos, mientras los guerreros fortificaban las empalizadas, y entonando sus antiguos himnos guerreros se enardecían para el combate.

El enemigo no se hizo esperar mucho tiempo. Apenas abandonaron la aldea los últimos fugitivos, salieron las hordas iroquesas como una manada de lobos carniceros del fondo de la selva. Sus aullidos y algazara hendían las nubes; nutridas descargas y disparos repercutían en los espacios. Los invasores, al asaltar la trinchera, fueron

recibidos con una nube de flechas y piedras Pocos momentos después yacían tendidos delante de la valla treinta cadáveres de iroqueses, y todavía era mayor el número de los heridos. Por dos veces el enemigo fue rechazado con importantes pérdidas. Pero sin interrupción continuaban la acometida nuevas cuadrillas de guerreros, siempre con mayor coraje, contra la mal defendida trinchera. Esgrimiendo sus segures y hachas guerreras contra las estacas de la empalizada, lograron cercenar algunas en varios sitios y abrir una brecha. Entonces se trabó una lucha a muerte, cuerpo a cuerpo, con garrotes y hachas de combate, con cuchillos y machetes, hasta que, por fin, los iroqueses, superiores en número, penetraron por el parapeto sobre montones de muertos hasta dentro del pueblo, regando su camino con un torrente de sangre. Desde la salida del sol hasta las nueve de la mañana duró aquel horrible y desesperado combate. En la brecha, en medio del puñado de defensores, estaban los misioneros, enarbolando la cruz en sus diestras, y cada vez que caía a tierra un guerrero, se acercaban a él para prestarle los socorros espirituales en el último trance. Ni siquiera cuando el enemigo se hizo dueño del poblado entero se dieron a la fuga, sino perseveraron junto a los restos de su grey. Y eso que sabían muy bien la suerte que aguardaba a los prisioneros y cautivos. Ejercitando así los ministerios sagrados de su vocación, cayeron en poder de los iroqueses, que los pusieron a la cabeza de las filas de cautivos como el más preciado trofeo de su botín de guerra. Les despojaron de sus vestidos, les arrancaron las uñas de las manos y pies, y entre escarnios, befas y estacazos los condujeron desnudos, con un frío glacial, hacia San Ignacio, que distaba cuatro kilómetros, mientras las cabañas de San Luis se convertían en una inmensa hoguera, y los desgarrados alaridos de los enfermos

quemados vivos resonaron largo trecho en los oídos de los prisioneros que se alejaban.

Las torturas reservadas a los cautivos misioneros en San Ignacio nos recuerdan las escenas de las persecuciones de la Iglesia primitiva, y quizá sobrepujaron a los más horrendos suplicios padecidos por los mártires. Poseemos dos relatos sobre este martirio, debido, el uno, a la pluma de un Hermano coadjutor, a quien se confió la custodia de las reliquias de los mártires, y pudo examinar con sus propios ojos las espantosas heridas, y escrito el otro por el P. Raguenau, superior de la misión hurona. Vamos a trasladar aquí esta última relación literalmente, sin añadir ni quitar una palabra, pues nos describe con suma sencillez y naturalidad, en estilo sucinto y grave, todo el suceso.

> Algunos prisioneros que lograron escapar nos suministraron noticias fidedignas sobre la muerte de los padres Juan de Brébeuf y Gabriel Lalemant -nos refiere el P. Raguenau en el capítulo IV de su relación correspondiente al año 1649-. Al punto enviamos un Padre con siete soldados para que buscasen sus cadáveres en el lugar del martirio. Allí se encontraron con el fúnebre y horroroso espectáculo que formaban aquellos restos de la más satánica crueldad o, por mejor decir, aquellas señales y vestigios del amor divino, que triunfa con todo esplendor en la muerte de los mártires. Si bien quisiera aplicarles con todo mi corazón este glorioso nombre, si me fuera permitido; pues, ciertamente, por amor de Dios y por la salvación de los prójimos se entregaron a la muerte, y a una muerte tan cruel, que quizá no se dio otra más terrible sobre la tierra. Con toda facilidad y con la conciencia libre de pecado, pudieron salvar sus vidas, si el amor de Dios, que poseía sus almas, no fuera mayor del que se tenían a sí mismos. Y a estos sentimientos de perfectísima caridad de su parte, se allegaba de parte de los enemigos el odio a la fe y el menosprecio de Dios, que fueron los principales motivos que movieron e impulsaron a los salvajes a ejecutar contra sus víctimas una crueldad tan desmedida como quizá no la ejecutaron los tiranos contra los mártires que reportaron entre horribles torturas la mayor victoria sobre la vida y la muerte.

Apenas desnudaron a los prisioneros, les arrancaron completamente las uñas de varios dedos; el recibimiento que les hicieron al entrar en el pueblo de San Ignacio consistió en una granizada de garrotazos que descargaron sobre las espaldas, muslos, piernas y rostros, de suerte que no les quedó miembro en el cuerpo que no fuese atormentado. Deshecho el P. Brébeuf por la fuerza de los golpes, no olvidaba un punto el cuidado de su rebaño. Cuando se vio cercado de cristianos que él mismo había instruido en la fe, y que habían caído prisioneros en su compañía, les dijo: «Hijos míos, elevemos los ojos al cielo; en medio de la acerbidad de nuestros dolores, traigamos a la memoria que Dios es testigo de nuestros sufrimientos, y también será pronto nuestro eterno galardón. Muramos, por tanto, en nuestra fe y esperemos de su bondad el cumplimiento de sus promesas. Yo siento más compasión de vosotros que de mí mismo; mas sobrellevad con valor lo poco que nos resta por padecer. Los tormentos se terminarán con nuestras vidas, pero la gloria que nos espera no tendrá jamás fin». «*Echom* -le respondieron- (éste era el nombre que daban los hurones al P. Brébeuf), nuestro espíritu estará fijo en el cielo mientras nuestros cuerpos sufran en la tierra. Ruega a Dios para que se apiade de nosotros; por nuestra parte, le invocaremos hasta la muerte».

Algunos hurones que mucho tiempo antes habían sido capturados por los iroqueses y, a la sazón, eran tenidos como individuos de su misma casta, y se mostraban encarnizados enemigos de nuestra fe, se enfurecieron al escuchar estas palabras, y se lamentaron de que todavía no hubiesen arrancado la lengua a los misioneros. En compensación, le cercenaron al uno las manos y al otro se las taladraron con leznas y puntas aguzadas; les aplicaron a los sobacos y costados manijas candentes y les colgaron, a modo de escapulario, un collar de ellas, de modo que, al menor movimiento del cuerpo, les reproducía un nuevo suplicio; pues si se inclinaban hacia delante, les abrasaban los riñones las hachas suspendidas a la espalda; si, para evitar este tormento, se encorvaban hacia atrás, se les quemaba el pecho y esternón, y si se mantenían en posición recta, recibían por ambos lados igual suplicio. Por fin, les ciñeron al cuerpo unas fajas de cortezas empapadas en pez y resina, y les prendieron fuego para que se tostasen sus carnes.

Entre estas torturas, el P. Gabriel Lalemant levantaba sus ojos al cielo, y de vez en cuando juntaba las manos, lanzando suspiros al Señor implorando su socorro. Pero el P. Juan de Brébeuf sufría

insensible como una roca, como si ninguna mella hicieran en él el fuego y las llamas, sin exhalar la menor queja ni resuello; tanto, que su profundo silencio tenía suspensos de admiración a sus verdugos. Sin duda alguna, su corazón en aquellos instantes reposaba en Dios. Mas cuando volvió en sí, comenzó a predicar a los gentiles, y con mayor entusiasmo todavía a la turba de buenos cristianos que se compadecían de él. Su ardoroso celo por la conversión de las almas exaspera más y más a los verdugos; y para impedirle que hable más de Dios, le cercenan la nariz y le arrancan los labios, pero su sangre clama más elocuentemente de lo que antes lo hacían sus palabras; hasta que le extrajeron el corazón del pecho prosiguió su lengua bendiciendo a Dios por sus tormentos y alentando gloriosamente a los cristianos.

Para mofarse del santo Bautismo, que los heroicos misioneros administraron con tanta caridad en la brecha de la empalizada y en medio del combate, se les ocurre a los enemigos la idea de bautizarlos con agua hirviendo. Así, bañan sus cuerpos dos y tres veces con abrasadores raudales y acompañan este tormento con mordaces sarcasmos. «Nosotros os bautizamos –les decían– para que seáis bienaventurados en el cielo; pues sin un buen bautismo nadie puede salvarse». Y otros añadieron con escarnio: «Como ves, te tratamos como amigo, puesto que somos la causa de que tu gloria sea mayor allá arriba en el cielo; agradécenos, por tanto, nuestros buenos oficios, pues cuanto más sufras, mayor será el galardón que de Dios recibas». Así los escarnecían sacrílegamente los hurones gentiles aclimatados entre los iroqueses y enemigos de nuestra fe, explotando la instrucción cristiana antes recibida y que les hubiera bastado a ellos para asegurar su salvación, y ahora servía para mayor gloria de los misioneros y eterna condenación de aquellos infelices, como fundadamente lo podemos temer. Mientras más se multiplicaban sus tormentos, con mayor fervor oraban los Padres al Señor para que aquellos pobres ciegos, a quienes perdonaban de corazón, no sufriesen, en castigo de aquel pecado, las penas del infierno. Ahora que gozan ya del eterno descanso pueden repetir: *Transivimus per ignem et aquam, et induxisti nos in refrigerium:* «Pasamos por el fuego y por el agua y nos sacaste a refrigerio».

Antes de ser amarrados al poste donde debían sufrir los últimos tormentos hasta expirar, se postraron de hinojos, lo abrazaron llenos de alegría y lo besaron con los santos sentimientos de quien tenía entre las manos el objeto de sus anhelos y la prenda segura de su salvación. Así permanecieron

postrados en oración un buen espacio, hasta que a sus verdugos les pareció se demoraban demasiado. Al P. Lalemant le sacaron los ojos y le hundieron carbones encendidos en las vacías cuencas. Es de advertir que las torturas de ambos Padres no tuvieron igual duración. El P. Juan de Brébeuf fue atormentado durante tres horas, y murió el mismo día de su prisión, 16 de marzo, hacia las cuatro de la tarde. El P. Gabriel Lalemant sufrió más tiempo, desde las seis de la tarde hasta las nueve de la mañana del día siguiente. A los dos les abrieron el pecho y les arrancaron el corazón, todavía palpitante, y lo devoraron con inhumano salvajismo, bebiendo también la sangre caliente que habían extraído con mano sacrílega de las mismas venas.

Pocos momentos antes, cuando los Padres estaban completamente vivos, les cortaron los verdugos trozos de carne de las caderas, piernas y brazos y tostados sobre ascuas los devoraron ante los ojos de los misioneros. En varias partes de sus cuerpos les cavaron profundas hendiduras, y, para aumentar el dolor, les metían dentro segures enrojecidas al fuego. Al P. Juan de Brébeuf le descortezaron toda la piel del cráneo, le cortaron los pies y le descarnaron las piernas hasta los huesos, y de un hachazo le partieron en dos las mandíbulas. Con un golpe semejante le hendieron al P. Lalemant la cabeza junto a la oreja, de suerte que la masa encefálica quedó al descubierto. Desde la planta del pie hasta la coronilla no descubrimos en él parte de su cuerpo que no le achicharrasen en vida, y hasta en las vaciadas órbitas le hundieron carbones encendidos. También tenían ambos abrasada la lengua, pues repetidas veces les habían introducido en la boca tizones hechos ascuas y resinosas teas encendidas, para que ni siquiera al morir invocasen al Señor por quien padecían, y a quien no podían arrancar de sus corazones.

Todo esto–así concluye el P. Raguenau su relato–, lo he sabido por personas fidedignas, que fueron testigos oculares y me lo contaron a mí expresamente. Habían sido cautivadas juntamente con los Padres, pero se reservó su suplicio para más tarde, y entre tanto pudieron evadirse[xc].

La relación escrita por el H. Regnaut es más larga y detallada, pero concuerda en un todo con la del P. Raguenau. El Hermano añade que se trasladaron los restos mortales de ambos mártires el domingo 21 de marzo a la residencia de Santa María, donde recibieron sepultura.

«...Todos los presentes -prosigue el P. Raguenau- experimentaron tal consuelo y tan tiernos sentimientos de devoción, que yo no sé de ninguno que no anhelase para sí una muerte semejante, y que no se creyese feliz si se viese en igual coyuntura, o si, pasados dos días, el Señor le concediese la gracia de derramar su sangre y de perder su vida por semejante causa. Nadie acababa de decidirse en su corazón a rogar a Dios por aquellos difuntos como si necesitaran todavía de nuestros sufragios, sino que nuestro espíritu los buscaba en el cielo, donde a no dudarlo, se encontraban ya sus almas. Como quiera que sea, yo ruego al Señor que se cumplan en nosotros sus designios hasta la muerte, como se cumplieron en estos difuntos». Cuando los misioneros abandonaron el territorio hurones, desenterraron de nuevo las preciosas reliquias, las envolvieron en sedas y las llevaron hasta Quebec, donde todavía se veneran al presente.

Aun el mismo escritor protestante Parkmann, en su obra titulada *Los jesuitas en Norteamérica,* escribe entusiasmado sobre el martirio del P. Brébeuf: «Así murió Juan de Brébeuf, el fundador de la misión de los hurones, su verdadero héroe y más insigne mártir. Descendía de una noble familia, de donde proviene, a lo que se dice, el linaje inglés de Carlos de Arundel; con todo, ninguno de los barones de esta ilustre alcurnia, con todos sus heráldicos blasones, arrostró nunca con tal heroísmo tan terrible suerte. Hasta su postrer aliento mostró su inquebrantable fortaleza, y su muerte llenó de asombro a sus mismos verdugos»[xci].

Nosotros hemos podido admirar en el curso de nuestra narración, con sobrada frecuencia, la nobleza del alma del P. Brébeuf, cuya vida está tan íntimamente enlazada con la historia de la misión hurona. Algunos rasgos podrán también darnos a conocer la persona de su

compañero, el P. Lalemant, que, llamado por Dios a la hora de nona para trabajar en su viña, recibió muy pronto con los operarios de la primera hora el cumplido salario de la corona del martirio.

El P. Lalemant, vástago de una distinguida e influyente familia, nació en París el 10 de octubre de 1610, el menor de sus seis hermanos. En su más tierna edad tuvo la desgracia de perder a su padre; pero desde su cuna le acompañó la ternura y profunda piedad de su madre. Otros cuatro de sus hermanos se consagraron a Dios en la vida religiosa, entrando, uno, en la Orden de los cartujos, y tres hermanas, en las carmelitas. A los veinte años ingresó el P. Gabriel en el Noviciado de la Compañía de Jesús (el 24 de marzo de 1630). Desde los primeros días de su entrada en Religión se entusiasmó con la misión hurona, y se obligó por voto formal a consagrar su vida y sus fuerzas en servicio de ella. Mucho tiempo tuvo que aguardar hasta ver cumplidos los anhelos de su corazón. Después de su ordenación sacerdotal desempeñó, primero, el cargo de procurador del Colegio de La Fleche, y luego ocupó una cátedra de Filosofía en el Colegio de Moulins. Más tarde le vemos ejercer de prefecto en el Colegio de Bourges. Cada vez con más tesón renovaba sus instancias a sus superiores para que le enviasen a las misiones de Nueva Francia, aunque su débil complexión y delicada salud únicamente podían sostenerse gracias a su celo por la gloria de Dios y a sus constantes ansias de padecer por su santo nombre. Por fin, se despachó favorablemente su petición. El 15 de junio de 1646 se embarcó con otros muchos misioneros con rumbo a Nueva Francia, después de haberse despedido de su familia, y, sobre todo de la priora de las carmelitas, su hermana predilecta, con aquellas palabras: «Más unidos estaremos con los vínculos poderosos de la Gracia que con los débiles de la naturaleza». Por el mes de septiembre

arribó a Quebec. Con suma complacencia de su corazón salió enseguida en la próxima flotilla de indios para la misión hurona. Pero su tío, el P. Jerónimo Lalemant, que había sido nombrado poco antes superior de los jesuitas de Nueva Francia, le ordenó volviese por algún tiempo, pues deseaba que su sobrino, dada su escasa resistencia corporal, se avezase poco a poco a las dificultades y trabajos de la vida misional. En San José de Sillery y en Trois Rivières tuvo ocasión el P. Gabriel de informarse de las costumbres de los indios, tratando directamente con ellos, y así aprendió los primeros rudimentos de su lengua. En agosto de 1648 le envió, por fin, su tío a la tan deseada misión hurona. Aquí tuvo la dicha de ser agregado como auxiliar al mismo P. Brébeuf, fundador de la misión. Bajo la dirección de tan consumado maestro, rápidamente se aclimató a la vida de misionero, ayudándole para esto su gran capacidad de adaptación y su extraordinario talento. Pero lo que más admiraron en él los misioneros era su virtud y pureza angelical. Oigamos las elogiosas frases que el P. Raguenau dedicó a la memoria del P. Lalemant. «No podía encontrarse criatura más inocente que aquel religioso, que había dejado el mundo en tan temprana edad; y en sus diecinueve años de Compañía había siempre procedido con tanta pureza de conciencia, que ni la menor sombra, no ya de pecado, pero ni siquiera de pensamientos que indujesen a él o envolviesen alguna culpa, le impedía unirse más a Dios. Desde su llegada a la misión hurona se aplicó con tanto entusiasmo al estudio de una lengua tan ingrata, e hizo tan señalados progresos en este aprendizaje, que nadie dudó de que Dios se quería servir de él para amplificar su gloria en estas tierras. Su caridad no le permitía hacer ninguna distinción entre el estudio de las facultades superiores, en que hasta entonces se había ocupado, y las enojosas dificultades que ofrece un idioma indio que no tiene otro atractivo y belleza sino el de

servir de auxiliar al celo de las almas. Aunque al dejar el mundo renunció a las elevadas dignidades que podía esperar, dada la nobleza de su alcurnia, puedo afirmar con toda verdad que aquel su humilde hábito, teñido con su propia sangre, era mil veces más precioso que la púrpura y las más seductoras galas que le pudiera prometer el mundo»[xcii].

Cuando los inhumanos verdugos condujeron al P. Lalemant al sitio donde era martirizado el padre Brébeuf, para que contemplase las torturas de su hermano en Religión, exclamó el joven misionero, dirigiéndose a su atormentado compañero: «Padre, ahora hemos sido hechos espectáculo a los ojos del mundo, de los ángeles y de los hombres». Verdaderamente que sería un espectáculo sublime para el cielo ver allí reunidos en la palestra, luchando por la palma del martirio, al atlético patriarca de la misión hurona, encanecido en las lides, y al joven atleta de Cristo, de quien escribió María de la Encarnación: «Era el hombre de complexión más débil y delicada que jamás he visto». ¡Qué variados y portentosos son los milagros de la divina gracia! ¡Qué insondables los misterios de la predestinación, y cuán admirable es siempre Dios en sus santos!

[lxxxviii] Quebec se había desarrollado con suma rapidez. Las míseras cabañas y mezquinas e imperfectas fortificaciones que encontró el P. Brébeuf a su primer arribo al Canadá habían desaparecido, y en su lugar se levantaban sólidos edificios dominados por una fortaleza bien artillada. Champlain, que murió en 1635 con las mayores muestras de piedad, tuvo un digno sucesor en la persona del caballero de Montmagny, que gobernó la colonia con mucha prudencia. La ciudad poseía un hospital, de quien cuidaban las hospitalarias de Dieppe, y un colegio de Ursulinas, que dirigía la famosa H. María de la Encarnación. Los jesuitas tenían en Quebec la Residencia de Nuestra Señora de los Ángeles, y un colegio para los hijos de los colonos. A cuatro kilómetros

de Quebec habían fundado, para los indios, San José de Sillery, donde vivían muchas familias de indígenas.

[lxxxix] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 164.

[xc] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 138.

[xci] Parkmann, loc. cit., pág. 337.

[xcii] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 154.

CAPÍTULO XIII

LA ISLA DE LOS CRISTIANOS

Los hurones luchan desesperadamente. –Fuga a los bosques. –Los misioneros quedan solos en el despoblado territorio de los hurones. –Se deciden a seguir a su descarriado rebaño. –Salida del país hurón. –Hacia la isla de San José. –Se levantan las fortificaciones. –El hambre y la peste. –Florecimiento del cristianismo entre tan profunda miseria. –Heroica fidelidad a la fe.

Después que los iroqueses arrasaron el 16 de marzo de 1649 las aldeas de San Ignacio y de San Luis, enviaron, al anochecer de aquel mismo día, algunos exploradores que espiasen y reconociesen los medios de defensa con que contaba la residencia central de Santa María. Los misioneros, en vela siempre por los intereses a ellos confiados, y recelando a cada momento nuevas devastaciones, descubrieron desde las empalizadas de su aldea a los espías que se deslizaban cautelosamente por los linderos del bosque. Entonces no les cupo la menor duda que los indios proyectaban un ataque, y se previnieron con todo género de precauciones. Sus criados y el destacamento militar que había venido para defenderlos (en total, una guarnición de 40 hombres armados) se dispusieron para la defensa, ocuparon las mejores posiciones y tenían montada su guardia día y noche. Otros 300 guerreros hurones, de la tribu de los osos pertenecientes a la Inmaculada Concepción y a Santa Magdalena, estaban sobre aviso para proteger a los *ropa-*

negras en caso de alarma. Estas fuerzas auxiliares vinieron a Santa María el 17 de marzo, y se apostaron en acecho por las selvas del contorno, en espera de mayores refuerzos y con el fin de apresar las guerrillas de enemigos que se adelantasen.

El consejo de guerra iroqués, presidido por sus caciques, había resuelto intentar el asalto de Santa María. Si lograban salir airosos de este empeño, su victoria, por de contado, sería la más gloriosa que jamás hubieran tenido, y la suerte de los hurones estaba definitivamente perdida. Durante el día 17 de marzo avanzó su vanguardia, formada por 200 guerreros, y se aproximó a la aldea. Tropezaron primero con algunas patrullas de hurones, cogieron algunos cautivos y persiguieron a los demás hasta llegar cerca del recinto fortificado. Pero entonces les acometieron los hurones por los flancos. No pudieron resistir este ataque y huyeron a la desbandada, para dirigirse después a la aldea de San Luis, cuyas chozas habían sido quemadas, pero se mantenían en pie las fortificaciones. Los hurones les persiguieron, acosándoles tan de cerca por la espalda, que entraron casi al mismo tiempo en San Luis, sin dejarles tiempo para que se hicieran fuertes. Aquí se trabó en las brechas y trincheras aportilladas una sangrienta lucha que dio por resultado quedarse los hurones dueños del campo. Los restos de la vanguardia iroquesa huyeron hacia San Ignacio, donde acampaba todavía el grueso de su ejército.

En seguida se dispuso éste para tomar la revancha, y volvió a encenderse la lucha con redoblado furor. Los hurones no se limitaron a rechazar las embestidas del enemigo, sino hicieron una salida desde la fortificada aldea de San Luis, y causaron a los iroqueses importantes bajas. Los ataques y contraataques se sucedían sin interrupción hasta en las más altas horas de la noche, y los alaridos de

los combatientes repercutían por los bosques llegando sus ecos hasta Santa María. Por fin, los hurones sucumbieron a la enorme superioridad numérica de los adversarios. Veinte guerreros hurones cayeron vivos, aunque cubiertos de heridas y sangre, en las manos de los iroqueses, mientras todos los restantes yacían muertos al pie de las destrozadas trincheras. Mas el enemigo compró cara su victoria, y los cadáveres de sus más valientes cubrían en toda su extensión aquel campo de batalla por tres veces ensangrentado. Este combate de San Luis es uno de los hechos de armas más espantoso que de los indios nos ha conservado la tradición. Allí derramó su sangre la flor y nata de los hurones cristianos pertenecientes a la tribu de los *osos*. El caudillo de los iroqueses salió gravemente herido y perdió en la batalla unos cien de sus mejores guerreros. Entretanto, en Santa María percibían dos misioneros con angustiosa ansiedad los clamores del combate, que se levantaban desde San Luis. «En aquella sazón redoblamos nuestras oraciones –escribe el P. Raguenau–, pues solamente en ellas descansaba nuestra confianza. Como estábamos en las vísperas de la solemnidad de San José, Patrón de esta tierra, consideramos como un deber sagrado el acogernos a su poderosa protección en aquel amargo trance. Todos los sacerdotes hicieron voto de celebrar durante un año todos los meses una misa en su honor; muchos de los presentes se obligaron por promesa formal a practicar diversas penitencias para disponerse con toda perfección a cumplir la voluntad de Dios en vida y en muerte. Todos nosotros nos considerábamos como víctimas consagradas al Señor, que aguardan de un momento a otro la señal para ofrecerse en holocausto por su gloria, sin que esté de su mano adelantarse o retrasar ese instante decisivo»[xciii]. Con todo, dispuso el Señor retardar por algún tiempo el sacrificio de aquellos abnegados misioneros. El 18 de marzo transcurrió

en angustiosa calma; «aquel plomizo ambiente parecía indicar que la tierra, presa de espanto y angustia, aguardaba otra nueva catástrofe», dice la relación. El 19, fiesta de San José, trajeron los hurones la noticia de que el enemigo, presa de pánico terror, había traspuesto en precipitada fuga las fronteras. Así era, en efecto; pero en su retirada todavía tuvo tiempo para ejecutar un exceso de satánica crueldad. Una parte de los prisioneros que se encontraban bastante vigorosos, tuvo que cargar con el botín sobre sus hombros como bestias de acarreo; la otra, compuesta de mujeres, ancianos y niños, fue amarrada a fuertes estacas dentro de las chozas; entonces, aquellos demonios en forma humana prendieron fuego por los cuatro costados a la aldea, y con cruel fruición escuchaban los alaridos angustiosos que salían de entre las llamas de los bohíos incendiados.

La destrucción de San Luis y de San Ignacio, acompañada de los horribles destrozos y matanzas en que se ensañaron los iroqueses, llenó de consternación a los hurones. Abandonaban todos sus aldeas, después de prender fuego a sus viviendas para quitar la ocasión al enemigo de establecerse allí. «Muchos no esperaban misericordia de los hombres -escribe el P. Raguenau-, e iban a guarecerse en la soledad de las selvas y a buscar allá, entre las fieras salvajes, la suspirada paz. Otros huían a unas islas desiertas situadas en medio del lago Hurón, pues preferían mil veces verse cercados de olas y abismos, que del fuego de los iroqueses»[xciv]. Otros emigraron al país de los neutrales o a los montes de los indios *tabaqueros*. En el breve espacio de catorce días fueron despobladas quince aldeas huronas, y en todo el primitivo territorio sólo quedó habitado el antiguo centro de Santa María. El año anterior habían tenido tan mezquina cosecha como no la recordaban en los últimos cincuenta años, y así, gran parte

de los indios hacía largo tiempo que se alimentaban de bellotas y raíces. Los misioneros, cuyos terrenos, gracias a un cultivo más inteligente, habían dado mayor rendimiento, alimentaron durante este año a más de 6.000 hambrientos. El fúnebre fantasma del hambre y de la miseria más terrible había seguido las pisadas de los fugitivos, como se deja suponer. Muchos cayeron rendidos y exánimes en medio de los bosques, y perecieron de necesidad abandonados en aquellas soledades. En vano se esforzaron los operarios evangélicos en levantar el decaído espíritu de su atribulada grey, pues en muy poco tiempo se habían desencadenado sobre ellos demasiadas calamidades. La flor del pueblo había sucumbido en las sangrientas campañas, y los sobrevivientes no se sentían con impulsos para reaccionar contra tan fiero enemigo.

¿Qué suerte aguardaba a la misión? Permanecer aislados en el fuerte de Santa María no era prudente, pues quedaban expuestos a cualquier acometida de los iroqueses. Seguir a los fugitivos sin rumbo fijo suponía el fracaso de los misioneros y el arriesgarse a una muerte segura. Después de larga oración y maduro examen, se determinó el superior a enviar primero un grupo de Padres a la «misión fugitiva» para que se estableciesen en los diversos parajes elegidos por las bandas emigrantes y procurasen reunirlos en nuevas agrupaciones misionales donde mejor pareciese. Se esparcieron estos exploradores evangélicos en todas direcciones: los unos partieron en frágiles canoas por las traidoras corrientes del lago Hurón; los otros por las más intrincadas selvas, por profundos barrancos e intransitables trochas, por parajes distantes 60, 80 y aun 100 leguas de Santa María. No era posible soñar siquiera en reunir las dispersas comunidades en las cercanías del antiguo establecimiento central; y así, se decidieron los misioneros a dar el último adiós a esta

residencia, aun cuando sus corazones manaban sangre al tomar tan costosa resolución.

Pensaron al principio en establecer el punto céntrico de la misión en una isla de 125 kilómetros de larga, situada al norte del lago Hurón y a unas 600 leguas de Santa María. Los naturales llamaban a esta isla Ekaentoton, y los misioneros, en los años anteriores, cuando abrieron una misión entre los algonquinos de aquella comarca, le pusieron por nombre Santa María[xcv]. Aquí no sólo estarían al abrigo de las invasiones iroquesas, sino tendrían muy cerca un grupo de tribus algonquinas, que simpatizaban con ellos y deseaban ser misionados. En canoas podían con toda comodidad llegar a las comarcas de los indios neutrales y *tabaqueros,* y, además, el Ottawa, que desemboca en el lago no lejos de esta isla, les ponía en comunicación con la colonia francesa, con la cual mantendrían siempre estrechas relaciones. Por otra parte, la pesca prometía grandes rendimientos, y el fértil terreno de la isla se prestaba, según aseguraron a los misioneros, a ser cultivado con éxito. Hechos los aprestos para emigrar a Ekaentoton, se presentaron doce caciques hurones al superior de la misión, y pidieron con grandes instancias que desistiera de aquel proyecto. Muchos de los fugitivos hurones se habían determinado a reunirse en la isla de San José, mucho menos apartada y a este sitio debían dirigirse también los *ropa-negras.* «Tened lástima de nosotros -repetían los recién venidos-, pues si nos abandonáis seremos presa de nuestros enemigos; pero si venís con nosotros, nos sentiremos más fuertes y nos defenderemos con valentía. Compadeceos siquiera de nuestras viudas y de los pobres niños cristianos. Aun los que son todavía gentiles están decididos a abrazar vuestra fe, y lograréis que aquella isla se llame en adelante *la isla de los cristianos*». Durante tres largas horas parlamentaron los hurones con

los misioneros, y, para echar el resto, les ofrecieron como simbólico presente las únicas preciosidades que les quedaban: doce gruesos cinturones de piel «para que escuchasen la voz de sus mujeres y niños». «Pensad –les dijeron– cuánto apreciamos nosotros estos cintos, que son nuestras joyas y más rico tesoro. No olvidéis que la fe es más estimable que todos los bienes de la tierra, que vuestra enseñanza nos parece más digna de ser amada que todas las riquezas que puede ofrecernos el mundo entero. Os hacemos estos presentes para que vuelva a renacer en vosotros el espíritu y el nombre del ilustre "Echom" (del P. Brébeuf). Este fue el primer apóstol de esta tierra, y permaneció a nuestro lado hasta dar su último aliento. Esperamos que su ejemplo os moverá profundamente, y que vuestros corazones no se negarán a morir junto a nosotros, ya que queremos vivir como cristianos»[xcvi].

No podían los misioneros resistirse a tan insistentes demandas; y así, se determinaron a seguir su rebaño hasta la isla de San José. «Fue de todo punto necesario –nos dice la relación– abandonar esta antigua residencia de Santa María, aquellos edificios, que, aunque pobres en sí, parecían a los ojos de los indios obras monumentales, y aquellos campos cultivados, que nos prometían ricas cosechas. Nos fue preciso dejar aquellos parajes, que podíamos llamar nuestra segunda patria, aquellos sitios testigos de nuestras más inocentes alegrías, aquella cuna de nuestras cristiandades, templo de nuestro Dios y morada de los siervos de Jesucristo. Por temor a que nuestros enemigos, que siempre se habían ensañado contra la Religión, pudiesen profanar aquella mansión de santidad y aprovecharse de ella, la incendiamos con nuestra propia mano, y vimos arder y consumirse ante nuestros propios ojos en una hora todo el trabajo de nueve a diez años de fatigas»[xcvii].

El 14 de junio, entre las cinco y seis de la tarde, se embarcó una parte de los misioneros en una pequeña lancha; los restantes les siguieron poco después en una balsa que habían construido con troncos de unos 60 pies de largo. En ella cargaron todos sus haberes: las vituallas y provisiones que todavía les quedaban, sus aves y ganados, sus armas y municiones, sus libros, los vasos sagrados, que tanta admiración producían a los salvajes. Toda la noche remaron a través del estuario, y, bordeando la ribera occidental, lograron, después de algunos días, arribar felizmente a la isla de San José, donde fueron recibidos con júbilo inmenso por los hurones fugitivos. Tenían los misioneros sobrados motivos para agradecer al Señor su especial protección, pues ¿qué habría sucedido con la frágil embarcación si hubieran tenido que afrontar alguna de las muchas borrascas que con tanta frecuencia se desencadenaban en aquel lago? Además, las turbas iroquesas infestaban las orillas, que ellos iban bordeando, y dieron muerte a cuantos cristianos se quedaban rezagados.

Una vez en la isla, se emprendieron las obras con febril actividad. Había que comenzar por abrir un escampado en medio de la selva virgen, entre cuyos gigantescos árboles, intactos desde la Creación, jamás habían resonado los golpes del hacha movida por el hombre. Gruesos bloques de roca fueron apilados para hacer una fortaleza que protegiese el nuevo establecimiento. Los indios colaboraron con diligencia, y pronto circundaba la aldea un terraplén y una alta empalizada. Al mismo tiempo otros emprendieron la roturación del terreno para sembrar el maíz. Pronto volvió a renacer otra nueva Santa María, muy bien fortificada contra los ataques del enemigo, y en torno a aquella residencia comenzó a extenderse el poblado de los indios, que de día en día aumentaba con nuevos refuerzos. Pero a medida que era mayor el número de los

indios, crecía la dificultad de alimentarlos. Los misioneros, naturalmente, no tenían suficientes bastimentos, y les era imposible atender a todos, pues al poco tiempo la aldea contaba más de cien chozas, y en cada una de ellas se albergaban ocho o diez familias. Entonces se organizaron los hambrientos en grupos, que, capitaneados casi siempre por algún misionero, se internaban por la selva en busca de bellotas y raíces comestibles, o se dedicaban a la pesca. Estas expediciones eran peligrosas, pues los iroqueses merodeaban por las orillas del lago, matando a cuantos infelices caían en sus manos.

Cuando llegó el invierno, la miseria fue tomando proporciones alarmantes. En previsión de esto, los Padres habían almacenado durante el otoño unas 600 fanegas de bellotas, y habían recurrido también al territorio de los algonquinos, distante unas 100 leguas, para comprar pescado ahumado. De este aprovisionamiento surtían con suma parsimonia a los famélicos indios, que se veían precisados a cocer las bellotas con ceniza para atenuar su amargo sabor. Los misioneros secaban y molían aquellos agrios frutos y los mezclaban con los restos de harina de maíz que habían logrado salvar. Más de 800 sacos de esta mezcla fueron distribuidos entre los indios en el curso de este invierno. Pero llegó un día en que se agotaron las provisiones almacenadas, y el espectro del hambre comenzó a rondar la isla; se le agregó pronto otro fantasma más aterrador todavía, el de una epidemia contagiosa, debida a la miseria. «Entonces nos vimos obligados -refiere el P. Raguenau- a contemplar aquellos escuálidos esqueletos, que se arrastraban penosamente y devoraban con febriles ansias las inmundicias y desperdicios más repugnantes». Llegó a tal extremo la necesidad, que hasta las mismas madres desenterraban los cadáveres de sus hijos, sepultados por los misioneros, para devorarlos. En

todos los bohíos yacían los enfermos y agonizantes mezclados con los muertos, pues los sobrevivientes estaban tan débiles, que ni fuerza tenían para sepultarlos. De este oficio se encargaban los Padres, ayudados por sus sirvientes, y tenían que trabajar día y noche, sin tregua ni descanso, para dar abasto. El miedo continuo de un nuevo ataque de los iroqueses, que estaban ya cometiendo sangrientas tropelías a ser veraces los rumores esparcidos, y que con facilidad podían acometer la improvisada aldea pasando sobre la espesa capa de hielo que juntaba la isla con el continente, hacía que la vida fuese para aquellos infelices un espantoso tormento. Los *ropa-negras* eran para los hurones su mayor consuelo y remedio en aquella extraordinaria carestía. «No solamente nos miraban todos con amorosas entrañas -escribía el P. Raguenau-, sino que nos reverenciaban como a sus propios padres, de quienes durante toda su vida únicamente habían recibido beneficios, y de quienes confiaban que, aun después de muertos, no les olvidarían». Con infatigable solicitud visitaban los operarios evangélicos día tras día cada una de las chozas. Allí encontraban siempre pobreza que remediar, enfermos que consolar, desesperados a quienes infundir aliento, agonizantes que socorrer en el último trance. Los que todavía eran paganos venían espontáneamente a pedir el bautismo. Una vida cristiana de íntimo fervor florecía en medio de aquel pueblo moribundo. La relación de este año nos cuenta cómo todos los días al rayar el alba acudían los indios a la capilla a oír la santa Misa y escuchar las pláticas catequísticas. Las oraciones se rezaban en común y en alta voz entonando con frecuencia cánticos piadosos. Concluía el acto con una exhortación, en la que un misionero infundía a los cristianos buenos sentimientos e ideas, acomodándose a las circunstancias, enseñándoles a consagrar al Señor y santificar todas las obras del día. Estos sermones eran por

necesidad muy breves, pues a la puerta estaban aguardando otros indios, que deseaban hacer su ofrecimiento de obras y recibir la misma instrucción. Siguiendo este método, se llenaba la iglesia cada mañana hasta diez y doce veces consecutivas, y durante la función religiosa, oían varios Padres, por regla general, las confesiones de los cristianos, que se acercaban en tanto número al tribunal de la penitencia, que cada misionero reconciliaba 50 y aun 60 penitentes por día. Al anochecer volvían a repetirse las mismas escenas, y era conmovedor ver cómo muchos fervorosos cristianos daban menuda cuenta de conciencia a su padre espiritual, comunicándole cómo habían pasado aquel día y cumplido sus buenos propósitos. La isla de San José se había convertido con toda verdad en *la isla de los cristianos.* En el breve plazo de siete meses administraron los misioneros 2.700 bautismos; éste fue el más dulce consuelo que Dios proporcionó a los fieles pastores de aquella grey durante los angustiosos días del hambre.

La relación de 1650 nos intercala una larga serie de heroicos ejemplos, que ponen de manifiesto las victorias y triunfos de la gracia y de la fe en los corazones de los salvajes, a pesar de las resistencias de la Naturaleza. Una pobre madre tuvo la desgracia de ver morir entre sus brazos a sus cuatro hijos, unos en pos de otros, víctimas de la miseria; al poco tiempo le llegó también a ella la vez, y falleció, pronunciando al morir aquellas palabras verdaderamente sublimes: «Sí, Dios mío, Tú eres el dueño de nuestras vidas, morimos porque así lo has dispuesto en tus amorosos designios; pero ¡qué consuelo es morir como cristianos! Seguramente que, de no morir en esta desgracia tan grande, mis hijos y yo nos habríamos condenado eternamente. Ahora han recibido el santo Bautismo, y creo firmemente que todos juntos hemos de resucitar un día,

como ahora morimos también juntos». Muchos, llenos de confianza, encomendaban al Señor sus almas en el trance de la última agonía; otros repetían a sus hijos que confiasen mucho en Dios, que por toda la eternidad sería su verdadero padre; otros, a su vez, exclamaban: «Dios mío, nada me queda ya en este mundo, y mi corazón está completamente desasido de todo; con júbilo espero la muerte, que antes tanto me amedrentaba; confío, como la fe me lo asegura, que seré en el cielo tanto más feliz cuanto más miserablemente muero ahora»[xcviii].

Con razón podemos prestar nuestro asentimiento a una antigua relación que nos dice que, al presenciar los misioneros tan conmovedoras escenas, derramaban lágrimas de emoción; verdaderamente que hallamos muy justificadas las palabras de la Sagrada Escritura, que el P. Raguenau acomoda a estos infelices salvajes: *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est:* «Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios, y entre los santos está la suerte de ellos».

[xciii] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 134.

[xciv] Rel. 1650; Thw., XXXV, 78.

[xcv] Hoy Great Manitoulin.

[xcvi] Rel. 1649; Thw., XXXIV, 208.

[xcvii] Rel. 1050; Thw., XXXV, 80.

[xcviii] Cf. Rel. 1650; Thw., XXXV, 92.

CAPÍTULO XIV
LAS POSTRERAS VÍCTIMAS

1°. Un ángel de la caridad. -Juventud del P. Carlos Garnier. -Sus tiempos de colegial. -Anhelos de la misión hurona. -Un misionero modelo. -Su apostolado de caridad con el prójimo. -Severidad para consigo mismo. -Devoción a los ángeles custodios y a la Madre de Dios. -Entre los indios tabaqueros. -Como operario evangélico de San Juan Bautista. -Asalto de los iroqueses a esta aldea. -Muerte del P. Garnier. -Las señales del duelo entre los salvajes. -2°. Un mártir en las sombras: El padre Natalio Chabanel. -Sus ardientes anhelos del martirio. -Su traslado desde San Juan Bautista, y su viaje a la isla de San José. -En el camino es asesinado por un hurón apóstata. -Un voto generoso. -Su espléndida recompensa.

1°.– Un ángel de caridad (P. Carlos Garnier)[xcix].

Por agosto de 1636 arribaron al Canadá dos nuevos operarios apostólicos destinados a la misión hurona: los padres Chastellain y Carlos Garnier. Este último se distinguía por sus delicadas facciones y por el juvenil candor y finura. Cualquiera pensaría que estos rasgos fisonómicos no eran los que mejor cuadraban a un varón destinado a predicar el Evangelio a los salvajes, aunque sintiese por este ministerio profunda inclinación: el busto, complexión y contextura de un misionero de este calibre, según nos lo imaginamos, debía tallarse del más tosco y fibroso roble. Parkmann[c] lo compara con el patriarca de la misión hurona, y escribe en estos términos. «Brébeuf era el león, y Garnier el cordero de esta misión». Y añade

enseguida: «Pero en este caso el cordero era tan temible como el león». Este cotejo y comparación nos muestra, desde luego, que aquel joven religioso recién llegado al Canadá no iba a representar un papel insignificante en la historia de la misión. Pocos años más tarde pudo su superior, el P. Raguenau, que le conocía como nadie, testificar de él: «Era un incansable operario, dotado de todos los dones de naturaleza y gracia que pueden resplandecer en un perfecto y cabal misionero». Entre las fisonomías de los mártires canadienses no hay ninguna de tan simpático atractivo como la del P. Garnier, que respira toda la frescura y delicadeza de la juventud.

Había nacido en París el 25 de mayo de 1606, en el seno de una opulenta familia. El hogar paterno, profundamente religioso, y una esmerada educación, fueron para aquel niño el abonado campo en que se desarrollaron sus excelentes disposiciones, mostrando lo que valía desde los primeros albores de su adolescencia. El padre quiso dar a aquel hijo predilecto y de precoz inteligencia una formación sólida, y con estas miras lo colocó en el famoso Colegio de Clermont, dirigido por los jesuitas. Algunos rasgos que conservamos de cuando era colegial nos pintan de mano maestra la ideal figura de aquel simpático adolescente. Como todos sus condiscípulos, recibía de sus padres una corta cantidad con que procurarse algún solaz y honesto esparcimiento los días de vacaciones en que se permitía a los alumnos salir del colegio. El bullicioso enjambre de escolares que en estos contados días de asueto volaba al vestíbulo del establecimiento, sabía muy bien administrar su exiguo capital y sacarle todo el jugo posible para divertirse a sus anchas. Con frecuencia, Carlos Garnier les acompañaba en estas salidas, pues no era ningún tipo huraño y misántropo que aguase las fiestas de los otros, sino jovial, decidor y bromista de buena ley. Pero

otras veces se le veía en semejantes ocasiones, acompañado de algún buen amigo, enderezar sus pasos a la lóbrega cárcel de Petit Chatelet; sus profesores le habían hecho caer en la cuenta de las miserias corporales y morales que se escondían tras aquellos elevados paredones, y, poseído de ardiente caridad, se dirigía a este sitio y vaciaba todos sus ahorros en la alcancía de las limosnas destinadas a los pobres reclusos. En otra ocasión, al pasar por el Puente Nuevo, divisó en los escaparates de un librero una obra inmoral y blasfema, y al punto penetró en la tienda, compró el libro y lo rompió en mil pedazos en presencia de sus espantados condiscípulos. «Quizá con la lectura de este pernicioso escrito podría alguno ofender a Dios -discurrió en su interior-; por esto es preferible comprarlo y destruirlo». «Tales ensayos -añade el P. Raguenau- permitían presagiar su gran santidad futura. No me admiro que su padre, cuando el muchacho quiso hacerse jesuita, declarase a uno de nuestros Padres: "Si yo no amase tanto a vuestra Orden, jamás os entregaría esta alhaja, que desde su nacimiento hasta la hora presente ni una sola vez me ha desobedecido o causado el más leve disgusto". Así, no es extraño que su padre sostuviese una tremenda lucha cuando llegó el día en que Carlos le manifestó su decidido propósito de entrar en la Compañía de Jesús. Pero el piadoso varón, que ya había ofrecido a Dios tres de sus hijos en el estado religioso, aprobó la vocación de aquel adolescente, sobre el que tenía fundadas tan grandes esperanzas para el porvenir. El 5 de septiembre de 1624 ingresó Carlos Garnier en el Noviciado que los jesuitas tenían en París. El corazón de su padre debía de rebosar de legítimo orgullo cuando oía encomiar la madura virtud del joven novicio. "Parece un ángel por su inocencia -escribía su superior entonces-, y se distingue tanto por su humildad, que se puede proponer como modelo y ejemplo a todos sus connovicios"».

Un nuevo y más costoso sacrificio tuvo que ofrecer aquel padre ejemplar cuando su hijo, después de diez años de estudio y enseñanza en su Orden, le escribió comunicándole que había pedido a sus superiores ser enviado a la misión canadiense para trabajar entre los indios. Como la Compañía de Jesús había recibido grandes beneficios de la familia Garnier, tuvieron los superiores la delicadeza, al destinar al joven sacerdote a las misiones, de poner en manos de su padre la última decisión sobre este asunto.

Mucho le costó en un principio a tan cristiano caballero resolverse a dar un consentimiento que suponía para él tan inmenso sacrificio. Pero entonces comenzó su hijo a importunar con santa violencia al cielo con oraciones, ayunos y rigurosas penitencias, para que Dios ablandase el corazón de su padre. Cuanto más luchaba para sacar adelante su jornada a misiones de infieles, tanto más se redoblaban su anhelos y más ardientes eran las instancias con que ponía en tensión las más íntimas fibras del corazón paternal. Por fin, al cabo de un año logró vencer tan tenaz resistencia, y un himno triunfal de agradecimiento se elevó del corazón del hijo hasta el trono del Altísimo.

El día 3 de abril de 1636 se dio a la vela desde Dieppe con rumbo a la suspirada misión. Durante la travesía logró, a costa de repetidas muestras de caridad, la conversión de un marinero que hacía más de diez años que no se confesaba y cuyo áspero e intratable genio se hacía insoportable a sí mismo y era el continuo terror de toda la tripulación. Al desembarcar en Nueva Francia fue destinado, desde luego, a Trois Rivières, para irse iniciando poco a poco en los hábitos y costumbres de los indios con el trato continuo de los que venían a esta plaza para hacer sus contrataciones. Una feliz casualidad hizo que enseguida pudiera dirigirse al campo de acción a donde le

arrastraban sus inclinaciones, y así lo encontramos por agosto de 1636 en la misión hurona. Con alma y vida se consagró desde el primer momento a las difíciles faenas de la evangelización. En breve espacio aprendió el idioma de los hurones con tanta perfección, que al año siguiente pudo escribir así el P. Brébeuf al P. Vitelleschi, General de la Compañía: «Aventaja a todos los misioneros por los adelantos que ha hecho en este punto»[ci]. No se contentó con dominar los primeros rudimentos, sino aspiró a manejar la lengua con la mayor expedición, y alcanzó tales progresos, que los mismos indios se maravillaban del primor con que hablaba; «supo conmover sus corazones con tan avasalladora elocuencia -testifica el P. Raguenau-, que todos se entusiasmaban al oírle». Más que con las palabras, predicaba con su inagotable bondad y caritativo proceder, con el que se conquista el cariño de todos, aun de los indios más bravíos y rebeldes. La caridad era el resorte más poderoso de su maravillosa eficacia, y esta misma virtud le inspiró las más heroicas hazañas.

Más de una vez le vieron cómo, bañado en sudor y apoyado en un bastón, marchaba jadeante llevando sobre sus espaldas algún indio enfermo, al que transportaba así más de dos leguas de camino para ganar su corazón y convertirle. Y si se trataba de bautizar algún prisionero condenado a la hoguera, hacía penosas jornadas de diez y aun veinte leguas bajo los rayos abrasadores del sol, y se presentaba de improviso ante los atónitos indios allí donde su asistencia espiritual era más deseada. En tiempo de las epidemias contagiosas, cuando las chozas de los indios irritados y taciturnos se cerraban a cal y canto para los *ropa-negras*, y sólo se hablaba de deshacerse de ellos, no solamente vencía el P. Garnier tan obstinada resistencia, sino que encontraba siempre camino de atraerse las simpatías de los salvajes. Como consecuencia de la falta de

limpieza, las heridas que en la guerra recibían los indios se transformaban muy pronto en un hervidero de gusanos y podredumbre, de tan asquerosa hediondez, que ni los más allegados parientes sufrían acercarse a los enfermos, y los abandonaban despiadadamente sin preocuparse más de ellos. Pero en tan aflictiva situación no se apartaba de su lado el padre Garnier. Con maternal solicitud y con aquella destreza que le comunicaba la caridad, les atendía y vendaba las purulentas heridas. A veces veía con evidencia que el pobre doliente por el que tanto se afanaba no tenía remedio; pero en tales casos se decía a sí mismo: «Razón de más para encargarme de él; cuanto más mortales son las postemas, más me mueven a curar a estos infelices y no dejarlos hasta las puertas del paraíso». ¿Quién se maravillará de que los indios salvajes, al contemplar aquel amable y severo semblante, en que se espejaba un alma pura y candorosa, le apellidasen el «Ángel de la caridad»? ¿Quién se sorprenderá de que afirmasen que toda su persona, su rostro, sus ojos, su sonrisa, su continente y hasta sus ademanes, predicaban santidad? ¿Quién de que alguno testificase que con sólo mirar aquella angélica faz se llenaba de amor a la pureza, y que en la hora de la tentación se lo figuraba como el ángel de su guarda?

Aquel joven y amable misionero, que había sido en otros tiempos el hijo mimado de su casa materna, ahora, con toda su dulzura y apacibilidad en el trato de los pobres salvajes, no era en lo más mínimo un carácter condescendiente y afeminado. Contra sí mismo era inexorablemente duro y severo. Cuenta el P. Raguenau que cada vez que volvía de sus misiones, afilaba las férreas puntas a un cinturón erizado de rodajas de espuelas, que traía siempre a raíz de sus carnes, y, además, con frecuencia se azotaba con una disciplina tejida con agudas púas de hierro. Distribuía entre sus hambrientos indios

hasta el último mendrugo de pan y el último pescado en conserva, y se sustentaba con raíces y bellotas amargas. Sabía muy bien que el Hijo de Dios había redimido las almas a costa de sus tormentos y de su Cruz, y que él debía, siguiendo el consejo de San Pablo, «suplir en su cuerpo lo que faltaba a la Pasión de Cristo». Con sus penitencias, tomadas por su propia voluntad, recababa para sus salvajes maravillosas conversiones, de que él era abonado testigo. En la fragua de la mortificación continua purificaba su corazón de toda escoria de amor propio y lo encendía en el fuego del amor divino, que se transformaba en caridad sobrenatural del prójimo.

El P. Garnier vivía en un ambiente del todo sobrenatural. Era rasgo característico de su alma pura la tierna devoción que profesó siempre a los santos ángeles y a la Virgen Inmaculada. A los santos ángeles se encomendaba, ante todo al hacer sus visitas a los enfermos, y más de una vez experimentó la eficacia de su intercesión. Los indios a los que asistió a la hora de su muerte testificaban que veían a su lado un mancebo de celestial hermosura y majestuoso resplandor, que les animaba a seguir las insinuaciones del misionero. Aquellas buenas gentes no sabían explicarse lo que habían visto, y preguntaban quién era aquel acompañante que así inflamaba sus almas. «No podían sospechar -escribe el P. Raguenau- que los ángeles influyen más que nosotros en la conversión de los pecadores, aunque ordinariamente sea su eficacia invisible».

El P. Garnier sentía un amor entrañable a la Madre de Dios desde los primeros años de su infancia. «En sus brazos -decía- me trajo toda mi juventud hasta conducirme a la Compañía de su Hijo». En sus años de colegio militó como congregante bajo la bandera de María, y como campeón del amor a la Reina de los Ángeles

conservó sin mancilla el blanco lirio de su pureza a través de las batallas de ese tempestuoso y decisivo período de la vida. Siendo estudiante de la Compañía se obligó con voto a defender hasta la muerte la Inmaculada Concepción de su celestial Señora. El 7 de diciembre, víspera de su fiesta, alcanzó el valiente defensor de sus glorias la corona del martirio, y se alistó en sus victoriosos escuadrones, que en las moradas celestiales entonan himnos triunfales en loor del Rey de los siglos y de la purísima esclava que pudo llamarse Madre suya. «Aunque en todo el territorio hurónés no hubo misión que no evangelizara el P. Garnier -como nota el P. Raguenau-, no obstante su nombre va unido más estrecha y primariamente con la misión de los indios *tabaqueros.* Ya en 1640 hizo, en compañía del P. Yogues, sus primeras tentativas en aquella comarca. Pero por aquel entonces estos salvajes no quisieron oír a los misioneros, les impidieron la entrada en sus aldeas y, sin poder recoger el menor fruto, tuvieron que abandonar el territorio aquellos valientes capitanes de la fe, medio helados de frío y consumidos por el hambre. En 1641 volvía a salir el P. Garnier -esta vez con el P. Pijart- a la misma región de los indios *tabaqueros,* y el resultado fue idéntico al del año anterior, pues la mies no estaba madura para la siega. A pesar de inaugurarse con tan tristes auspicios esta misión, llegó más tarde a un alto grado de esplendor. El año 1649 se establecieron en el país de los indios *tabaqueros* dos puestos fijos, dirigidos cada uno por dos misioneros; tal fue el origen de las residencias de San Juan Bautista y San Matías. Desde estos centros salían los misioneros a visitar las otras siete aldeas habitadas por esta tribu. La cura de almas de San Juan Bautista se confió a los PP. Carlos Garnier y Natalio Chabanel. En estas comarcas no habían sufrido hasta entonces ningún daño de los iroqueses, pues establecidos los indios *tabaqueros* en las montañas que se elevan en la región situada entre el

Nottawasaga y la bahía de Matchedach, se sentían bastante seguros contra las invasiones de los salvajes iroqueses, y les constaba que éstos les temían, porque eran valientes y no se habían debilitado sus fuerzas ni sufrido merma alguna en campañas guerreras, como sucedía a los hurones. Pero si una vez se arriesgaban los iroqueses a invadir su territorio, en tal caso la misión de San Juan estaba más expuesta que ninguna otra a los azares de la guerra, porque por allí desembocaría forzosamente el enemigo.

El verano de 1649, tan fatídico para la misión hurona, transcurrió con suma tranquilidad entre los indios *tabaqueros,* y ni siquiera al comienzo del otoño se dejó ver ningún enemigo en las cercanías de sus aldeas. Como el invierno con sus rigores no se prestaba a belicosas empresas, pudieron los misioneros, que habían vivido aquellos últimos meses con el alma en un hilo, acariciar la esperanza de que por algún tiempo podrían continuar pacíficamente la obra de evangelización. Pero un día, a fines de noviembre se presentaron dos hurones, fugitivos de la isla de San José, y trajeron la noticia de que una banda guerrera de unos trescientos iroqueses andaba merodeando por los bosques del contorno, aún indecisa sobre el poblado contra el que descargarían sus furores, pues algunos de sus guerreros se inclinaban a invadir la nueva fortaleza de la isla, mientras los más preferían atacar el territorio de los *tabaqueros.* Al punto despachó el P. Raguenau un propio a los misioneros de San Juan para avisarles del peligro que les amagaba; al mismo tiempo debía este mensajero transmitir al P. Chabanel la orden de abandonar inmediatamente el puesto que ocupaba y dirigirse a la isla de San José; obedecía esta orden o al proyecto de dejar en la amenazada residencia de San Juan un solo misionero, o a la necesidad que en otras partes

había del padre Chabanel. Mientras los mensajeros, en cumplimiento de su encargo, se dirigían a los indios *tabaqueros,* deslizándose por la helada superficie del lago Hurón y por los nevados bosques de las Montañas Azules, redoblaban los moradores de la isla de San José su vigilancia, y con incansable tesón sus centinelas hacían continuas rondas en torno a la fortificada aldea, sin interrumpirlas durante los chubascos ni glaciales noches de invierno. Pero los iroqueses no iban a desfogar su furia contra aquella isla, sino contra los poblados escondidos en los montes.

Al enterarse los belicosos indios *tabaqueros* de que se avecinaba un ataque de sus enemigos, no cabían en sí de gozo; por fin podrían medir sus fuerzas con tan inhumanos asesinos y trabar con ellos sangrienta batalla. Aprestaron sus arreos de guerra, se pintarrajearon el rostro con vivos colores, montaron su guardia, pusieron espías por el bosque en los parajes por donde probablemente pasaría el enemigo, fortificaron sus aldeas, sobre, todo el poblado fronterizo de San Juan, y aguardaron impacientes la primera acometida. Pero como transcurrieron dos días sin que los iroqueses diesen señales de vida, se cansaron de esperar y se decidieron a salirles al camino y caer por sorpresa sobre ellos. Sin preocuparse de dejar en San Juan alguna guarnición para cualquier caso imprevisto, se lanzaron al campo el 5 de diciembre de 1649, al compás de sus salvajes himnos guerreros.

Aquí estuvo su fatal error: ni el primero ni el segundo día descubrieron rastro del enemigo, que había sido bastante astuto para no franquear la frontera por el camino más recto. Con ingeniosa táctica había cercado la aldea dentro de un círculo tan extenso, que ni siquiera las avanzadas más atrevidas lo pusieron al descubierto. Quiso la fatalidad que cayese en sus manos un indio con su

mujer, los cuales, con la esperanza de salvar sus vidas, traicionaron a su tribu declarando que la aldea de San Juan quedaba completamente desguarnecida. A las tres de la tarde del 7 de diciembre se lanzaron como un rayo las hordas iroquesas, entre salvajes rugidos de guerra, contra la empalizada de la aldea. Un pánico indescriptible se apoderó de sus indefensos moradores, que tan de improviso fueron sorprendidos en sus fantásticos sueños de victoria. Unos apelaron a la fuga para poner a salvo sus vidas; pero la mayoría de los fugitivos, con la turbación del momento, fue a caer en manos de los enemigos; otros sucumbieron en el sitio y fueron horriblemente mutilados. Muchos no osaron salir de sus bohíos hasta que el incendio provocado por el enemigo les sacaba de sus guaridas, quedando expuestos a las flechas y machetes de aquellos bandidos, que se reían de sus víctimas. No pocos fueron hechos prisioneros; pero como los iroqueses esperaban de un momento a otro la vuelta de los guerreros de aquel poblado y, por tanto, debían disponer la retirada a todo escape, degollaron sin compasión a los ancianos, niños y débiles mujeres y a cuantos no podrían seguirles en su precipitada fuga. En aquellos instantes ejecutaron inauditas atrocidades. Los salvajes arrancaban a las madres sus hijitos y los arrojaban, ante sus propios ojos, a las llamas. Muchos hijos vieron cómo sus propios padres caían a sus pies despedazados, y oyeron cómo los que les dieron el ser y ellos más amaban en el mundo lanzaban terribles alaridos mientras se retorcían con horribles contorsiones en el fuego. Y ante estas barbaridades, ni siquiera podían dar rienda suelta a su dolor y compasión, pues sus verdugos se hubieran ensañado con más encarnizamiento. Así, una madre cristiana, que lamentaba la horrible muerte de su hijo, fue asesinada en el acto porque todavía conservaba cariño en su corazón y no podía reprimir el natural sentimiento. En pocos minutos quedó convertida la aldea

de San Juan en un verdadero horno, de donde salían los desesperados alaridos de angustia y de socorro que lanzaban las personas espantosamente mutiladas y quemadas vivas. En tanto, el enemigo, con la risa y el sarcasmo en los labios, puso en orden la cuerda de cautivos y desapareció con la misma rapidez con que había venido.

El P. Garnier, que al partirse el P. Chabanel había quedado como único misionero en San Juan, estaba girando su acostumbrada visita por las chozas de los indios, cuando los iroqueses, con infernal gritería, entraron en la aldea, pasando a cuchillo cuantos encontraban al paso. Al punto corrió a la capilla para salvar el Santísimo Sacramento. A varios cristianos que, aterrados, se habían acogido a la iglesia, les gritó: «Hermanos míos, ha llegado nuestra última hora; procurad huir por donde podáis. Pero guardad vuestra fe mientras os dure la vida y cuidad de que la muerte os halle bien con Dios». En seguida les dio la absolución y se salió afuera para auxiliar a los moribundos. Tan pronto se lanzaban al interior de una choza cuyas llamas subían a lo alto, para regenerar con las aguas del Bautismo a los catecúmenos y darles la vida eterna; tan pronto se le veía arrodillado junto a un cristiano moribundo para pronunciar sobre él por última vez la fórmula de la absolución sacramental. Pero a los pocos instantes no pudo acudir a cuantos demandaban su asistencia espiritual. En medio del heroico cumplimiento de su sagrado ministerio le sorprendió la muerte. Un iroqués disparó contra él por dos veces su arcabuz. Una bala le atravesó el pecho, la otra le desgarró el vientre, y el misionero cayó al suelo sin sentido. El asesino se arrojó sobre él, le despojó la sotana y lo dejó nadando en su propia sangre. Poco después el herido volvió en sí, se enderezó trabajosamente y juntó sus manos. ¿Ofrecía en aquella plegaria al Señor el sacrificio de su vida? Entonces

oyó a pocos pasos de distancia el estertor de un moribundo, y por última vez el celo de las almas inflamó su pecho y le infundió una energía sobrehumana. Rengueando con dificultad, se fue acercando al moribundo; pero antes de llegar se desplomó sin fuerzas. De nuevo intentó levantarse y avanzar otro poco; pero su cuerpo, agotado por la pérdida de sangre y dolorosas heridas, se negó a prestar servicios a su caridad. Todavía por tercera vez, concentrando todas sus energías en un esfuerzo supremo, pretendió ponerse en pie; pero en este preciso momento un guerrero se lanzó sobre él y le descargó dos hachazos en ambas sienes. Sin exhalar un quejido cayó en tierra aquel mártir de la caridad.

Una pobre mujer cristiana y hurona transmitió a la posteridad los últimos pormenores de este martirio. También ella recibió aquel día un hachazo en la cabeza, de cuyas heridas falleció tres meses más tarde, después de haber confirmado una vez más desde su lecho de muerte, y en presencia del P. Raguenau, la verdad de su relato. La mañana siguiente al martirio, apenas recibieron en la vecina misión de San Matías la noticia de que el enemigo se había retirado acudieron los dos Padres al lugar de la catástrofe para ayudar en lo que pudiesen. Allí encontraron la aldea convertida en cenizas, las calles repletas de sangrientos cadáveres, apuñados unos sobre otros, en gran parte sepultados bajo los escombros humeantes de las chozas desplomadas. Solamente pudieron ejercitar su caridad corporal y espiritual con algunas pocas personas mortalmente heridas, que aún sobrevivían. Tras largas pesquisas, consiguieron hallar en la despoblada aldea el cadáver de su hermano en Religión, a quien ante todo buscaban; pero estaba tan desfigurado por las heridas, por la sangre y ennegrecidos escombros, que a duras penas lo reconocieron. Algunos indios

cristianos fueron los primeros en identificar a su venerado Padre, que por amor a ellos había sucumbido. Con toda reverencia le dieron cristiana sepultura en el sitio mismo donde antes se levantaba la iglesia por él edificada.

Dos días después del desastre regresaron a San Juan los indios *tabaqueros* de su infausta expedición. Las huellas y pisadas que encontraron en los bosques no les parecieron de buen agüero. Pronto pudieron ver con sus ojos la terrible realidad: sus hogares eran un montón de calcinados escombros, y entre aquellas humeantes ruinas se divisaban los mutilados cadáveres de sus mujeres y niños. La impresión les dejó petrificados ante aquel horroroso espectáculo; se sentaron después en el suelo, mudos e inmóviles como estatuas de bronce, según la costumbre india, y así permanecieron sumidos en profunda aflicción medio día, sin pronunciar una palabra y sin que un suspiro asomase a sus labios. «Así exteriorizan los salvajes su duelo -dice el P. Raguenau-, al menos los varones y gente de guerra; pues creen que las lágrimas y sollozos son propios de las mujeres».

2º – Un mártir en las sombras (P. Natalio Chabanel)[cii]

El P. Natalio Chabanel, compañero del P. Garnier en la misión de San Juan, recibió, como indicamos arriba, una orden del P. Raguenau que le mandaba trasladarse a la isla de San José. Sin demora obedeció y se puso en camino. La despedida de aquel campo de sus ministerios en aquellas circunstancias, cuando amenazaba a su naciente cristiandad una invasión de los iroqueses y la corona del martirio se dibujaba en lontananza, debió de costarle mucho. Una vez más mostró aquí los mismos generosos sentimientos que en Francia le animaban, como se ve por esta carta que escribió a su hermano menor, y que decía

así: «Poco ha faltado, según todas las apariencias humanas, para que tuvieses un hermano mártir; pero, sin duda, se necesita a los ojos de Dios una virtud de mejor temple que la mía para merecer del cielo el honor del martirio. El R. P. Gabriel Lalemant, uno de los tres que, según nuestra última relación, ha dado su vida por Jesucristo[ciii], me había sustituido en la aldea de San Luis un mes antes de su muerte, pues yo fui destinado, como más robusto, a otra misión más alejada y más laboriosa, pero no tan fértil en palmas y coronas como aquella otra, que dejaba por mi negligencia en el divino servicio. En fin, confiemos en que la bondad de Dios nos otorgará esta gracia, con tal que por nuestra parte nos esforcemos siempre por ser mártires ocultos que inmolan su vida en constante e incruento sacrificio *(Martyrem in umbra et martyrium sine sanguine)*. Las incursiones de los iroqueses se encargarán un día de completar el holocausto por los méritos de tantos santos con los cuales tuve la dicha de vivir unido tan dulcemente entre tantas tribulaciones y continuos riesgos de la vida. La relación de este año me dispensa de ser más prolijo; por lo demás, ni me queda espacio en este pliego ni dispongo de más tiempo que el necesario para suplicarte que tú y todos los demás Padres de esa provincia me tengáis muy presente en el altar, como víctima destinada quizá al fuego de los iroqueses; *ut merear tot sanctorum patrocinio victoriam in tam forti certamine* (para que por intercesión de tantos santos merezca la victoria en un combate tan decisivo)».

El ardiente anhelo del humilde religioso de padecer y morir por Cristo iba a verse muy pronto cumplidamente satisfecho. Dios no lo había escogido como víctima que sacrificasen públicamente los iroqueses, sino como «mártir en la sombra que derramase su sangre en la oscuridad, silencio y aislamiento de las selvas vírgenes del Canadá». Hizo su viaje a la isla de San José atravesando la misión de

San Matías, a donde llegó el 16 de diciembre para pernoctar entre sus hermanos en Religión. Al día siguiente celebró su última misa y sintió renacer en su corazón la dulce esperanza de que muy pronto volvería a sus queridos indios *tabaqueros,* aunque al mismo tiempo se resignó completamente en las manos de Dios, cuya voluntad deseaba cumplir hasta la muerte. Al despedirse dijo a sus hermanos: «Voy a donde me reclama la obediencia; pero si Dios quiere que nunca más vea esta comarca, o si, al contrario, disponen los superiores, accediendo a mis ruegos que vuelva a la misión donde hasta aquí trabajé, en todo caso serviré al Señor hasta mi postrer aliento».

Caminaba el Padre con los siete u ocho hurones cristianos que iban en su compañía, cuando, después de una marcha de siete horas por veredas intransitables y borradas por la nieve, les sorprendió la noche en medio de la selva. Encendida la correspondiente fogata y armada su tienda de campaña con ramas de abeto, los indios se acostaron en el suelo, y cansados de tan fatigosa jornada no tardaron en dormirse. Solamente el padre Chabanel se quedó en vela haciendo oración. Cerca de la medianoche hirió de pronto sus oídos una enorme gritería y estruendo. Provenía tan inusitado alboroto de los iroqueses, que después de la destrucción de San Juan pasaban con sus prisioneros por aquellos parajes. La algazara de los vencedores resonaba cada vez más pujante, mezclándose con los cantos de los cautivos, a quienes obligaban a entonar sus himnos de guerra, a la usanza india. Inmediatamente despertó el misionero a los indígenas que le acompañaban, los cuales se dieron a la fuga, quién por un lado, quién por otro, internándose en lo más espeso del bosque. El P. Chabanel intentó seguirlos un gran trecho; pero como no estaba acostumbrado a deslizarse con tanta

facilidad como los salvajes por la intrincada maleza de enredaderas, zarzas y matorrales, ni sabía trepar por las heladas y rocosas sendas, ni saltar por los arroyos y ciénagas, impedido por su ropa talar, y cargado con su equipaje, se fue quedando cada vez más atrás, hasta que, agotadas su fuerzas, no pudo continuar la marcha. Los hurones, que lograron escapar de los iroqueses, contaron después en la misión de San Matías que el Padre, puesto de hinojos, les dijo como última despedida: «Poco importa morir aquí o en otra parte, pues esta vida tiene escaso valor. En cambio, la felicidad del cielo es eterna, y los iroqueses no me la pueden arrebatar».

Por largo tiempo ignoraron los misioneros lo acaecido al P. Chabanel; los días pasaban sin que el Padre se presentase en San José, adonde, según decían los hurones, se había dirigido cuando de nuevo pudo continuar el viaje. ¿Habría vuelto a caer en manos de los iroqueses? ¿O quizá correría la misma suerte que el P. Nouë unos años antes, y, desorientado en los bosques cubiertos de nieve, habría muerto de frío y de necesidad, y más tarde aparecería su yerto cadáver? Todas estas suposiciones pudieron comentar los misioneros al no encontrar al principio ningún punto de referencia que se relacionase con esta desaparición. Pero, al cabo del tiempo, cierto hurón, en cuyo poder encontraron el sombrero, el abrigo y demás prendas y utensilios del misionero, declaró, para explicar su adquisición, que una vez se había tropezado con el P. Chabanel en la ribera de un río, y como el misionero no pudiese vadearlo, lo había pasado el indio en su lancha a la otra orilla. Que entonces el Padre, para proseguir su viaje con más facilidad, le había entregado todo su equipaje. Como este hurón era un cristiano apóstata y un enemigo encarnizado de la fe, sospecharon los Padres que este indio había asesinado al P. Chabanel y arrojado su cadáver al río;

por entonces no se pudo entrar en más averiguaciones. Por fin, el año 1652 se logró saber con toda certeza el género de muerte sufrido por el misionero. En una nota puesta en la *Breve relación,* del P. Bressani, nos asegura el P. Raguenau, bajo juramento, que «este hurón apóstata, llamado Luis Honareenhax acabó por declarar que había dado muerte al P. Natalio en odio de la fe, porque desde que abrazó con su familia la religión cristiana no había experimentado sino desdichas y calamidades».

Así pudo el P. Chabanel, como verdadero mártir, regar con su sangre el suelo de la misión hurona, y en premio de este sacrificio la Iglesia lo elevó al honor de los altares en compañía de los otros mártires canadienses. Su sangrienta inmolación fue el remate y corona de un prolongado e incruento martirio, pues a este heroico varón, dotado de indomable fuerza de voluntad, lo condujo el Señor por un camino extraordinariamente áspero y espinoso, por un verdadero vía crucis y calle de la Amargura que duró toda su vida y sólo terminó en la cumbre del Calvario, donde alcanzó la palma del martirio. Había entrado en el Noviciado de la Compañía en el año 1630, a la temprana edad de diecisiete años, y hechos sus estudios con gran aprovechamiento, se distinguió como profesor de Filosofía y de Retórica, en tanto grado, que bien podía prometerse un porvenir brillante y de grande influjo en su patria. Pero su corazón lo tenía puesto en las misiones del Canadá, y los superiores, que continuamente recibían apremiantes instancias de aquellas latitudes en demanda de nuevos refuerzos, accedieron a sus ruegos, y lo enviaron a los remotos bosques habitados por los hurones de Norteamérica. Aquí comenzó para aquel heroico religioso, que había ofrecido en aras del amor divino las halagüeñas esperanzas del porvenir, una época de terribles sufrimientos. Los fracasos continuos en cuantas obras

ponía mano le hacían insoportable la vida de misionero. Oigamos las referencias que de este particular nos da el padre Raguenau en la relación del año 1650 y admiraremos una vez más las ocultas disposiciones del Señor, cuyos designios son tan distintos de los nuestros. Escribe así el superior: «Después de estudiar la lengua india durante tres, cuatro y aun cinco años, había hecho tan insignificantes progresos, que no lograba balbucear las frases más sencillas y darse a entender a los salvajes en el trato cotidiano. Esto constituía una no pequeña mortificación, tratándose de un hombre que ardía en celo por la salvación de las almas y a quien no faltaba memoria ni talento, como lo había demostrado claramente al explicar tantos años en Francia la Retórica con universal aplauso. Su mismo carácter estaba tan en pugna con el modo de ser de los indios, que, instintivamente, sentía asco y aversión hasta en sus cosas más menudas. Su sola vista, el trato y convivencia con ellos le era insoportable. No podía acostumbrarse a la comida del país, y aun las chozas de los misioneros le repugnaban tanto, que eran para él una pesadumbre constante, sin encontrar en nada atractivo ni consuelo sensible. ¿Y quién podrá desentrañar la larga serie de contrariedades que ponían a prueba su paciencia? Aquel pasarse el día en cuclillas o tendido en el desnudo suelo durante las nevadas invernales; aquel humo sofocante que convertía las chozas en verdaderos infiernos; aquellas interminables noches pasadas en miserables bohíos, donde se amanecía cubiertos materialmente de nieve, que se colaba por todos los resquicios y hendiduras, donde pululaban innumerables sabandijas, con las consiguientes molestias, y donde cada sentido, día y noche, experimentaba particular tormento; aquella agua turbia por toda bebida, y aquellas viscosas sopas de maíz mal cocidas y sin ningún condimento, teniendo que trabajar sin tregua ni descanso con tan escaso sustento; aquella

carencia de aposento propio, de local colectivo y aun de rincón donde estudiar en paz, hurtándose unos instantes a las miradas que ni a sol ni a sombra les dejaban; aquella falta de luz, exceptuando el resplandor del hogar, en torno al cual se agazapaban y bullían diez o quince personas, donde chicos y grandes gritaban, lloraban y reñían; donde se guisaba, se comía y se trabajaba; donde se hacían todos los menesteres domésticos que pueden ocurrir en una cabaña de indios; todos estos pormenores y otros muchos que pudieran añadirse constituían un manantial inagotable de padecimientos para el acongojado misionero».

Y si en medio de estos sacrificios retira el Señor la gracia de las consolaciones sensibles y se esconde al alma, cuyo único anhelo es sólo suspirar por su Amado; si la abandona a la desolación, a la tristeza o a las repugnancias de la carne, en tal caso no basta una virtud vulgar para arrostrar valientemente esta prueba. En tales circunstancias es menester que el amor divino esté muy arraigado en el alma para no desfallecer. No hay que olvidarse de los peligros que a todas horas amenazaban al misionero, de las invasiones y ataques de aquellos encarnizados enemigos que se ensañaban en las víctimas con mil géneros de torturas antes de darles el golpe de gracia, y, por fin, los martirizaban arrojándolos a las llamas de una hoguera. Verdaderamente que se necesita una fortaleza forjada en el yunque del amor divino para no amilanarse en tanto desamparo y orfandad, teniendo ante los ojos tan horribles perspectivas.

Pues todos estos tormentos de cuerpo y alma tuvo que padecer el P. Chabanel, día tras día, seis años largos. No es de maravillar si algunas veces, en aquellas horas de amarga melancolía se le iban los pensamientos a la patria, y si el demonio, para quien significaba un triunfo aniquilar a un misionero, le asaltaba con frecuentes tentaciones de

desaliento. Entonces se le representaba en la imaginación que si volvía a Francia recobraría al punto la paz de espíritu y el gozo y consuelo de que siempre había disfrutado en la propia nación. Por otra parte, allí podría explayar su celo y ejercitar su caridad hasta el heroísmo. No eran estas tentaciones tan fáciles de vencer, y sólo Dios sabe las tempestades que se desencadenaron en su conciencia. Pero de todo salió victorioso y triunfante. Por ningún precio quiso bajar de la cruz donde el mismo Dios le había clavado. Al contrario, para remachar los clavos para siempre se obligó con voto formal a perseverar en la misión hasta la muerte. El P. Raguenau nos ha conservado el texto tal como lo redactó el P. Chabanel: «Señor mío Jesucristo, que por una disposición admirable de tu providencia me elegiste para colaborar con los apóstoles que cultivan la viña de la misión hurona, aunque enteramente indigno de tanta honra: yo, Natalio Chabanel, impulsado por el deseo de secundar vuestros amorosos designios y de trabajar por la conversión de los hurones y por la exaltación de la fe católica, hago voto delante del Santísimo Sacramento de tu preciosa carne y sangre, y delante de este tabernáculo donde perpetúas tu convivencia entre los hombres de perseverar por siempre en esta misión hurona; entendiéndolo todo según el espíritu y ordenaciones de los superiores de la Compañía de Jesús. Por tanto, os conjuro, Salvador mío, a que me recibáis como perpetuo servidor en esta misión, y me hagáis digno de un ministerio tan sublime. Hoy, 20 de junio de 1647».

El P. Chabanel hizo este voto en la fiesta del Corpus, y su superior nos certifica que, aun después de esta completa oblación, continuaron las repugnancias y rebeldías de la naturaleza, aunque jamás fue vencido en esta recia contienda. La gracia divina estaba de su parte, elevando

cada vez más aquella alma generosa para que se hiciese digna del galardón y corona del martirio.

Al despedirse por última vez de la residencia central de Santa María, pocos meses antes de su martirio, abrazó a su padre espiritual y le dirigió aquellas palabras salidas del fondo del corazón más bien que de los labios: «Querido Padre, quiera el Señor que desde ahora me entregue a El sin reserva y sólo viva para Él». Y pronunció estas frases con tanto fuego y con tan alegre resolución, que su interlocutor se emocionó profundamente, y poco después, acompañando a otro religioso de su Orden, no pudo menos de decirle: «Estoy sumamente impresionado, pues el buen P. Chabanel me ha hablado con el acento y convicción de una víctima dispuesta para el sacrificio. No sé lo que Dios dispondrá de este Padre; pero, desde luego, lo está labrando y modelando para santo».

En efecto, aun el mismo P. Chabanel echó de ver que la gracia desarrollaba en él su maravillosa eficacia y le henchía el alma con auxilios nunca antes sospechados. Así pudo decir confidencialmente a un amigo: «No acierto a comprender lo que me pasa ni lo que el Cielo me tendrá deparado; pero en un punto me siento a veces enteramente transformado. De mi natural soy asustadizo y aun cobarde, y con todo eso, cuando se me ofrece algún grave riesgo, o me figuro la muerte cercana, no experimento el menor asomo de miedo. Esta desusada intrepidez no nace de mí mismo». La gracia divina se complace en desplegar todas sus maravillas en las almas de los santos y en conducirlas por múltiples caminos a lo sumo de la perfección. El camino que Dios deparó al padre Chabanel mientras vivió en la misión hurona se redujo a un continuo vía crucis; pero este vía crucis lo llevó de la manera más pronta y segura a la cumbre del martirio, donde recibió la eterna recompensa por sus luchas y heroicos sacrificios. Fue el

último atleta que se incorporó al glorioso escuadrón formado por los misioneros que ofrendaron su sangre por la conversión de los hurones. Esta misión, por la que se derramaron tantos raudales de sangre en tan corto tiempo, y que había poblado el cielo de innumerables almas, caminaba rápidamente a su destrucción y ruina.

[xcix] Rel. 1650, cap. III; Thw,. XXXV, 106.

[c] Parkmann, *Die Jesuiten in Nord-Amerika,* pág. 349.

[ci] Rouvier, 285. Nota.

[cii] Rel. 1650, cap. IV; Thw., XXXV, 146.

[ciii] Rel. 1649.

CAPÍTULO XV
FIN DE LA MISIÓN HURONA[civ]

El hambre en la isla de San José. –Expediciones en busca de sustento. –Ataques de los iroqueses contra los expedicionarios. –Los misioneros se deciden a emigrar con los hurones a Quebec. –Una despedida amarga. –Por doquier encuentran huellas de la crueldad iroquesa. –Hospitalaria acogida en Quebec. –Los restos de la raza dispersa. –Los consejos de Dios son un abismo insondable.

Durante todo el invierno de 1649-50 sufrieron los hurones, juntamente con sus misioneros, en la isla de San José, los estragos del hambre más espantosa. «El hambre es un tirano inexorable que jamás dice "basta"; que devora cuanto se le da, y cuando se le niega el tributo debido, se harta de sangre humana». Así escribe el P. Raguenau en el capítulo VIII de la relación correspondiente al año 1650. Muchos murieron de pura necesidad, y los supervivientes más parecían movibles esqueletos que hombres con alma, verdaderos espectros de la miseria, carcomidos y cadavéricos, cuyos ojos resplandecían con el fuego de la fiebre desde sus cuencas hundidas. Nunca habían aguardado los indios con tanta expectación e impaciencia los primeros rayos del sol de primavera, para que derritiesen la nieve y el hielo, y de este modo pudiesen ellos recoger algunas bellotas y dedicarse a la pesca.

Apenas el sol entibió algo el ambiente, cuando las famélicas turbas de los hurones se lanzaron sobre el hielo que alfombraba el lago, para pasar a tierra firme a buscarse allí el mantenimiento y escoger sitios abrigados donde pescar. Los iroqueses merodeaban en los contornos y no había ninguna seguridad; pero a los pobres hambrientos les parecían menos horribles las torturas de los enemigos que las del hambre y necesidad. El lago Hurón todavía estaba cubierto con una capa de hielo de hasta tres pies, pero en algunos parajes se había resquebrajado, y no era constante el espesor. Así, sucedió que, apenas una parte de los indios desapareció de las vigilantes miradas de los misioneros, cuando, quebrándose el hielo, se hundieron los infelices en las profundidades del lago. Algunos lograron salvarse de las heladas ondas, pero la mayor parte, agotados y sin fuerza, quedaron sobre los témpanos con sus mojadas ropas y acabaron con una muerte más dolorosa que si hubieran muerto ahogados. Entre estos infelices se encontraba una anciana de sesenta años, que debió su salvación a un verdadero milagro. Toda la noche la pasó al raso tendida sobre el hielo, y a la mañana la encontraron en perfecto estado de salud. Al preguntarle cómo era posible que no hubiese perecido helada de frío, respondió candorosamente: «Cada vez que sentía entumercerse mis miembros, oraba llena de confianza, diciendo: "Jesús, ten misericordia de mí", y al punto notaba que una impresión de calor y bienestar circulaba por todo mi cuerpo». «Aquélla era la única oración que sabía la pobre anciana», añade la antigua relación.

Una vez en tierra firme, se dividían los hurones que habían ganado felizmente la ribera en diversos grupos, para que, si los iroqueses los acometían, no cayesen todos juntos en sus manos. La pesca fue bastante copiosa, y así fueron reponiendo poco a poco sus fuerzas. Pero esta

bonanza no debía durar largo tiempo, pues el enemigo se aprestaba para el ataque. Una hueste iroquesa, marchando a través del hielo y de la nieve, y por selvas y barrancos, había hecho una jornada de casi 200 leguas. Una noche cayeron por sorpresa en un poblado huronés pasando a todos a cuchillo. El ángel exterminador parecía guiar los pasos de aquellas hordas salvajes, pues dos días les bastaron para seguir la pista a todos los grupos hurones, aun cuando estaban desparramados a nueve leguas de distancia unos de otros en sus puestos de pesca. A todos los apresaron; sólo una persona logró escapar, trayendo la infausta noticia a la isla de San José. Se deja suponer el pánico que se produciría entre aquellos indios acabados por el hambre al saber que se acercaban los feroces iroqueses en son de guerra. Por algún tiempo no osaron abandonar aquel recinto fortificado, pero el aguijón del hambre les obligó de nuevo a lanzarse al campo.

«Suele decirse -escribe el P. Raguenau- que el hambre fuerza a los osos a dejar sus madrigueras. Así sucedió con nuestros famélicos hurones, que, espoleados por la necesidad, dejaron el pueblo, donde reinaba el terror y la alarma continua. La Cuaresma tocaba a su fin, el tiempo consagrado a la penitencia y al ayuno. ¡Y qué felices se hubieran creído nuestros pobres cristianos si llegasen a tener, al menos, bellotas y agua clara con que hacer sus colaciones! Para el día de Pascua preparamos una comunión general de chicos y grandes. La mañana siguiente se despidieron de nosotros, después de declarar públicamente que nos dejaban por herederos de todo su ajuar. Tenían plena convicción y certeza de que caminaban a la ruina, y daban por descontada su muerte. Y, en efecto, pocos días después vinieron a cumplirse tan funestos presentimientos. Los hurones cayeron en una emboscada dispuesta por los iroqueses, quienes degollaron a unos,

prendieron a otros y arrojaron a las llamas a las mujeres y niños; algunos consiguieron huir y llevar la noticia de este último desastre por toda la comarca. Ocho días después experimentaba igual suerte otro grupo de cristianos. Por doquiera se respiraban auras de muerte y exterminio». Si querían huir de las garras del hambre, venían a caer en los cadalsos y hogueras de los enemigos. Era la época de labrar los campos para la siembra, pero les faltaba semilla de maíz, y, sobre todo, cundió la noticia de que dos destacamentos de iroqueses vendrían a destruir los sembrados. Así, desgracia sobre desgracia y catástrofe sobre catástrofe, iban sumergiendo trágicamente a aquel desgraciado pueblo en el abismo de la ruina.

> Cuando mayores eran los efectos de la carestía -cuenta el superior de la misión- se me presentaron en casa dos caciques ancianos y me dirigieron la siguiente alocución: «Hermano, tus ojos te engañan y fascinan cuando nos contemplas; tú crees que estás viendo en tu presencia hombres vivos, pero nosotros somos espectros y ánimas en pena. La tierra que pisas abre ya sus fauces para tragarnos juntamente contigo, y para que bajemos a ocupar el puesto que nos corresponde en la morada de los muertos. Sabe, hermano, que esta noche se ha decidido en nuestro consejo abandonar esta isla. La mayoría opinó que el mejor partido era volverse a los bosques y vivir allí diseminados, para que nadie sepa nuestro paradero y el enemigo no pueda seguirnos la pista. Unos se disponen para establecerse en unos parajes distantes seis largas jornadas de aquí; otros se dirigen hacia las tierras de las tribus amigas de Andastoe; los de más allá declaran que se quieren entregar al enemigo con armas y bagajes, pues muchos parientes suyos se encuentran allá y les han cursado aviso de que ahora es la sazón más conveniente para rendirse, si no quieren perecer con la ruina y devastación de su despoblado territorio. Hermano, ¿qué piensas hacer tú solo en esta isla cuando todos te abandonen? ¿Te quedarás aquí para cultivar los campos, o te dedicarás a predicar a los árboles? ¿Acaso tienen oídos nuestros lagos y ríos para escuchar tus instrucciones? ¿Cómo podrás acompañar a todos los miembros de nuestra tribu si se desperdigan en todas direcciones? Seguramente que la mayor parte encontrará la muerte donde busca la salvación. Aun

cuando tuvieses cien cuerpos y multiplicases tu presencia en cien distintos sitios a la par, ningún auxilio les prestarías, y más bien te convertirías en carga y pesado estorbo. El hambre les seguirá de cerca los pasos, y la guerra les saldrá al encuentro por doquier.

Sin embargo, no te descorazones, hermano querido. Tú eres el único que nos puedes salvar, si te decides a poner por obra un osado proyecto. Elige un sitio donde puedas reunirnos e impide esta dispersión general. Dirige tus miradas hacia Quebec para salvar los últimos restos de este pueblo naufragado. No esperes que el hambre y la miseria acaben con el último hurón sobre la tierra. Tú nos llevas en tus manos, muy dentro de tu corazón. La miseria te arrebató más de diez mil de nuestra raza. Si ahora difieres para más tarde nuestra salvación, pronto no sobrevivirá ni uno siquiera, y entonces llorarás cuando ya no puedas socorrernos, aunque quieras y aunque te ofreciéramos de nuestra parte los medios y facilidades para ello. Si escuchas nuestros consejos y deseos, edificaremos al abrigo de la fortaleza de Quebec una iglesia. Allí no se extinguirá nuestra fe, y el ejemplo de los algonquinos y franceses nos animará a ser fieles a nuestra religión; su caridad aliviará nuestras necesidades y tendremos, al menos, un bocado de pan que dar a nuestros hijos, que sólo se alimentan desde hace tanto tiempo con raíces y bellotas amargas, y así van prolongando su penosa existencia. Y si por remate de todo, allí nos acecha también la muerte, al menos será más llevadera y dulce en aquella ciudad que en la soledad de los bosques, donde nadie podrá asistirnos y donde, con razón, podemos temer que, con el tiempo, se entibie nuestra fe, aunque ahora tengamos la firme resolución de amarla mucho más que nuestras propias vidas».

Profundamente impresionado el P. Raguenau con este mensaje de los dos caciques, les respondió que el negocio era de suma trascendencia y no se podía resolver en unos minutos; que, entre tanto, tuviesen paciencia y diesen a los misioneros algunos días de plazo para reflexionar sobre el asunto; se expuso el Santísimo Sacramento al modo de las Cuarenta Horas, para recabar la luz del cielo antes de tomar ninguna resolución; se tuvieron muchas consultas generales y se pesó juiciosamente el pro y el contra de los

diversos planes. Abandonar la misión hurona equivalía a dejar también desguarnecidas, al menos por algún tiempo, las misiones de los indios *tabaqueros,* neutrales y algonquinos, todas ellas situadas en las riberas del lago Hurón. Pero, por otro lado, era a todas luces evidente que el hambre y la guerra aniquilarían los míseros restos de la raza hurona y que los iroqueses no descansarían de su obra, con tanto fuego entonces mantenida, hasta exterminar de raíz a los misioneros y con ellos a todas las tribus que los habían recibido. Por más que los Padres amaban tan entrañablemente la misión hurona, regada con sus sudores y con su sangre; por más que confiaban en que aquel pueblo conquistado para Jesucristo les serviría de puente para convertir otras tribus indias, se decidieron por unanimidad a trasladar los restos de aquella desgraciada raza a la colonia francesa. «Fue tan acorde el parecer de todos nuestros Padres -testifica el P. Raguenau-, que no opuse la menor dificultad, pues estaba íntimamente persuadido que estimaban tan de corazón las cruces y sufrimientos, únicas recompensas anheladas de sus trabajos, que consentían única y exclusivamente, por exigirlo así la mayor gloria de Dios, en arrancarse de tan amada misión».

Una vez tomado este acuerdo, se puso por obra con toda rapidez para que el enemigo no se exasperase al conocer el proyecto y procurase impedirlo. A toda prisa se equiparon las canoas, y el 10 de junio de 1650 partieron los misioneros con todos sus paisanos y unos trescientos hurones de la isla de San José. Con esta fecha terminó propiamente la misión de los hurones «No sin lágrimas -dice la relación- abandonamos aquella tierra, a la que estaban tan asidos nuestros corazones y en la que cifrábamos nuestras esperanzas; aquella tierra enrojecida con la sangre gloriosa de nuestros hermanos, que nos

prometía también a nosotros igual dicha, y era nuestro camino real del Cielo y la puerta del Paraíso. Pero había que olvidarse de sí mismos y abandonar aquella santa empresa, por ajustarse en un todo a la divina voluntad; quiero decir que sólo Dios merece ser servido, sin tener en cuenta nuestros propios intereses, aun cuando sean los más santos que puedan darse en este mundo. En medio de nuestra aflicción, nos quedaba el consuelo de poder salvar algunas pobres familias: en total, unas trescientas almas, tristes residuos de una populosa tribu sobre la que se había desencadenado la más cruda adversidad, precisamente cuando más fiel se mantenía a su Dios. De sus filas habían salido muchos predestinados que hoy reinan en las mansiones eternas, pues el cielo se había poblado con las almas de aquellos de quienes la tierra quedaba despoblada. Para consolarnos de tantas catástrofes bastaba ver cómo los sobrevivientes habían perdido toda su hacienda, familia y patria, sin que en la fe sufriesen menoscabo. Más de tres mil habían recibido el santo Bautismo en el año anterior; ¿qué mayor felicidad les podíamos desear que la de entrar en el cielo conservando inmaculada la inocencia bautismal? El Señor les había otorgado esta gracia mucho antes de lo que pudieran esperar. ¿Y podemos quejarnos de que Dios les colmase así de sus bendiciones, cuando nosotros mismos nos tuviéramos por muy felices si hubiéramos muerto con ellos y participado de la misma suerte?» Tales eran los generosos ideales y sentimientos que dominaron hasta el fin las almas de aquellos abnegados misioneros, dignos hermanos de los gloriosos mártires que habían ofrendado su sangre y su vida por la misión.

La jornada desde la isla de San José hasta Quebec suponía 300 leguas de camino. Constantemente tuvieron que estar en guardia los expedicionarios para no ser sorprendidos por el enemigo, cuyas huellas descubrieron

en varias ocasiones. Al principio bordearon las riberas del lago Hurón, dejando atrás el territorio donde tuvo su primitivo asiento la raza hurona. Diez años antes contaba aquella comarca una población de 8.000 a 10.000 indios, y ahora era toda ella un desierto. Después la flotilla de canoas siguió su curso por la costa occidental del lago, por entre los innumerables islotes y rocas que surgen a lo largo de la bahía de Jorge; aquí encontraron el suelo todavía humeante con la sangre recién derramada de varios hurones cristianos degollados por los iroqueses; aún se veían frescas las pisadas que marcaban el camino por donde habían sido remolcados los cautivos.

Atravesando la actual French River, desembocaron en el lago Nipising; de los algonquinos, que antes poblaban aquel país, sólo quedaban las cenizas y escombros de sus chozas incendiadas. Una jornada después tropezó la expedición de misioneros y hurones con una fortaleza de iroqueses entonces abandonada, donde había invernado el enemigo, y poco más adelante apareció otro campamento del mismo género. Cuando iban navegando por el río Ottawa se encontraron también en esta ruta con nuevos vestigios de la crueldad de los iroqueses. «Cuando navegué por este río trece años antes - escribe el P. Raguenau-, poblaban sus riberas varias tribus de algonquinos que no conocían al verdadero Dios y se consideraban a sí propios como dioses de la tierra. Por aquel entonces poseían cuanto deseaban: abundancia ilimitada de pesca y caza mayor, floreciente comercio con otras tribus aliadas y próspera fortuna en sus guerras. Pero desde que la fe cristiana arraigó en sus corazones y adoraron la Cruz de Jesucristo, el Señor los visitó con la tribulación, puso sobre ellos la carga pesada de su Cruz y permitió que la pobreza, la miseria y la muerte más espantosa los diezmasen y aniquilasen. En una palabra,

han venido a ser un pueblo condenado a desaparecer de la tierra, y el único consuelo que nos resta es que mueren como cristianos y que participarán de la herencia de los verdaderos hijos de Dios. *Flagellat Deus omnem filium quem recipit:* El Señor castiga a todos cuantos recibe como hijos».

El viaje prosiguió con toda felicidad. En el río Ottawa se encontraron con una expedición de franceses y hurones que se dirigían, bajo la dirección del P. Bressani, a la isla de San José para socorrer aquella misión con víveres y municiones. Pero llegaban demasiado tarde, y como era inútil proseguir el viaje, se juntaron en compañía del P. Raguenau y se volvieron a las colonias establecidas a orillas del San Lorenzo. Poco antes tuvieron una escaramuza con una banda de iroqueses, que les mataron siete hombres. Ambas expediciones, reunidas, arribaron a Quebec el 28 de julio, donde la caridad cristiana recibió con los brazos abiertos a los pobres hurones. Las Hermanas hospitalarias, y las ursulinas especialmente, hicieron por las mujeres y niños más de lo que sus fuerzas permitían. Algunos colonos ricos se encargaron de velar por varias familias indias. Pero todavía quedaban unos doscientos hurones cristianos, de cuyo hospedaje y manutención nadie se cuidaba. En Quebec las subsistencias escaseaban y eran sumamente caras, pues la colonia dependía cada vez más de Francia, y aun cuando arribase de vez en cuando algún galeón cargado de provisiones, no bastaba para remediar tantas necesidades. Pues bien, todas estas estrecheces se agravaban ahora considerablemente con la inesperada venida de otras trescientas personas, a quienes había que sustentar; así que pronto no bastaron los almacenes de víveres para socorrer tantas necesidades. Los jesuitas, con abnegada caridad, tomaron bajo su protección a cuantos desvalidos no encontraban refugio en otras partes. «Cueste lo que costare –escribía el P. Raguenau–

procuraremos socorrer sus necesidades con paternal solicitud. Durante el viaje les suministramos alimentos, y mientras vivimos en sus tierras, Dios puso a nuestro alcance los medios necesarios para endulzar en parte sus miserias. Por ellos hemos ofrecido nuestra sangre y nuestra vida, ¿y ahora podremos negarles algo que esté en nuestra mano? Todos los días vienen a nuestra casa a buscar su ración, mientras procuran fabricarse por sí mismos sus viviendas y ponen en juego toda su actividad para buscarse con el trabajo de sus manos una parte de su sustento. Si un día se agotan todos nuestros recursos y no podemos continuar esta obra de caridad, si está de Dios que mueran de necesidad y de miseria entre nuestros compatriotas, al menos tendremos el consuelo de que mueran como cristianos con todos los auxilios de la Religión».

Los Padres acotaron para los hurones una gran porción de terreno en la isla de Orleáns, al lado de Quebec, y allí les labraron una fortaleza y una capillita, semejante a la que tenían en la isla de San José. Les suministraron herramientas y aperos de labranza, les dieron semillas de maíz y les animaron a cultivar la tierra bajo su dirección. Aquel establecimiento fue tomando cada vez mayor incremento, gracias a los indios fugitivos que, acosados por los iroqueses, se acogían a este sitio. En el año 1651 el cacique cristiano Esteban Annaotaha, que al partirse los misioneros se atrincheró con los suyos en las fortalezas abandonadas y causó una importante derrota a los iroqueses, trajo cuatrocientos indígenas por el Ottawa y el San Lorenzo a la nueva población organizada en la isla de Orleáns.

Con este nuevo contingente ascendía el número de los hurones a unos mil. Otros individuos de esta raza dispersa buscaron refugio entre los neutrales y los erios, y

compartieron con ellos las desgracias y fracasos que poco después sobrevinieron a estas dos tribus. Los hurones de los centros misionales de San Miguel y San Juan Bautista hallaron un camino de salvación, que parece increíble, pero que se aviene bien con las costumbres indias. Cuando no les quedó otro remedio, entraron en trato con el enemigo victorioso, que les permitió fuesen adoptados por la tribu de los senecas, o sea incorporados a este pueblo. No se les distribuyó entre las diversas aldeas de los vencedores, sino que se les concedió licencia para que viviesen todos juntos en el pueblo de Gandugarae, habitado exclusivamente por ellos. Cuando el P. Fremín los visitó los encontró identificados completamente con los iroqueses, excepto en la fe católica, a la que habían permanecido fieles durante los dieciocho años transcurridos.

Los valientes indios *tabaqueros,* en cuyo territorio se derramó la última sangre de los mártires, se vieron por fin obligados, con los hurones que entre ellos se refugiaron, a retirarse de sus montañas. Primeramente se dirigieron a la isla de Michilimackinac, situada en el punto de unión de los lagos Hurón y Míchigan, y de allí emigraron nuevamente, hostigados por el enemigo, hasta Bahía Verde, y como ni aun allí cesasen las hostilidades, se establecieron en la parte sudeste del Mississippi. Ni aun aquí encontraron la deseada paz, y después de sostener sangrientas guerras con los sioux, se volvieron al puesto antes elegido en la confluencia de los dos lagos, y se establecieron en la lengua de tierra llamada San Ignacio, Los actuales wyandots parecen ser los descendientes de los indios *tabaqueros.* El año 1651 fue fatal para los neutrales, pues en esa fecha fueron completamente destruidos por los iroqueses y dejaron de formar pueblo independiente.

La aldea hurona de la isla de Orleans ni aun cobijada a la sombra de los cañones de Quebec, estaba segura contra

los ataques de los salvajes iroqueses; el año 1656 acometieron éstos el nuevo poblado y se llevaron gran número de cautivos. A consecuencia de esto se trasladaron los hurones a otro paraje más cercano a la fortaleza de Quebec, y más tarde, cuando se inauguró una que era de más tranquilidad, se aventuraron a establecer su colonia en Nuestra Señora de Foy, después en la antigua Loreto y por último en Nueva Loreto, donde en nuestros días, residen los descendientes de aquella tribu primitivamente tan poderosa; en 1901 vivían, repartidos en tres aldeas, unos trescientos cincuenta de ellos, y ganaban su pobre sustento tejiendo cestas.

Sin las guerras sostenidas por los iroqueses, es cierto, como lo reconoce el protestante Parkmann, que las comunidades católicas de indios hubieran florecido por doquiera en la región de los grandes lagos, en los valles del Mississippi y de sus afluentes, en las montañas Alleghany, y aun en las heladas estepas occidentales. En este caso, los misioneros hubieran desarrollado la inclinación de estas razas por la agricultura y, en cambio, hubieran reprimido sus salvajes instintos, que les impulsaban a continuas guerras de exterminio. Pero Dios dispuso las cosas de otra suerte. *Iudicia Dei abysus multa:* Los juicios de Dios son insondables; con estas palabras cierra el P. Bressani su historia de la misión hurona. El Señor arregló los caminos para que los misioneros avanzasen hasta los más intrincados bosques de Norteamérica, y allí predicasen el Evangelio a los hurones; y, cuando esta misión estaba en la cumbre de su esplendor, permitió que aquel pueblo, que podía servir de núcleo central en la propagación del Evangelio, fuese exterminado. Amorosa fue su providencia con esta raza infortunada, pues sus más nobles miembros entraron por el verdadero camino de la felicidad al trocar

las miserias de la vida presente por la bienaventuranza eterna.

La inagotable fecundidad y poder de la gracia divina se patentizó en las obras de aquellos heroicos propagadores de la fe, cuyas hazañas llenarán hasta el fin de los tiempos muchas páginas de gloria en la historia de la Iglesia. Admirable se mostró el Señor en los bienaventurados mártires de la misión hurona. «Inmortal es su nombre, y su recuerdo se conservará de generación en generación».

[civ] Rel. 1650, caps. VIII y IX; Thw., XXXV, 182.

CAPÍTULO XVI

EL MISTERIO DE LA SANGRE DE LOS MÁRTIRES

La sangre de los mártires, fuente de bendición para las futuras misiones entre indios. –Primeras diligencias en orden a la beatificación. –Olvido en que yacen los mártires largos siglos. –Se reanuda el proceso. –La beatificación. –El lenguaje de los milagros. –Prodigiosas curaciones. –La confianza de un niño. –Los heterodoxos. –Misioneros del moderno paganismo. –La canonización.

«En verdad os digo que si el grano de trigo después de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto»[cv]. Estas palabras de Nuestro Redentor tuvieron exacto cumplimiento en los heroicos mártires del Canadá. Su sangre se convirtió en motivo y garantía de bendiciones para la tierra donde se derramó. Mucho tiempo después siguió influyendo su admirable ejemplo en las almas de sus hermanos en Religión, que, deseando emular las virtudes de los mártires y confiados en la eficacia de su sangre, se lanzaron a evangelizar con incansable ardor las tribus indias del Oeste y del Sur, extendiendo por todas partes las fronteras del reino de Dios. En las relacionas de los años siguientes atribuyen siempre los misioneros sus constantes éxitos a la poderosa intercesión de los mártires, y más de una vez refieren los milagros obrados con sólo invocar sus nombres. Los restos mortales de los PP. Brébeuf y Lalemant, las únicas reliquias

que se conservaron[cvi], fueron tenidos en gran veneración. Trasladados a Quebec, allí se guardaron hasta nuestros días. Milagrosas curaciones operadas, lo mismo en Francia que en Norteamérica, fueron atribuidas a la intercesión de los mártires canadienses. Ya el año 1653 el Arzobispo de Ruan, a cuya jurisdicción pertenecía la Nueva Francia, mandó hacer las primeras diligencias e iniciar el proceso en orden a su futura beatificación. Al mismo fin se dirigieron las declaraciones, confirmadas con juramentos, hechas por el P. Raguenau, e incluidas en las relaciones de los años 1649-1657. Las cartas de la ursulina María de la Encarnación son argumentos evidentes del alto honor en que por aquella época eran tenidos los mártires y de la eficacia con que éstos, después de su muerte, seguían interesándose por su amada misión y por el país donde habían ofrecido a Dios su sangre y su vida.

Pero poco después, el silencio y la soledad de los bosques vírgenes, que volvieron a cubrir con su vegetación los parajes antes evangelizados por los mártires, sepultó en el olvido su gloriosa memoria. Ciertamente que las Hermanas hospitalarias de Quebec conservaron a través de los siglos hasta nuestros días la piadosa costumbre de comulgar el 16 de marzo, aniversario del martirio, en honor del P. Brébeuf, cuyas reliquias se guardaban en la iglesia de aquellas religiosas. Tampoco los historiadores del Canadá pudieron pasar por alto en sus escritos las heroicas hazañas de aquellos campeones de la fe en la América septentrional. Pero no se puede afirmar que se hicieran grandes esfuerzos para elevarlos al honor de los altares y para que los ejemplos de sus virtudes ofreciesen a la Iglesia un brillante modelo de santidad. Las innovaciones y trastornos ocurridos en la administración eclesiástica del Canadá y la extinción temporal de la Compañía de Jesús fueron la causa de que se estancase el

proceso de beatificación. Pero aquel olvido fue más aparente que real, y en el año 1884 volvió a brillar la memoria de los mártires, por un tiempo eclipsada. El tercer Concilio plenario de Baltimore elevó a Roma fervientes instancias para que se introdujese el proceso de beatificación del P. Yogues y de sus dos compañeros, Goupil y Lalande. En el mismo año, el séptimo Concilio provincial de Quebec pidió que se continuase el proceso de los otros cinco mártires canadienses. En 1909 volvieron a repetirse las mismas instancias, que por fin obtuvieron su objeto, gracias a un decreto de la Congregación de Ritos expedido en marzo de 1912. El año 1916 accedió también la misma sagrada Congregación a los deseos expresados por el Concilio de Baltimore, y desde aquella fecha el proceso canónico de los ocho mártires se tramitó como una sola causa hasta obtener su solemne beatificación en el año 1925. Asimismo en Norteamérica volvió a renacer y tomó gran incremento la devoción a estos mártires en los ochenta últimos años del siglo pasado. En Auriesville, Estado de Nueva York, en el mismo sitio en que estuvo emplazada la antigua aldea iroquesa de Ossernenón, donde fueron atormentado el P. Yogues y Renato Goupil, se levantó una humilde capilla de madera (consagrada a Nuestra Señora de los Mártires) que pronto se convirtió en centro de piadosas peregrinaciones, y aun hoy día se juntan allí en los domingos principales de la época de las romerías, muchedumbres que ascienden a 30.000 peregrinos. En el territorio del Canadá se edificó en 1907 la iglesia de San Ignacio de los Mártires, centro también de peregrinaciones, que ocupa el lugar en que fueron martirizados el P. Brébeuf y el P. Lalemant, es decir, la antigua misión de San Ignacio. Con todo, desde 1925 el punto más visitado por los peregrinos y devotos de los mártires canadienses es la iglesia del fuerte de Santa María (Midland, Ontario), labrada de nueva planta sobre los

cimientos de la primitiva residencia central de la misión hurona.

Después de su beatificación rompieron los gloriosos mártires de la misión hurona el largo silencio que durante varios siglos había pesado sobre su memoria. Entonces los milagros obrados por su intercesión comenzaron a hablar un lenguaje tan claro y elocuente, que no solamente los hijos de la Iglesia lo comprendieron, sino también los incrédulos y alejados de la verdadera fe. ¿No es un verdadero milagro del orden moral, que en un mundo tan dominado por el materialismo como Norteamérica salgan muchos días los periódicos de mayor circulación y de todas las tendencias ostentando en el sitio más preferente y con todo lujo de detalles los últimos milagros obrados por intercesión de los Santos canadienses? ¿No raya en lo prodigioso que esos rotativos, cuyas columnas ensalzan hasta las discutibles figuras del día, del deporte o de la moda, se detengan a veces a entonar un himno de triunfo en loor de los campeones de la fe católica? ¿No es, al menos, único en su género que esas páginas, llenas por lo común de insulsas caricaturas, de retratos de reinas de la belleza o de *ases* del boxeo, ostenten ahora ilustraciones de los santuarios de Midland o de Auriesville, láminas en colores de las peregrinaciones y de las personas milagrosamente curadas por la poderosa intercesión de los mártires? Ciertamente que entra aquí el deseo de satisfacer el afán de novedades que domina a los subscriptores superficiales, y que muchos corresponsales consideran estas noticias como un artículo de moda que sirve para amenizar y entretener el mundo de los lectores, siempre a la caza de nuevas sensaciones. Pero hay que reconocer que en este caso esa prensa mundana contribuye de hecho a que la fama de los grandes milagros se propague hasta el último rincón del país, llevando a muchos corazones

creyentes la semilla de la confianza. Así se explica cómo aumentan constantemente los milagros, no sólo en los santuarios dedicados a los mártires, sino en toda la extensión del Canadá y de los Estados Unidos. Se puede hablar de una multitud de milagros comprobados, que brotan como flores por todos los caminos que un día recorrieron estos gloriosos mártires. Durante meses y años persevera esta lluvia de bendiciones y gracias celestiales, excitando la admiración de un mundo hundido hasta los ojos en el materialismo, y sirviendo a muchos de ocasión para que levanten sus pensamientos a regiones más elevadas. Sólo en los meses de junio a septiembre de 1929 se registraron en un templo consagrado a estos mártires veintiún casos milagrosos.

Merecen especial atención las curaciones en masa obradas por intercesión de los mismos mártires. En ciertos días, al celebrarse algún triduo o alguna procesión en que se sacaban las reliquias de estos Beatos, se reunían numerosos enfermos traídos hasta de sitios muy lejanos. En grupos de diez a doce personas se les permitía acercarse a los relicarios, se imploraba con gran confianza su protección, se les daba a besar los sagrados restos, y, con frecuencia, todos, o casi todos, se volvían con la salud recobrada. Así, en estas ocasiones, se sucedían las tandas de enfermos unas a otras cada cuatro horas. El 30 de diciembre de 1927, en el convento de las religiosas presentandinas de San Jacinto (Quebec, Canadá) tuvieron lugar más de diez curaciones en pocos minutos. En Montreal, en la casa matriz de las religiosas de los Santos Nombres de Jesús y María, el día 11 de enero de 1928 ascendió el número de los curados milagrosamente a veinte, y otros tantos fueron los favorecidos unos días después en el monasterio de las religiosas de la Congregación de Santa Ana.

Mucho más sonada fue la curación de Monseñor Mathieu, Arzobispo de Regina (Canadá), de quien todos los principales periódicos habían anunciado a sus lectores que estaba ya agonizando. Este prelado, que ya contaba setenta y seis años, padecía desde mucho tiempo atrás una enfermedad nefrítica. En el verano de 1927, la dolencia, que le había consumido las fuerzas, le puso al borde del sepulcro. Ya estaba desahuciado de los médicos, cuando le asaltó una pulmonía doble, caso completamente desesperado, tratándose de un anciano de setenta y seis años. Poco a poco comenzó a extinguirse la vida del venerable Arzobispo; pero durante un mes se multiplicaron las plegarias a los Beatos Mártires para que le concediesen la salud. El ilustre paciente colocó toda su esperanza en estas oraciones y tenía constantemente a su lado una reliquia de los mismos. Concluida una novena, se comenzaba otra sin interrupción, para recabar del cielo conservase la preciosa vida a tan amado pastor. Aun el día mismo en que Mons. Mathieu, tras una agonía de tres horas, parecía estar a punto de expirar, no se perdió la esperanza en la intercesión de los mártires, y un grupo de religiosas seguía implorando incansablemente su poderoso patrocinio. Aquel día era precisamente el último de una novena, y a las doce en punto de la noche comenzó de repente el moribundo a dar señales de vida; la crisis estaba conjurada y había desaparecido todo peligro de muerte; se fueron aumentando sus fuerzas por momentos, y, tras unas semanas de convalecencia, pudo este príncipe de la Iglesia encargarse otra vez de la administración de su diócesis.

Entre los diez milagros obrados el 30 de diciembre en San Jacinto se contaba una curación tan extraordinaria y tan fuera de toda duda, que fue elegida para el proceso de canonización. Aludimos a la milagrosa curación de sor María Máxima, de cuarenta y un años de edad, que

durante más de diez años padeció una peritonitis tuberculosa, que los médicos declararon incurable, después de una operación quirúrgica. Más de nueve años llevaba en cama la enferma. Al aplicarle las primeras veces las reliquias de los mártires experimentó una sensación dolorosa muy particular. «Me parecía estar como en el fuego», contaba ella misma. Pero al sentir por tercera vez el contacto de la reliquia se calmó todo dolor. La curación era completa; la enferma se levantó, se dirigió a la capilla y a la sala de recreación de la comunidad, y allí permaneció hasta el anochecer, pudiendo desde el día siguiente tomar parte en los trabajos ordinarios

Se refieren conmovedores ejemplos de confianza en la intercesión de los mártires, debidos a varios niños enfermos. En Scranton (Estados Unidos), un niño de diez años llamado Santiago Fischer padecía desde su infancia una tuberculosis que había degenerado en caries ósea. En una pierna tenía cinco fístulas que continuamente le supuraban. Los médicos especialistas dieron el caso por incurable y declararon que habían sido vanos todos los esfuerzos de la ciencia. En agosto de 1924 se dirigió el enfermito al santuario de Nuestra Señora de los Mártires, en Auriesville, y allí oró fervorosamente durante el día entero sin obtener su curación. Su tía dijo tristemente al Padre director del santuario: «Los mártires no quieren curar a nuestro enfermo». «Sí, me curarán –replicó vivamente el pequeño–, pues hoy les he rogado tanto, que estoy cierto que me devolverán la salud». Emocionado el sacerdote ante tanta confianza, dijo: «Vamos a comenzar hoy una novena en honor de los mártires». Así se hizo, y, pasados nueve días, no quedaban en las piernas sino las cicatrices de las llagas. El niño estaba enteramente sano.

Con frecuencia, los milagros de estos santos influyen poderosamente en la vida religiosa de pueblos enteros, y

las fiestas organizadas en honor de los mártires canadienses se ven tan bendecidas de copiosos frutos, como antes las misiones o los ejercicios espirituales. Estos prodigios de la gracia obrados en las almas no pueden catalogarse en estadísticas, y, las más de las veces, ni siquiera traspasan los límites de círculos muy limitados. Pero que los santos misioneros de los hurones hayan obrado muchos milagros morales de conversiones y mudanzas internas de muchos pecadores, de esto son abonados testigos los directores de almas en las ciudades y campos del Canadá y de los Estados Unidos, sobre todo en los años que siguieron a su solemne beatificación.

Y que aun los protestantes han escuchado el lenguaje de los milagros, y han recibido saludable impresión al percibir las muestras de otro mundo insospechado y sobrenatural, que se da a conocer por los milagros, lo prueba duramente el hecho de que más de 10.000 protestantes acudieron en peregrinación a los santuarios de los mártires sólo durante el verano de 1927. Verídicos testimonios nos certifican que esos peregrinos disidentes no pretendían únicamente satisfacer su curiosidad visitando aquellos piadosos lugares, sino que eran atraídos por un profundo sentimiento religioso, no desmereciendo un punto su devoción y confianza de la que mostraban otros peregrinos católicos. Y hasta se dio el caso de que un predicador protestante que había presenciado el piadoso entusiasmo de una de esas peregrinaciones, subió al púlpito el domingo siguiente y habló a sus parroquianos con sentidas palabras de los mártires católicos, animando a sus oyentes a organizar una romería a los ya famosos santuarios; y sus palabras no cayeron en el vacío, pues pronto una muchedumbre de aquella parroquia se dirigía con su pastor a testimoniar su devoción a las sagradas reliquias de los mártires canadienses. Y los santos

misioneros de los hurones otorgaron abundantes gracias celestiales a aquellos hermanos nuestros separados de la unidad de la Iglesia, complaciéndose en remediar sus necesidades corporales y espirituales. En particular, se cuenta el hecho de un protestante que se encontraba en el mismo día de la beatificación entre una multitud de 10.000 personas que habían acudido al santuario del fuerte de Santa María, en Midland. Nuestro hombre se arrodilló delante del altar pidiendo a los mártires le librasen de una incurable enfermedad cardíaca que le aquejaba. De repente sintió que su petición era despachada favorablemente, y pudo volver a casa enteramente sano y con el alma henchida de alegría.

Si siempre ha resultado verdadera la sentencia de Tertuliano de que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos, en el caso de los mártires canadienses se ha cumplido con toda exactitud. No solamente sienten su milagrosa eficacia los sucesores de los mártires en la obra de evangelizar a los indios, sino que, aun después de varios siglos, permanece este influjo sin menoscabo alguno y se manifiesta hasta en los paganos, que en número exorbitante ocupan hoy día aquella parte del globo en cuyas selvas vírgenes plantaron por vez primera nuestros santos el cristianismo. Ciertamente que ha sido una providencia amorosísima del Señor el conceder estos primeros santos canonizados a la América del Norte como poderosos intercesores, precisamente en estos calamitosos tiempos, cuando solamente en los Estados Unidos hay una inmensa multitud de 60 millones de paganos modernos.

Los católicos del Nuevo Mundo sintieron noble y piadoso entusiasmo cuando estos nuevos mártires fueron elevados al honor de los altares. En estos últimos años continuamente llegaban a Roma innumerables peticiones de las más altas esferas del clero y de la sociedad

solicitando la pronta canonización de estos mártires. El delegado apostólico del Canadá, al frente de todo el episcopado, los obispos de los Estados Unidos, las Órdenes y Congregaciones religiosas de ambas naciones, los seminarios y universidades católicas firmaron esas solicitudes dirigidas al Sumo Pontífice. Por su parte, compitieron en hacer igual demanda los ministros y diputados católicos, es decir, una serie de miembros del Parlamento norteamericano, los representantes de la Diputación provincial de Quebec en pleno, los ministros católicos del Gobierno central canadiense, senadores, diputados y gobernadores de todo el Canadá y de los Estados Unidos. Las firmas de todas las clases de la sociedad católica, recogidas por sacerdotes y laicos, llenan enormes volúmenes que se conservan en el archivo de la Congregación de Ritos.

El mismo vicario de Jesucristo mostró desde el principio el mayor interés por la causa de los mártires canadienses, y expresó el deseo de celebrar su canonización en el año jubilar concedido en recuerdo del quincuagésimo aniversario de su ordenación sacerdotal. Cuando el 29 de junio de este año 1930 el Sumo Pontífice, usando de su infalible prerrogativa, decretó solemnemente el honor y aureola de los santos a los mártires de la misión hurona, y puso a estos misioneros de la Compañía de Jesús ante los ojos de la Iglesia universal como perfectos modelos de virtudes heroicas, entonces tuvieron cabal cumplimiento aquellas proféticas expresiones del P. Lalemant: «Hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres»[cvii].

[cv] Jn. 12, 24.

[cvi] El cadáver del P. Garnier fue sepultado en el lugar de su martirio:

---

cuando más tarde se inauguró una época más pacífica, fueron exhumados de nuevo, pero sólo se hallaron algunos restos de huesos, que se colocaron al lado de las reliquias de los otros mártires. Los cadáveres de los PP. Yogues y Chabanel y de los donados Goupil y Lalande fueron destruidos por los indios, sin que se supiese su paradero, mientras que el cadáver del P. Daniel fue reducido a cenizas en el incendio de la aldea de San José.

[cvii] 1 Cor. 4, 9.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

1. FUENTES IMPRESAS

Acta beatificationis... Romae, 1916. 1917.

Martyrs de la Nouvelle-France. Extraits des Relations et Lettres des Missionnaires Jésuites publiés par GEORCES RICAULT (XVII siècle) et GEORCES GOYAU (xviii siècle). París, 1925.

Relations des Jésuites, contenants ce qui s'est passé de plus remarquable dans les Missions des Peres de la Compagnie de Jesús dans la Nouvelle-France. Ouvrage publié sous les auspices du Gouvernement Canadien. 3 vols. Québec, 1858.

THWAITES: *The Jesuit Relations and Allied Documents,* 73 vols. Cleveland, 1896-1901.

2. OBRAS GENERALES

BREMOND, H.: *Histoire littéraire du sentiment religieux en France depuis la fin des guerres de religión.*

BUSCHAN: *Illustrierte Voelkerkunde,* I. Bd. Stuttgart, 1922.

CHARLEVOIX FRANÇOIS, XAVIER: *Histoire el descriptions genérale de la Nouvelle-France.* 3 vols. París, 1741

CHATEAUBRIAND: *Geist des Christentums.* Uebersetzt von Hermann Kurtz. Ulm, 1884.

FERLAND. J. B. A.: *Cours d'Histoire du Canada,* 2 vols. Québec, 1861, 1865.

FOUQUERAY, HENRY, S. J.: *Histoire de la Compagnie de Jesús en France.* Vols. III-V. París, 1922-1925.

GOYAU, GEORGES: *Histoire religieuse de la nation française*. París, 1922.

DERS: *Les origines religieuses du Canada.* París, 1924. *Pélerinages Canadiens.* Monographies des principaux lieux de pélerinage au Canada. Ouvrage redigé en collaboration. Montreal, 1928.

DE ROCHEMONTEIX, Camile, S. J.: *Les Jésuites et la Nouvelle France au XVII siécle.* 3 vols. París, 1896.

RUTCHE, JOSEPH, et FORGET, ANASTASE: *Précis d'histoire du Canada.* 2.ª édition. Montreal, 1928.

SHEA, JOHN GILMARY: *Geschichte der Katholischen Missionen unter den Indianer-Staemmen der Vereigniten Staaten.* 1529-1860. Aus dem Englischen Ueberstzt von J. Roth. Wuerzburg.

3. MONOGRAFIAS

BRESSANI, F. J., S. J.: *Relation abrégée de quelques Missions des Peres de la Compagnie de Jésus dans la Nouvelle France.* Traduit par le R. P. F. Marlin, S. J. Montreal, 1852.

CAMPBELL, T. S., S. J.: *Pioneer Priests of North America, 1642- 1710.* 2 vols. New-York, 1908-1911.

HERRINCTON, W. S.: *The Martyrs of New France.* Toronto, 1909.

MARTIN, F., S. J.: *Le R. P. Issac Jogues, de la Compagnie de Jésus, premier apôtre des Iroquois.* París, 1873.

PARKMANN, Franz: *Die Pioniere Frankreichs in der Neuen Welt.* Uebereetzt, und eingeleitet von Fried. Kapp. Stuttgart, 1875.

DERS: *Die Jesuiten in Nord-America,* im 17. Jahrhundert. Stuttgart, 1878.

ROUVIER, FREDERIC, S. J.: *Les bienheureux Martyrs de la Compagnie de Jésus au Canada.* (Au berceau de l'autre France. Nouvelle édition considérablement augmentée.) Montreal, 1925.

SCOTT, MARTIN, S. J.: *Issac Jogues, Missioner and Martyr.* New-York, 1927.

TESTORE, CELESTINO, S. J.: *I beati Martiri Canadesi della Compagnia di Gesú.* Isola del Liri, 1925.

DERS: *I beati Martiri Canadesi d. C. d. G. Trionfi di eroismi e di bontá.* Roma, 1929.

UMBLUTIGE, PALMEN: Ein Lebensbild der sel. Martyrer von Kanada. Dargestellt von einem Mitglied del Gesellchaft Jesu. Innsbruck, 1926.

WYNNE, JOHN, S. J.: *The Jesuit Martyrs of North America.* New-York, 1925.

4. REVISTAS

Die Katholischen Missionen, Jahrg. 1882, 1884, 1925, 1929.

The Woodstock Letters, vols, LVII, LVIII.

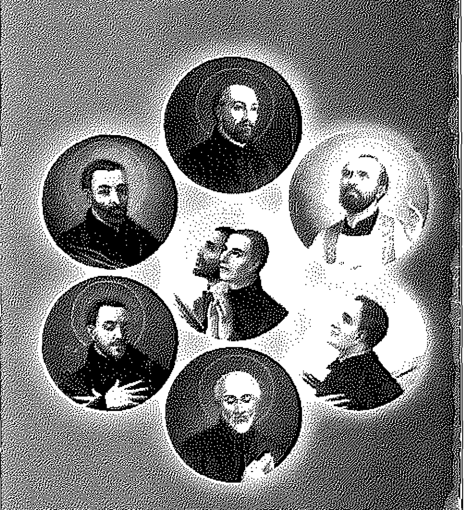
INDICE

Impreso en

BonusPrint
libros por demanda
www.bonusprint.com.ar

Luna 261 - C.A.B.A.
Buenos Aires, JULIO de 2015.

Entre los PIELES ROJAS del CANADA



En el año 1925 fueron elevados simultáneamente al honor de los altares ocho mártires, que en el siglo XVII introdujeron por vez primera el Cristianismo en las selvas vírgenes de la América del Norte. Integraban aquella pléyade gloriosa los llamados Mártires Canadienses de la Compañía de Jesús, que ofrendaron su vida y su sangre en aras de la conversión de los salvajes hurones.

A raíz de su beatificación comenzaron estos mártires desde el cielo a derramar sobre el país donde ejercieron sus actividades, una lluvia de flores y prodigios semejante a la lluvia de milagros y bendiciones con que en los últimos decenios Santa Teresa del Niño Jesús, haciendo gala de su poderosa intercesión, ha inundado el mundo.

Ojalá despierte este libro en todo género de lectores, grandes y pequeños, un gran interés y entusiasmo por las misiones, aumentando en todos los corazones el amor a esa obra mundial de la gloria de Dios